

ALEMANIA Y AMÉRICA

Ingrid Schulze Schneider

COLECCIONES
MAPFRE

1492

Desde la denominación de las tierras descubiertas, los alemanes participaron activamente en la construcción y propagación de la idea de América. Tampoco se mantuvieron ajenos a la aventura de su descubrimiento y colonización: banqueros, científicos, jesuitas y aventureros recorrerán, colonizándolo, el nuevo continente. En el siglo XVIII el interés se desplaza hacia los territorios vírgenes del Norte de Nueva España, refugio de disidentes políticos o religiosos en la convulsa Europa: Pennsylvania, Virginia, ambas Carolinas y Georgia fueron principalmente el destino de intrépidos alemanes, que diseñaron el prototipo de carreta que se utilizaría en la conquista del Oeste, así como el rifle «Kentucky», expresaron la primera protesta pública contra la esclavitud, lucharon por la libertad de expresión e intervinieron heroicamente en la Guerra de la Independencia.

La participación de personajes señeros en la hazaña del descubrimiento, los avatares colectivos de la emigración alemana a Norteamérica y la historia de los alemanes en Iberoamérica se delinean en esta obra, cuyo objetivo es servir de síntesis de la aportación alemana a la construcción de los diversos países del continente americano.

Ingrid Schulze Schneider (Eisleben, Alemania). Doctora en Ciencias de la Información. Profesora Titular de Historia del Periodismo Universal en la Universidad Complutense de Madrid desde 1989. Especializada en temas de investigación sobre las relaciones hispanoalemanas. Autora de numerosos artículos referidos a este ámbito, su tesis doctoral versó sobre *El sistema informativo de Bismarck: su proyección sobre la política y prensa españolas* (1987).

INGRID SCHULZE SCHNEIDER

Colección Europa y América

ALEMANIA Y AMÉRICA

ALEMANIA Y AMÉRICA

La llamada del Nuevo Mundo:
500 años de presencia alemana en América

© 1997 Ingrid Schulze Schneider
© 1997 Fundación MAPFRE América
© 1997 Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-662-0

Depósito legal: M. 24977-1997
Composto en Fernández Ciudad, S. L.
Carolina Suárez, 19 - Madrid 28004
Impreso en los talleres de Gráficas Formo, S. A.
Isabel Méndez, 17 28038 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1995, Ingrid Schulze Schneider
© 1995, Fundación MAPFRE América
© 1995, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-665-0
Depósito legal: M. 24977-1995
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19 - Madrid 28007
Impreso en los talleres de Gráficas Lormo, S. A.
Isabel Méndez, 15. 28038 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

INGRID SCHULZE SCHNEIDER

ALEMANIA Y AMÉRICA

La llamada del Nuevo Mundo:
500 años de presencia alemana
en América



EDITORIAL

MAPFRE

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
PREFACIO	17
PRIMERA PARTE	
LOS «OTROS» DESCUBRIDORES	
I. BÚSQUEDA Y HALLAZGO DE UN NUEVO CONTINENTE	23
Vinlandia	23
El bautizo	25
Impresores, comerciantes y aventureros	27
Los Fugger y los Welser	28
II. LA CONQUISTA ESPIRITUAL Y CIENTÍFICA	35
Los jesuitas germanos	35
Alexander von Humboldt	39
SEGUNDA PARTE	
EL CRISOL NORTEAMERICANO	
III. LOS PIONEROS	49
Al servicio de Holanda y Suecia	49
Pennsylvania, tierra prometida	52
Aportaciones culturales	56
Los «paletos» del Palatinado	58
Amigos de los indios	60

	Los creadores de la prensa germano-americana	61
	Asentamientos menores	64
	El calvario hacia la libertad	65
IV.	LA GUERRA DE INDEPENDENCIA	69
	Héroes de la revolución	70
	Pastor John P. Mühlenberg	70
	Nicholas Herchheimer	71
	General von Steuben	72
	«Molly Pitcher»	73
	Los «hessianos»	74
V.	REFORMADORES Y REVOLUCIONARIOS	79
	Románticos y utópicos	80
	Sueños independentistas	81
	La emigración masiva de 1848	84
	Los guetos de Nueva York	85
	Los liberales	86
	Los movimientos comunistas	88
	El choque de culturas	91
	Una prueba de americanismo: la guerra de Secesión	95
VI.	«APOCALÍPTICOS E INTEGRADOS»	99
	Caudillos de la lucha obrera	100
	Triunfadores	104
	Una batalla perdida: el idioma alemán	105
	El «Memorando de Luzern»	105
	Los judíos	107
VII.	EL SIGLO XX	111
	Germanofobia	111
	Las repercusiones del nacionalsocialismo	113
	Emigrantes de elite	114
	El ocaso de un mito	117
VIII.	CANADÁ	121
	Los movimientos migratorios	121
	Nueva Escocia, Halifax y Lunenburg	122
	Los «realistas»	123
	Los <i>Dutch</i> de Pennsylvania	124
	La emigración directa	124

La Confederación canadiense	125
Las consecuencias de la Primera Guerra Mundial	127
De 1945 a nuestros días	128
Los rastros de la cultura germana	129

TERCERA PARTE

LOS ALEMANES EN IBEROAMÉRICA

Introducción	133
IX. BRASIL	135
Los «ilustrados»	141
Las colonias del sur	143
Conflictos legales y la revolución «farroupilha»	146
La preservación de la cultura germana	148
Hostilidad oficial germano-brasileña	150
La propaganda nazi y su castigo	152
Los asentamientos de la posguerra	155
La situación actual	156
Personajes célebres	157
X. ARGENTINA	159
Eduardo Kailitz, Freiherr von Holmberg	161
Los comerciantes bonaerenses	162
La accidentada colonización de «Chacarita de los Colegiales»	166
Un héroe controvertido: Federico Rauch	169
La vida de los emigrantes durante la «Santa Federación» (1830-1852)	170
Las colonias agrícolas	171
La situación porteña	174
Los menonitas	175
La repercusión de la unidad alemana	177
La prensa germanófona	178
La Patagonia, El Chaco y Misiones	179
Una unión pasajera	182
Las luchas políticas de los años veinte y treinta	184
La agitación nacionalsocialista	185
La cuestión judía	189
«La otra Alemania»	192
Refugiados nazis	193

XI.	CHILE	195
	Bernhard Eunom Philippi	197
	La colonización de Magallanes	202
	Valdivia y Llanquihue	206
	Problemas de convivencia	209
	La inmigración urbana	210
	Los últimos reductos: «La Frontera» y Chiloé	212
	Relaciones oficiales e influencias culturales	214
	Los instructores militares	218
	Los capuchinos bávaros y la misión de Steyl	219
	Los germano-chilenos en las dos guerras mundiales	221
	Tendencias conservadoras	225
XII.	PARAGUAY	229
	Los asentamientos rurales	231
	«Dios habla alemán»	234
	Simpatías nacionalsocialistas	236
	Alfredo Stroessner	237
XIII.	URUGUAY	239
	«Nueva Helvecia» y «Fray Bentos»	240
	Años de guerra	241
	Fugitivos de Rusia	243
	Comerciantes con vocación musical	243
XIV.	BOLIVIA	245
	Otto Philipp von Braun	246
	Intereses mercantiles	247
	Hans Kundt	249
	La «Quinta Columna» y los antifascistas	250
	Pobres y ricos	253
XV.	PERÚ	255
	Desgracias y fatigas de los colonos	256
	Pozuzo	257
	Inmigrantes afortunados y viajeros famosos	259
	Ruptura y reconciliación	261
XVI.	VENEZUELA	263
	Las relaciones comerciales	264
	La colonia Tovar	265
	Los cambios producidos en el siglo XX	268

XVII.	COLOMBIA	271
	Los comienzos de la aviación colombiana	271
	Un frente antifascista	272
XVIII.	ECUADOR	275
	Doctor Theodor Wolf	275
	Un lugar de paso	275
XIX.	MÉXICO	277
	Planes de colonización frustrados	277
	Los anabaptistas canadienses	279
	Un hogar para exiliados progresistas	280
XX.	CENTROAMÉRICA	283
	Costa Rica	285
	Guatemala	286
	Nicaragua	288
XXI.	EL CARIBE	293
	Kurland	293
	Las islas danesas	294
	Empresarios con éxito	295

APÉNDICES

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	301
ÍNDICE ONOMÁSTICO	309
ÍNDICE TOPONÍMICO	317

PRÓLOGO

Muy en la línea del Tratado de Tordesillas —del que, por cierto, celebramos este año el quinto centenario—, nuestra visión de lo que fue, a lo largo de un siglo asombroso, la «invención» de América —*descubrimiento* y *penetración* en el Continente— vincula ese grandioso episodio de la historia del mundo a un doble impulso, español y portugués; un doble impulso fundido en uno solo a partir de la *unión ibérica*, en los días del monarca «en cuyos dominios no se ponía el sol». Pero la invención de América, la trascendencia de este acontecimiento en el hemisferio occidental y, a su vez, la proyección de Occidente sobre el *mundus novus*, escapan, por su complejidad, a tal planteamiento. No sólo porque el descubrimiento fue, según he dicho en otro lugar, la culminación práctica del Renacimiento —una superación de la geografía de Ptolomeo—, sino porque, coincidiendo la gran empresa de diseñar el perfil real de América y de penetrar en su seno, con la universalidad de la Corona de Carlos V, era lógico que el pretendido monopolio de Castilla se redujese pronto a teoría.

El complejo mundo alemán se vincula pronto a las tierras recién descubiertas, en los dos sentidos: especulación puramente intelectual y «acción material» sobre ellas. Es un círculo humanista de Estrasburgo, animado por la relevante figura del alemán Waldseemüller, el que, a través de la *Cosmographiae Introductio* —el prólogo, digámoslo así, de una cuidada edición de Ptolomeo—, difunde en la Europa culta de su tiempo la idea de un «nuevo mundo», diferenciado del oriente asiático; aunque, eso sí, atribuyendo erróneamente el descubrimiento material del continente a Américo Vespucio. Los

relatos —amañados— del florentino sugieren a los humanistas germanos la denominación de *América*.

El éxito de este «bautizo», que oscurece injustamente la figura de Cristóbal Colón —descubridor en 1492 de la América insular, y en 1497 de la masa continental—, o la de Alonso de Hojeda —el primero que llevó consigo, aunque sin relevancia alguna en la tripulación de sus dos naves, a Américo Vespucio en el *segundo* viaje que tocó tierra continental (1499)—, se debió sin duda a la excelencia de las ediciones alemanas, a la difusión de esta obra puramente intelectual y especulativa.

Pero no sólo en cuanto capítulo del Renacimiento; en el otro aspecto —la penetración de las tierras recién descubiertas, el capítulo de los viajes de exploración y conquista— participa Alemania, a través de los Welser, vinculados a la financiación de las empresas políticas de Carlos de Gante —el último emperador de Occidente— y beneficiarios de las concesiones de éstos en América, contrapartida de sus créditos bancarios. Ciertamente, el capítulo de los Welser —sus andanzas y aventuras en tierras de Venezuela— responden al otro impacto del continente recién descubierto en la ávida Europa de comienzos del siglo XVI, el de sus inmensas posibilidades económicas, a veces convertidas en mito: el famoso «El Dorado» perseguido por innumerables exploradores y viajeros. La aventura —de escasa trascendencia en otros aspectos— de los banqueros alemanes en América tiene un exclusivo móvil material, muy al margen de los otros estímulos que, junto al afán de lucro, dinamizan la acción española —el evangelizador y misionero, el que traslada fantásticamente a América el esquema fabuloso de los libros de caballerías, en búsqueda de *honor* y de *fama*—. Pero ese móvil material encarna, sin duda, una de las facetas más relevantes de la proyección europea sobre América, a través de todos los tiempos.

Por supuesto que la codicia de los otros países —Francia, Inglaterra, Holanda— se desató también desde el primer día, como un asalto al *patrimonio* que tenían por suyo portugueses y castellanos; pero la pretensión de burlar las bulas pontificias y los términos del Tratado de Tordesillas se hizo, desde el primer día, o buscando asentamiento en zonas no tocadas todavía por la doble Corona peninsular, o mediante la piratería y el corso. El caso alemán fue distinto, por la razón ya apuntada, la vinculación política entre Alema-

nia y España, regidas por príncipes de una misma dinastía, y la permanente alianza entre el Imperio y la Corona Católica, después de la unión efectiva encarnada por Carlos V: lo que sería el «eje Madrid-Viena», o «Madrid-Praga» en los siglos XVI y XVII. Incluso en el aspecto misional, la presencia de jesuitas alemanes, a partir de finales del siglo XVII, en los virreinos, es consecuencia de un hecho muy simple: la regencia de doña Mariana de Austria y la circunstancia de que su confesor —y consejero político— fuera un jesuita alemán, el famoso padre Nithard.

Por supuesto, la penetración en el subcontinente septentrional —la zona de América situada al norte de Nueva España—, colonizada por navegantes ingleses, holandeses y franceses, tendría otro carácter para la emigración alemana; se trataba de tierras vírgenes, convertidas en refugio de disidentes religiosos o políticos, en la convulsa Europa del siglo XVII. Aunque controladas por la Corona británica —las colonias de Nueva Inglaterra, núcleo de los posteriores Estados Unidos— o a la francesa —el Canadá oriental— eran tierras abiertas, y la importancia de los contingentes alemanes desplazados hasta ellas tendría una importancia creciente a lo largo del seiscientos y del setecientos; la participación de estos núcleos alemanes en la revolución norteamericana —ya vinculados a uno u otro campo— es muy grande, como lo será su contribución efectiva a la construcción de la gran nación norteamericana. Alguno de los apellidos fulgurantes en la historia de los EEUU son, inconfundiblemente, alemanes. Y algo parecido cabría decir, ya en el siglo XIX, de las nuevas emigraciones —bien al norte, bien al sur—: los Estados surgidos de las guerras de emancipación, en los antiguos virreinos españoles o en el enorme Imperio brasileño, contarán desde muy pronto con el estímulo o la orientación de minorías alemanas «recicladas» en las nuevas y pletóricas patrias de Iberoamérica, mezclándose en sus conflictos internos, orientando sus más fructíferas empresas.

Abordar en una síntesis ordenada y clara el complejísimo panorama que acabo de apuntar —siguiéndolo en cada país, uno por uno—, sólo era posible para un historiador —historiadora en este caso— vinculado a las dos grandes naciones, Alemania y España; tal es la condición que cumple, venturosamente, la profesora Ingrid Schulze: nacida en Alemania, casada en España, abierta cordial y generosamente a ambos países.

Conozco a Ingrid Schulze hace años —no demasiados, porque ella es muy joven aún: tanto como para haber figurado entre mis discípulos de la Facultad de Ciencias de la Información, en la Universidad Complutense—, y siempre me ha admirado su capacidad de trabajo, el entusiasmo que pone en cualquier tarea, junto con un sentido de equilibrio —el *seny*, diría un catalán— y una disponibilidad verdaderamente gratificantes para los que coincidimos con ella en el Departamento de Historia de la Comunicación Social. Ingrid Schulze sabe ser al mismo tiempo ejemplar ama de casa —esposa y madre de familia—, profesora solícita y puntual, con precisión prusiana —aunque ella es sajona de nacimiento, y conserva de su patria de origen un talante abierto y alegre capaz de sobreponerse a contrariedades y «miserias», poniendo siempre al mal tiempo buena cara—, e investigadora *de alto coturno*, como puso de manifiesto en su estupendo estudio sobre *La política informativa de Bismarck*, que fue su tesis doctoral, y, en relación con ella, en trabajos tan brillantes como el que dedicó al conflicto hispano-alemán de las Carolinas.

La madurez en la historiadora se refleja, sin embargo, más que en el rigor y minuciosidad del *análisis* —el de su tesis doctoral—, en su capacidad para la *síntesis*: y este libro —*Alemania y América*— es excelente prueba de ello.

Será, estoy seguro, pieza fundamental para los futuros americanistas de nuestro país. La pieza que nos faltaba.

CARLOS SECO SERRANO

De la Real Academia de la Historia

PREFACIO

La presente obra pretende ser una síntesis de la aportación alemana a la construcción de los diversos países del continente americano a lo largo de 500 años. Semejante empeño choca, lógicamente, con multitud de problemas que abarcan, desde una extensión forzosamente limitada, hasta la dificultad de acceder a muchas fuentes bibliográficas desde España. Deseo agradecer, desde aquí, la amable colaboración del personal de las Bibliotecas de la Agencia Española de Cooperación Internacional y del Instituto Alemán, ambas de Madrid, destacando en este último especialmente la eficaz ayuda de la señora Lessmann.

Al margen de aspectos formales, existían también dudas acerca de la fiabilidad de la bibliografía consultada, habida cuenta de que cualquier historia de la emigración de un pueblo se presta fácilmente a su glorificación, máxime tratándose de los alemanes, siempre dispuestos a dejar constancia de las vidas de sus compatriotas ilustres. Pierre Blancpain lo vio así cuando acometió el resumen de su voluminosa tesis doctoral sobre los alemanes en Chile:

No hay asociación germano-chilena que no se haya complacido en la conmemoración de sus orígenes, en el recuerdo de los primeros tiempos, siempre heroicos, en la evocación de «grandes antepasados», guías de la inmigración, cuya personalidad ennoblece a lo colectivo y ayuda a definir los «centros» del germanismo en Chile. En buenas cuentas, estas repeticiones y estas pirotecnias informan más sobre las intenciones de los oficiales que sobre su objetivo.

Vistas, demasiado a menudo, como un epifenómeno de la historia nacional, la inmigración, la colonización y la «cooperación» alemanas, ala-

badas o vituperadas, han servido esencialmente, por otra parte, de argumento para apuntalar juicios de valor europeos o imperialistas y, a veces también, nativistas o socializantes, pero siempre etnocéntricos, desprovistos, en consecuencia, de la perspectiva y de la altura de miras necesarias para una apreciación imparcial e interpretaciones serenas.

Suscribo enteramente estas afirmaciones, extendiéndolas a todos los países americanos en los que los alemanes han formado minorías étnicas de cierto peso económico y social. Dado que, en la mayoría de los casos, han sido ellos quienes han escrito la historia, es difícil conocer la verdad completa. Solamente el tema de la actuación de los Welser en Venezuela ha sido objeto de una amplia controversia entre historiadores germanófilos y germanófobos, recogida en numerosas publicaciones a lo largo de nuestro siglo, pero tampoco ninguno de ellos enfocó la cuestión con absoluta imparcialidad.

Siendo, por tanto, imposible una apreciación equitativa del papel positivo o negativo que los inmigrantes alemanes hayan podido desempeñar, en determinados momentos históricos en sus patrias de adopción, este libro trata de relatar, más que de valorar, sus esfuerzos, logros e infortunios en el Nuevo Mundo, desde la época de la conquista hasta tiempos recientes.

La exposición del trabajo se encuentra dividida en tres partes. Las primera de ellas refiere la participación de personajes señeros, más o menos ilustres, en las hazañas del descubrimiento. Por el contrario, la segunda se ocupa de los avatares de colectivos de emigrantes a Norteamérica, desde sus peripecias iniciales hasta su asimilación en el conglomerado social estadounidense.

El tercer bloque, dedicado a la historia de los alemanes en Iberoamérica, exigía, por su adscripción a Estados nacionales diferentes, el tratamiento singular de los distintos países, adoptándose, en consecuencia, la fórmula de reservar a cada uno un capítulo separado. El orden de presentación de éstos no sigue un criterio alfabético, sino que concede prioridad a aquellas naciones donde mayor fue el flujo migratorio germano, buscando, en segundo término, el agrupamiento de zonas geográficas colindantes.

En lo que a México se refiere, no se ha respetado del todo esta regla, dado que el aluvión de inmigrantes menonitas, arribado tras la última conflagración mundial que alteró la hasta entonces reducida

cifra de alemanes en el país, no ha supuesto aportación notable a la sociedad mexicana.

Finalmente, queda por subrayar que el uso generalizado de los vocablos «alemán» o «germano» simplemente denota la pertenencia de las personas mencionadas a esta etnia, sin que ello implique la posesión legal de la nacionalidad alemana. Asimismo, la expresión «colonia» se ha utilizado siempre en el sentido de «conjunto homogéneo de pobladores de origen germano», en absoluto relacionado con el dominio imperialista de gobiernos europeos en ultramar.

PRIMERA PARTE

LOS «OTROS» DESCUBRIDORES

Capítulo I

BÚSQUEDA Y HALLAZGO DE UN NUEVO CONTINENTE

PRIMERA PARTE

LOS «OTROS» DESCUBRIDORES

VISLANDIA

Los alemanes fueron siempre un pueblo de emigrantes. De hecho, su desplazamiento al continente americano no tuvo paralelismo histórico, excediendo, incluso, todas las migraciones de las tribus germánicas en los albores de la era cristiana.¹ Su estancia en tierra americana se remonta incluso a los primeros contactos aislados que los vikingos tuvieron en ella de forma fortuita, casi quinientos años antes que Cristóbal Colón. Parece demostrado que Leiv Eirikson, hijo del valiente descubridor de Groenlandia Eric «el Rojo», se en-

¹ Véase W. Hagen, *Dieutsche Auswanderung*, p. 3; Richard O'Connor, *Seis siglos en 33 minutos*, p. 318.

Capítulo I

BÚSQUEDA Y HALLAZGO DE UN NUEVO CONTINENTE

España, Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda, e incluso Suecia, participaron en momentos y en medida muy diferentes en el descubrimiento y la colonización del continente americano. Alemania, inexistente como nación, dividida en un gran número de pequeños Estados, no tuvo ninguna presencia colectiva en la hazaña de la conquista. Sin embargo, geógrafos, cartógrafos, impresores, comerciantes, exploradores, pioneros, agricultores y artesanos germanos colaboraron en las diferentes etapas de la misma. Por cuenta propia, o al servicio de potencias extranjeras, tomaron parte desde el principio, en la forja de una nueva civilización, fruto de la mezcla de pueblos y culturas.

VINLANDIA

Los alemanes fueron siempre un pueblo de emigrantes. De hecho, su desplazamiento al continente americano no tuvo paralelismo histórico, excediendo, incluso, todas las migraciones de las tribus germánicas en los albores de la era cristiana ¹. Su estancia en tierra americana se remonta incluso a los primeros contactos aislados que los vikingos tuvieron en ella de forma fortuita, casi quinientos años antes que Cristóbal Colón. Parece demostrado que Leiv Ericson, hijo del valiente descubridor de Groenlandia Eric «el Rojo», se en-

¹ Victor W. Hagen, *Deutsche bauen Amerika*, p. 9; Richard O'Connor, *So wurden es 33 Millionen*, pp. 9-10.

contró con un territorio desconocido en su viaje de retorno de Noruega a Groenlandia en el año 1000.

Según la leyenda, uno de los hombres de su tripulación fue un alemán llamado Tyrker, probablemente oriundo de la región del Rin. Cuando los normandos pusieron pie en la costa, fue Tyrker quien encontró tierra adentro viñas repletas de uvas deliciosas, que darían el nombre al lugar: «Vinlandia».

Leiv Ericson abandonó pronto el lugar rumbo a Groenlandia, que esta vez alcanzaría sin contratiempos. A su vuelta, los relatos del descubrimiento darían pie a la aparición de todo tipo de rumores.

En 1004, un rico comerciante islandés, Thorfinn Thordarson, llamado «Karlsefni» («hombre valiente»), quiso colonizar el nuevo país organizando una expedición con tres naves vikingas, las cuales albergaban a 160 colonos, entre ellos cinco mujeres, ganado, armas y herramientas². El primer encuentro entre los vikingos y la población aborigen de América, los «Skrälinger», desembocó en violentos enfrentamientos armados que impulsaron a los normandos a abandonar su proyecto. Tras su regreso a Groenlandia, sus aventuras serían cantadas en poemas y sagas. Sólo la dificultad de las comunicaciones impidió la expansión del mito desde el lejano norte europeo.

Los conocimientos sobre la nueva tierra fueron pronto olvidados. América permanecería aislada hasta la llegada de otros navegantes audaces procedentes del sur de Europa. La hazaña de los normandos quedará registrada como un hito histórico de la navegación en torno al primer milenio de la era cristiana.

Algunos escritores atribuyen el redescubrimiento del continente americano a una expedición organizada conjuntamente por el rey portugués Alfonso V y el monarca danés Cristian I, quienes pretendieron seguir las huellas de los vikingos para encontrar un paso por el noroeste que los llevara a las islas de las especias. También a esta empresa se vinculan los nombres de dos alemanes, los almirantes Dietrich Pining y Hans Pothorst, quienes, supuestamente, guiaron las naves hasta la península del Labrador veinte años antes que Cristóbal Colón. Aunque no se han encontrado

² Arnim M. Brandt, *Bau deinen Altar auf fremder Erde*, pp. 22-32.

documentos escritos que puedan atestiguar este hecho, diversas obras geográficas y relatos de viajes de los siglos XVI y XVII se hacen eco del mismo ³.

EL BAUTIZO

Tema de sobra conocido, aunque nunca del todo esclarecido, es el de las circunstancias que llevaron al bautizo del continente descubierto por Colón. ¿Fue un error de dos alemanes, o su admiración por Américo Vespucio lo que les impulsó a glorificar su obra en detrimento de los méritos del genovés? ⁴. El misterio de las circunstancias que motivaron la génesis del nombre de «América» tardó mucho tiempo en ser desvelado. El científico Alexander von Humboldt encontró a mediados del siglo XIX las pistas definitivas para identificar a los autores del bautizo; pistas que le llevarían a la pequeña localidad de Saint Dié, en Lorena. Bajo el mecenazgo del duque Renato II, un grupo de humanistas había creado aquí una academia llamada «Gymnasium Vosgianum», con el fin de enseñar las ciencias de la época. Entre aquéllos se encuentran el cartógrafo Martin Waldseemüller y el poeta Matias Ringmann. La vanidad y las costumbres de la época habían inducido al primero a traducir su nombre al griego y al latín («Martinus Hylacomylus» o «Ilacomus») para firmar sus obras. También Ringmann utilizaba un seudónimo: «Philesius». A partir de 1507, las obras elaboradas en el «Gimnasio» podrán ser divulgadas gracias a la instalación de una imprenta en el mismo.

Los grandes descubrimientos de la época centran el interés de los estudiosos en la geografía, por lo cual parecía lógico emprender la reedición de la única obra clásica existente sobre el tema, la *Cosmografía* de Ptolomeo, corregida y aumentada convenientemente. Una de estas mejoras sería la inclusión de los cuatro viajes, que Américo Vespucio había efectuado entre 1497 y 1504 al servicio de las Coronas española y portuguesa, así como la confección de un gi-

³ *Idem*, pp. 31-36.

⁴ Sobre la controversia de las «casualidades» que acompañaron al bautizo de «América», vid. Stefan Zweig, *Américo Vespucio*, pp. 63-78.

gantesco mapa mundi del cosmos, «tanto en forma plana como en la de globo», en el que Waldseemüller estaba trabajando desde 1504, y que mostraba «todas las partes ignoradas por Ptolomeo» recién descubiertas. La elección de la obra de Vespucio se debe, probablemente, a la iniciativa de Ringmann, coleccionista de relatos sobre los descubrimientos que eran objeto de una ávida curiosidad en todo el mundo. Ringmann había participado en 1504 en Estrasburgo, en la edición de la relación que Vespucio hizo sobre su cuarto viaje a tierras desconocidas por encargo del rey de Portugal. Se trata de una carta, dirigida a Lorenzo Pedro Francisco de Médicis, en la que Vespucio afirmó, por primera vez, que el territorio hallado pertenecía a un continente desconocido y no a las Indias, como Colón se obstinaba en afirmar. Otro editor alemán, Johannes Otmar, había resuelto con anterioridad la duda de Vespucio acerca del posible nombre de estas tierras ignotas («novum mundum appellare licet»), titulando el pequeño impreso *Mundus Novus*. En el espacio de un año, el relato fue publicado en Alemania por cuatro impresores distintos, traducido a múltiples idiomas y difundido en el mundo entero.

Waldseemüller y Ringmann incluyeron en su *Introducción a la Cosmografía...* solamente los cuatro viajes de Américo Vespucio, olvidándose de mencionar otros viajes igualmente importantes como los de Colón y de otros navegantes. En el quinto capítulo los autores atribuyen incluso a Américo Vespucio el mérito de haber descubierto el «nuevo mundo», razón por la cual el cartógrafo (¿o fue el poeta?) propondría el nombre de «América» en el texto del libro. También el mapa mundi recogerá la denominación, que figura escrita sobre aquella parte del nuevo continente que hoy conocemos como Sudamérica.

El 27 de abril de 1507, día en que la *Cosmographiae introductio* sale de la prensa, constituye la fecha formal del bautismo del «Nuevo Mundo». La primera edición del mapa de Waldseemüller constó de 1.000 ejemplares que se agotaron muy pronto. Copias clandestinas difundieron el nombre de «América» en todos los países.

Por el contrario, una versión actualizada de 1516, acompañada de la primera *Carta Marina Navigatoria* de la historia, no registrará el nombre de «América». Waldseemüller, ¿consciente de su error anterior o de su ligereza?, llamó esta vez a la nueva tierra «país de los papagayos». En todo caso, era demasiado tarde para rectificar. El

error de Colón, empeñado en haber alcanzado «Las Indias», el silencio de Vesputio, la labor difusora de Martin Waldseemüller y Matías Ringmann, todo se había confabulado para otorgar al continente descubierto por el genovés un nombre que no le correspondía.

IMPRESORES, COMERCIANTES Y AVENTUREROS

Las noticias acerca del nuevo continente fueron recibidas con avidez y júbilo por las gentes que creían en el hallazgo de un nuevo paraíso, una utopía capaz de hacerles olvidar su casi siempre miserable existencia. Las cartas de Colón hablaban de oro y de perlas, y rumores de todo tipo recorrieron el viejo mundo. Impresores y cartógrafos no daban abasto para contentar la sed de información, y en ambas profesiones se encontraban un gran número de alemanes residentes en las principales ciudades europeas.

El primer libro impreso que hacía referencia a los descubrimientos fue *La nave de los locos* (1494), obra satírica del poeta germano Sebastian Brant, que mencionaba en ella las «islas llenas de oro y de gente desnuda» encontradas por españoles y portugueses. Su versión inglesa de 1497, *Ship of fools*, ofrecía también en este idioma la primicia.

Una buena parte de las ilusiones que muchos poderosos se habían forjado acerca de su participación en la cosecha de las supuestas riquezas del nuevo continente, se derrumbaría tras la firma del Tratado de Tordesillas de 1494, por el cual España y Portugal se repartían, gracias a la «bulle dela concession» del papa español Alejandro VI, las tierras descubiertas o por descubrir. Las protestas de los demás reyes europeos, privados de la posibilidad de unirse a la explotación de los tesoros americanos, no surtieron efecto, a pesar del sentido de humor demostrado por el monarca francés, quien pidió ver la cláusula correspondiente en el testamento de Adán que justificase este reparto⁵. El monopolio de España y Portugal inducirá a otros países, sobre todo a Inglaterra y a las Provincias Unidas de Holanda, a apoyar, a partir de la segunda parte del siglo XVI, los

⁵ *Apud*. Victor von Hagen, *Deutsche bauen Amerika*, p. 21.

actos de rapiña protagonizados por piratas y corsarios contra los barcos que traían los tesoros americanos a la Península Ibérica.

La decisión papal no impidió, sin embargo, que muchos extranjeros, entre ellos un número considerable de alemanes, buscasen su fortuna en América al servicio de las Coronas hispana y lusitana. Otros alemanes se vincularán a la epopeya de la conquista desde su profesión de redactores e impresores. Atraídos por el eco de los acontecimientos en el Nuevo Mundo, se habían trasladado a Sevilla para publicar documentos y textos relacionados con los mismos. Entre ellos destaca, sobre todo, la empresa de Jacobo Cromberger («Alemán»), que editó las obras del humanista italiano, afincado en España, Petrus Martire, y la *Suma de Geografía* de Enciso. Este importante libro, primero de esta clase en lengua castellana, que recogía todos los conocimientos sobre la navegación y la geografía de la época, le traería disgustos con las autoridades españolas, dado que contenía la reproducción del siguiente comentario de un jefe de la tribu zenu, acerca de los derechos divinos e imperiales de los españoles a tomar posesión de la tierra americana: «Entonces el papa debe estar borracho y vuestro rey idiota, si regalan tierras que no les pertenecen»⁶.

Los Fugger y los Welser

Pero al margen de aventuras individuales de hombres atrevidos, fueron dos casas comerciales alemanas las que consiguieron romper el monopolio acordado en Tordesillas: los Fugger y los Welser. Su oportunidad llegó en el año 1519, rico en acontecimientos extraordinarios para la historia americana. Tras la muerte de Maximiliano I, su nieto Carlos V se presentaba, conjuntamente con Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia, a la elección del título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. La aportación de grandes sumas de dinero por parte de los banqueros alemanes, sobre todo de las casas Fugger («Fúcares») y Welser («Bélzares»), daría la victoria al pretendiente Habsburgo. A cambio del apoyo, ambas bancas conseguirán, en 1522, el levantamiento de la ordenanza que

⁶ *Idem*, p. 30.

prohibía la participación de extranjeros en las expediciones a ultramar.

También en 1519 Magallanes comenzará la búsqueda del paso hacia el océano Pacífico; expedición asistida, asimismo, por el apoyo financiero de los comerciantes germanos; y posible gracias a un mapa secreto confeccionado por Martin Behaim de Nuremberg, cosmógrafo que había construido el primer globo terráqueo en 1492. Sería otro alemán, Maximilianus Transylvanus, hijo natural del arzobispo de Salzburgo, Matthäus Land, quien, por orden de su tutor, el humanista italiano Pietro Martire, recibirá el encargo de recoger todos los datos acerca de la accidentada expedición de Magallanes, de estudiar los documentos salvados y de redactar sus conclusiones en latín. El informe *De Moluccis insulis...* rescataría el nombre de Magallanes, muerto en las islas Molucas en 1521, del olvido; devolviéndole sus méritos, eclipsados por Elcano, que había traído a la nave *Victoria* de vuelta a España.

La sucesión de nuevos descubrimientos en el continente americano fue constatada y plasmada geográficamente en la reunión de geógrafos de diversas partes del mundo celebrada en Badajoz en 1524. En este congreso, que determinó el tamaño y la forma del Nuevo Mundo, se percataron los Welser de que existía una tierra no ocupada por españoles ni portugueses, situada entre Panamá y el Orinoco. Ellos reclamaron «Venezuela» como pago de los 141.000 ducados prestados a Carlos V. El 3 de enero de 1528 firmaron las capitulaciones en Burgos, por las cuales recibirían el derecho de explotación del subsuelo venezolano por un periodo de 25 años.

Los Fugger, cuya aportación a la campaña electoral de Carlos V había sido sustancialmente mayor, y que en 1530 concedieron un nuevo préstamo de 300.000 ducados, no quisieron quedarse atrás y solicitaron del emperador otro territorio libre, situado entre China y el estrecho de Magallanes en las mismas condiciones que los Welser.

De esta manera las dos familias banqueras, verdaderos capitalistas de su época, de amplias miras y espíritu emprendedor, se convirtieron en dueños de enormes territorios en América del Sur.

Sin embargo, los Fugger no llegarían nunca a explotar el legado que habían recibido. Su flota, guiada por Simón de Alcazaba, salió

de España en 1533 para «conquistar y poblar» la región adjudicada, pero se estrelló en las aguas rocosas del estrecho de Magallanes. Los belicosos indios de la costa exterminaron a los supervivientes. Antes de que los banqueros de Augsburgo pudieran organizar otra expedición, Diego de Almagro, compañero de Pizarro en la conquista del Imperio Inca, reclamaba para sí una parte de las posesiones y recibió de la Corona española las mismas tierras concedidas tres años antes a los Fugger. Éstos aceptaron resignados la ruptura del contrato y abandonaron sus reivindicaciones americanas.

Los Welser demostraron tener un temperamento más luchador. Ya habían participado en el comercio de especias, bajo bandera portuguesa, entre 1503 y 1510. El comportamiento desleal del rey portugués y el auge de los descubrimientos en la América hispana a partir del segundo decenio del siglo XVI, movieron a los Welser a interesarse por esta parte del Nuevo Mundo. Tras cumplimentar las mismas formalidades que los colonizadores españoles y firmar, en el año 1528, un pacto entre la Corona y los factores de la casa Welser en Sevilla, Jerónimo Sailer y Enrique Ehinguer, los representantes elegidos, se asentaron en la isla de Santo Domingo. Desde allí regentaron sus negocios que incluían plantaciones y fábricas de azúcar, tráfico de esclavos, cría de ganado, comercio de todo tipo y la instalación de una mina de cobre. Para esta última trajeron a 50 mineros de Sajonia, región alemana donde se encontraban entonces los mejores especialistas de Europa en la materia. Más tarde, los Welser se trasladaron a Venezuela, donde fundaron la primera ciudad, Coro, tras expulsar a los españoles residentes en la aldea.

La leyenda del «Hombre Dorado» y de los inmensos tesoros que se suponían escondidos en algún lugar, impulsó al gobernador, Ambrosio Alfínger, a organizar una expedición al interior de la jungla que sería un rotundo fracaso. El equipo de Alfínger se extravió en la selva y fue dado por perdido. Sucesivamente llegarán nuevos gobernadores que caerán, uno tras otro, víctimas de su codicia por el oro. Sus años de lucha y de sufrimientos increíbles tuvieron pocas recompensas. La mejor consistía, sin duda, en su aportación al conocimiento de la naturaleza salvaje venezolana, la fauna y flora, y de la etnografía de los indios aborígenes que se en-

contraban en sus desplazamientos. Las expediciones al interior llegaron hasta la zona de los Llanos, el Orinoco y algunos de sus afluentes, las orillas del río Magdalena y la meseta de Bogotá.

Frecuentemente estallaron luchas entre los propios gobernadores, que reaparecían tras ser dados por muertos, teniendo que enfrentarse a aquellos que habían ocupado sus puestos en su ausencia. Uno de los exploradores más fecundos, Nicolás Federmann, vivió la amarga experiencia de llegar tarde al lago mítico de «El Dorado», Guatavita, encontrándose allí con los españoles Quesada y Belalcázar. No hubo lucha entre ellos y cada grupo se dirigió por separado a Bogotá, en donde volverían a encontrarse para fundar, el 6 de agosto de 1538, la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Tras arduas negociaciones, Belalcázar aceptó una compensación monetaria de Quesada a cambio de su renuncia a la conquista, y este último y Federmann regresaron a España para que el rey y el Consejo de Indias dirimiesen sus diferencias. Federmann moriría allí en 1542. En 1557 se publicó el relato sobre su primer viaje hacia el sur de Venezuela hasta la actual Acarigua, con el título de *Historia Indiana*.

A pesar de ir de fracaso en fracaso en el intento de hacerse con algunos de los míticos tesoros referidos en las leyendas, los Welser seguían enviando representantes a Venezuela. En 1534 fue nombrado gobernador de Coro Jorge Hohermut, llamado Jorge Espira, quien vino de Europa acompañado por uno de los herederos de la casa, Bartolomé Welser, y de Felipe de Hutten, primo de Ulrich, famoso caballero y humanista. Sus expediciones en 1541 en busca del «Hombre Dorado», los llevó al Guaviare y la Amazonia, pero no hallaron las riquezas soñadas. A su vuelta a Coro fueron recibidos con abierta hostilidad, dado que en su ausencia los Welser habían caído en desgracia a causa de su fe luterana. Como los banqueros tampoco renovaron los préstamos al emperador, el Consejo de Indias había revocado su gobierno en Venezuela (1546), haciendo caso a las voces en la Corte que pidieron la anulación de sus derechos de propiedad. La pérdida del apoyo imperial fue pronto conocida en Coro, donde un nuevo gobernador español había ocupado el puesto de Hohermuth durante su larga ausencia.

Tras regresar de un último viaje desastroso a la jungla, que costó la vida a gran parte de los miembros de la expedición, los supervivientes, Hutten y Welser, se negaron a aceptar la situación. Su «re-

beldía» y la de dos españoles fue castigada con la muerte, dando así fin a la presencia de los alemanes en Venezuela.

Aunque las quejas de la casa matriz al emperador surtieron efecto y los culpables de las ejecuciones sufrieran a su vez la pena máxima en 1548, el contrato de los Welser se extinguiría, y todas las participaciones comerciales de los banqueros en Venezuela fueron liquidadas hasta 1555.

Ello no significó, sin embargo, el abandono de los comerciantes alemanes de sus intereses en América. La presencia de los Fugger y Welser será constante tanto en Río de la Plata y Brasil como en México, en donde nombrarán representantes para encargarse de sus negocios. Entre estos hombres, que correrán todo tipo de aventuras al margen de sus actividades mercantiles, destaca Ulrich Schmidel, agente de los Welser que pasó diecinueve años en América (1534-1553). Schmidel participó con Pedro de Mendoza en la fundación de Santa María de Buenos Aires, el 2 de junio de 1535, y se dedicó durante largos años a la exploración de la jungla interior, desde Perú hasta Paraguay, buscando infructuosamente oro y plata, bien por llegar demasiado tarde o bien por equivocarse de lugar. Los peligros y fatigas sufridos en todos estos años fueron relatados en 1567 en un libro que alcanzó gran fama en Alemania ⁷.

A otra publicación debemos el conocimiento de las actividades de los primeros alemanes en Brasil. El autor, Hans Staden, naufragó a la altura de São Paulo y pasó más de dos años en la selva. Cayó prisionero de los indios tupinambás, que practicaban el canibalismo con sus enemigos portugueses, y pudo, a duras penas, escapar de este destino jurando que era alemán y amigo de los franceses, aliados de los indígenas. Tras ocho meses de cautiverio logró comprar su libertad y volver a Europa. Sus experiencias fueron publicadas repetidas veces y causaron gran emoción entre sus lectores.

La fama de México y de Yucatán convirtió a estos países en destino favorito de los alemanes. Los primeros en llegar, en 1519, fueron cinco hombres pertenecientes al ejército de Hernán Cortés que participaron en la conquista. Después, los Fugger tomarán contacto con Francisco de Montejo antes de su expedición a la península de

⁷ El título del libro de Ulrich Schmidel es *Wahrhaftige Historien einer wunderbaren Schifffahrt*. Fue reeditado en 1962.

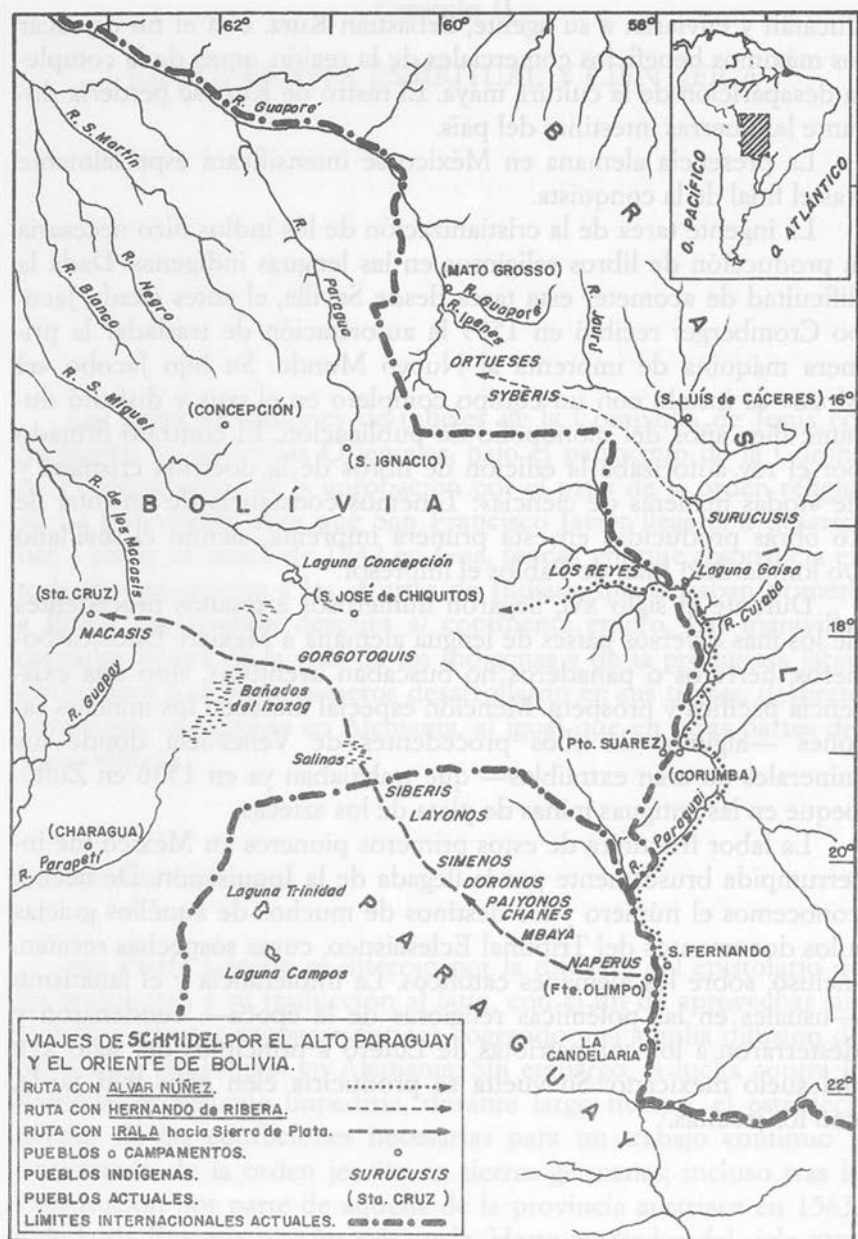


Figura 1. Croquis de los viajes de Schmidel

Yucatán y enviarán a su agente, Sebastián Kurz, con el fin de sacar los máximos beneficios comerciales de la región, antes de la completa desaparición de la cultura maya. El rastro de Kurz se perdería durante las guerras intestinas del país.

La presencia alemana en México se intensificará especialmente tras el final de la conquista.

La ingente tarea de la cristianización de los indios hizo necesaria la producción de libros religiosos en las lenguas indígenas. Dada la dificultad de acometer esta tarea desde Sevilla, el antes citado Jacobo Cromberger recibió en 1539 la autorización de trasladar la primera máquina de imprenta al Nuevo Mundo. Su hijo Jacobo «el Mozo» se instaló con un equipo completo en el país y disfrutó durante diez años del monopolio de publicación. El contrato firmado por el rey autorizaba la edición de libros de la doctrina cristiana y de «todas maneras de ciencia». Tenemos constancia de un total de 16 obras producidas en esta primera imprenta, siendo el sevillano (¿o lombardo?) Juan de Pablos el impresor.

Durante el siglo XVI, llegaron numerosos artesanos procedentes de los más diversos países de lengua alemana a México. Estos carboneros, herreros o panaderos no buscaban aventuras, sino una existencia pacífica y próspera. Mención especial merecen los mineros sajones —algunos de ellos procedentes de Venezuela donde los minerales no eran extraíbles— que trabajaban ya en 1536 en Zultepeque en las antiguas minas de plata de los aztecas.

La labor fructífera de estos primeros pioneros en México fue interrumpida bruscamente por la llegada de la Inquisición. De hecho, conocemos el número y los destinos de muchos de aquéllos gracias a los documentos del Tribunal Eclesiástico, cuyas sospechas recaían, incluso, sobre los alemanes católicos. La intolerancia y el fanatismo —usuales en las polémicas religiosas de la época— condenaron y desterraron a los compatriotas de Lutero a principios del siglo XVII del suelo mexicano. Su vuelta se produciría cien años más tarde, con los jesuitas.

Capítulo II

LA CONQUISTA ESPIRITUAL Y CIENTÍFICA

Las primeras misiones de infieles de la Compañía de Jesús comenzaron en las Indias Orientales, bajo el patrocinio de la Corona de Portugal, antes de la aprobación por el papa de la orden religiosa. La importante obra que San Francisco Javier llegaría a desarrollar a partir de mayo de 1542 en Goa, tendrá enorme resonancia en toda Europa gracias a las «Cartas de Indias», que llegaban primero a Roma, recorriendo después al continente entero. Las maravillas contadas acerca de la vida de los indígenas y de la prodigiosa labor civilizadora que los misioneros desarrollaron en sus tierras, despertó numerosas vocaciones en Alemania, al igual que en otras partes del Viejo Mundo.

LOS JESUITAS GERMANOS

San Pedro Canisio se interesó por la difusión del epistolario de los misioneros y su traducción al latín, con el fin de aprovechar sus benéficos efectos propagandísticos, logrando una amplia difusión de las «Cartas de Indias» en Alemania. Sin embargo, la lucha contra la Reforma protestante impediría, durante largo tiempo, el establecimiento de las condiciones necesarias para un trabajo continuo y coordinado de la orden jesuita en tierras germanas; incluso tras la constitución por parte de aquélla de la provincia austriaca en 1563, y de la de Renania un año más tarde. Hasta mediados del siglo XVII, la necesidad de emplear a todos los jesuitas alemanes en el combate

contra el luteranismo sólo permitió la salida a las misiones a un escaso número de hermanos.

El paso de jesuitas extranjeros al Nuevo Mundo, únicamente fue posible gracias a la intercesión del padre Diego de Torres Bollo, elegido a comienzos del siglo *xvi* procurador en España y Roma por la provincia del Perú. Este hombre, primer provincial del Paraguay, fundador del Colegio Máximo de Córdoba e iniciador de las misiones de Guyará, consiguió del Consejo de Indias la licencia para la entrada de misioneros de otras nacionalidades, con el fin de obtener los operarios intelectuales precisos para la gran labor que deseaba desarrollar en América. Con gran entusiasmo llegaron a constituirse así los dos primeros contingentes de jesuitas alemanes, formados por tres padres de Austria para las misiones de Asia, y cuatro de la Alemania Superior para las misiones de la América española. En este último grupo se encontraban el padre Andrés Feldmann, destinado al Paraguay, y Gaspar Rues, Ferdinand Reimann y Michael Durst, que se dirigían a Perú. Todos ellos tenían alrededor de 30 años y estaban dotados de cualidades intelectuales, morales y físicas excepcionales, aparte de una sólida vocación.

La profunda religiosidad, el alto nivel cultural y, sobre todo, el sentido práctico de los jesuitas alemanes para solucionar las graves deficiencias en la infraestructura de las colonias, les granjearían pronto un merecido prestigio en las Cortes de Portugal y de España. Prestigio que redundaría en el levantamiento, mediante la Real Cédula de 1674, de las limitaciones para el traslado de jesuitas alemanes a la América española. En el futuro, un tercio de los misioneros jesuitas podían ser de origen alemán. Aunque este permiso se refirió, de hecho, solamente a los miembros de la orden pertenecientes a la Asistencia de Austria; el desconocimiento de los verdaderos límites del Imperio Germano por parte de los funcionarios españoles, abriría las puertas de las posesiones hispanas a un total de 480 jesuitas alemanes, que desarrollarían allí una fecunda labor durante más de un siglo. Paradójicamente, la mayor afluencia de aquéllos al Nuevo Mundo se produciría bajo la dinastía borbónica, aunque ésta sería también responsable de la expulsión de la orden ignaciana en 1767.

De acuerdo con las necesidades de los Colegios, los alemanes se repartieron de la siguiente manera: 120 fueron al Paraguay, 100 a

Chile, 90 a México, 60 a Quito, 50 a Perú, 35 a Nueva Granada y 25 a destinos diversos.

Las regiones de los Andes estaban mucho más desarrolladas que las de La Plata y de Chile, por lo que los hermanos alemanes, expertos arquitectos, cerrajeros, ebanistas, tejedores, relojeros, farmacéuticos, etc., que habían llegado en las expediciones de 1717, 1728, 1743 y 1748, se dirigieron fundamentalmente al Cono Sur del subcontinente americano.

En Buenos Aires y en Córdoba colaboraron eficazmente en la construcción de iglesias y edificios civiles. Por ejemplo, el templo de San Ignacio de Buenos Aires, antigua «Iglesia de la Compañía», fue proyectado por el hermano Juan Kraus de Pilsen. Además, trabajaron en ella los hermanos Juan Wolf y Pedro Weber, al lado de los italianos H. Blanqui y H. Primoli. En Córdoba, H. Antoni Harschl construyó la iglesia de Santa Catalina, verdadera joya de la arquitectura colonial argentina. Otras obras menores han sido destruidas, o sus autores permanecen, desde hace siglos, en el anonimato.

En Chile, sobre todo en las misiones indianas del sur, los religiosos germanos han dejado huellas permanentes en la cultura y en la historia del país. El primero en destacar en esta región fue el tirolés Johann Bitterich de Landeck, escultor de las bellísimas estatuas de los santos jesuitas en la iglesia de la Orden en Bamberg. A su llegada a Chile en 1716, no sólo trabajó en obras de arte, sino que también fue un arquitecto famoso y el primer constructor de sistemas artificiales de riego. En 1722 llegó un nuevo grupo de alemanes en el cual destacarían por su destreza el arquitecto Michael Herre, el constructor austriaco Anton Miller y el ebanista Adam Engelhard, quienes completaron las obras de Bitterich.

La fama de estos hombres aumentó el deseo de las autoridades religiosas de contar con un mayor número de hermanos alemanes coadjutores. Con este encargo se trasladó a Alemania el padre Carlos Haimbhausen, hijo de los condes de Haimbhausen de Baviera que había llegado a Chile en 1724. Allí fue profesor de teología dogmática en el Seminario de Concepción, durante 14 años procurador de la provincia, y durante 10 rector del Colegio Máximo de Santiago de Chile. Fue, asimismo, instructor de Tercera Probación y confesor del obispo y del presidente-gobernador del reino. De vuelta a Europa, el padre Haimbhausen no sólo buscó expertos artesanos en

los Colegios de la Orden ignaciana, sino que se trasladó a importantes talleres de Augsburgo, Múnich y Nuremberg, en donde consiguió entusiasmar a un buen número de expertos en diferentes artes y oficios para la misión chilena.

Gracias a su parentesco con el emperador de Austria, del cual era primo, Haimbhausen obtuvo el permiso del monarca español de regresar a Chile con 45 coadjutores alemanes y con 386 cajones y fardos, que contenían los materiales comprados por él en Europa. En la declaración jurada correspondiente figuran:

9 cajones de seda blanca; 32 fardos de papel de a 17 resmas cada uno; 16 cajones de láminas, cruces, rosarios, medallas, libros de Roma y Barcelona; 6 cajones de estatuas y listonerías; 43 cajones con clavos de hierro, hechuras de hierro, etc.; 13 cajones con libros; misales y brevarios de Venecia; 1 cajón con seda de flores; 6 cajones de Múnich con libros y munúsculos; 16 cajones de lienzos frontales de batán, telas de Lyon con galones de oro y plata; 5 cajones de Augsburgo con instrumentos musicales; 33 cajones con herramientas para los hermanos coadjutores; 44 cajones con libros de España; 4 cajones con tártaro para plateros; 6 cajones con artículos de farmacia; cinco cajones con elementos para instalar una imprenta y 16 cajones con víveres ¹.

La llegada de todos estos tesoros a la finca Calera de Tango, situada a unos 30 km al sur de la capital, convirtió a aquélla en un importante centro artesanal en Chile y también en una importante escuela profesional para indígenas.

El padre Haimbhausen era también primo de la reina de Portugal, Juana de Austria, a la cual visitó antes de embarcarse en Lisboa, no sin haber relatado a su pariente las penurias económicas del Colegio de Santiago de Chile, que impedían decorar adecuadamente su iglesia. Conmovida, la piadosa señora entregó a su primo joyas de gran valor, que sirvieron para pagar muchas deudas y para hacer importantes mejoras en dicha iglesia. Entre los objetos que confeccionaron los plateros alemanes se cuenta una custodia en la que se colocaron topacios, rubíes, esmeraldas, diamantes y otras piedras preciosas de la reina de Portugal. Esta bella obra de arte es aún hoy el orgullo de la catedral.

¹ Vicente D. Sierra, *Los jesuitas germanos en Hispano-América*, p. 240

Desgraciadamente, la mayoría de las obras de los religiosos alemanes en Calera de Tango desaparecieron a causa de terremotos, incendios o destrucciones intencionadas tras la expulsión de los jesuitas.

También en las reducciones de Paraguay encontramos vestigios de la importante labor de los jesuitas alemanes. El más destacado fue, sin duda, el padre Anton Sepp. Llegado en 1690, acometió enseña un fructífero trabajo pionero: introdujo nuevos productos agrícolas y métodos de producción; fundó escuelas para artesanos; mejoró las viviendas de los indios. Fue un gran maestro de música, método clave para la instrucción de los indios, y fue, en definitiva, un gran propagandista de las misiones en el Paraguay.

A partir de 1716 llegarían numerosos refuerzos de Alemania: expertos en matemáticas, dibujo, pintura, música y otras especialidades. A ellos se debe en gran parte el auge económico y social de los pueblos guaraníes en esta época. Después de 1732, los alemanes participarán en todas las decisiones importantes tomadas en estas reducciones ².

El destierro de los jesuitas significó también el abandono de las maravillosas obras realizadas por los religiosos españoles y alemanes. La mayoría de las más de treinta iglesias y otros edificios fueron destruidos durante las luchas por la posesión de estos territorios en los primeros decenios del siglo XIX. Lo demás sería invadido, poco a poco, por la selva.

ALEXANDER VON HUMBOLDT

Probablemente, el alemán más conocido en Centro y Sudamérica sea Alexander von Humboldt. Los viajes que el famoso científico realizó a aquellas tierras entre 1799 y 1804, son considerados por muchos como el «redescubrimiento» del Nuevo Mundo ³. Simón Bolívar se refería a él, como «el Barón de Humboldt, cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos los conquistadores» ⁴, en una carta dirigida a su amigo Francia, el 22 de octubre de 1823,

² Félix Alfred Plattner, *Deutsche Meister des Barock in Südamerika im XVII. und XVIII. Jahrhundert*, pp. 25-26.

³ Vid. P. K. Schäfer (ed.), *Alexander von Humboldt. Die Wiederentdeckung der Neuen Welt*.

⁴ *Apud*. C. Liesegang, *Deutsche Berg- und Hüttenleute in Süd- und Mittelamerika*.

Von Humboldt, nacido en 1769 en Berlín, era hijo de un oficial y alto funcionario prusiano y de una madre de familia burguesa, acomodada y culta, pero al mismo tiempo fría y distante, que, según los testimonios del propio Alexander, nunca había transmitido a sus hijos el calor de un verdadero hogar. Quizás sea ésta una de las causas por las cuales el joven buscaba desde temprana edad su independencia. La ocasión llegaría con la muerte prematura de Marie Elisabeth von Humboldt, el 19 de noviembre de 1796, a la edad de cincuenta y cinco años, a causa de un cáncer de mama.

La parte de la herencia que corresponde a Alexander haría posible el abandono del puesto de «Oberbergmeister» y asesor que ocupaba en el Estado prusiano, tras haber finalizado sus estudios de minería en Freiberg/Sajonia. Aficionado desde su adolescencia a las ciencias naturales, especialmente a la botánica y la mineralogía, el afán de viajar por tierras extrañas para encontrar e investigar *in situ* las maravillas de la naturaleza, le había obsesionado ya desde los 17 años.

Sus primeros trabajos científicos fueron, en 1790, tres ensayos sobre basaltos en la zona del Rin. Un viaje de estudios mineros lo llevó en junio de 1790, bajo la dirección de Georg Forster, a Inglaterra, donde visitó varias minas de carbón. A continuación, estudió en la Academia Minera de Freiberg/Sajonia minería, matemáticas, siderurgia y, sobre todo, geología y mineralogía. Poco antes de comenzar sus estudios, había entrado al servicio del Estado prusiano en la Administración de la Minería, primero como asesor minero y después como «Oberbergmeister» y «Oberberggraf». Aunque se le ofreció el alto rango de «Berghauptmann», Alexander tomó la decisión, ya señalada, de poner en práctica sus sueños de aplicar sus conocimientos en la exploración de lejanos países.

Los planes del naturalista, que quería estudiar primero los volcanes italianos, chocaron con la política napoleónica, que había convertido a Europa en un campo de batalla. También las Indias Occidentales estaban involucradas en la guerra marítima entre las flotas hispano-francesa e inglesa.

Pasaron meses de espera, primero en Salzburgo y después en Viena, que llenaba con nuevos estudios y ensayos con sus instrumentos físicos y astronómicos. Finalmente se trasladaría, en abril de 1798 a París, donde se encontraba su hermano Guillermo, con el fin

de buscar un cambio en su suerte. El veterano Bougainville, que había dado la vuelta al mundo, proyectaba una repetición del viaje y quería la compañía de Humboldt; pero el Directorio francés sustituyó al anciano almirante por el capitán Baudin, que, a su vez, reiteró la invitación al científico alemán. Pero también esta idea sería aplazada, debido al reinicio de la guerra contra Francia de gran parte de los estados europeos, que, encabezados por Inglaterra, se habían unido en la Segunda Coalición.

En su desesperación, Humboldt decide entregar su destino a la casualidad, intentando abandonar Europa vía Marsella en dirección a Marruecos, donde desea estudiar la cordillera del Atlas. Pero el buque *Jarama*, que debía llevarle a él y al botánico y también médico, Aimé Bonpland, que había decidido unirse al naturalista, sufre un serio accidente cerca de la costa portuguesa y debe refugiarse en Cádiz para su reparación.

Ante tal percance, los científicos prosiguen el viaje a España, haciendo gran parte del camino a pie (Barcelona, Valencia y luego Madrid), sin saber muy bien con qué fines. En la capital española se cumplirían finalmente, y como un milagro, sus sueños de emprender un largo viaje a ultramar.

Por mediación del enviado sajón en la Corte española, Philipp, barón von Forell, amante y promotor de la mineralogía, Humboldt consigue entablar contacto con el joven ministro de Estado Mariano Luis de Urquijo, que conoció al naturalista en sus tiempos de secretario de Legación en Inglaterra.

El primer pasaporte concedido gracias a la recomendación del diplomático sajón no satisface a Humboldt, que desea obtener mayores garantías para poder realizar su labor sin ningún tipo de cortapisas y sin temor a arbitrariedades gubernamentales respecto al libre transporte de sus instrumentos y a la colección de todo tipo de materiales. A finales de marzo de 1799, es recibido por la familia real en Aranjuez, donde puede exponer personalmente a Carlos IV la importancia de su empresa. Tras prometer al monarca coleccionar piedras y plantas para los gabinetes naturales de Madrid, a Humboldt se le entrega, ¡al fin!, el 7 de mayo de 1799 un segundo y amplísimo permiso para visitar, acompañado de Bonpland, «todos los dominios españoles de ultramar y de acometer en ellos estudios de minería, colecciones, observaciones y descu-

brimientos para el progreso de las Ciencias Naturales». Su Majestad ordena

a los Capitanes Generales, Comandantes, Gobernadores, Intendentes, Jueces Superiores y todas las autoridades judiciales y personas correspondientes, de no poner impedimento alguno al dicho Sr. Alejandro Federico Barón de Humboldt en su viaje, ni de obstaculizar en los lugares señalados el transporte de sus instrumentos y aparatos para la física, química, astronomía y matemática, ni de entorpecer sus observaciones y experimentos que estime oportunos, así como la colección de plantas, animales, semillas y piedras, mediciones de las montañas o análisis de su composición...⁵.

Por el contrario, el rey ordena a todas las personas implicadas prestar el máximo apoyo al científico alemán y brindarle la ayuda y protección que pudiese necesitar.

Humboldt había alcanzado lo inimaginable. Él mismo escribe al respecto:

En marzo de 1799 fui presentado a la Corte en Aranjuez, el Rey dignó acogerme con mucha bondad. Nunca se había concedido a un viajero un permiso más ilimitado, nunca había sido honrado un extranjero con tanta confianza de parte del Gobierno español (*sic*)⁶.

Faltaba por solventar el problema financiero para que el anhelado viaje a la América española pudiera comenzar. Aunque la herencia de su madre le había aportado una fortuna, gran parte de ella se encontraba invertida en hipotecas imposibles de liberar. Gracias a la amistad que mantenía desde su juventud, con los entonces niños Moises Mendelssohn y con la familia de David Friedländer, estos banqueros le darían crédito sin exigir las garantías habituales. Humboldt, que no recibía subvención alguna de ninguna entidad científica, tuvo que emplear todo su capital personal en el viaje.

Los viajeros abandonaron Madrid a mediados de mayo de 1799 y se embarcaron en La Coruña con rumbo a Cuba. Tras 13 días de travesía, llegaron a las Islas Canarias donde Humboldt se detuvo para estudiar, durante unos días, el pico del Teide en Tenerife. La

⁵ P. K. Schäfer, *op. cit.*, p. 17 (trad.).

⁶ H. P. Frhr. v. Humboldt-Dachroeden, «Alejandro von Humboldt e Ibero-América», en *Ibero-América y Alemania*, Ed. C. Heymanns, Berlín, 1933, p. 230.

islas impresionan muy favorablemente al naturalista, que dejará constancia de su entusiasmo por ellas en las primeras páginas de su diario del viaje.

El 25 de junio, el velero *Pizarro* siguió su rumbo al Nuevo Mundo. Unas fiebres tifoideas le obligó a desembarcar a sus pasajeros en el puerto de Cumaná, en vez de continuar hacia Cuba. Allí comenzaría la inmensa labor que el científico desempeñaría durante cinco años.

Primero se trasladó a Caracas, desde donde emprendió exploraciones geográficas, botánicas y meteorológicas. Después siguió un penoso viaje, por Calabozo y San Fernando de Apure, hacia una región habitada solamente por algunos misioneros. De aquí, la expedición llegó, atravesando el cañón Pimichín, al río Negro y hasta la frontera del Brasil. Por fortuna, los científicos abandonaron la idea de seguir hasta el río Amazonas, porque las autoridades brasileñas habían dado orden de prenderlos al pisar territorio brasileño y de apoderarse de sus instrumentos, por creer que la expedición era peligrosa para el Estado ⁷. Humboldt regresó por el Casiquiare al Orinoco, donde pudo comprobar la bifurcación del mismo y del río Negro, cumpliendo con ello el objetivo principal de su viaje por aquellas regiones, entonces en estado completamente virgen. Los exploradores habían pasado por todo tipo de peligros a causa de animales salvajes y de los indios, y habían sufrido mucho a causa del clima y de los mosquitos. Finalmente, llegarían muy fatigados a Angostura, llamada ahora Ciudad Bolívar y antigua capital de la Guayana española, donde fueron recibidos con mucha amabilidad por el gobernador, don Felipe de Ynciarte. El regreso a Cumaná se hizo a bordo de un barco contrabandista cargado de cacao.

El siguiente destino fue Cuba, a donde llegaron, tras una travesía de 25 días, el 19 de diciembre de 1800. Humboldt y Bonpland se dedicaron durante tres meses a explorar los entornos de La Habana y a realizar observaciones astronómicas. Cuando estaban a punto de dirigirse a México, recibieron la noticia de que el capitán Baudin se hallaba en camino hacia el océano Pacífico, con el fin de realizar la vuelta al mundo. Como Humboldt había prometido acompañarle, decidió, en contra de los consejos de sus amigos, diri-

⁷ H. P. Frh. von Humboldt-Dachroeden, *op. cit.*, p. 230.

girirse a la costa occidental de Sudamérica. Diversos avatares llevarán a los exploradores a Cartagena, siguiendo después el viaje por el Magdalena a Santa Fe de Bogotá, Popayán y Quito. Aquí, Humboldt estudia las variantes de intensidad de los campos magnéticos terrestres del polo al Ecuador. Tras la ascensión al volcán Pichincha, seguirá la del Chimborazo, subiendo Humboldt hasta 5.810 m, la mayor altura alcanzada hasta entonces por un europeo. Aunque el naturalista alemán no pudo coronar la cumbre, logró recoger gran cantidad de material científico. Al enterarse de que Baudin había seguido una ruta distinta de la inicialmente proyectada, Humboldt se dirigió a Loxa, al Amazonas, a Trujillo y a Lima, atravesando cinco veces los Andes por los antiguos caminos de los incas. En esta última ciudad, Humboldt observó y determinó la corriente marina del Polo Sur que se extiende a lo largo de la costa occidental de América del Sur y que desde entonces lleva su nombre. Sus estudios le retuvieron en la costa hasta 1803, fecha en que saldría vía Guayaquil hacia el puerto mexicano de Acapulco. Aquí tuvo que quedarse algún tiempo, ante la imposibilidad de pasar los distritos costeros azotados por la fiebre. Después partió hacia Tierra Colorada y Chilpancingo por el cañón del Papagayo, desde donde siguió el camino hacia la capital. A su llegada, los exploradores fueron recibidos amablemente por el virrey Iturrigaray, quien les ofreció todo tipo de facilidades para sus trabajos. Humboldt se dedicó, aparte de a sus investigaciones naturalistas, al estudio de los numerosos archivos y bibliotecas de la ciudad. Después, tuvo ocasión de recorrer todo el país, deteniéndose especialmente en la ciudad minera de Guanajuato. El 19 de septiembre ascendieron al volcán Jorullo, surgido repentinamente en 1759. Descendieron a 250 pies por el cráter central, logrando analizar el aire saturado de azufre, además de contar más de dos mil pequeñas fumarolas ⁸.

En enero de 1804, Humboldt volvió a emprender otro viaje hacia el lado oriental de las cordilleras de México, midiendo trigonométricamente la altura de los volcanes Popocatepete, Iztaccihuatl y de las pirámides de Cholula. Finalmente, el 7 de marzo, los naturalistas se embarcaron en Veracruz, recogieron las colecciones que habían dejado en La Habana en 1800, y se dirigieron a Filadelfia, en

⁸ Brígida Margarita von Mentz de Boege, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, p. 26.

los Estados Unidos. Humboldt quería entrevistarse allí con Jefferson, a quien admiraba mucho. El encuentro con el presidente americano y el secretario de Estado, James Madison, fue muy satisfactorio. Humboldt pudo ofrecer a ambos estadistas información importante acerca del territorio fronterizo a La Luisiana, en litigio con los Estados Unidos tras su venta a este país por parte de Napoleón en 1803.

Tras dos meses de estancia en Norteamérica, Humboldt y Bonpland embarcaron en la desembocadura del Delaware para regresar a Europa, arribando a Burdeos en agosto de 1804.

El científico alemán había recorrido en el continente americano 17.000 kilómetros por mar y por tierra, adentrándose en territorios casi o totalmente desconocidos por el hombre blanco. Esta empresa grandiosa ha convertido a Alexander von Humboldt en padre de la geografía climatológica, de la física marítima, de la fitogeografía y de la vulcanología. Los resultados científicos de esta expedición sin precedentes quedarían recogidos en los 30 volúmenes de su obra *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente hecho entre 1799 y 1804 por Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland*, obra que sería publicada en París, entonces centro científico de Europa, en lengua francesa a partir de 1807. Los gastos de la inmensa publicación, editada con 1.434 láminas de cobre, ascendían a más de 780.000 Francos. La enorme suma absorbió toda la fortuna de Humboldt que no se benefició de su venta, sino que acabó en completa bancarrota; intentando, de pleito en pleito, salvar algo de la subasta general de sus bienes. El hombre que había sacrificado una carrera segura en el Estado prusiano para ser independiente y dedicar su vida a las ciencias, tuvo que pasar por su causa muchos años de su vida agobiado por deudas y créditos que nunca podría devolver. Su gran biblioteca de 17.000 tomos, legada a su fiel criado Seifert en agradecimiento por sus servicios, que Humboldt no podía pagar adecuadamente, sería malvendida por éste a una casa de Londres, en donde perecería en su mayor parte en un incendio.

El alemán más famoso en la América española, y que serviría en lo futuro de punto de referencia para ejemplificar muchas de las virtudes atribuidas al pueblo germano, murió en mayo de 1859 en su ciudad natal pocos meses antes de cumplir los 90 años.

LOS PIONEROS

SEGUNDA PARTE

EL CRISOL NORTEAMERICANO

La iniciativa de la colonización norteamericana no fue obra de una nación como en el sur, sino de compañías comerciales, que organizaban y financiaban las expediciones asumiendo sus riesgos económicos. Esta nueva epopeya sólo pudo acometerse cuando la decadencia del Imperio Español había avanzado lo suficiente para impedirle la defensa de sus derechos, arrojados en el Tratado de Tordesillas.

A partir de finales del siglo XVI, sociedades mercantiles de Inglaterra, Francia, Holanda y Suecia rivalizarán en explorar y explotar las tierras vírgenes de la costa este de Norteamérica, intentando crear asentamientos fijos en los territorios ocupados, con el fin de garantizar el mantenimiento de estas bases. Ingleses y franceses quedarán victoriosos en la lucha por la soberanía en gran parte de las colonias fundadas, adueñándose los primeros, después de la guerra de los Siete Años (1756-1763), de todos los territorios situados al norte de las posesiones españolas.

AL SERVICIO DE HOLANDA Y SUECIA

Entre los primeros exploradores enviados por Holanda y Suecia al nuevo mundo, destacarán también dos alemanes del Bajo Rin: Hendrick Christiaensen y Peter Minuit.

Capítulo III

LOS PIONEROS

Casi cien años después de la llegada de los españoles a América, comenzaría la conquista del norte del continente, en condiciones muy diferentes a las que aquéllos habían encontrado, dando lugar al nacimiento de un Estado con características singulares.

La iniciativa de la colonización norteamericana no fue obra de una nación como en el sur, sino de compañías comerciales, que organizaban y financiaban las expediciones asumiendo sus riesgos económicos. Esta nueva epopeya sólo pudo acometerse cuando la decadencia del Imperio Español había avanzado lo suficiente para impedirle la defensa de sus derechos, arrogados en el Tratado de Tordesillas.

A partir de finales del siglo XVI, sociedades mercantiles de Inglaterra, Francia, Holanda y Suecia rivalizarán en explorar y explotar las tierras vírgenes de la costa este de Norteamérica, intentando crear asentamientos fijos en los territorios ocupados, con el fin de garantizar el mantenimiento de estas bases. Ingleses y franceses quedarían victoriosos en la lucha por la soberanía en gran parte de las colonias fundadas, adueñándose los primeros, después de la guerra de los Siete Años (1756-1763), de todos los territorios situados al norte de las posesiones españolas.

AL SERVICIO DE HOLANDA Y SUECIA

Entre los primeros exploradores enviados por Holanda y Suecia al nuevo mundo, destacarán también dos alemanes del Bajo Rin: Hendrick Christiansen y Peter Minuit.

El 16 de julio de 1581, siete provincias del norte de los Países Bajos se independizaron del dominio español y fundaron los Estados Generales Republicanos, bajo el liderazgo de la casa de Orange. La subsiguiente guerra contra España duraría hasta el armisticio de 1609, que supuso un tácito reconocimiento de su independencia.

Durante este tiempo, los Estados Generales se habían convertido en una fuerza comercial marítima de primer orden. La primera expedición a las Indias tuvo lugar de 1595 a 1597, y en 1602 se creó la Compañía de las Indias Orientales. El navegante inglés Henry Hudson hizo a servicio de ésta dos viajes, en 1607 y 1608, con el fin de descubrir en el noroeste un paso a la India. En 1609 encontraría en el continente la desembocadura del río que llevará su nombre. Su labor será continuada por el explorador holandés Adriaen Block, acompañado por Hendrick Christiansen. Ambos descubrieron la importancia del negocio de pieles en la región, y construyeron unas cabañas de madera como base para el comercio en la punta sur de la isla Manhattan. Esto constituyó el primer asentamiento holandés en América, que pronto sería seguido por otro algo más al sur, el fuerte Nassau. Su comandante, Christiansen, consiguió establecer buenas relaciones con los indios. Sus éxitos en la exploración del río Hudson y en el comercio de pieles le valieron el reconocimiento de la Compañía que le otorgó, tras su vuelta a Holanda, al mismo tiempo que a otros doce comerciantes, el privilegio de organizar en tres años cuatro viajes a los territorios descubiertos en «Nueva Holanda».

Peter Minuit de Wesel fue uno de los más importantes pioneros coloniales en América del Norte. Dos estatuas, una en Manhattan y otra en su ciudad natal, le dedican un recuerdo permanente.

La colonia de «Nueva Holanda» no progresó como la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales había esperado. La rivalidad de los colonos ingleses obligó al abandono del fuerte Nassau y el comercio de pieles languideció. El hombre elegido por la Compañía para poner remedio a este estado de cosas fue el comerciante Peter Minuit, nombrado gobernador general de Nueva Holanda el 19 de diciembre de 1625, que llegó a su destino el 4 de mayo de 1626. Dispuesto a fundar una colonia permanente, Minuit entró en negociaciones con los indios para comprarles la isla de Manhattan. Lo

consiguió por el módico precio de sesenta florines (unos 24 dólares) en especie, es decir, en perlas de cristal, tejidos y paños.

La isla, entonces cubierta de bosques y rica en caza mayor y menor, dio prosperidad a «Nueva Amsterdam», que logró también establecer relaciones comerciales con la colonia inglesa de Plymouth. La advertencia inglesa de que reclamaba todo el territorio situado al norte del paralelo 40 no consiguió, de momento, impresionar a los holandeses, que se arrogaban los mismos derechos.

A pesar de sus buenos oficios, Peter Minuit no pudo permanecer mucho tiempo en su puesto, a causa de un enfrentamiento con algunos directores de la Compañía. Pero su obra en el Nuevo Mundo no acabaría con su vuelta a Holanda en 1632.

Algunos años después pondrá su talento al servicio de la Corona sueca. Gustavo Adolfo II había escuchado los planes del holandés Willem Usselinx, co-fundador de la Compañía de las Indias Occidentales, que pretendía crear en América del Norte un imperio colonial al estilo español, plan desdeñado por los directores de su Compañía. Para poner en práctica su proyecto, Usselinx fundó en 1624 la «Compañía Austral» y logró su propósito, a pesar de la muerte del monarca sueco en Lützen. Dado que no se encontraban suficientes voluntarios suecos para emigrar, se realizó una campaña propagandística en Alemania con el fin de reclutar colonos. La *Argonáutica Gustaviana*, primer panfleto redactado en lengua alemana, apareció en 1633. Su texto justifica, en primer lugar, el derecho de Suecia y de Alemania a establecer colonias en ultramar, para luego relatar la vida maravillosa y pacífica que esperaba a los colonos en América, lejos de la guerra. Todavía pasarían algunos años hasta que Usselinx, que había alcanzado el rango de ministro en el gabinete sueco, organizara la primera expedición, contando con los servicios de Peter Minuit, quien guiaría la nave hacia las tierras entre Virginia y Nueva Holanda. En marzo de 1638 alcanzó la expedición el actual Estado de Delaware donde, tras la fundación del «Fuerte Cristina», los colonos comenzaron, bajo el gobierno de Minuit, a trabajar las tierras que luego se convertirían en el granero de Nueva Inglaterra.

Minuit murió en un naufragio en 1641. En agosto de 1655, el holandés Peter Stuyvesant conquistó sin violencia «Nueva Suecia» y la incorporó a Nueva Holanda, acabando así con la presencia oficial

del país escandinavo en suelo americano. Los colonos «suecos», en su gran mayoría emigrantes de Pomerania y de Prusia Occidental, fueron quienes echaron las raíces de los primeros árboles genealógicos alemanes en Norteamérica.

En 1664, la rendición de «Nueva Holanda» al capitán británico Richard Nicholls, que se efectúa sin un solo tiro, otorgará a Inglaterra el monopolio de los asentamientos coloniales en la costa atlántica de Norteamérica, desde Nueva Inglaterra hasta Florida.

Pero en la antigua colonia holandesa, ahora llamada Nueva York en honor de su nuevo propietario, el descontento con la administración inglesa llevará a otro alemán a desempeñar un papel importante, cuando en Inglaterra estalla la Revolución Gloriosa (1688). Jacobo Leisler, rico comerciante procedente de Frankfurt, encabezará en 1689 un levantamiento de la población ante la negativa del gobernador inglés de la colonia, Francis Nicholson, a reconocer el Gobierno de Guillermo de Orange, y ante los rumores de que deseaba preservar la colonia para el depuesto rey católico, Jacobo II, con ayuda de los franceses e indios del Canadá.

Inducido por el pueblo, Leisler y sus partidarios se hicieron dueños de Nueva York, proclamando su adhesión a Guillermo III. Intrigas del gobernador huido, que negó sus reticencias iniciales hacia la nueva monarquía, así como la desconfianza de las autoridades inglesas de las intenciones de Leisler, impidieron el reconocimiento de su valiente actuación. A pesar de demostrar nuevamente su competencia y lealtad como gobernador de Nueva York, durante la guerra de Luis XIV de Francia contra Guillermo III, sus enemigos lograron su condena por alta traición. Leisler fue ejecutado el 16 de mayo de 1691. Cuatro años más tarde, el Parlamento inglés reconoció el error de la justicia, rehabilitando el nombre del emigrante alemán que, durante dos años y medio, había gobernado Nueva York con el apoyo popular, en nombre de Guillermo de Orange.

PENNSYLVANIA, TIERRA PROMETIDA

Había algunos artesanos alemanes (Unger, Keffer y Volday) entre el grupo de colonos que consiguieron establecer la primera colonia en Virginia en 1607 bajo las ordenes del capitán Smith. Eran

hombres rudos y obstinados que destacaron por su espíritu de trabajo frente a las veleidades aristocráticas de los emigrantes ingleses. Otros (el doctor Johannes Lederer y John Loderer) exploraron por primera vez las regiones occidentales de las colonias de Nueva Inglaterra. El primer gran asentamiento fijo de alemanes tuvo lugar en Pennsylvania en 1683.

El «Santo Experimento» que William Penn llevó a cabo en el Nuevo Mundo fue posible gracias a las obligaciones del Estado inglés, legado por su padre, el almirante Sir William. Penn pertenecía a la secta de los cuáqueros, fundada a mediados del siglo XVII en Inglaterra. La guerra de los Treinta Años había devastado Europa, dejando una estela de desolación y miseria. Mucha gente sentía horror ante las matanzas cometidas en nombre de la religión, sentimiento que llevó a la aparición de grupos de descontentos que buscaban la vuelta a los orígenes del cristianismo y deseaban vivir una vida sencilla y pacífica. Los cuáqueros tomaron contacto con ellos a través de una labor misionera que abarcaba el mundo entero, desde Constantinopla hasta las Indias Occidentales, enfrentándose en todas partes a la hostilidad de los Gobiernos y de las Iglesias oficiales, temerosos de que el movimiento pudiera poner en peligro el orden social y político existente.

En Alemania se reconocían, a partir de 1648, tres confesiones, la católica, la protestante y la reformista. Las sectas se encontraban fuera de la ley y fueron, por tanto, perseguidas en grado distinto según el talante del príncipe de cada región. Consecuencia lógica de esta situación, era la proclividad de los sectarios a emigrar en busca de una tierra en donde pudieran crear una comunidad autónoma, y vivir su fe diariamente según sus normas. William Penn se dirigió, en dos viajes misioneros a Alemania, a estos círculos pietistas para animarlos a emigrar a los territorios americanos, situados al oeste del río Delaware, que el Gobierno inglés le había concedido a cambio de las 16.000 libras adeudadas. «Pennsylvania» sería la tierra prometida para el mayor número de alemanes que emigraran a América. Los primeros fueron trece familias menonitas de Krefeld, que llegaron a Filadelfia en el barco inglés *Concorde* el 6 de octubre de 1683, día que los descendientes alemanes suelen celebrar aún como el comienzo de su colonización en Norteamérica.

El viaje fue organizado por Franz Daniel Pastorius, doctor en leyes, que había tenido la oportunidad de conocer a miembros influyentes de la sociedad alemana de su tiempo, cuya vanidad y ambición mundanas despertaron en él indignación y rechazo. Atraído por un círculo pietista de Frankfurt, se convertiría en el interlocutor de William Penn para organizar la emigración de algunos miembros de este grupo y del de Krefeld. Con tal fin, empezó el viaje en abril de 1683 en el barco *América*, en compañía de nueve alemanes, arribando a Filadelfia el 20 de agosto de 1683. William Penn, que había llegado unos 10 meses antes, recibió a Pastorius con gran amabilidad, y ambos prepararon la llegada de las trece familias de Krefeld. Esta comunidad se encontraba muy unida, no sólo por lazos de sangre, sino también profesionales, dado que la mayoría de ella eran tejedores de lino.

Los emigrantes alemanes recibieron un total de 5.700 acres de tierra para construir «Germanopolis» («Germantown»); 2.675 para las dos sociedades; 200 acres para Daniel Pastorius y otros 150 para Georg Hatzfelder. Además, se asignaron a Pastorius otros 15.000 acres, con la condición de poblarlos en un año con al menos treinta familias, proyecto que nunca llegó a realizarse.

La ciudad alemana fue dividida en cuatro zonas: la del sur, con 2.750 acres, se llamó «Germantown»; las áreas colindantes fueron Griesheim, con 884 acres; Sommerhausen, con 900, y Krefeld, con 1.166 acres.

La parte central de Germantown fue parcelada en 55 partes iguales de 50 acres cada una. Una calle ancha, bordeada por melocotoneros, comunicaba las casas, provistas todas de un huerto de tres acres.

La vida en la ciudad estaba estrictamente reglamentada. El 12 de agosto de 1689, William Penn concedió a los habitantes de Germantown el derecho a su propia administración, aunque la confirmación real de este derecho sólo llegaría el 3 de mayo de 1691. Franz Daniel Pastorius, en opinión de muchos historiadores «el hombre más culto de su época», gracias a su capacidad de hablar ocho idiomas, sería el primer alcalde que gobernara la ciudad, acompañado de un Consejo: cada 19 de noviembre se leían las nuevas leyes ante la comunidad. En la misma reunión se repartían las labores comunitarias. Aquellos que no podían cumplir con su deber, tenían que pagar seis chelines por día o enviar un sustituto.

A partir de enero de 1702 los habitantes nuevos tenían que inscribirse en un censo y pagar 6 chelines en concepto de registro. Cada 6 semanas se celebraban juicios para escuchar quejas y castigar posibles faltas. Los «crímenes» solían limitarse a borracheras, ventas irregulares de tierras y ganado suelto. Los anales cuentan, por ejemplo, que Peter Kürlis, dueño de una taberna y probablemente el primer alemán en América dedicado a este negocio, fue una vez condenado por negarse a alojar visitantes. En otra ocasión, el mismo individuo había vendido más alcohol del autorizado por persona y día: una cuarta pinta de ron o de cerveza. Su justificación fue «Las personas son capaces de beber más. No puedo ni quiero obedecer»¹.

La afición germana al consumo de cerveza, ajena a la tradición americana, traería en lo futuro más de un disgusto a los alemanes. Las controversias por su causa durarán incluso hasta nuestro siglo.

Germantown perdió su autonomía en 1707 por culpa de sus deudas surgidas por la imposición de tres impuestos: los de la propia ciudad, los de Filadelfia y los de Pennsylvania. En 1854 sería unida a Filadelfia, convirtiéndose en su distrito número 22.

Franz Daniel Pastorius fue, hasta su muerte, el alemán más relevante en Norteamérica. Entre sus méritos se encuentra la redacción de la primera protesta pública en las colonias contra la esclavitud. Sus compatriotas, que habían huido de su patria a causa de las persecuciones religiosas y de las presiones de las autoridades, creían que el tráfico de esclavos era incompatible con la fe cristiana. El escrito, redactado en inglés, fue aprobado por la comunidad de Germantown en 1688 y dirigido a la asamblea mensual de los cuáqueros en Lower Dublin. El texto exigía que, al lado de la libertad de conciencia existente en Pennsylvania, se garantizase la de las personas, que no debían ser secuestradas y vendidas como ganado. La protesta pasó de la Asamblea de Lower Dublin a la trimestral de Filadelfia, y de allí a la anual de Burlington, pero la cuestión era demasiado espinosa para obtener un respaldo oficial. Sólo en 1711 se pronunciarían los cuáqueros públicamente contra la esclavitud, decretando en Pennsylvania una ley contra la importación de cautivos

¹ Vid. Armin M. Brandt, *Bau Deinen Altar auf fremder Erde. Die Deutschen in Amerika - 300 Jahre Germantown*, p. 97.

negros e indios, ley que sería anulada inmediatamente por el Gobierno inglés.

Pastorius destacó también en el ámbito de la enseñanza. Desde 1698 hasta 1700 fue director de la escuela cuáquera en Filadelfia y después fundó un colegio alemán en Germantown, el primero en las colonias americanas. Sus logros fueron reconocidos y recordados en un acto de homenaje en el año 1920, durante el cual fue descubierta una estatua suya, situada en el Parque Vernon de Filadelfia.

El asentamiento alemán en Germantown marcó el comienzo de un núcleo de inmigración germana que se convertiría en el más importante de Norteamérica. Otras sectas se sentían atraídas por la libertad de conciencia y de prácticas religiosas ofrecidas por William Penn buscando, al mismo tiempo, la cercanía de sus paisanos que les facilitarían la adaptación a la nueva vida. El continuo crecimiento de la colonia dio también lugar a enfrentamientos entre las diferentes confesiones, llevando a la división y separación de algunas de ellas, que se trasladaron a lugares más apartados. Una de estas subsectas, los místicos de Johannes Kelpius, dedicados a la meditación y al ocultismo, contribuyeron a crear la fama de brujería que siempre ha rodeado a los alemanes de Pennsylvania. Aún hoy se encuentran en la región «signos mágicos» grabados en graneros y establos.

Aportaciones culturales

Entre los alemanes que emigraban a Pennsylvania había muchos artesanos, carpinteros, panaderos, zapateros, sastres, molineros, etc., que encontraron fácilmente trabajo.

La mayoría de ellos logró, más tarde o más temprano, tener una casa y granja propias. Estas últimas se destacaban de las de otras nacionalidades por la altura de sus graneros, la extensión de sus huertas y la limpieza de toda la finca. Los alemanes solían tener buena vista para comprar las tierras más fértiles y, al contrario que los colonos ingleses e irlandeses, se establecieron casi siempre de forma permanente en el mismo lugar. Deseaban vivir en una comunidad estable, no sólo para practicar su fe religiosa, sino también para mantener su lengua y sus hábitos culturales. La hospitalidad de William Penn había permitido la creación de una «Nueva Alemania»

que se distinguía tanto de las poblaciones inglesas que hombres tan liberales como Benjamin Franklin expresaron el temor a que el carácter germánico acabaría por imponerse al inglés. El voluntario aislamiento alemán de sus vecinos de otras nacionalidades creó múltiples fricciones y despertó susceptibilidades y odios difíciles de erradicar.

Los «Dutch» —mote peyorativo que proviene de la pronunciación inglesa de «Deutsch»—, se creían, sin embargo, en su derecho para continuar sus antiguas tradiciones en un clima de libertad política y social. Se habían traído de Alemania todos sus enseres, entre ellos una estufa para calentar la casa, desconocida por los americanos, acostumbrados al uso de la chimenea abierta. Benjamin Franklin la perfeccionó, adaptándola a las necesidades americanas, y la convirtió en un gran éxito de venta en las colonias. Asimismo, reproducían en las colonias su cerámica y sus muebles.

La secta de los «Herrnhuter» construyó unos carros muy robustos, tapados con una lona que, bajo el nombre indio «Conestoga», se convertirían en el típico vehículo de la conquista del Oeste. Otro invento de los «Dutch» es el rifle «Kentucky», de manejo más rápido que la pesada escopeta europea.

Un elemento característico de la cultura germana en América, primero en Pensilvania y luego en todo el país, es su afición por la música. Esta costumbre, ejercida en un principio durante las ceremonias religiosas, desembocaría más tarde en la creación de una importante industria de instrumentos musicales. La fabricación de órganos, pianos, guitarras, flautas, etc. dará lugar al nacimiento de grandes empresas de prestigio mundial.

Sin embargo, una actividad tan poco sospechosa como cantar y escuchar himnos y tocar música clásica, chocaba con la rigidez de los cuáqueros, para los cuales se trataba de actividades demasiado mundanas, llenas de peligro para la rectitud del alma. La irritación de los colonos ingleses aumentó aún más a causa de la obstinación de los alemanes de vivir el domingo de una forma alegre, que incluía excursiones en familia y una buena jarra de cerveza al caer la tarde. Si bien estas y otras costumbres fueron toleradas durante la época colonial, su uso se convertiría en una fuente de discordia, tras la creación de los Estados Unidos y el nacimien-

to de la idea de la necesaria integración de todos los emigrantes en el pueblo americano.

LOS «PALETOS» DEL PALATINADO ²

Los problemas de sucesión del último elector de la casa Pfalz-Simmern desembocaron en una guerra devastadora entre las regiones del Palatinado alemán y Francia, cuyas consecuencias, desastrosas para la población, fueron agravadas aún más por los conflictos religiosos inherentes a cada cambio dinástico. La zona del Rin había sufrido ya la guerra de los Treinta Años y las de sucesión de España y de Austria. Una tierra antaño próspera había quedado arrasada durante decenios, dejando a sus habitantes sin hogar y sin medios de subsistencia. El grado de su desesperación se muestra en 1709, cuando 13.000 de estos infelices se arrastran por las carreteras hacia Inglaterra, seducidos por los rumores de que la reina Ana pagaría su travesía a América. Los ingleses habían aumentado en los últimos años su propaganda de una vida próspera en las colonias, con el fin de estimular la emigración para fortalecer sus posesiones, frente a los asentamientos franceses en el Canadá.

El terrible invierno de 1708, en el cual «se helaron los frutales, el vino en las bodegas, los pájaros en el aire y los animales en los bosques», puso en marcha una ola imparable de emigrantes hacia Londres. En la colina negra, en la cercanía de la capital, llegaron a hacinarse 32.000 personas, «católicos y protestantes, hambrientos y satisfechos, devotos y aventureros», que habían bajado el Rin y cruzado el Canal de la Mancha en barcos, lanchas o balsas ³.

La reina Ana había hecho realmente las promesas señaladas, esperando que solamente un número reducido de personas aceptaría la oferta. La avalancha humana, apiñada a las puertas de la ciudad en condiciones más que precarias, supuso un grave problema de orden público y de sanidad para la Administración inglesa, que tuvo que adoptar soluciones drásticas: 4.500 católicos fueron expulsados

² En alemán se emplea un término despectivo para los campesinos procedentes del Palatinado, no traducible al español.

³ Vid. A. M. Brandt, *op. cit.*, pp. 122-124.

a Holanda y al norte de Alemania; 1.600 emigrantes se desplazaron hasta las islas Scilly de la costa de Cornwall donde, sin embargo, serían rechazados por los habitantes, que no querían compartir con ellos su pobreza; unos 3.800 marcharon a Irlanda para trabajar allí como tejedores. En total perecieron unos 20.000 en Inglaterra o en alta mar. El resto, unos 10.000, fue transportado a América, y repartido allí en todas las provincias.

5.000 «palatinos» llegaron a Nueva York al mismo tiempo que su nuevo gobernador, Robert Hunter, quien ya se había caracterizado por una extrema dureza contra los emigrantes durante la travesía, que se saldó con 470 muertos. Otros 250 murieron en el campo de concentración de Governor Island, a causa del hambre o de fiebres tifoideas, llamadas también «fiebres palatinas».

En las colonias norteamericanas, la mayoría de los recién llegados trabajaban como artesanos en la producción de accesorios para la marina inglesa o rascando la resina de los árboles. El rechazo de los americanos de Nueva Inglaterra empujó a muchos emigrantes hacia la zona del río Schoharie, que los jefes de los indios mohawks habían regalado a la reina Ana. Durante la estancia de los pieles rojas en Londres en mayo de 1710, habían sido testigos de la miseria de los alemanes hacinados en Black Hill y les ofrecieron su ayuda. La generosidad de los mohawks, que acogieron amablemente a los emigrantes alemanes (1713) y repartieron con ellos sus escasos víveres, contrasta con la codicia del gobernador Hunter, que se embolsó gran parte de la ayuda inglesa destinada a aliviar la penuria de los recién llegados.

150 familias crearon en la tierra india siete poblados llamados como sus caudillos: Brunnendorf, Fuchsdorf, Gerlachsdorf, Hartmannsdorf, Kneiskerndorf, Schmidtdorf y Weisersdorf. Pero Hunter y sus amigos no cejaron en su empeño de echar a los colonos de sus nuevas casas. Una delegación alemana, encabezada por Johann Konrad Weiser, que intentó trasladarse secretamente a Inglaterra para exponer sus quejas a la reina Ana, fue capturada por piratas y tuvo que volver a Boston para aprovisionarse de nuevo. Cuando finalmente llegaron a Londres, había muerto la reina. Jorge I prestó oídos sordos a los tres alemanes, que fueron, incluso, encarcelados, a causa de las acusaciones vertidas contra ellos por los amigos de Hunter. Rescatados por sus compatriotas a cambio de 70 libras es-

terlinas, los dos supervivientes, Weiser y Scheff, consiguieron a su vuelta a América la concesión de un terreno en Mohawk River, a donde se trasladaría una parte de los «Palatinos». Muchos optaron, sin embargo, por abandonar para siempre la hostil provincia de Nueva York y se marcharon a formar parte de la creciente colonia alemana en Pennsylvania.

Amigos de los indios

Un hijo de la familia Weiser, Johann Konrad, vivió largas temporadas con los indios mohawk y se convirtió en un excelente amigo de su jefe Quagnant. Los conocimientos del idioma indígena y de sus costumbres y ritos valdrían a Weiser el nombramiento oficial, como representante de los Gobiernos coloniales de Virginia y Pennsylvania, en los asuntos indios. Sus servicios fueron muy importantes durante los años 1731-1736 en las conferencias celebradas en Filadelfia con la confederación iroquesa. La estrecha amistad de Weiser con el jefe Shikellamy, representante de los iroqueses en Pennsylvania, será de vital importancia para garantizar a los colonos alemanes de Pennsylvania la paz y seguridad necesarias para su subsistencia, reduciéndose el círculo de sus enemigos a los colonos franceses del Canadá y a grupos indios descontrolados. Los ventajosos oficios de Weiser duraron hasta la muerte de Shikellamy en diciembre de 1748. A partir de esta fecha, sir William Johnson se haría oficialmente cargo de la política indiana.

Weiser obtuvo la nacionalidad inglesa en 1744, y pudo demostrar nuevamente sus conocimientos en la guerra contra los franceses y sus indios aliados, siendo nombrado coronel del regimiento de Berks County. En 1755 participó en la fundación de Reading, a donde se trasladó con su familia.

Weiser tuvo también relevancia en el ámbito religioso de los alemanes, complicado cada vez más a causa de la constante aparición de nuevas sectas, que se apartaban del núcleo de Germantown para crear su propia comunidad en montes y bosques cercanos. El propio Weiser cambió varias veces de fe. En 1735 se retiró, temporalmente, con su familia al convento de Ephrata creado por un grupo de baptistas («Tunker»). Después se unió a los luteranos, y, finalmen-

te, a la Iglesia reformada. Al mismo tiempo, sirvió de intermediario a un grupo de hermanos misioneros, los «Herrnhuter», dispuestos a salvar a los indios convirtiéndolos a la fe cristiana. Esta secta nació de los movimientos hussianos en Bohemia y Moravia y fue fundada por el conde de Zinzendorf en sus dominios de Sajonia en 1722. Sus miembros viven en comunas que combinan la vida retirada en conventos y monasterios con la vida familiar. Los «hermanos» fueron finalmente expulsados por el Gobierno sajón y muchos de ellos se trasladaron a Pennsylvania, donde crearon los pueblos de Bethlehem y Nazareth al borde de la selva. Hostilidades iniciales por parte de algunas tribus indias, que a veces desembocaban en ataques y asesinatos, no consiguieron expulsar a los «Herrnhuter» de la región. Estudiando y respetando sus formas de vida, consiguieron finalmente vivir con los indios en buena vecindad; hecho que frecuentemente atrajo la enemistad de otros grupos blancos de la zona perseguidos por los indígenas. A la larga, los esfuerzos de los «hermanos» dieron buenos frutos, y cada vez más misiones se convirtieron en poblados de los indios convertidos. El misionero más importante fue David Zeisberger, que vivió durante 62 años con los indígenas teniendo que luchar muchas veces contra la incompreensión de los blancos, lo que culminaría en 1782 en la masacre de 96 indios por parte del coronel David Williamson y su compañía de milicia de Pennsylvania.

Las secesiones y multiplicaciones de las sectas movieron al conde de Zinzendorf en 1742 a promover la unificación de todas ellas en un movimiento único. Con tal fin, se celebró un congreso en Germantown en 1742. Pero a pesar de los esfuerzos del conde, su sueño de una unión cristiana no pudo realizarse, debido al talante personalista de los diferentes grupos y sus fricciones internas. Únicamente los luteranos y los reformistas, es decir, los miembros de Iglesias formalmente constituidas y reconocidas en Alemania, se unieron en congregaciones a raíz de la iniciativa del líder moravo.

LOS CREADORES DE LA PRENSA GERMANO-AMERICANA

Desde la invención de la imprenta por Gutenberg, muchos alemanes siguieron sus pasos y fueron en diversos países los pioneros

en la creación y expansión de esta industria. También en Pennsylvania destacarían en este oficio. El pietista Guillermo Rittenhausen había construido ya en 1689/90 el primer molino de papel de Norteamérica en Roxborough/Pennsylvania. El molino fue destruido cuatro años más tarde por una inundación y reconstruido en 1702 con ayuda gubernamental en un lugar próximo. Rittenhausen, que entre tanto había sido elegido el primer pastor de la comunidad de menonitas, se ocupará nuevamente del floreciente negocio. El papel fue suministrado a los impresores en Germantown, Filadelfia, e incluso a Nueva York, a donde se transportaba por vía terrestre y marítima. Tras la muerte de Rittenhausen en 1708, sus dos hijos seguirían sus pasos.

Otro impresor germano, Johann Peter Zenger, entrará en la historia del periodismo americano como héroe de la defensa de la libertad de expresión. Zenger fue uno de los infelices emigrantes del Palatinado que llegó a las colonias a los 13 años, gracias a la generosidad de la reina Ana. Su padre murió durante la travesía y Johann aprendió el oficio de impresor en el taller de William Bradford. Con la ayuda de influyentes ciudadanos de Nueva York, que buscaban un valiente portavoz contra el despótico gobierno del representante inglés, Zenger pudo editar en 1733 el *New York Weekly Journal*, que se convirtió rápidamente en un éxito. Sus artículos contra las autoridades reales le valieron, en 1734, su detención. Su proceso se convertiría en una lucha pública a favor de la libertad de expresión. El anciano doctor Andrew Hamilton, uno de los más famosos abogados de las colonias, se hizo cargo de su defensa alegando que Zenger sólo había dicho la verdad. Transformó la causa del impresor alemán en la de la libertad de prensa contra la tiranía de un Gobierno despótico. Contra todo pronóstico, Johann Peter Zenger fue absuelto por el jurado y nombrado en 1735, como reparación del daño sufrido, impresor público de Nueva York. El juicio de Zenger quedó como un hito en la historia jurídica y publicística del país; puesto que consagró el derecho a la libertad de expresión por encima de los intereses de un Gobierno tiránico.

Otra aportación importante al nacimiento publicístico en las colonias americanas se debe a la labor de la familia de Juan Cristóbal Sauer. El padre fue un hombre polifacético que llegó a las colonias en 1724 y desempeñó primero varios oficios antes de dedicarse a la

imprenta. Fue sastre y relojero al mismo tiempo que granjero. No está claro cómo obtuvo el material necesario para poner en marcha la primera imprenta alemana en suelo americano. Lo cierto es que las sectas de Germantown estaban descontentas con los impresores americanos, que no disponían de tipos góticos para imprimir las publicaciones religiosas de sus clientes. William Bradford había editado, en el otoño de 1730, un calendario alemán, y Benjamin Franklin había incluso publicado una edición alemana de su *Gaceta de Pennsylvania*. La *Philadelphische Zeitung* apareció el 6 de mayo de 1732, pero su duración fue exigua. La población alemana no la recibió con mucho interés, probablemente porque estaba escrita en alfabeto latino, y, sobre todo, a causa de la antipatía que sentía por Franklin, quien había hecho unos comentarios poco amables sobre los «paletos palatinos que se meten en nuestros poblados, donde viven en manada y extienden su lengua y sus costumbres en detrimento de las nuestras...»⁴. La hostilidad de la colonia alemana le costará más tarde a Franklin un escaño en el Parlamento regional.

Sauer publicó su primer calendario en 1739, y este almanaque, que era más bien un manual de consejos de todo tipo al estilo de la época, tuvo tal éxito que fue reeditado continuamente hasta el año 1777. Siguieron libros píos de las diferentes congregaciones de Pennsylvania, y, a partir de agosto de 1739, apareció también una hoja de noticias que pasó por diferentes intervalos de publicación, hasta convertirse en un semanario con el título *Germantowner Zeitung*. Con una tirada media de 4.000 ejemplares, repartida en todas las colonias, este periódico sobrevivió también hasta la guerra de Independencia.

Pero la obra magna de Sauer será la edición de una Biblia luterana en lengua alemana, que vio la luz en el verano de 1743, cuarenta años antes que la primera versión inglesa en las colonias. En 1744, el impresor construyó su propio molino de papel para no depender de suministros ajenos.

⁴ *Apud*. M. A. Brandt, p. 165. La cita completa reza así: «Warum sollten wir leiden, dass die Pfälzer Bauernlummel sich in unsere Ansiedlungen drängen und, indem sie in Rudeln zusammenwohnen, ihre Sprachen und Sitten befestigen zum Verderben der unsrigen? Warum soll Pennsylvania, das von Engländern gegründet wurde, eine Kolonie von Fremdlingen werden, die bald so zahlreich sind, dass sie uns germanisieren, anstatt dass wir sie anglisieren, und die ja so wenig unsere Sprache und Gebräuche annehmen, wie sie unsere Hautfarbe erlangen können».

Los hijos de Sauer continuarán la labor del padre. La familia producirá un total de más de 150 obras de contenido muy diverso, también en lengua inglesa, a partir de 1740.

La actitud a la lealtad a la Corona británica de los descendientes de Sauer les hizo perder sus bienes durante la guerra de Independencia, salvando a duras penas su vida después de la victoria de los patriotas. Christoph Sauer III emigró a Inglaterra, donde recibió una indemnización de 1.289 libras esterlinas. Posteriormente, se trasladó al Canadá, donde alcanzó el puesto de impresor real y segundo jefe de postas. Finalmente, morirá en Maryland en 1799.

ASENTAMIENTOS MENORES

Al margen de las colonias alemanas en Pennsylvania, nacidas originariamente por causas religiosas, la emigración germana se asentó, a lo largo del siglo XVIII, en toda la costa atlántica con mayor o menor densidad. En Virginia, se instalaron en 1714 catorce familias de trabajadores siderúrgicos. Ochenta familias procedentes de Württemberg colonizaron el área de Madison. La ciudad histórica de Harper's Ferry fue fundada por el inmigrante alemán Robert Harper, y cientos de familias alemanas inundaron el fértil valle de Shenandoa. Solamente las regiones esclavistas fueron evitadas, no sólo por razones humanitarias, sino porque los alemanes prefirieron cultivar personalmente sus tierras.

También en las dos Carolinas se asentó un número apreciable de alemanes a partir de 1710. Muchos se quedaron al principio en las ciudades de la costa, para trasladarse más tarde al interior. Una actividad característica en esta colonia fue la industria de la seda mediante la cría de gusanos.

Georgia fue el destino de un grupo de protestantes expulsados de Salzburgo. Las tierras pantanosas causaron muchos problemas a los inmigrantes hasta que lograron crear, a imitación de sus vecinos de Carolina del Sur, una industria basada en la cría de gusanos de seda. Pero el constante rechazo de la esclavitud acarrió a los alemanes frecuentes enfrentamientos con los ingleses, hasta que el sabio consejo de su pastor luterano alivió su conciencia:

Si hacéis trabajar a los esclavos para vosotros conforme a vuestra fe cristiana y con la firme intención de llevarlos hacia el camino de Jesucristo, ello no es ningún pecado, sino puede incluso resultar una bendición ⁵.

En el otro extremo, en el distrito de Maine, se encontraba la colonia alemana de Waldoborough, nombre debido a su fundador, el soldado de Pomerania Samuel Waldo, que obtuvo en 1736 territorios a lo largo del río Muscongus, en pago de sus servicios prestados a una compañía que especulaba con territorios en esta región. Dos años más tarde, Waldo trajo de Alemania a 40 familias, procedentes de Sajonia y Brunswick, que tuvieron que enfrentarse a numerosas penalidades tales como enfermedades y guerras contra franceses e indios. Los supervivientes reconstruyeron, conjuntamente con 30 familias llegadas de Filadelfia, el poblado y afianzaron posteriormente los asentamientos alemanes en toda la región.

Al comienzo de la guerra de Independencia vivían en las colonias americanas unos 250.000 alemanes distribuidos en toda la costa atlántica: 1.500 en Nueva Inglaterra; 25.000 en Nueva York; 110.000 en Pennsylvania; 15.000 en Nueva Jersey; 20.500 en Maryland y Delaware; 25.000 en Virginia; 8.000 en Carolina del Norte; 15.000 en Carolina del Sur y 5.000 en Georgia ⁶.

EL CALVARIO HACIA LA LIBERTAD

A finales del siglo XVIII, la atracción de América se había desplazado de la tierra de los conquistadores a la de los colonizadores, es decir, del sur al norte. Los problemas políticos, económicos y religiosos, que afectaban frecuentemente la mera subsistencia física de las personas, los empujaban a buscar allende el mar un pedazo de tierra y un hogar propio que la patria les negaba.

La literatura alemana ayudaba a crear una imagen idílica del Nuevo Mundo que tenía muy poco que ver con la realidad, prometiendo a los descontentos y a los soñadores un país en donde la maltrecha civilización de Europa Occidental pudiera renacer y perfec-

⁵ Vid. Richard O'Connor, *Die Deutsch Amerikaner. So wurden es 33 Millionen*, p. 41.

⁶ Fuente: Richard O'Connor, *op. cit.*, p. 42.

cionarse sin las trabas y mutilaciones del Viejo Mundo. El mito de la «tierra prometida» fue cultivado conscientemente por los agentes de las compañías comerciales, que habían obtenido concesiones reales para poblar y colonizar determinados territorios en Norteamérica con el fin de explotarlos comercialmente. Estos agentes, que percibían de los capitanes de los barcos transatlánticos una comisión por cada viajero que traían, buscaban no sólo a aquellos que podían pagar el pasaje, sino también a los desheredados que lo habían perdido todo en la Alemania devastada por guerras y hambre, sobre todo en la zona del Rin. Según su publicidad, todos aquellos que subían a los barcos con buena salud serían bien tratados en las colonias y encontrarían, después de unos años de trabajo, una vida próspera y llena de dicha. El modo de alcanzar esta fortuna era la firma de un simple contrato que obligaba al incauto a desempeñar durante una serie de años, de 3 a 7, según la cuantía de la deuda, trabajos forzados en cualquier oficio. De hecho, este sistema reducía a los emigrantes a una esclavitud por tiempo limitado, legalizando con ello todo tipo de abusos por parte de los futuros «dueños» de estas personas. Los padres tenían que servir para pagar los gastos de sus hijos, si éstos no tenían edad de trabajar. En los casos de enfermedad de los mayores o incapacidad laboral, sus costos se cargaban a los parientes. Ni siquiera la muerte libraba a los emigrantes de sus deudas. Sus familiares tenían que pagar la mitad del pasaje o el importe completo, según el tiempo transcurrido en el mar cuando se producía la defunción.

El transporte por mar se hacía en condiciones lamentables. Un relato del historiador Gottlieb Mittelberger, que hizo el viaje en 1750, ha servido de fuente para conocer todos los detalles de las calamidades que los emigrantes pobres tuvieron que pasar, desde que fueran embarcados como ganado en los puertos del Mar del Norte. Los niños menores de siete años pocas veces lograban sobrevivir. Hambre, sed y enfermedades acababan con ellos antes de su llegada a América. El mismo destino alcanzó a muchas mujeres que habían dado a luz recientemente, y, en general, a personas de delicada salud. Las pésimas condiciones de los barcos originaron, con cierta frecuencia, naufragios que fueron silenciados por las autoridades con el fin de no perjudicar el negocio.

Cuando, a pesar de estas precauciones, se extendieron en Alemania rumores acerca de la verdadera naturaleza de la suerte que

esperaba a aquellos que abandonaban su patria, las compañías navieras y sus agentes doblaron sus esfuerzos publicitarios para contrarrestar su mala fama.

Muchos de los esclavos voluntarios («redemptioners») que consiguieron llegar a buen puerto a veces tras meses de angustiosa travesía, fueron vendidos en el mismo barco al patrón que sería su dueño durante los años estipulados. Con frecuencia no se respetaron las familias constituidas, cuyos miembros eran separados sin piedad. Otros fueron subastados en la plaza pública, siendo su venta anunciada en los periódicos como la de cualquier otra mercancía. A pesar de esta terrible experiencia, un buen número de los infortunados, que carecían de los derechos más elementales para empezar una nueva vida, pudieron aprender durante su cautiverio un oficio que, una vez en libertad, les garantizaría buenos ingresos y una vida estable. Los «redemptioners» eran comprados también por compatriotas acomodados, que solían aprovechar sus conocimientos, encargándoles el desempeño de un trabajo cualificado.

Por supuesto, nada de lo aquí relatado les ocurría a los emigrantes prósperos, que hacían el viaje en cómodos camarotes y cuyo único deber antes de pisar suelo americano era el juramento de fidelidad al rey de Inglaterra. Pero muy pocos gozaban de estos privilegios.

Los abusos relacionados con el transporte de emigrantes fueron reducidos en 1819 por una ley del Congreso americano, que limitaba el número de personas por barco.

La rebelión de las colonias fue precedida por varios años de enfrentamientos diplomáticos con la Corona inglesa, a causa de la presión real de pagar fuertes por las luchas sostenidas durante la guerra de los Siete Años (1756-63) contra franceses e indios. Luchas que habían llevado a los colonos asentados en la frontera canadiense de un peligro constante, y de un panido abundante en escaramuzas sangrientas.

Los americanos no admitieron las tasas impuestas por el Parlamento británico, ni tampoco la obligación de hospedar forzadamente a las tropas inglesas que permanecían en suelo americano, descargando contra estas últimas gran parte de sus iras y de su frustración.

Tres las primeras hostilidades con hajas, ocurridas en Boston en marzo de 1770, comienza una escalada de actos rebeldes por parte

Capítulo IV

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

En la batalla de Yorktown, decisiva para la victoria de los patriotas americanos, había alemanes luchando en los tres ejércitos enfrentados: los «hessianos» al lado de los ingleses, los germano-americanos en las filas del ejército continental, y tropas auxiliares en el cuerpo expedicionario del conde francés de Rochambeau. La guerra de Independencia americana era, pues, a pequeña escala, también una guerra de alemanes contra alemanes, situación que Federico el Grande quiso evitar cuando se negó a facilitar soldados prusianos a Jorge III. La venta de mercenarios alemanes a Inglaterra demuestra el gran atraso político de los Estados alemanes de la época, cuyos príncipes se aferraban todavía a unos derechos feudales trasnochados, cuando en América nació el primer régimen democrático de la modernidad.

La rebelión de las colonias fue precedida por varios años de enfrentamientos diplomáticos con la Corona inglesa, a causa de la pretensión real de pasar factura por las luchas sostenidas durante la guerra de los Siete Años (1756-63) contra franceses e indios. Luchas que habían librado a los colonos asentados en la frontera canadiense de un peligro constante, y de un pasado abundante en escaramuzas sangrientas.

Los americanos no admitieron las tasas impuestas por el Parlamento británico, ni tampoco la obligación de hospedar forzosamente a las tropas inglesas que permanecían en suelo americano, descargando contra estas últimas gran parte de sus iras y de su frustración.

Tras las primeras hostilidades con bajas, ocurridas en Boston en marzo de 1770, comienza una escalada de actos rebeldes por parte

de los colonos, y de represión por la de Inglaterra, que culminarán en la creación del Primer Congreso continental de Filadelfia en 1774. Declaraciones y manifestaciones se sucederán por ambos lados pero, más allá de los problemas concretos, se hacen cada vez más patentes las hondas diferencias ideológicas y políticas surgidas entre la metrópolis y los emigrantes, desde la llegada de los peregrinos del *Mayflower*.

La llamada de Thomas Paine a la independencia en su panfleto *Common Sense* conseguirá unir, en la primavera de 1776, a una gran número de norteamericanos en el bando rebelde. Como consecuencia, la nueva nación nacerá el 4 de julio de 1776.

La ratificación de la declaración de independencia por parte de los trece estados fundadores fue anunciada como primicia en el periódico alemán *Staatsboote* un día antes que en el resto de la prensa de Filadelfia. La misma publicación presentó ya el 9 de julio una traducción completa del documento al alemán.

HEROES DE LA REVOLUCIÓN

La mayoría de los alemanes eran patriotas que defendían con todo su corazón a su nueva patria contra la «tiranía» inglesa, aunque el Gobierno británico había demostrado ser mucho más progresista que los príncipes alemanes.

En Filadelfia, las iglesias luterana y reformista hicieron público este compromiso de sus feligreses, por medio de un panfleto de 40 páginas. En éstas anunciaban a sus compatriotas residentes en otras colonias que los alemanes de Pennsylvania formarían una milicia de ciudadanos, y esperaban que los demás siguieran su ejemplo. Su llamamiento no era realmente necesario, porque en otras partes habían surgido ya iniciativas parecidas. Los grupos armados organizados espontáneamente se incorporarán más tarde al ejército colonial.

Pastor John Peter Gabriel Mühlenberg

Entre los miles de heroes anónimos que lucharon por la libertad, destacan varios personajes que alcanzaron altos rangos militares.

El pastor luterano de Woodstock (Virginia) John Peter Gabriel Mühlenberg, nieto de Conrad Weiser, no tuvo inconveniente en fustigar desde el púlpito a Jorge III y a su política colonial. Cuando comenzaron las hostilidades colgó el hábito y declaró: «Hay un tiempo para la predicación y los rezos, y otro para la lucha. Este último ha llegado ahora»¹.

Mühlenberg asumió el mando del octavo regimiento de Virginia, atrayendo con su audacia numerosos voluntarios a las armas. Amigos y enemigos tuvieron pronto ocasión de admirar su valor. Los mercenarios de Hesse, vencidos por sus tropas en Brandywine, le rindieron homenaje rescatando del olvido su viejo apodo «diablo Peter», ganado en sus años mozos de estudiante rebelde en Halle.

Nicholas Herchheimer

En el valle del Mohawk River había también movimientos de apoyo a los bostonianos, castigados por leyes de excepción tras el motín del té. Sus portavoces publicaron, el 21 de mayo de 1775, un manifiesto en lengua alemana que expresaba su total adhesión a los patriotas americanos. El héroe «palatino» de Mohawk Valley fue Nicolás Herchheimer (o Herkhimer), nombrado, en septiembre de 1776, general de brigada de la milicia. Herchheimer luchó primero contra los americanos leales a la Corona británica, y después contra la coalición de británicos e indios que avanzaron desde el Canadá, bajo el mando del general Johnny Burgoyne, con la misión de separar Nueva Inglaterra del resto de las colonias. Un destacamento de estas tropas, 1.400 soldados británicos «hessianos» e indios, mandados por el coronel Barry St. Leger, entró en «Mohawk Valley» con la orden de apropiarse de las ricas cosechas y de liquidar todos los obstáculos en su camino, para reunirse después en Albany con las tropas de Burgoyne. Sólo los cuatro batallones milicianos de Herkhimer, formados por unos 800 alemanes, se interpusieron en su camino. Las fuerzas chocaron en Oriskany en una de las batallas más sangrientas de la contienda; batalla que supuso, como manifestaría más tarde George Washington, el cambio de la mala suerte que has-

¹ *Apud.* Richard O'Connor, p. 47.

ta entonces había acompañado al ejército americano que luchaba en el norte. Más de 200 «palatinos» pagaron con su vida la defensa de la independencia del país. A pesar de una grave herida en la rodilla izquierda, Herchheimer guió a sus hombres heroicamente hasta el final. La ferocidad de los indios impulsó a los alemanes a luchar desesperadamente, ya que preferían morir en la batalla antes que caer prisioneros de los iroqueses. El general Herchheimer moriría unos días más tarde, tras una operación fallida de su pierna. En 1884 fue erigido un obelisco de marmol blanco en su honor en el campo de batalla de Oriskany.

General von Steuben

Entre los símbolos germano-americanos creados durante la guerra de Independencia, destaca también el general von Steuben. Este capitán de caballería, que había servido tiempo atrás a Federico el Grande, se entusiasmó por la causa patriota y buscó la recomendación de Benjamin Franklin en París antes de ofrecerse a Washington para cualquier puesto, con tal de participar en la lucha. A pesar de esta humilde oferta, el barón von Steuben estimó necesario cambiar su rango militar durante la travesía a América, y llegó al Nuevo Mundo con el rango de teniente general del ejército prusiano. Esta trampa fue, sin embargo, la única, dado que sus deseos de servir a la causa americana fueron sinceros.

El barón obtuvo el encargo de convertir a los soldados americanos, estacionados en Valley Forge, en un disciplinado ejército. Las fuerzas de Washington constaban normalmente de 5.000 a 9.000 hombres, y nunca superaron los 20.000. La costumbre de muchos soldados de comprometerse solamente por un corto periodo de tiempo afectó negativamente la moral de las tropas.

Steuben llegó a Valley Forge en febrero de 1778 y se enfrentó a 5.000 hombres desnutridos y medio muertos de frío, expuestos a todo tipo de enfermedades y a la constante tentación de desertar. El barón supo hacerse respetar y, con métodos realmente prusianos, consiguió formar primero una compañía de elite, que luego se convertiría, a su vez, en instructora de los demás soldados. Por las noches, von Steuben redactó un manual de combate en lengua france-

sa que, una vez traducido al inglés, sirvió de base para los ejercicios. Tras meses de duro trabajo, que incluía el aprendizaje del inglés y la adaptación al carácter nacional americano, von Steuben pudo mostrar a Washington, antes de la llegada de la primavera, un verdadero ejército. El alemán realizó su labor a pesar de constantes discusiones con los oficiales franceses, que no querían aceptar sus métodos, a los que él mismo gustaba de llamar «platos de choucrout», en comparación con la «cocina refinada» practicada por los galos.

La labor de von Steuben fue recompensada por Washington con el nombramiento de general, y con la confirmación de su cargo como inspector general. Después de la guerra colaboró en una Academia Militar y recibió del Congreso americano una pensión anual de 2.500 dólares. El Estado de Nueva York le regaló un terreno de 16.000 hectáreas.

«Molly Pitcher»

Pero no todos los protagonistas alemanes de la revolución americana fueron grandes hombres. Entre ellos se encuentra también una mujer, que ha entrado en la historia con el nombre de «Molly Pitcher».

Maria Ludwig nació en Trenton (Nueva Jersey) como hija de un granjero del Palatinado. Se casó en 1769 con Johann Kaspar Heis, que participó en la Revolución como cañonero en el Primer Regimiento de Artillería de Pennsylvania. Su mujer lo acompañó en todas sus campañas, atendiendo a toda la Compañía como camarera, cocinera, lavandera y enfermera. «Molly» fue aceptada plenamente por los soldados y se convirtió, incluso, en su compañera de armas en la batalla de Monmouth Court House, cuando su marido cayó herido. En un momento de grave peligro, «Molly» abandonó el pesado jarro de agua («pitcher») que traía de la fuente para los heridos y ocupó el lugar de su marido, cargando el cañón contra los británicos. En recompensa, «Molly Pitcher» fue nombrada sargento del ejército americano, cargo que desempeñaría durante ocho años. Después de la guerra volvió con su marido a Carlisle, donde este último murió en 1789. Ella le sobrevivió hasta 1832. Sus hazañas han

sido recordadas con dos monumentos en su tumba (1876 y 1916), y con otro, el más importante, en el campo de batalla de Monmouth.

LOS «HESSIANOS»

En el otro lado de la contienda americana nos encontramos también con alemanes, cuya fama es bastante menos heroica que la de los patriotas. Algunos historiadores los califican como gente vil y bárbara, desertores dispuestos a todo tipo de bajezas propias de las guerras; otros ponen el acento en su condición de pobres diablos, reclutados a la fuerza y vendidos por sus soberanos a la Corona inglesa. La verdad se encuentra, probablemente, a medio camino, y entre los 30.000 soldados alemanes que luchaban en el lado británico, había tanto personas honestas que cumplían con su deber como también rufianes, capaces de cometer cualquier fechoría. La acusación de inmoralidad habría que hacerla, en todo caso, a sus príncipes, cuya codicia los empujaba a traficar con sus súbditos ².

La costumbre de vender soldados a otros países enraizó en Alemania después de la guerra de los Treinta Años, tras la cual la fuerza del Imperio había quedado muy debilitada, dando lugar a la creación de pequeños Estados territoriales. A finales del siglo XVII, los grandes ejércitos de mercenarios europeos, contratados para una sola contienda, cedieron el paso a las tropas permanentes, salvaguarda del príncipe de turno que quería imponer su voluntad a sus súbditos. Pero el espíritu mercenario seguía invariable. Los soldados eran fieles únicamente a su bolsa, luchando hoy a favor de un monarca y mañana en contra, si el adversario pagaba más. Una parte de la paga consistía en el derecho al botín y al saqueo de los lugares conquistados, costumbres que contribuían a que los modales de la soldadesca, vistos desde nuestra perspectiva moderna, fuesen ciertamente deplorables.

Dado que las guerras habían diezmando la población alemana, sus nuevos dueños no tuvieron más remedio que contratar a extranjeros para el servicio de las armas. Pero los altos costos de manteni-

² Vid. sobre el tema el excelente libro de Friedrich Kapp *Der Soldatenhandel deutscher Fürsten nach Amerika*.

miento de las tropas eran sufragados por todos los súbditos mediante fuertes impuestos. Otra fuente de ingresos de los príncipes residía en el «alquiler» de un cierto contingente de soldados a monarcas extranjeros, enzarzados en conflictos bélicos en cualquier lugar del mundo. Estos recursos fueron utilizados fundamentalmente por los pequeños Estados, cuyos dueños renunciaban a valores como «patria», «honor» o «dignidad» si su Corte podía ganar en brillantez con los fondos recaudados por el tráfico humano. Esta singular práctica tuvo lugar durante todo el siglo XVIII, y encontraría su fin con la Revolución Francesa.

Cuando estalló la rebelión americana, Jorge III de Inglaterra se dirigió a sus amigos europeos para completar su ejército, agotado tras la guerra de los Siete Años y ocupado en el mantenimiento del dominio inglés en las colonias conquistadas. Catalina de Rusia se negó a su solicitud, y lo mismo hizo Federico el Grande, que simpatizaba con el movimiento rebelde y quiso evitar, además, una lucha fratricida de alemanes en tierras americanas.

Pero otros príncipes alemanes no tuvieron los mismos escrúpulos y vendieron en total casi 30.000 soldados al rey británico³. Inglaterra pagó por cada hombre 30 marcos, un tercio a la firma de los contratos y el resto en dos meses. Por cada soldado muerto, herido o capturado se pagaba otra vez la misma suma. Las muertes acaecidas durante la travesía o asedios eran reglamentadas aparte. El importe total desembolsado por Inglaterra en concepto de pago de las tropas alemanas se estima en siete millones de libras esterlinas, incluidos los gastos de transporte y el mantenimiento de las mismas en América.

El comercio de soldados fue denunciado públicamente por autores como el conde de Mirabeau, quien redactó en su exilio de Holanda un panfleto contra el inhumano proceder de los príncipes alemanes. También Federico el Grande dejó constancia de su repulsa en una carta a Voltaire, criticando a los soberanos que vendían a sus súbditos como «ganado». El rey de Prusia hizo incluso más que esto, porque negó a las tropas vendidas a América por su sobrino, el conde de Ansbach, el permiso de atravesar territorio prusiano. La

³ Hessen-Cassel envió 16.992 hombres; Hessen-Hanau, 2.422; Brunswick, 5.723; Waldeck, 1.225; Anspach, 1.644, y Anhalt-Zerbst, 1.160.

simpatía de Federico por la naciente República se manifestaría también en el «Tratado de Amistad y Comercio» con los Estados Unidos, que firmaría en 1785.

Federico Schiller immortalizó la villanía de los déspotas, que se beneficiaban del negocio con seres humanos, en una escena del drama *Kabale und Liebe*, escrito en 1783, en la cual refleja su insensibilidad ante los sufrimientos del pueblo.

Para el reclutamiento de los pobres «hessianos», nombre por el cual serían conocidos todos los mercenarios germanos, los agentes destinados a reclutarlos emplearon todos los métodos imaginables, desde promesas de grandes riquezas hasta virtuales secuestros de los infortunados que habían bebido más de la cuenta. Entre aquellos que fueron llevados engañados o a la fuerza, el número de desertores sería, lógicamente, bastante alto. Muchos de ellos consiguieron mezclarse con la población colonial alemana y vivieron pacíficamente en su seno.

Por otra parte, Washington intentó por todos los medios atraer a los «hessianos» a su bando. Como cebo les ofrecía la oportunidad de convertirse en ciudadanos americanos, así como regalos en forma de tierras y ganado en diferentes cantidades, según las circunstancias. A cambio, sólo se exigía el abandono de la lucha, sin obligación de cambiar de bandera. Especialmente los prisioneros fueron expuestos a las tentaciones señaladas, a las cuales se añadían abundantes raciones de buena comida y bebida, que borraban las huellas dejadas por las privaciones sufridas, primero durante la travesía y, después, en las campañas bélicas.

Aunque el comportamiento del «hessiano» común dejaba generalmente mucho que desear, convirtiendo su nombre en expresión de desprecio para todos los mercenarios, había entre ellos también hombres de honor, sobre todo entre sus oficiales. El general Guillermo de Knyphausen estaba al mando de una brigada en Manhattan al principio de la guerra. El 31 de octubre de 1775 atacó el fuerte Washington y, a pesar de sufrir muchas bajas y heridos, consiguió finalmente la rendición de sus enemigos. Su trato humanitario de los americanos mejoró sustancialmente la fama de los «hessianos». Muchos hombres de Knyphausen caían a su vez prisioneros de Washington en Trenton, en la Navidad de 1776. Desde allí fueron trasladados a Virginia y Maryland, con el fin de ayudar a agricultores

alemanes en su trabajo. La terapia tuvo mucho éxito y fue el primer paso para su «americanización». Al mismo tiempo, la población americana tuvo ocasión de conocer de cerca a los odiados mercenarios y, al enterarse de sus desventuras, acabaron por perdonarles su cooperación con el «tirano» que pretendía quitarles la libertad.

Otro famoso oficial «hessiano» fue el barón de Eisenbach, Adolfo Riedesel, que se encontraba al frente del destacamento de Brunswick, y que había venido a América con su bella esposa, tres niños pequeños y dos sirvientas. El diario de la baronesa, que describe todas las incidencias de las campañas de su marido, se ha convertido en la fuente principal de información de las penalidades que sufrieron los combatientes británicos. Éstas se debieron no sólo a las adversidades bélicas, sino también a los errores tácticos del general Burgoyne, cuya afición al champagne y a las noches alegres en compañía de su amante mermó considerablemente su capacidad para acertar en las decisiones estratégicas.

Tras la victoria de los patriotas en Saratoga en el verano de 1777, donde el ejército de Washington pudo poner en práctica sus recién adquiridas enseñanzas, y la entrada de Francia en la guerra (1778), la suerte de América estaba echada. La derrota de los ingleses en Yorktown en 1781, en la cual tanto a Mühlenberg como a von Steuben se debió buena parte del éxito, abrió el camino definitivo hacia la independencia de las colonias, que sería reconocida oficialmente en 1884.

De los 29.867 «hessianos» que habían participado en la guerra, 17.313 volvieron a su patria. Se calcula que de los restantes, 1.200 hombres habrían caído en combate o muerto a consecuencia de sus heridas, otros 6.354 habrían fallecido a causa de enfermedades o accidentes, y unos 5.000 se habrían quedado en el Nuevo Mundo, lejos de príncipes despóticos que utilizaban la vida de sus súbditos para ganar dinero.

Las urbanas las características étnicas de este grupo. Los reformos que llegaron masivamente a partir de los años treinta no adquirió ya las viejas tradiciones, sino que traserán consigo deseos y proyecciones muy diferentes de los que albergaban sus compatriotas del siglo anterior.

La disolución del Imperio Romano Germánico por Napoleón había suscitado entre la población culta de Alemania la esperanza de lograr la creación de una organización estatal moderna, que pu-

Capítulo V

REFORMADORES Y REVOLUCIONARIOS

Tras su victoria sobre los ingleses, que será ratificada en la guerra de 1812-1814, las colonias americanas comienzan su ardua labor para crear una cohesión económica y política que potencie el desarrollo del país. Este proceso provocará duros enfrentamientos entre los Estados del norte y del sur, pero hará surgir, al mismo tiempo, un sentimiento de identidad que convertirá a los valores anglosajones en el patrón básico de la nueva nación. Los inmigrantes que no encajen en este modelo —anglosajón-blanco-protestante— o que no acepten a corto plazo la asimilación exigida, se encontrarán ahora con mayores problemas que en la etapa colonial.

Durante la Revolución Francesa y las consiguientes guerras napoleónicas, la emigración europea a los Estados Unidos se había reducido sustancialmente, y esta pausa dio a los habitantes de la flamante Unión tiempo suficiente para adquirir mayor homogeneidad y conciencia de su idiosincrasia. Esta circunstancia determinará la actitud negativa de muchos americanos nativos hacia la avalancha de inmigrantes que inundará su país en las décadas siguientes.

Por otra parte, la ausencia de una generación de alemanes había debilitado en las áreas urbanas las características étnicas de este grupo. Los refuerzos que llegarán masivamente a partir de los años treinta no seguirán ya las viejas tradiciones, sino que traerán consigo deseos y proyectos muy diferentes de los que albergaban sus compatriotas del siglo anterior.

La disolución del Imperio Romano Germánico por Napoleón había suscitado entre la población culta de Alemania la esperanza de lograr la creación de una organización estatal moderna, que pu-

diera unir a los grandes y pequeños reinos y principados, cuyo número y variedad impedían el progreso del país. Pero el espíritu retrógrado del Congreso de Viena, que alumbró la Confederación Germánica, pronto acabó con las esperanzas de la clase ilustrada. Sus anhelos frustrados, manifestados en los movimientos de protesta en las tres primeras décadas del nuevo siglo, sobre todo en los ambientes estudiantiles, moverán a muchos intelectuales a buscar un nuevo destino en ultramar.

ROMÁNTICOS Y UTÓPICOS

Una parte considerable de la «segunda oleada» de inmigrantes alemanes se diferencia, por tanto, de sus antecesores, por su mayor nivel cultural y por sus móviles políticos y sociales, antes que religiosos y económicos. Ellos fueron «atraídos» por la leyenda romántica del Nuevo Mundo, y no «empujados» por la miseria, como sus compatriotas del siglo anterior ¹.

El «mito» americano fue creado por una serie de publicaciones, que tuvieron un gran éxito de público durante todo el siglo XIX. Libros como *El último mohicano* de James Fenimore Cooper, y reportajes de viajes como los de Gottfried Duden, habían propagado la imagen idílica de una América libre y generosa que nunca existió. La belleza de la vida en las tierras y bosques vírgenes de la frontera aparecía pintada en colores poéticos, pero nadie hablaba de la dureza de sus inviernos y veranos. El tinte dado a las libertades políticas y religiosas presagiaba un paraíso, en el cual no cabían conflictos sociales ni maneras rudas e incivilizadas. Muchos de los que llegaban llenos de ilusiones y sueños, tejidos en las largas noches europeas, recibieron un duro golpe al enfrentarse con la realidad y maldijeron a Gottfried Duden y sus relatos. Pronto pudieron comprobar que los estadounidenses no apreciaban los valores intelectuales en la misma medida que los europeos. Al serles vedada la posibilidad de ganarse el sustento con su pluma, más de uno tuvo que dedicarse a las labores agrícolas, para las cuales no estaba preparado en absoluto. La proverbial torpeza de los académicos en su nue-

¹ Richard O'Connor, *op. cit.*, p. 74.

va profesión les valió el apodo despectivo de «Lateinbauern» («labradores de latín»).

El momento de la llegada de los intelectuales alemanes fue especialmente inoportuno, porque coincidía con la primera legislatura verdaderamente democrática que el presidente Jackson había inaugurado poco antes. El «hombre masa» pudo, a partir de ahora, adquirir un protagonismo reservado hasta entonces a los aristócratas de los Estados de Nueva Inglaterra². Los pequeños agricultores y empresarios, que habían tenido que trabajar duramente para alcanzar un mínimo de seguridad y de bienestar, se enfrentarán a los miles de emigrantes de los años treinta y cuarenta con reticencias y rechazo. La falta de tacto de muchos alemanes ilustrados, seguros de su superioridad cultural e intelectual, no hizo sino reforzar estos sentimientos.

SUEÑOS INDEPENDENTISTAS

Entre los proyectos fantásticos que algunos grupos alemanes habían concebido para su vida en Norteamérica, destacó la idea de crear un Estado alemán independiente en el territorio de la Unión, idea cuya realización fue intentada por varios promotores. El primero de ellos fue Paul Follen, caudillo radical huido a los Estados Unidos, donde desempeñó, entre 1830 y 1835, el puesto de profesor de lengua alemana y literatura en Cambridge/Massachusetts. Le acompañaban su hermano Paul y Friedrich Münch, ambos fundadores de la Sociedad de Giessen. Los miembros de esta organización acordaron solemnemente, en la reunión celebrada en Filadelfia en 1836, que la tarea de la sociedad debía ser la «unión de los alemanes en Norteamérica con el fin de fundar una nueva Alemania en este continente»³.

Otras ideas parecidas circularán por las colonias de alemanes durante la siguiente década, entre los inmigrantes que se desplazaban a los territorios libres al oeste del Missouri, causando la natural perplejidad y alarma entre los americanos.

² Victor von Hagen, *op. cit.*, p. 255.

³ O'Connor, *op. cit.*, p. 79.

Todos estos planes acabaron en un rotundo fracaso. Aunque la publicidad de sus promotores atrajo a un número considerable de alemanes al Medio Oeste, la elección de estos territorios, fértiles y bien comunicados, para la realización del proyecto era completamente inapropiada, puesto que se trataba de una zona ya poblada, cuya riqueza había atraído también a numerosos emigrantes de otras nacionalidades.

Varios experimentos parecidos tuvieron lugar en Texas entre 1836 y 1845, después de que alcanzase la independencia de México y antes de ingresar como Estado en la Unión americana.

Los primeros alemanes habían llegado a Texas a finales del siglo XVII, siendo la mayoría sacerdotes jesuitas que querían convertir a los indios. Un siglo más tarde, les seguiría un grupo de mineros alemanes, contratados por las autoridades coloniales para hacer investigaciones geológicas. Tras la independencia de México, aumentó sustancialmente el número de emigrantes germanos gracias a las facilidades ofrecidas por el Gobierno tejano, que deseaba atraer extranjeros con el fin de contrarrestar la creciente inmigración de los «gringos». Esta tendencia se mantuvo después de la creación de la República Independiente de Texas en 1836.

En 1839, la Sociedad Germana de Nueva York tomó la decisión de hacer de Texas una provincia alemana, enviando una avanzadilla de 132 emigrantes. Pero las enfermedades y otros reveses impulsarían a muchos a abandonar la región y volver a Nueva York.

Unos años más tarde, algunos aristócratas de Hesse concibieron el plan descabellado no sólo de llevar colonizadores alemanes a Texas, sino de reproducir allí el sistema de clases vigentes en la patria. La colonia de «Nueva Braunsfeld», creada por el príncipe Carlos de Solms-Braunsfeld en 1841 con 150 familias, se convertiría en el núcleo del experimento, en el cual participaron algunos «Lateinbauern», que cambiaban durante el día sus libros por la azada, pero seguían por las noches tocando sonatas de Beethoven.

Después de 1843, había tantos alemanes en esta región tejana que todas las leyes y ordenanzas tuvieron que ser publicadas en inglés y alemán. Pero la anexión de la República por los Estados Unidos en 1845 acabó con los sueños germanos. Por el contrario, la guerra contra México enfrentaría nuevamente a alemanes contra alemanes. Aunque luchaban en ambos bandos, la mayoría formaba par-

te del ejército estadounidense. Muchos de ellos fueron reclutados en las asociaciones de deportes («Turnvereine») de Cincinnati, St. Louis, Milwaukee y Nueva York, cuya organización paramilitar garantizaba la excelente forma física de sus miembros. Otra unidad alemana vino, igual que en la guerra de Independencia, de Maryland.

La lucha conjunta con los «yankees» ayudó a estrechar los lazos entre alemanes y nacionales, acabando definitivamente con los proyectos independentistas germanos, y propiciando, por el contrario, su integración en la sociedad norteamericana.

En 1857, la colonia alemana en Texas estaba formada por unas 35.000 personas. Su oposición tajante a la esclavitud fue una fuente continua de conflictos con los políticos tejanos. Otra sería su condición de «bebedores de cerveza», que la enfrentaba con el movimiento antialcohólico, tan en boga en aquellos años y especialmente fuerte en este Estado.

Un tercer intento de crear una nueva Alemania en tierra norteamericana tuvo lugar en Wisconsin en la misma década, entre 1830 y 1840. El alto número de emigrantes alemanes en esta región los impulsó a dirigirse al Congreso americano para pedir la autorización de crear repúblicas independientes, solicitud que fue lógicamente rechazada. Pero los defensores de esta idea no se desanimaron, seguros de que la superioridad numérica de los alemanes se impondría.

En ciudades como Milwaukee, St. Louis o Cincinnati florecía la cultura germana en forma de asociaciones de deportes («Turnvereine»), y de música («Liederkränze»), y la cerveza corría a raudales. Milwaukee se convirtió pronto en obispado de la Iglesia de Roma, y este hecho atrajo a numerosas familias católicas de la zona del Rin y de Baviera. El número de alemanes en Wisconsin, en 1850, se estima en 40.000.

Pero, también en este caso, la generosa política de asentamientos del Gobierno de este Estado se aplicó a emigrantes procedentes de otros países, por lo cual los alemanes tuvieron que abdicar, una vez más, de sus sueños de aislamiento.

No todos los emigrantes alemanes de los años treinta fueron utópicos. Había también voces sensatas, como la de Gustav Körner, que aconsejaba a los intelectuales fantasiosos que se olvidasen de su conciencia cultural germana y se dedicasen, en su lugar, a aprender

el cultivo de los campos. Los Estados Unidos recompensaron los méritos de este gran hombre con el nombramiento de juez del Tribunal Supremo de Illinois, en 1845. Körner fue también el caudillo de los «grises», nombre por el cual se conocía a los alemanes que habían asimilado el «way of life» americano, y que se enfrentarían a la demagogia de los revolucionarios del 48 («los verdes»).

Otro pragmático de la época fue Johann August Roebling, famoso ingeniero, que destacó en la construcción de puentes colgantes como el de Brooklyn —que sería inaugurado en 1883—, tras inventar un nuevo sistema para fabricar cables de suspensión, técnica que revolucionó la arquitectura en este campo.

LA EMIGRACIÓN MASIVA DE 1848

En el año 1848 ocurrieron varios acontecimientos que aumentarían considerablemente el flujo migratorio hacia América durante los próximos decenios: el fracaso de las revoluciones liberales en Europa motivó a muchos luchadores frustrados a buscar una nueva existencia en ultramar, hacia donde trasladarían sus conceptos políticos radicales. Al mismo tiempo, el descubrimiento de oro en la finca del suizo-alemán Johann Sutter, «Nueva-Helvetia», en California, marcaría el comienzo de la gran riada de personas que inundarán el Oeste americano en busca del codiciado metal. Entre ellos se encontraban numerosos alemanes que huían del hambre y de las epidemias que asolaban a su país. En 1845, una enfermedad desconocida se extendió por los campos de patatas de toda Europa, destruyendo el tubérculo que servía de alimento básico a los pobres, especialmente en Irlanda y Alemania.

Los puertos del Atlántico apenas daban abasto para acoger a las decenas de miles de personas que dejaban Europa. Las condiciones, aún pésimas, en los barcos, acabaron con los sueños de muchos desesperados, que no llegarían nunca a pisar la tierra prometida. Más de un transatlántico se convirtió en un «ataúd flotante»⁴, a pesar de las nuevas normas de transporte de pasajeros dictadas por el Con-

⁴ Expresión utilizada por el periódico *Journal of Commerce* en un editorial del 10 de diciembre de 1853. *Apud*. Richard O'Connor, p. 113.

greso de los Estados Unidos en febrero de 1847, que fijaban el espacio mínimo exigible por cada persona a bordo. Una alimentación deficiente y la falta de higiene causaron entre los más desamparados un altísimo número de muertes y enfermos graves. Los barcos a vapor eran todavía demasiado caros para ser utilizados en las travesías, cuya duración dependía aún de la fuerza del viento.

Una vez llegados a buen puerto, muchos alemanes siguieron los caminos abiertos por sus antecesores y se instalaron cerca de ellos. Aparte de los viejos destinos en Pennsylvania, Ohio, Cincinnati, Illinois y Wisconsin, también las grandes ciudades como Nueva York se convierten ahora en polos de atracción, sobre todo para los más pobres que no disponían de dinero para comprar tierras ⁵. El destino de estos últimos solía ser mucho más penoso que el de los colonos.

LOS «GUETOS» DE NUEVA YORK

En 1850 se habían formado en Nueva York varias barriadas, habitadas casi exclusivamente por alemanes. Entre ellas, la más próspera fue «Klein-Deutschland» («Pequeña Alemania»). Aquí, la vida transcurría exactamente igual que en la vieja patria: iglesias, escuelas, restaurantes, tiendas e incluso un teatro popular, cubrían las necesidades de sus habitantes, sin que éstos tuviesen la necesidad de

⁵ Según la oficina de prensa del Gobierno en Washington D. C. la población alemana en los Estados Unidos sufrió entre 1850 y 1860 la siguiente evolución:

<i>Estado</i>	<i>Habitantes nacidos en Alemania</i>		<i>Población total</i>
	1850	1860	
Illinois	38.160	130.804	1.711.951 — 7,6 %
Maryland	26.936	43.884	599.860 — 7,2 %
Missouri	44.352	88.487	1.067.080 — 8,3 %
New Jersey	10.686	33.772	672.017 — 5,0 %
New York	118.398	256.252	3.880.735 — 6,6 %
Ohio	111.237	168.210	2.339.511 — 7,2 %
Pennsylv.	78.592	138.244	2.906.215 — 4,8 %
Wisconsin	34.519	123.879	775.881 — 16,0 %

aprender otro idioma. En 1856, cerca de 24.000 alemanes poblaron el distrito.

Otros compatriotas no tuvieron tanta suerte, como nos muestra el informe de una comisión parlamentaria, encargada de analizar la situación de los emigrantes de los barrios más degradados de la ciudad: en 1854 había llegado a Nueva York un contingente de inmigrantes alemanes sin oficio que no encontró trabajo. Estas personas malvivían en una parte de Manhattan y Brooklyn, en viviendas infrahumanas. A veces vivían 50 familias en una casa. La única fuente de ingresos de estos infelices era la venta de harapos y huesos que buscaban en los basureros de las calles. La miseria alcanzaba tales cotas que incluso los territorios de recolecta eran divididos entre los vecinos para que no hubiese peleas. El «paraíso de los traperos» despedía un olor insufrible a carne podrida, sólo soportable por sus habitantes ⁶.

LOS LIBERALES

Al margen de artesanos y campesinos, que repetían la vieja odisea de sus compatriotas llegados cincuenta años antes, la inmigración del 48 se caracteriza sobre todo por la llegada de un grupo importante de intelectuales y refugiados políticos, entre ellos médicos, arquitectos, técnicos e ingenieros. Estos últimos fueron recibidos con los brazos abiertos, y comenzaron en seguida a trabajar en su oficio, contribuyendo con importantes obras al progreso americano.

Por el contrario, los fugitivos, que habían sido protagonistas de los diferentes movimientos revolucionarios en Alemania, tendrían bastante más dificultad en obtener el respaldo a sus ideas, tanto por parte de los americanos como por la de sus compatriotas, hasta entonces bastante apáticos en cuestiones que trascendieran su pequeño círculo familiar y social. Aunque numéricamente los revolucionarios constituyan sólo un pequeño contingente, su incansable actividad y su protagonismo público reportarán a los emigrantes alemanes en general fama de activistas radicales. Fama que acabaría por borrar la habitual imagen del granjero germano aislacionista.

⁶ *Apud.* O'Connor, p. 126.

Periodistas, escritores, abogados y doctores en teología no sólo habían huido al Nuevo Mundo con el firme propósito de vivir una vida en libertad sino, también, con el fin de exponer allí sus ideas censuradas y de llevarlas a la práctica. Estos revolucionarios frustrados chocarán, por un lado, con el pragmatismo de la sociedad americana, ajena a los ideales socialistas que impregnaron las revoluciones europeas de la época, y, por otro, con los alemanes ya establecidos, temerosos de que el odio hacia los recién llegados se extendiera a ellos; temor por otra parte justificado, como demostrarán los movimientos nativistas.

Lógicamente, los estadounidenses no veían con buenos ojos todos estos movimientos, que venían acompañados de una constante agitación social, aunque los efectos reales de la misma fuesen mínimos. La hostilidad de la opinión pública no impidió, sin embargo, que pequeños y grandes ideólogos tomaran la pluma para protagonizar su lucha particular. Libros, panfletos y periódicos ⁷ inundaron todos los Estados con teorías que defendían una democracia radical, y que tenían muy poco que ver con las tradiciones norteamericanas, que eran rechazadas en su conjunto, haciendo especial hincapié en la necesidad de la abolición de la esclavitud.

Uno de los más celebrados revolucionarios del viejo mundo fue Friedrich Hecker, caudillo del levantamiento en Baden en 1848, que fue recibido en Nueva York en otoño del mismo año por una multitud de 20.000 personas, entre ellos el alcalde de la ciudad. Hecker, orador violento, no abdicó de sus sueños e intentó recaudar fondos en América para financiar una segunda revolución en Alemania. Pero, finalmente, acabó criando ganado y cultivando viñas en Belleville/Illinois. No obstante, participó en la vida política americana, desempeñando un papel importante en la fundación del partido republicano. Su militancia motivó a muchos alemanes a abandonar sus viejas simpatías demócratas.

Friedrich Hassaurek, germano austriaco, era el portavoz más destacado de los librepensadores. Su labor a favor de la elección de Lincoln le sería recompensada con el nombramiento de embajador

⁷ Von Hagen (p. 284) habla de la existencia de 317 periódicos en lengua alemana en el momento del comienzo de la guerra Civil americana, de los cuales aproximadamente la mitad estaba en manos de demócratas radicales.

en la República del Ecuador, como primer delegado americano tras la independencia del país.

El más «americano» del grupo del 48 era, sin duda, Carl Schurz. Schurz participó también en la revolución de Baden y se hizo famoso en Alemania por un golpe espectacular por el cual consiguió rescatar, en 1850, a su antiguo profesor universitario, Gottfried Kinkel, de la prisión de Spandau en Berlín. Tras un corto paso por París y Londres, se embarcó hacia los Estados Unidos a los 23 años. Familiarizado de antemano con la idiosincrasia americana y con el idioma inglés, y poseedor de magníficas dotes de orador, Schurz será uno de los escasos alemanes que desempeñaría un papel activo en la política de su nueva patria. Como Hecker, Schurz trabajó incansablemente para la fundación del partido republicano, cuyo compromiso con la abolición de la esclavitud atrajo a numerosos alemanes a sus filas. El propio Lincoln alabó sus dotes de persuasión, tras escuchar un impresionante discurso suyo. Pero Schurz no sólo sabía hablar en público, sino también actuar eficazmente en todas las tareas que le fueron encomendadas con «verdadero espíritu americano». Colaborador decidido de Lincoln, fue nombrado embajador en España durante la guerra de Secesión, puesto que sólo aceptó a regañadientes. Su insistente petición de participar en la contienda fue finalmente escuchada, y Lincoln le confió el mando de una de las mejores divisiones del Ejército del Norte. En 1868, Schurz entraría en el Senado por el Estado de Missouri y, finalmente, sería ministro del Interior al lado del presidente Hayes en 1877, puesto que desempeñó con gran dignidad y acierto.

LOS MOVIMIENTOS COMUNISTAS

Un capítulo aparte en las convulsiones que trajeron consigo los hombres del 48 merecen los diversos intentos de crear un nuevo orden social en forma de comunas igualitarias.

La idea de crear pequeñas comunidades autosuficientes, regidas por normas estrictas que prohibían la propiedad privada, no era nueva, y había sido llevada a cabo por varias sectas religiosas en Pennsylvania en la época colonial. La mayoría de estos grupos estaban encabezados por líderes carismáticos, y casi todos se disol-

vieron después de la muerte de éstos o a causa de desavenencias internas.

A pesar de sus fracasos, este tipo de iniciativas se había repetido también a lo largo del siglo XIX:

Johann Rapp fundó en 1803 en Harmony/Pennsylvania una colonia que atrajo, dos años más tarde, a 600 seguidores. El grupo se trasladó en 1815 a Indiana, de donde volvió en 1825 a causa de la malaria y de disputas con sus vecinos. En esta fecha, el socialista utópico escocés Robert Owen compró «New Harmony» a los rapistas para crear una sociedad autosuficiente que fracasó, a su vez, unos años más tarde, según sus críticos a causa del autoritarismo de su fundador.

En 1817, Josph Baumeler acaudilló un grupo de alemanes separatistas en Ohio, donde fundaron una comuna llamado «Zoar». Ésta tendría una duración más larga gracias a su aislamiento, que pudo mantener hasta su incorporación a la ciudad de Ohio en 1884. El comunismo practicado en «Zoar» será abandonado oficialmente en 1898, a petición de la joven generación.

Otro acuerdo comunista fue firmado en 1819 en Tuscarawas County/Ohio, por 150 personas procedentes de Würtemberg, a los cuales se uniría otra comunidad en 1824.

En 1843, un grupo de pietistas acordó en Buffalo regir su vida diaria por una Constitución «aprobada por Dios», según la cual todos los bienes eran comunitarios, excepto la ropa y los utensilios de menaje.

Wilhelm Keil crearía, un año más tarde, una sociedad comunista con 300 obreros alemanes en McKean County/Pennsylvania, fundando las colonias de Teutonia y Ginalsburg, en las cuales se prohibía el uso del dinero...

El máximo exponente del comunismo político en los Estados Unidos fue Wilhelm Weitling. Weitling añade a la fe religiosa, como impulso fundamental de sus antecesores, una teoría política elaborada en base a los postulados del socialismo utópico. Fugitivo de Alemania y Suiza a causa de sus ideas, entró en contacto con Marx en Londres, pero pronto rompió con él y se trasladó a Nueva York en 1847. Aquí creó una «Liga secreta de liberación» que tuvo ramificaciones en otras comunidades germánicas del país. En el mismo año, se reunió en Filadelfia la primera convención nacional de trabajado-

res alemanes, que discutió el proyecto de Weitling de crear colonias comunistas de trabajadores, según las teorías expuestas en su obra *Las garantías de la armonía y la libertad*, en 1842. El resultado sería la fundación de la colonia de «Communia» en Clayton County/Iowa.

Con el estallido de la revolución en Alemania, Weitling volvió a su patria para luchar por sus ideas, pero pronto tuvo que abandonar sus ilusiones. En 1849 volvió a Nueva York, donde crearía la central del «Arbeiterbund», asociación obrera destinada a extender sus ideas y a apoyar la colonia «Communia», que ya se estaba formando en Wisconsin. A pesar de su constante dedicación y esfuerzos, ninguna de sus creaciones tuvo un éxito duradero. El «Bund» no sobrepasó nunca la cifra de mil afiliados, y «Communia» se desintegraría en 1853 a causa del egoísmo de sus miembros, que dedicaron más tiempo a pelearse entre sí que a la construcción de una «República Mundial».

Desengañado del género humano, Weitling se retiró de la política, aceptando un empleo en una oficina de emigración, dedicándose en sus ratos libres a la astronomía.

Experimentos parecidos, encabezados por los políticos radicales Andreas Dietsch y Heinrich Koch, que luego se unirían a Weitling, habían fracasado anteriormente en Pennsylvania, Wisconsin y Missouri. Tampoco los intentos posteriores tuvieron más éxito.

La hoja propagandística *Der Adoptivbürger*, primer periódico comunista alemán en los Estados Unidos, creado en 1846, fue un importante instrumento de apoyo de las diversas iniciativas señaladas.

Otro personaje que destacó en la lucha obrera fue Joseph Wedemeyer, marxista radical que pretendió aumentar el protagonismo de los obreros mediante la combinación de la organización política e industrial. A tal fin creó el «Proletarierbund» en 1851 («Federación de Proletarios»), y el «Amerikanischer Arbeiterbund» en 1853 («Federación Americana de Trabajadores»). Sus iniciativas encontraron poco eco en las ciudades del este, por lo que se traslada con otros líderes socialistas al oeste en 1856. Luego tomará parte en la guerra Civil.

Los movimientos radicales alemanes, lejos de arraigar entre los norteamericanos, aumentaron, por el contrario, sus recelos contra

los extranjeros; recelos que desembocarán, finalmente, en un duro enfrentamiento entre extremistas de ambos bandos.

EL CHOQUE DE CULTURAS

Si bien Carl Schurz se convirtió en el ídolo incontestable de los revolucionarios del 48, ejemplo de un hombre que supo no sólo adaptarse a las costumbres americanas, sino que las defendió incansablemente ante sus paisanos, la mayoría de ellos no quiso emularlo. Por el contrario, aunque la idea romántica de la creación de un Estado alemán independiente en América se había extinguido por su evidente inviabilidad, no así la convicción de muchos alemanes de que su forma de vida y su cultura eran superiores a la americana, por lo que la comunidad de habla alemana hizo todo lo posible por mantener sus costumbres y evitar su disolución. La soberbia y la incomprensión de muchos intelectuales del 48, así como la enorme avalancha de emigrantes que llegaron con ellos, hizo crecer la fobia hacia los recién llegados por parte de los americanos nativos, cansados de ver su cultura puesta en solfa constante por extranjeros, frecuentemente de baja extracción y de peores modales.

Finalmente, la protesta de los nativos desembocó en la fundación de un partido político, que más tarde sería conocido bajo el nombre de los «Know-Nothings» a causa de su negativa a explicar su postura públicamente.

El «Partido Americano» celebró su primer Congreso el 4 de julio de 1845 en Filadelfia, donde su credo fue fijado en un programa básico. Éste denunciaba los riesgos de la inmigración masiva, que pondría en peligro el sistema americano anclado en la Constitución, y que trastocaría la vida moral y las costumbres del país. Partiendo de la base de que muchos Gobiernos europeos vaciaban sus prisiones y hospitales enviando sus «desechos» a América, selección que sería completada por los «débiles, tontos, vagos y testarudos»⁸ que recibirían antes que nadie el permiso para emigrar, los «Know-Nothings» exigían leyes de extranjería más restrictivas para obtener la

⁸ *Apud.* O'Connor, p. 130.

nacionalidad americana y el derecho al voto. Las críticas alcanzaron su cénit entre los años 1852 y 1856, años en los cuales eran frecuentes incluso las agresiones físicas, al margen de los insultos proferidos en libros, panfletos y periódicos. Si a los irlandeses se les reprochaba su religión católica y las prácticas inherentes a ella, los alemanes atentaban, supuestamente, contra el modo americano de vida, con una serie de hábitos que suscitaban violentas controversias:

La llegada masiva de alemanes en los años treinta y cuarenta, y su asentamiento en lugares habitados por compatriotas, había reforzado enormemente algunas costumbres que chocaban con las americanas, imbuidas mayormente del espíritu puritano. Una de ellas era la creación de todo tipo de asociaciones, entre las cuales destacan los «Turnvereine», que desempeñaron un importante papel en la aglutinación de los alemanes en todo el territorio de los Estados Unidos. Estas asociaciones gimnásticas nacieron en Alemania por la iniciativa de Friedrich Ludwig Jahn, en 1811. En pleno auge de las guerras napoleónicas, Jahn proclamó la necesidad del ejercicio físico constante, practicable también en lugares cerrados («Turnhalle»), con el fin de alcanzar un equilibrio entre la mente y el cuerpo, preparación imprescindible para ser un buen soldado. Sus consejos fueron pronto puestos en práctica y, tras algunos años de problemas con las autoridades a causa de sus ideas políticas nacionalistas, los «Turnvereine» se extendieron en toda Alemania. En Norteamérica aparecieron en algunas colonias germanas en los años treinta, pero su auge comenzaría tras la llegada de los revolucionarios del 48.

El «Turnverein» más famoso fue creado por Friedrich Hecker en Cincinnati, en otoño de 1848. A partir de entonces, las asociaciones gimnásticas se extendieron por todo el país, sirviendo no sólo para fortalecer el cuerpo, sino también para crear una base de intercomunicación política entre las diferentes comunidades alemanas. La estricta disciplina imperante en los «Turnvereine» sirvió para convertirlos en unidades paramilitares en caso de necesidad: en los años cincuenta para luchar contra el nativismo, o en la guerra Civil, donde los «Turner» formaron unidades locales que alcanzaron alto prestigio.

En 1853, la Federación de los «Turnvereine», el «Turnerbund», incluía a 60 asociaciones en todo el norte de América. En esta época, muchas de ellas apoyaban los movimientos socialistas germanos,

tradición que seguirán manteniendo, aunque en menor medida, después de la guerra Civil y que durará hasta comienzos del siglo xx, cuando las organizaciones abandonarán su faceta política.

Otros agrupaciones importantes eran las de música y las de tiro. Sobre todo las primeras tuvieron un gran impacto cultural en la segunda mitad del siglo xix creando, de hecho, las bases para muchas instituciones americanas que, posteriormente, alcanzarían fama mundial. Muchos inmigrantes intelectuales del 48 trajeron consigo instrumentos musicales y partituras. Fruto de sus actividades fue, por ejemplo, la fundación de la orquesta «Germania» en Nueva York, origen de la actual Filarmónica. La aparición de escuelas de música fue acompañada por una creciente industria del ramo. Nombres famosos de empresas constructoras de pianos como «Steinway», «Knaabe», «Weber», etc., datan de esta época y evidencian su origen alemán.

Aunque los ejercicios musicales en sí no suscitaron demasiada hostilidad, su práctica en los domingos chocó abiertamente con las reglas estrictas de las religiones puritanas, según las cuales este día debe dedicarse únicamente a la meditación, y no a actividades folclóricas, sospechosas de inducir al pecado.

La creación de numerosos teatros y locales de esparcimiento, en donde tenían lugar los encuentros de los afiliados en los días de descanso, completó el aislamiento de los alemanes y les facultó a reproducir fielmente las costumbres de su vieja patria, tan distintas de las americanas.

En Alemania, tanto los protestantes como los católicos solían celebrar el domingo con excursiones al campo, visitas familiares y diversiones de toda clase, entre las cuales no faltaba el abundante consumo de salchichas y cerveza. Sobre todo esto último escandalizaba a los nativistas, muchos de los cuales pertenecían a la liga de abstemios («temperance»). De hecho, existía una ley que prohibía la venta de alcohol en días festivos, ley que fue contestada e ignorada sistemáticamente por los alemanes. Para la cultura americana el consumo de alcohol no tenía la connotación de la «Gemütlichkeit» («placidez») germana, porque se relacionaba con bebidas duras como el whisky o el ron, cuyos efectos sobre el comportamiento social de los individuos eran mucho más nocivos que los de la cerveza o del vino.

Los «comedores de choucroute» tenían su parte de culpa en el violento comportamiento de los «Know-Nothings». Lejos de moderar su comportamiento para no herir sentimientos ajenos, gustaban de provocar a aquellos con ruidosas demostraciones de su felicidad dominguera, que se les antojaba muy superior a la de los austeros puritanos.

Por otra parte, hubo también creaciones alemanas que fueron aceptados en seguida por el país anfitrión. Una de ellas fue el «Kindergarten» («jardín de infancia»), método froebeliano de educación infantil que nació en Alemania en 1837, llegando a América en 1856 promovido por Carl Schurz, quien inauguró en esta fecha la primera escuela parvularia en Wisconsin.

También el abeto adornado como símbolo de la Navidad germana enraizó pronto en las costumbres norteamericanas. Lo mismo cabe decir del carácter general de las celebraciones navideñas. Las reuniones familiares, típicas en estas fechas, adoptarían el tono solemne alemán, producido por la interpretación de villancicos de hondo espíritu cristiano como «Noche de Paz», en sustitución de las ruidosas explosiones anglosajonas de alegría, regadas abundantemente con alcohol.

Unos años más tarde, en 1863, el caricaturista germano Thomas Nast complementaría el carácter germánico de las Navidades con la introducción en los Estados Unidos de la entrañable figura de Santa Claus. Año tras año, hasta 1887, sus dibujos de la imagen bonachona de «Sugar Daddy», con barba blanca y abrigo rojo, publicados en las páginas de *Harper's Weekly*, alegrarían las fiestas a niños y mayores.

Pero estas aportaciones germanas a la cultura americana no bastaban para evitar los choques entre ambas etnias. Choques que fueron propiciados especialmente por el fuerte aumento de la inmigración, y que alcanzaron su punto álgido en 1855, cuando los nativistas añadieron a sus protestas la acción violenta contra los inmigrantes. Hubo incendios de casas alemanas, entre ellos el teatro en Nueva Orleans; asaltos a las sedes de los «Turnvereine», disparos sobre excursionistas que volvían del campo en regiones alemanas como Cincinnati o Louisville, algunos extranjeros fueron apaleados, lapidados y asesinados. En respuesta, los clubes de gimnasia se convirtieron, cada vez más, en unidades paramilitares para la defensa de sus compatriotas.

Los enfrentamientos étnicos tuvieron un fuerte eco en Alemania. Las leyendas románticas, propagadas por la literatura germana en la primera mitad del siglo, fueron ahora relevadas por relatos de desencanto, inspirados por los revolucionarios cansados, que volvían a su patria tras comprobar el escaso fundamento de la visión optimista del nuevo mundo. Este «cansancio americano»⁹ frenaría la inmigración a partir de 1855, pero ante el grave conflicto entre el norte y el sur americano que se avecinaba, las querellas culturales quedarán pronto en un segundo plano. La participación en la guerra Civil, en uno u otro bando, convertiría a la mayoría de los alemanes, definitivamente, en americanos.

UNA PRUEBA DE AMERICANISMO: LA GUERRA DE SECESIÓN

Una vez más, la guerra de Secesión enfrentará a alemanes contra alemanes. Su confraternidad, mantenida en los diferentes Estados de la Unión, acentuada tras la llegada de la «generación del 48» y celebrada en múltiples actos, como competiciones de deportes y de canto, sufrirá una durísima prueba, nunca valorada en su justo término por los norteamericanos.

Los últimos actos comunes de los germanos del norte y del sur fueron las exequias en honor de Alexander von Humboldt, tras su muerte en mayo de 1859. Después vendrían las elecciones generales que otorgaron la presidencia a Abraham Lincoln gracias, probablemente, a los votos de la población germana, que había retirado su tradicional apoyo al partido demócrata, persuadida por la propaganda de los líderes del 48 a favor de los republicanos. Lincoln lo entendió así y recompensaría, tras su victoria, a sus defensores con honores y cargos políticos.

La guerra era ya inevitable, siendo la cuestión de la esclavitud sólo una de las causas de la controversia entre el norte y el sur. Aunque la mayoría de los inmigrantes germanos vivían en el territorio de la Unión, el ejército confederado pudo contar con más de 10.000, muchos de los cuales ocuparían puestos de mando.

⁹ Vid. Manfred Durzak, *Das Amerika-Bild in der deutschen Gegenwartsliteratur*, caps. I y II.

Al lado de Lincoln lucharon unos 216.000 alemanes, entre ellos más de 6.000 judíos ¹⁰, guiados por la experiencia de viejos revolucionarios como Carl Schurz, Friedrich Hecker, su compañero de aventuras Franz Sigel, Max Weber y otros, que habían acumulado experiencias bélicas en los fracasados levantamientos liberales y demócratas en su tierra natal.

Aunque los libros de historia americanos apenas mencionan a los combatientes germanos, la mayoría luchó bravamente, al margen de los inevitables oportunistas y cazamedallas. Su valor se demostró, sobre todo, en la dramática batalla de Antietam/Maryland, que causó un total de 24.000 bajas en ambos bandos, siendo muchos de ellos de origen alemán y vecinos de este Estado.

Los más de trescientos periódicos en lengua alemana remediaron el silencio de los portavoces americanos, contando con todo detalle las incidencias de los combates. Algunos, entre ellos la revista ilustrada de Frank Leslie *Leslie's Illustrated Weekly*, enviaron reporteros y dibujantes que acompañaban a las tropas, reteniendo con notoria capacidad artística, con sus lápices, la peligrosa vida de los soldados, sus fracasos y sus glorias.

Europa siguió la lucha fratricida con simpatía diversa. Los estados alemanes favorecían al norte. Prusia, ocupada en aquellos momentos en crear la unidad alemana, envió algunos observadores para asistir a la primera guerra moderna, que contaba con ayudas técnicas tan importantes como el ferrocarril, el telégrafo o globos de sondeo. Estos últimos fueron estudiados con especial interés por el joven conde Zeppelin, que deseaba analizar la utilidad de estos artificios, para su posible aplicación en el ejército alemán. Todavía quedaba lejos su invención de la primera nave aérea dirigible, pero los primeros estímulos datan de su experiencia americana.

La lucha siguió su curso implacable, y en ella destacaron germano-americanos tan pintorescos como el gigante prusiano Heros von Borcke, mayor e inspector general de la Caballería en el lado confederado, o George Armstrong Custer en el de la Unión. Bisnieto de un soldado desertor hessiano, general de la Brigada de Michigan y

¹⁰ Vid. von Hagen, *op. cit.*, p. 299. Las cifras señaladas incluyen los alemanes de segunda generación. Según Howard B. Furer, *The Germans in America 1607-1970*, p. 54, si sólo se contabilizan los nacidos en Alemania, se alcanza el número de 176.817 participantes.

ayudante del general Sheridan, Custer se hizo famoso no sólo por su valor guerrero, sino también por su vanidad y su talento destructor en tierras enemigas. Pocos americanos conocían su origen alemán.

Otros hombres, menos llamativos físicamente y bastante más modestos, contribuyeron probablemente de forma mucho más eficaz a la victoria de las tropas de la Unión. Por ejemplo, el general Hermann Haupt, que había colaborado en 1835 en Alemania en la construcción del primer tren, y que tenía en América todo el transporte militar bajo su mando, alcanzó justa fama porque era capaz de reparar con sus pioneros un puente de ferrocarril en casi tan poco tiempo como el necesitado por los enemigos para destruirlo ¹¹.

En términos generales, los soldados y oficiales alemanes cumplieron su deber de forma discreta pero segura, cualidades no apropiadas para llamar la atención o para crear leyendas.

Por otra parte, y para escarnio de los veteranos de guerra, tres alemanes participaron en la conspiración organizada por el actor John Wilkes Booth, fanático sudista, que acabó con la vida del presidente Lincoln el 14 de abril de 1865. Uno de ellos, Louis Weichmann, descendiente de alemanes que emigraron a Pennsylvania, trabajaba en el Ministerio de Guerra. Su parte en la conspiración no ha sido nunca del todo aclarado. Parece ser que tenía que participar en el secuestro del ministro de la Guerra, Stanton. Pero en el último momento tuvo miedo y reveló el plan, revelación que no le salvaría de la cárcel.

Georg Atzerodt, un individuo de muy mala fama, tenía el cometido de asesinar primero al vicepresidente Andrew Jackson y de ocuparse después del transporte de los funcionarios secuestrados al sur, donde serían retenidos como rehenes. Atzerodt fue ahorcado en el mes de julio. El tercero, Edward Spangler, era mozo de cuadra de los caballos de Booth, y trabajaba en la noche de autos en el teatro como tramoyista. Dado que no colaboró activamente en el asesinato, fue enviado como prisionero a las rocas de Dry Tortugas, al oeste de Cayos de Florida.

¹¹ Vid. O'Connor, *op. cit.*, p. 162.

Capítulo VI

«APOCALÍPTICOS E INTEGRADOS»

La guerra de Secesión había servido para la integración de muchos alemanes, que, sin embargo, gustaban aún de llamarse germano-americanos («Deutsch-Amerikaner»), con el fin de subrayar sus vínculos afectivos con su vieja patria a la par que con la nueva.

La nueva etapa económica que siguió al derrumbamiento del sur se caracteriza por un rápido incremento de la industrialización del país que hará aumentar aún más el flujo de inmigrantes, aunque éste cambiará de origen a partir de la década de los noventa. Los países que tradicionalmente habían proporcionado gran parte de la población de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Irlanda, Alemania y los países escandinavos, cederán sus puestos a Austria-Hungría, Italia y Rusia ¹. Una de las causas radica en los cambios políticos acae-

¹ Cuadro de inmigración. Fuente: S. Dale Mc Lemoire, *Racial and Ethnic Relations in America*, p. 64.

1) Países tradicionales:

	1880-1889	1890-1899	1900-1909
Alemania	1.445.181	579.072	328.722
Gran Bretaña	810.900	328.759	469.518
Irlanda	674.119	405.710	344.940
Escandinavia	670.783	390.729	488.208

2) Países nuevos:

Austria-Hungría	314.797	613.001	2.001.376
Italia	267.660	691.522	1.930.475
Rusia y Estados Bálticos	182.698	490.101	1.501.303

cidos en Europa, tras la creación del Imperio Alemán por Bismarck en 1871. El despegue económico de la nación alemana se hará notar, sobre todo, a partir de la última década del siglo, cuando el fuerte desarrollo industrial y la avanzada legislación social redundarán en beneficio de los trabajadores, que disponen ahora de suficientes posibilidades para encontrar trabajo en su país. Sin embargo, hasta 1882, la emigración alemana sufrirá un aumento constante, registrándose en este año una entrada récord de 250.630 personas de origen germano en los Estados Unidos. La política de Bismarck, que obligaba a la prestación de servicios militares desde la creación de la Confederación de Alemania del Norte en 1866, impulsó especialmente a los grupos afectados a abandonar su patria. Éstos serían secundados, a partir de 1870, por católicos y socialistas, a causa de la lucha del canciller germano contra el papado y contra los políticos demócratas.

El fin de la política de asentamientos por parte del Gobierno estadounidense, que culmina en el «cierre oficial» de la «frontera» en 1890, provocará un cambio cualitativo en la personas que buscaban su suerte en el Nuevo Mundo: se producirá un descenso notable del número de agricultores, a cambio de un incremento sustancial de obreros especializados y de comerciantes. Muchos alemanes se quedarán ahora en las urbes del Este y del Medio Oeste, que viven en esta época un crecimiento espectacular, convirtiéndose las ciudades de Nueva York y Chicago en sus destinos preferidos. Esta última destacará, especialmente en las últimas décadas del siglo, por su violencia social, en la cual los inmigrantes alemanes desempeñaron un importante papel que merece una consideración especial.

CAUDILLOS DE LA LUCHA OBRERA

A mediados de siglo, Chicago se había convertido en el centro regional de los alemanes residentes en Illinois, Wisconsin, Iowa y Minnesota, lugares que recibieron gran parte de la afluencia masiva de germanos en las décadas siguientes. La población alemana en la propia capital había ascendido de unos 5.000 personas en 1850 a

más de 200.000 en 1884, cifra que se habrá duplicado a comienzos del nuevo siglo ².

Ebanistas, carpinteros, zapateros, albañiles, sastres, panaderos y carniceros formaron el grueso más representativo de las profesiones desempeñadas mayormente por alemanes, al margen de los empleados en la industria pesada ³.

Una de las consecuencias de la existencia del fuerte núcleo de artesanos y obreros alemanes sería la aparición de asociaciones gremiales de diverso tipo, que formarían el embrión del movimiento obrero de la ciudad. Estas instituciones se habían desarrollado a partir de las mutuas alemanas de beneficencia, dedicadas a la ayuda al emigrante. La primera de ellas, la «Deutsche Gesellschaft», fue creada en Nueva York en 1784 para facilitar apoyo a las personas enfermas y sin recursos. En núcleos urbanos como Chicago, las mutuas eran un importante centro de reunión que brindaba a sus afiliados todo tipo de asistencia: educación, mediante la participación en cursos de idiomas y de preparación profesional; información, a través de periódicos propios en lengua alemana; entretenimiento en locales y espacios pertenecientes a la colectividad, e instrucción para la acción política. En algunos casos, las uniones profesionales disponían también de herramientas y máquinas en propiedad común, como era el caso de los carpinteros de Chicago.

En los años sesenta y setenta, tras la llegada de muchos extremistas expulsados de Alemania, estos centros asistenciales se convirtieron, cada vez más, en lugares de lucha política, y muchos se disolvieron en sindicatos obreros no constreñidos a una determinada nacionalidad. Los alemanes estaban presentes en todas las organizaciones radicales, cuya fundación y desaparición se sucedían a cortos intervalos. Asimismo, participaron activamente en la fundación del Partido Socialista Obrero en 1877. El comité ejecutivo de la Primera Internacional Socialista sería formado por tres alemanes, dos irlandeses, dos franceses, un sueco y un italiano.

² Hartmut Keil (ed.), *German Workers' Culture*, p. 25.

³ Porcentajes de profesionales alemanes en Chicago en 1890: Panaderos, 47,8 %; ebanistas («cabinetmakers»), 39,8 %; carniceros, 33,9 %; zapateros, 32,6 %; albañiles, 32 %. Fuente: John B. Jentz: «Artisan Culture and Organization of German Workers», en Hartmut Keil, *op. cit.*, p. 61.

La depresión económica de los años 1873-77 originó violentos choques sociales, caracterizados por huelgas salvajes encabezadas generalmente por alemanes radicales. Aunque a finales de la década se vislumbraba una lenta recuperación, a partir de 1883 se repetiría la crisis. Entre 1882 y 1886 habían caído los salarios un 5,7 %, y, en octubre de 1884, se encontraban en la ciudad 30.000 personas sin empleo.

Una parte importante de los disturbios fue protagonizada por anarquistas, dispuestos a pasar de la discusión a la acción violenta. La lucha a favor del horario laboral de ocho horas diarias llevó en 1886 a los famosos sucesos de «Haymarket», en los cuales los alemanes tuvieron también un papel destacado.

Tras semanas de enfrentamientos entre huelgistas y policías que incluían atentados con bombas y duras réplicas por parte de las autoridades, el 4 de mayo de 1886 varios miles de personas siguieron el llamamiento de los líderes anarquistas para efectuar una manifestación contra una reciente acción de la policía, en la cual habían muerto seis obreros huelgistas de la fábrica McCormick. En la plaza de «Haymarket» el anarquista alemán August Spies, editor del periódico violento *Arbeiter-Zeitung*, y sus correligionarios Albert Parsons y Samuel Fielden arengaron a los obreros a defender sus intereses, incluso por medio de la violencia si fuese necesario. De repente, alguien no identificado lanzó una bomba a las filas de los policías que habían acordonado el recinto. La tremenda explosión causó la muerte de siete policías e hirió a otros sesenta. Los ilesos abrieron fuego indiscriminado en todas las direcciones. Según estimaciones, el baño de sangre causó unas doscientas víctimas entre muertos y heridos ⁴.

De los ocho hombres que fueron procesados a causa de los sucesos, seis llevaban nombres germanos. Aunque no se pudo determinar quién lanzó la bomba, los acusados fueron declarados culpables de incitación a la violencia y al levantamiento popular. Spies fue hecho responsable de la excitación popular, por medio de la difusión de propaganda violenta que exhortaba a la población a tomar las armas. En agosto de 1886, el veredicto condenó a siete de los inculpados a morir en la horca. El octavo, Oscar Neebe, cuyo único crimen

⁴ Las cifras de muertos e heridos no concuerdan en las diferentes fuentes consultadas. Las aquí citadas proceden de O'Connor, *op. cit.*, pp. 326-331.

fue su vinculación capitalista al *Arbeiter-Zeitung*, fue sentenciado a 15 años de prisión. Finalmente, sólo cuatro de los condenados, August Spies, Albert Parsons, George Engle y Adolph Fischer fueron ahorcados. Louis Lingg se suicidió en la cárcel; Samuel Fielden y Michael Schwab consiguieron la conmutación de la pena en cadena perpetua.

Los martires de «Haymarket» reforzaron el antagonismo existente entre las clases conservadoras de Chicago y los obreros, creando al mismo tiempo un profundo sentimiento antigermánico entre las primeras. Éste se incrementará aún más cuando el germano-americano John Peter Altgeld, gobernador electo del Estado de Illinois de 1893-1897, decretó poco después de su toma de posesión una amnistía para Neebe, Fielden y Schwab, cediendo a la presión de los obreros que habían apoyado su candidatura. El gobernador no limitó su intervención a este gesto de gracia, sino que denunció públicamente la imperfección de las leyes penales, que habían hecho posible la condena de personas cuya culpabilidad no había sido demostrada. Las clases altas y medias, temerosas de nuevas violencias anarquistas, atacaron duramente la postura de Altgeld, postura que alentó a los obreros para intensificar su lucha. En 1894, una huelga en la fábrica Pullman, constructora de vagones de ferrocarril, cuyos dueños pagaban a sus empleados sueldos de hambre, dio lugar al envío de tropas federales a Illinois, quienes aplastaron la huelga violentamente con el coste de una docena de vidas humanas.

Tras los acontecimientos en la plaza de «Haymarket», una ola de terror anarquista se extendió por los Estados Unidos y por Europa. Elementos alemanes estuvieron presentes en muchos de los atentados. Entre los nombres de los revolucionarios sobresale el de Johann Most, que se dedicó a la agitación en los barrios de emigrantes en Nueva York. Otros buscaron la justicia social con métodos violentos.

También en el campo del socialismo más moderado abundaban los germano-americanos. En Milwaukee, capital de esta etnia, el partido socialista creado por Eugene Victor Debs, obtuvo durante muchos años un apoyo masivo de la población, apoyo que le otorgaría incluso la alcaldía de la ciudad, caso único en los Estados Unidos.

TRIUNFADORES

Mientras alemanes socialistas y anarquistas luchaban por una América más solidaria, otros más conservadores tenían intereses muy diferentes.

La creación de la nación alemana en 1871 había sido celebrada por los germanos con júbilo y entusiasmo. Los «Dutch», menospreciados y vilipendiados por los nativistas, tenían por fin una razón para sentirse orgullosos. Alemania se había convertido en la fuerza hegemónica de Europa, tras vencer a Austria y a Francia. En pocos años, su prestigio traspasó las hazañas bélicas para extenderse al campo económico e industrial. La cultura y la ciencia alemanas, antes desperdigadas en oscuros Principados, contribuían ahora a la justa fama de las universidades y de sus profesores.

En los Estados Unidos, los numerosos periódicos en lengua alemana⁵ se hacían eco del enorme progreso de la vieja patria burlándose al mismo tiempo, con cierta frecuencia del atraso americano en cuestiones como la educación y la cultura. Sus críticas malévolas del arte estadounidense, de su arquitectura, literatura y dedicación exclusiva a los negocios, sonaban a revancha de los ataques «yankees» a los «brutos y tontos labriegos germanos» de comienzos del siglo.

Entre tanto, muchos germano-americanos, sobre todo los pertenecientes a la segunda y tercera generación, formaban ya parte del «Establishment». Un considerable número de empresarios germanos habían seguido los caminos de John Jakob Astor, supuestamente el primer «self-made man» de Norteamérica, que se hizo inmensamente rico con el comercio de pieles a finales del siglo XVIII. Los Chrysler, Studebaker, Rockefeller, Westinghouse —por citar solo algunos nombres— eran descendientes de alemanes. Lo mismo cabe decir de conocidos científicos, ingenieros, intelectuales y artistas. Entre estos últimos se encuentra uno de los alemanes más conocidos en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial: el dibujante Thomas Nast. Nast logró dar a sus caricaturas una resonancia política extraordinaria. Los partidos demócrata y republicano deben al

⁵ En 1890 existían en los Estados Unidos 727 periódicos y revistas alemanes frente a 112 publicaciones escandinavas, 22 bohemias, 28 españolas, 18 polacas, 13 italianas y 40 francesas. Fuente: O'Connor, *op. cit.*, p. 363.

dibujante alemán la creación de sus animales mascota, el burro y el elefante.

El episodio más famoso de su carrera ocurrió en 1871. Nast trabajaba entonces para la revista *Harper's Weekly*, y se dedicó con sus dibujos satíricos a denunciar la corrupción de los políticos locales de Nueva York, al frente de los cuales se encontraba William M. Tweed, del partido demócrata. Su lápiz supo reflejar con tal maestría la tiranía del «Boss» y de sus allegados, que la opinión pública forzó la intervención de las autoridades que habían encubierto al grupo. Durante el proceso, Nast se resistió a todas las ofertas de soborno saliendo al fin vencedor. Tweed y sus hombres huyeron o fueron enviados a la cárcel.

Al margen de su protagonismo político, las caricaturas de Nast sirvieron de fuente de información a emigrantes ignorantes del idioma inglés y también a los analfabetos. El presidente Roosevelt recompensó sus servicios con el nombramiento de cónsul de los Estados Unidos en Guyaquil (Ecuador), donde moriría en 1902.

UNA BATALLA PERDIDA: EL IDIOMA ALEMÁN

Uno de los campos de batalla de los germano-americanos seguía siendo el mantenimiento del idioma alemán en sus escuelas e iglesias. Sin embargo, la asimilación del inglés por la segunda y tercera generación de alemanes y la disminución de emigrantes germanos a partir de 1882, hacía esta tarea cada vez más difícil. A pesar de la lucha conjunta de católicos y protestantes en esta cuestión, las escuelas de Pennsylvania, donde la educación germánica estaba más firmemente arraigada, tuvieron que aceptar en 1890 la imposición del inglés como lengua básica.

El «Memorando de Luzern»

Respecto a las iglesias, el problema adquirió connotaciones especiales, a causa del enfrentamiento entre la jerarquía católica alemana en los Estados Unidos con la irlandesa.

La primera comunidad católica fue fundada en 1733 en Filadelfia contando con 22 miembros irlandeses y 15 alemanes. Cuando empezó la inmigración masiva de ambas nacionalidades, cada una creó sus propias diócesis y construyó sus propias iglesias. Entre ambos grupos, de tan distinta idiosincrasia a pesar de su fe común, pronto se hicieron habituales disputas y rencillas. Los alemanes protestaron por los privilegios de los irlandeses, que habían acaparado todos los puestos importantes de la jerarquía eclesial, mientras que los irlandeses denunciaron el nacionalismo exacerbado de los germanos. Nacionalismo que se reflejaba tanto en el uso de su lengua para el culto como en la celebración del mismo en iglesias separadas.

El enfrentamiento alcanzó especial virulencia en la década de los ochenta, cuando las persistentes quejas de los alemanes contra el predominio irlandés parecía obtener por fin la atención del Vaticano. En 1883 llegó a los Estados Unidos el secretario general de la Sociedad de San Rafael, Peter Paul Cahensly, con la misión de ocuparse de los emigrantes católicos alemanes. Cahensly, famoso filántropo seglar y miembro del Parlamento alemán, se convenció de la justicia de los argumentos contra los irlandeses. Redactó el informe correspondiente, señalando que era inaceptable que un buen número de iglesias alemanas estuviesen supeditadas a la jurisdicción de comunidades de habla inglesa ⁶. La defensa de Cahensly enrareció aún más el clima de tensión entre ambas comunidades. El conflicto alcanzaría su punto álgido en la primavera de 1891. En esta fecha, los líderes de las Sociedades Europeas de San Rafael acordaron en un Congreso proponer, como solución a la disputa germano-irlandesa, la abolición de los 75 distritos eclesiásticos existentes y su sustitución por una nueva distribución, basada en la composición étnica de la población. Cada nacionalidad tendría sus diócesis separadas y sacerdotes de su propia etnia. El nombramiento de obispos se haría proporcionalmente a la nacionalidad de los fieles. El «Memorando de Luzern», que recogía estas sugerencias, fue entregado al papa León XIII por Cahensly.

⁶ En 1886 había en los Estados Unidos 86 obispos, 35 de los cuales eran de sangre irlandesa y sólo 15 de origen alemán, incluyendo Suiza y Austria. Los demás puestos fueron despeñados por 11 franceses, 5 ingleses, 1 holandés, 1 escocés y 1 español.

Cuando su contenido se publicó en el *Herald* de Nueva York, el 21 de mayo de 1891, la jerarquía irlandesa pasó inmediatamente al contraataque, informando al santo padre de su parecer. Éste decidió finalmente en contra de la propuesta, aunque recomendó la creación y el mantenimiento de comunidades católicas nacionales para los emigrantes de la primera generación, en aquellos lugares en los cuales no hubiera ninguna parroquia.

Poco a poco las cosas volverían a su cauce, dado que el peligro de una guerra europea creaba problemas más acuciantes.

LOS JUDÍOS

La emigración de judíos alemanes a Norteamérica empezó pocos años más tarde que la de los protestantes y católicos, pero de una forma bastante más pausada. En 1790, la comunidad judía en los Estados Unidos contaba apenas con 1.500 personas, incluyendo los sefarditas españoles y portugueses; en 1830 su número se había elevado a 8.000. Tras la revolución del 48, la cifra aumentaría espectacularmente a 50.000 ⁷.

Los judíos tenían aún más razones para buscar una existencia digna en el nuevo mundo que los sectarios y refugiados políticos alemanes. Durante los siglos XVIII y XIX, la discriminación de su raza fue general en toda Alemania, aunque tuvo distinta envergadura en cada Estado. Sus vidas transcurrían, normalmente, en guetos, y sus derechos civiles estaban sometidos a limitaciones diversas, que incluían la prohibición de desempeñar determinadas profesiones.

Una vez llegados a Norteamérica, las diferencias señaladas desaparecían. En el hostil entorno anglosajón, prevalecían vínculos comunes como el idioma y la cultura por encima de discrepancias religiosas. Los judíos formaron, por tanto, parte de la comunidad germana, participando activamente en sus instituciones como los «Turnvereine» y en las actividades sociales del grupo.

Dado que en muchos Estados alemanes los judíos no podían ejercer ningún oficio, muchos de ellos buscaron acomodo en los núcleos urbanos dedicándose al comercio. Los más pobres vendían sus

⁷ Datos procedentes de W. v. Hagen, *op. cit.*, p. 287.

productos a domicilio, recorriendo casa por casa de la ciudad. Conocidos millonarios, como Strauss y Seligman, sentaron con esta actividad los fundamentos para sus fortunas. Otros se dedicaron a los negocios bancarios, llegando a crear con el tiempo verdaderas dinastías financieras consolidadas mediante una política de matrimonios.

El paradigma del «self-made man» judío en los Estados Unidos es el banquero de Hesse August Schönberg, quien prefirió traducir su nombre al francés: «Belmont». Tras realizar un aprendizaje de banca en la casa Rothschild en Frankfurt, llegó a los 21 años a Norteamérica, donde creó en 1837 una pequeña empresa. Con el apoyo de los Rothschild, se había convertido, sólo tres años más tarde, en uno de los banqueros privados más influyentes de los Estados Unidos.

La lista de judíos que alcanzaron éxito, fama y fortuna en diferentes ramas de la industria y de los negocios es muy extensa. Aparte de los ya mencionados, destacan en ella los Guggenheim, procedentes de Suiza, que se hicieron los dueños en el campo de la minería del cobre y del plomo, y la familia Loeb, fundadores de la Banca Kuhn, Loeb & Co.

Otros se dedicaron a la medicina, la enseñanza o la ciencia. Ottmar von Mergenthaler inventó en 1884 la linotipia, máquina que revolucionaría el sistema de impresión basado aún en los tipos móviles inventados por Gutenberg.

También tuvieron un papel muy relevante en el campo de la música. Grandes compositores, directores y creadores de orquestas proceden de familias judías. Una de las más famosas es la familia Damrosch de Silesia. Leopold Damrosch funda en 1873 la «Oratory Society», y, un año más tarde, la «New York Symphony Society». Asimismo, hay que mencionar a Oscar Hammerstein, que tuvo gran influencia en el desarrollo del «musical» moderno...

Lógicamente, no todos los judíos alcanzaron cotas tan altas de celebridad, pero la mayoría logró crear una sólida base para su existencia.

La general tolerancia de los americanos hacia la raza judía cambió sustancialmente durante la guerra Civil. A pesar de su activa participación en ambos bandos, hombres ricos como Belmont fueron acusados por la Unión de hacer negocios con el enemigo y de enriquecerse con la guerra. El antisemitismo florecía en el norte, y

tampoco los judíos caídos por los ideales que defendían pudieron aplacar las sospechas de traición.

En 1862, la crispación alcanzó su punto culminante, cuando el general Grant, jefe del ejército de Tennessee, firmó la «Orden n.º. 11», decretando la expulsión inmediata del mismo de todos los judíos. La protesta popular fue inmediata y masiva en toda la costa atlántica. Escasas tres semanas más tarde, el presidente Lincoln declaró nula la disposición de Grant y los ánimos se calmaron poco a poco.

Pero los sucesos vividos durante la guerra provocarían, tras su finalización, controversias internas en las comunidades de los judíos alemanes. Controversias que desembocarían en la formación de tres vertientes religiosas diferentes: los ortodoxos, los reformados y los conservadores. Los primeros deseaban mantener intactos los ritos antiguos, mientras los segundos querían adaptar una parte de ellos al ritmo de la vida americana. Los conservadores buscaban una vía de compromiso entre ambas direcciones, levantando, por ejemplo, la prohibición de asistencia conjunta de hombres y mujeres a las ceremonias en la sinagoga.

Estas diferencias internas no afectaron, de momento, a la convivencia habitual de los judíos con sus compatriotas cristianos. Por el contrario, la llegada masiva de judíos procedentes de Rusia despertará un creciente antisemitismo no sólo entre los alemanes, sino entre gran parte de la población norteamericana.

El zar Alejandro II de Rusia había sido asesinado en abril de 1881, y, a continuación, su hijo Alejandro III puso en marcha una política de persecución y exterminio de los judíos, considerados culpables de todos los males que afectaban a Rusia. Las protestas internacionales no lograron frenar las ejecuciones y los malos tratos inflingidos al pueblo judío; razón por la cual éste se lanzó masivamente a la emigración, eligiendo con preferencia como destino a los Estados Unidos que recibieron, entre 1881 y 1914, aproximadamente, dos millones de estos fugitivos. Pobres y desamparados, sin educación ni oficio, la única esperanza de estos desgraciados era la solidaridad de sus correligionarios americanos, ya bien situados e incluso ricos.

Los aproximadamente 250.000 judíos alemanes vieron con preocupación cómo el bajo nivel social de los recién llegados ponía en

peligro su estatus. Las diferencias entre ambos grupos eran abismales y afectaban a todos los ámbitos. En política, los judíos rusos eran partidarios de un radicalismo democrático, correspondiente a su bajísimo nivel de vida, que jamás había sido defendido por sus hermanos alemanes, cuyos métodos para escalar puestos sociales habían sido la educación, el trabajo y el talento.

También las autoridades americanas se asustaban ante una avalancha emigratoria, que se desviaba cada vez más del ideal anglosajón. En 1875 habían comenzado a restringir la entrada a personas «indeseables», como criminales o deficientes mentales. Las restricciones seguirían en 1882 con la exclusión de toda una nacionalidad, los chinos; en 1897 el Congreso aprobó una ley que exigía a todos los emigrantes adultos un examen previo que certificara sus facultades de leer y escribir; medida dirigida, evidentemente, contra los judíos rusos y las personas procedentes del sur europeo, todos de escasa cultura.

A pesar de las limitaciones impuestas, los desheredados judíos de Europa seguirían invadiendo América, suscitando un rechazo que se extendería a toda su raza. Esta actitud dificultará, cada vez más, el entendimiento entre judíos y cristianos alemanes. El distanciamiento entre ambos grupos motivará la disociación de la comunidad judía de la etnia alemana en los años previos a la Primera Guerra Mundial. Ante el problema suscitado por la misma de tener que elegir entre la fidelidad a la vieja y la nueva patria, los judíos elegirán claramente la segunda.

Capítulo VII

EL SIGLO XX

A finales del siglo XIX, la emigración alemana a los Estados Unidos se había reducido considerablemente, alcanzando en el año 1898 la cifra de 17.000 personas. Alemania tenía ahora colonias propias, a donde se dirigían los descontentos. Asimismo, había creado una industria floreciente y un ejército cada vez más numeroso. Por otra parte, la legislación social creada por Bismarck era la más avanzada de Europa. Tras la dimisión forzosa del canciller, en 1890, la ley socialista fue derogada y, a partir de este momento, las fuerzas progresistas entraban a formar parte de la realidad política germana. Sin embargo, las tensiones internacionales pondrían pronto en peligro el bienestar del Segundo Imperio.

GERMANOFOBIA

Los germano-americanos vieron con preocupación el creciente aislamiento político de Alemania, que los situaba ante una difícil encrucijada. La mayoría se sentía orgullosa de sus orígenes, al tiempo que había adoptado la forma de vida americana. Propagandistas y familiares de la vieja patria esperaban ahora de ellos una demostración pública de fidelidad que, sin embargo, les privaría de la amistad de sus vecinos americanos y de su aceptación, tan duramente ganada. La única solución posible para aunar ambas lealtades era la declaración de neutralidad de los Estados Unidos en caso de guerra, y a este fin dedicaron las organizaciones alemanas todo su potencial propagandístico y sus influencias políticas. Pero la torpeza del «kai-

ser», aprovechada hábilmente por la propaganda enemiga, haría inútiles los esfuerzos de los emigrantes.

Las campañas propagandísticas aliadas fueron preparadas con tal maestría que servirían a Hitler de modelo en la Segunda Guerra Mundial: historias de atrocidades, supuestamente cometidas por alemanes, circulaban por la prensa mundial. Los ingleses utilizaron métodos psicológicos, cuya aplicación y efectos fueron diseñados y calculados hasta los más mínimos detalles ¹. A principios de 1915, el «Foreign Office» creó un departamento especial, encargado de influir en la opinión pública norteamericana de un modo favorable a los ingleses. En abril de 1917, el propio lord Northcliffe, gran magnate de la prensa inglesa, se trasladó a Nueva York para crear allí una sucursal de la oficina londinense. Pronto trabajarán a sus órdenes más de 500 funcionarios y unos diez mil ayudantes. El éxito de su labor fue total. El odio contra los alemanes fue creciendo poco a poco hasta alcanzar cotas de verdadera psicosis.

Cuando, finalmente, en el mismo mes de abril de 1917, el presidente Wilson declara la guerra a Alemania, el pueblo americano extiende esta declaración también a los germano-americanos. La fobia no conocía límites. Los vecinos de siempre eran ahora sospechosos de asesinatos de niños, envenenamientos de fuentes y de comestibles, y de cualquier villanía imaginable.

Los nombres alemanes desaparecieron de la circulación: apellidos, nombres propios, razas de perros, comidas, todo aquello que sonaba a alemán fue rebautizado ². En 26 Estados se prohibió oficialmente la enseñanza del idioma alemán. La música de compositores alemanes fue guardada para mejor ocasión; lo mismo ocurrió con la literatura de clásicos y modernos; la histeria colectiva tampoco respetaba a los muertos.

La influencia política de los germano-parlantes desapareció de golpe. Las personas afectadas se encontraban en una dura crisis

¹ Existe una amplia bibliografía inglesa sobre el tema. En lengua española *vid.* Jesús Timoteo Álvarez, «Elementos para una reinterpretación histórica del siglo XX: El caso de la información-propaganda en Gran Bretaña, 1914-1918», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CLXXX, cuaderno I, pp. 149-184.

² «Hamburgers» reciben el nombre de «Salisbury Steak»; «Sauerkraut» se llamará «liberty cabbage»; el «German Hospital of New York» se convertirá en «Lenon Hill Hospital», etc. Fuente: Jörg von Uthmann: *Volk ohne Eigenschaften*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1988, p. 175.

de conciencia. No tenían más remedio que elegir entre una patria u otra. Ya no era posible mantener el «hiato»; había que tomar partido. La mayoría se decidió por América. Muchos llegaron incluso a participar en las campañas anti-alemanas para evitar cualquier sospecha sobre su actitud. Las películas de propaganda más duras contra Alemania fueron realizados por el germano Carl Laemmle.

La psicosis americana se calmó incluso antes de la victoria. El terror vivido por los alemanes hizo más por su «anglo-conformidad» que largos años de convivencia. Radicales y separatistas de cuño germánico habían desaparecido para siempre. Al mismo tiempo, las relaciones entre los alemanes del Viejo y del Nuevo Mundo habían cambiado sustancialmente. Aquéllos no podían perdonar a éstos su traición, y éstos, a cambio, no tenían ya nada en común con la República de Weimar, que surgiría de las cenizas del Segundo Imperio.

Después de la guerra, los alemanes, anulados como comunidad política, manifestarán su rencor por las humillaciones sufridas masivamente en las urnas, dando la espalda a los partidos políticos tradicionales.

LAS REPERCUSIONES DEL NACIONALSOCIALISMO

La subida de Hitler al poder encontró a los alemanes americanos en una posición muy diferente de la de 1914. En 1933 vivían en los Estados Unidos aproximadamente 1.600.000 alemanes, nacidos en Alemania. Un millón había llegado antes de la Primera Guerra Mundial. De los restantes, sólo un pequeño porcentaje apoyaría a los nacionalsocialistas. Éste creó una asociación, «Gesellschaft der Freunde der Hitler-Bewegung» («Amigos del Movimiento de Hitler»), que se dedicó a promover las ideas y aspiraciones del «Führer». Conjuntamente con otras organizaciones parecidas, los nazis intentaron hacerse con el control de las grandes asociaciones alemanas del país, intento que no tuvo apenas éxito, dado que la mayoría de las personas tenía bastante problemas para sobrevivir en estos difíciles años de depresión económica ³.

³ O'Connor (p. 436) cita el libro de William S. Seabrook *These Foreigners*, en el cual se publican los siguientes datos: se estima que el 70 % de germano-americanos emigrados a los

La irracionalidad y el *pathos* del mensaje hitleriano no pudo arraigar en un ambiente pragmático como el americano. Sus discursos provocaron más bien hilaridad y burla. Sin embargo, el aparato nazi no cejó en su propaganda, y persistió en sus esfuerzos de hacer retornar a los emigrantes a sus raíces y a la unión con sus hermanos de sangre.

Aunque los nacionalsocialistas pudieron aumentar el número de sus seguidores hasta aproximadamente 200.000 ⁴, el comienzo de la guerra no creará ningún trauma a los germano-americanos. Tampoco se desataron ataques de histeria cuando los EEUU entraron en la lucha al lado de los aliados. Buena muestra de ello es el hecho de que dos descendientes de alemanes desempeñaran puestos de máxima responsabilidad en el ejército norteamericano: Dwight D. Eisenhower era el comandante en jefe, y el general Spaatz el de las Fuerzas Aéreas, destinadas a bombardear territorio alemán.

Emigrantes de elite

La inmigración alemana, originada a causa de la política hitleriana, tendrá la máxima importancia para la cultura contemporánea de los Estados Unidos. Cientos de miles de personas se quedaron sin empleo tras la promulgación de las leyes racistas de abril de 1933, que pretendían «limpiar» la Administración germana de sangre impura. Muchos de ellos optaron por abandonar el país antes de que fuera demasiado tarde. Las persecuciones políticas y físicas de disidentes del régimen y de la raza judía aumentaron de día en día, antes de que fuera decidida la «solución final». La huida a América parecía la única esperanza. Pero ya no era tan fácil entrar en «el país de las posibilidades infinitas». Leyes estrictas fijaban las características exigidas a los emigrantes, y trámites burocráticos engorrosos y lentos retrasaban la concesión de los permisos, que fueron dados con cuentagotas.

EEUU a comienzos del siglo no era receptivo para la propaganda del nazismo, un 20 % era contrario, un 9 % simpatizaba de una forma vaga, siempre y cuando no se pusiera en peligro su fidelidad a los EEUU, y sólo el 1 % (unos 50.000 personas) podían ser considerados fanáticos militantes nazis.

⁴ O'Connor, *op. cit.*, p. 439.

En 1933 llegaban a los Estados Unidos 1.400 alemanes; en los cuatro años siguientes fueron 3.500; 5.400; 6.500 y 11.300, respectivamente ⁵. La cuota permitida para Alemania sólo fue agotada en 1939; en el año anterior se habían otorgado varios miles de visados especiales para personajes relevantes. Según estimaciones —a falta de estadísticas completas—, el porcentaje de judíos entre los inmigrantes alcanzó entre 1933 y 1943, con 97.374 personas, el 75 % del total. Detrás de estos guarismos se esconde el éxodo más impresionante de la élite alemana de todos los tiempos.

Sólo podemos citar una muestra de nombres, elegidos al azar. Entre ellos se encuentran, aparte del escritor Thomas Mann, trece científicos alemanes y austriacos galardonados con el Premio Nobel: los físicos Albert Einstein (1921), James Frank (1925), Victor F. Hess (1936), Otto F. Stern (1943), Wolfgang Pauli (1945), Polykarp Kusch (1955), Eugene Wigner (1963) y Hans A. Bethe (1967); y los fisiólogos y bioquímicos Otto Meyerhof (1922), Otto Loewi (1936), Fritz A. Lipmann (1953), Konrad E. Bloch (1964) y Max Delbrück (1969).

Con excepción de Einstein, estos genios se dedicarán en los Estados Unidos no sólo a investigaciones científicas, sino también a la docencia, aportando a las universidades americanas un prestigio sin precedentes. Einstein trabajó hasta su muerte en el «Institute for Advanced Study», en Princeton. Esta famosa institución contaba también entre sus miembros al historiador de arte Erwin Panofsky, y al arqueólogo Ernst Herzfeld.

Otro centro importante que facilitó la excelsa labor de economistas, sociólogos y expertos en ciencias políticas, fue la «University in Exile», fundada por Alvin Johnson, presidente de la «School for Social Research», en Nueva York. Hombres como Herbert Block, Karl Brandt, Gerhard Colm, Artur Feiler, Eduard Heinemann, y muchos otros encontraron aquí la posibilidad de seguir sus estudios.

Tras el cierre del famoso «Institut für Sozialforschung» de Frankfurt en 1933, sus miembros emigraron casi todos al año siguiente a los Estados Unidos, donde fueron acogidos por la Universidad Columbia de Nueva York. Max Horkheimer y sus colegas

⁵ *Idem*, p. 460.

Herbert Marcuse, Otto Kirchheimer, Karl A. Wittfogel, Paul Mas-ing y Felix Weil aceptaron su hospitalidad. Theodor W. Adorno se marchó como profesor docente a Princeton.

Otros campos marcados profundamente por la inmigración germana fueron la psicología, la música, el arte y la arquitectura. El psicoanálisis se puso de moda en los Estados Unidos gracias a la escuela que crearon Sigfried Bernfeld, Bruno Bettelheim, Felix Deutsch, Erich Fromm, Karen Horney, Otto Rank, Wilhelm Reich, Theodor Reik y Ernst Simmel. Otros psicólogos destacados, defensores de la teoría de la «Gestalt», fueron Wolfgang Koebler, Kurt Koffka, Kurt Lewin, Max Wertheimer y Fritz Redl.

Las ciencias musicales alcanzaron su madurez universitaria con profesionales como Willi Apel, Manfred Bukofzer, Hans T. David, Alfred Einstein, Karl Geiriger, Hugo Leichentritt y muchos más. Las teorías de las bellas artes fueron enriquecidas por el mencionado Panofsky, Ludwig Bachhofer, Otto Benesch, Walter Friedlaender, Hans Hut, etc.

También la arquitectura americana progresó considerablemente con la presencia de los maestros del «Bauhaus». Walter Gropius dio clases en la Universidad de Harvard, y Mies van der Rohe en la de Chicago. Con ellos habían venido sus colegas Josef Albers, Hans Bayer y Lyonel Feininger.

Muchos otros fugitivos del Tercer Reich llegaron a ser famosos en su nueva patria: directores de orquesta, como Otto Klemperer, Bruno Walter, George Szell; grandes compositores como Paul Hindemith y Arnold Schönberg, profesores en la Universidad de Yale y Boston, respectivamente.

Los escritores alemanes que habían buscado refugio en el exilio tuvieron menos posibilidades de ganarse el favor del público norteamericano. Su dependencia de la lengua alemana, a la cual no pudieron renunciar, impidió su éxito. Algunos como Thomas Mann, Franz Werfel o Erich María Remarque editaron traducciones inglesas de sus obras; Carl Zuckmayer se retiró a una granja en Vermont; Bertold Brecht se dedicó a escribir guiones cinematográficos; Ernst Toller no se adaptó a las circunstancias y se suicidió; Stefan Zweig lo haría algo más tarde en el Brasil.

Cientos de actores y actrices alemanes tuvieron que ingeniárselas para sobrevivir. Algunos contaron con papeles pequeños en pelí-

culas, pero también ellos sufrieron el peso del idioma extranjero, que no dominaban lo suficiente para convertirlo en instrumento de trabajo. La mayoría —Fritz Kortner, Ernst Deutsch, Albert Bassermann, Grete Mosheim, etc.— volvería después de la guerra a su patria.

Entre los pintores emigrantes destacan George Grosz y Max Beckmann. Max Ernst llegó después de 1940 y se marcharía en 1949...

La lista de personajes célebres de todos los ámbitos de la cultura y de la ciencia que pusieron sus conocimientos al servicio de instituciones y universidades americanas, es ciertamente impresionante. El régimen nazi había expulsado de la sociedad alemana a sus miembros más valiosos. Muchos de los exiliados aceptaron la nacionalidad americana. Lógicamente no podían identificarse ya más con su antiguo país, que había permitido que millones de personas fueran víctimas del holocausto.

EL OCASO DE UN MITO

En los primeros años de la posguerra, el cupo de la emigración alemana fue aprovechado al cien por cien. Sólo después del comienzo del «milagro económico» de la República Federal disminuiría el número de emigrantes. Aun así, entre 1957 y 1966 se marcharon 289.000 personas a los Estados Unidos. Sus motivos eran frecuentemente profesionales, habida cuenta que la reconstrucción de Alemania después de la guerra se hizo según el patrón de los vencedores «yankees», y que las diferencias entre ambos países se habían reducido paulatinamente, quedando relegadas fundamentalmente al ámbito cultural.

La ley de cuotas de emigración fue abolida por el Gobierno norteamericano en 1968, tras varias enmiendas anteriores. Desde entonces, la admisión depende de las características de los solicitantes, que deben cumplir determinados requisitos para poder entrar en el país.

Según el censo americano, los alemanes constituyen en la actualidad el grupo étnico extranjero más numeroso, delante de ingleses, irlandeses e italianos, récord que han mantenido desde mediados

del siglo XIX⁶. Pero la imagen que tiene gran parte de la población de la República Federal hoy de los Estados Unidos dista mucho de la bella utopía de sus ancestros.

A partir de los años sesenta, acontecimientos como la guerra del Vietnam, con sus episodios sangrientos, los asesinatos de los hermanos Kennedy y el de Martín Lutero King, acabaron con el mito de Norteamérica como país de la libertad y de la democracia por excelencia. La joven generación germana de la posguerra ya no recuerda el Plan Marshall, ni el papel protector de los norteamericanos después de la Segunda Guerra Mundial, papel que fue reconocido y agradecido por sus padres. La defensa de Berlín contra el asedio comunista, en la época de la guerra fría, pertenece ya a la Historia. No sólo los «hippies» surgidos de la revolución de mayo del 68 comenzaron a cuestionar el «way of life» norteamericano, sino también una serie de intelectuales europeos, vinculados a las izquierdas políticas denunciaron una y otra vez el nefasto predominio del dólar en la vida de la nación más poderosa del mundo.

Por otra parte, las violencias raciales, que brotan una y otra vez en los lugares donde la discriminación es más patente, demuestran que la idea del gran «melting pot» ha resultado ser una falacia.

Los alemanes integrados en la sociedad americana rechazan esta visión crítica de su país, y la achacan a un renacimiento de una corriente filosófica más propia del siglo XIX. Ellos ya no se sienten extraños en su nueva patria, donde tampoco destacan especialmente como grupo, a pesar de su superioridad numérica frente a otras etnias. La razón reside en su falta de homogeneidad. Desde hace 500 años, alemanes de muy distintas características se fueron al Nuevo Mundo a buscar fortuna: practicantes de diferentes religiones: sectarios, protestantes y católicos; personas de varios credos políticos: conservadores, liberales, socialistas y anarquistas; de baja extracción social y de alta alcurnia; sin oficio determinado y con excelente preparación profesional...

⁶ Según la oficina del censo americano, los alemanes representaron en 1969 el 10,1 %; en 1972, el 12,5 % de la población foránea. Fuente: Thomas J. Archdeacon: *Becoming American*, p. 239.

En conclusión, los emigrantes alemanes residentes en Norteamérica reflejan la estructura social de toda una sociedad, y no solamente de una de sus partes ⁷.

En la actualidad no quedan apenas rastros de su larga permanencia y de su lucha por mantener una cultura propia. Las guerras mundiales han borrado los signos externos de su presencia. Quedan algunas huellas, cuyo origen se encuentra desdibujado, en nombres, comidas y fiestas. Pero su aportación principal se encuentra, sin duda, en el trabajo silencioso de tantos alemanes de talento extraordinario, que contribuyeron con sus conocimientos y esfuerzos a construir los Estados Unidos que conocemos hoy.

Algunos aspectos de la emigración germana a tierras canadienses, anterior a la declaración de independencia de los Estados Unidos de América, han sido contemplados ya en capítulos anteriores. Se trataba, en esos casos, de migraciones hacia las regiones del norte, o de traslados originados por las guerras anglo-americanas.

LOS MOVIMIENTOS MIGRATORIOS

En la época del dominio francés de la zona marítima de Acadia y, después, de la del actual Québec, durante el siglo xviii, pocos alemanes acudieron a ellas directamente desde Europa con el fin de buscarse aquí una nueva existencia. Sin embargo, en las cuatro guerras de conquista que enfrentaron a ingleses y franceses se encontraron mercenarios germanos en ambos lados.

En 1743, cuando tropas regulares inglesas y milicias norteamericanas asaltaron el fuerte de Louisbourg en la isla Breton, había entre ellos colonos del Palatinado germano, asentados en Maine. En el lado francés lucharon soldados germano-sujos, que formaron parte de la guarnición de Louisbourg desde 1721 a 1743.

De 1749 a 1758, fecha de la pérdida definitiva de Louisbourg a favor de los ingleses, existió en las cercanías del fuerte una colonia llamada *village des allemands*, residencia de los soldados ale-

⁷ Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan, *Beyond the Melting Pot*, Nueva York, 1963. Apud. O'Connor, p. 470.

La conclusión es que los emigrantes españoles residentes en Noruega no tienen la intención de volver a España de forma definitiva, sino que se trata de una migración temporal. Esto se debe a que los emigrantes españoles en Noruega son muy jóvenes, tienen una alta cualificación y una gran experiencia profesional. Además, muchos de ellos tienen familiares en Noruega, lo que les facilita la integración en la sociedad local. Por último, la economía noruega es muy dinámica y ofrece muchas oportunidades laborales, lo que atrae a los emigrantes españoles.

Por otra parte, los datos indican que los emigrantes españoles en Noruega tienen una alta tasa de empleo y una alta cualificación profesional. Esto se debe a que muchos de ellos tienen una formación superior y experiencia profesional en su campo. Además, la economía noruega es muy dinámica y ofrece muchas oportunidades laborales, lo que atrae a los emigrantes españoles.

Los datos también indican que los emigrantes españoles en Noruega tienen una alta tasa de integración en la sociedad local. Esto se debe a que muchos de ellos tienen familiares en Noruega, lo que les facilita la integración. Además, la economía noruega es muy dinámica y ofrece muchas oportunidades laborales, lo que atrae a los emigrantes españoles. Por último, los datos indican que los emigrantes españoles en Noruega tienen una alta tasa de empleo y una alta cualificación profesional.

* Véase, por ejemplo, el estudio de la OIT sobre la migración internacional, que indica que la mayoría de los emigrantes españoles en Noruega son jóvenes y tienen una alta cualificación profesional.

Capítulo VIII

CANADÁ

Algunos aspectos de la emigración germana a tierras canadienses, anterior a la declaración de independencia de los Estados Unidos de América, han sido contemplados ya en capítulos anteriores. Se trataba, en esos casos, de migraciones hacia las regiones del norte, o de traslados originados por las guerras anglo-americanas.

LOS MOVIMIENTOS MIGRATORIOS

En la época del dominio francés de la zonas marítimas de Acadia y, después, de las del actual Quebec, durante el siglo XVII, pocos alemanes acudieron a ellas directamente desde Europa con el fin de buscarse aquí una nueva existencia. Sin embargo, en las cuatro guerras de conquista que enfrentarían a ingleses y franceses se encontraron mercenarios germanos en ambos lados.

En 1745, cuando tropas regulares inglesas y milicias norteamericanas asaltaron el fuerte de Louisbourg en la isla Breton, había entre ellos colonos del Palatinado germano, asentados en Maine. En el lado francés lucharon soldados germano-suizos, que formaron parte de la guarnición de Louisbourg, desde 1721 a 1745.

De 1749 a 1758, fecha de la pérdida definitiva de Louisbourg a favor de los ingleses, existía en las cercanías del fuerte una colonia llamada «village des allemands», residencia de los soldados antes mencionados. Sin embargo, este asentamiento se desintegraría después de la victoria británica.

Nueva Escocia, Halifax y Lunenburg

Los comienzos de la inmigración organizada de alemanes al Canadá se sitúa en torno a 1750. En septiembre de ese año llegó el primer barco, el *Ann*, cargado exclusivamente con colonos de origen germano, al puerto de Halifax, desde donde fueron trasladados a una zona de la ciudad que recibiría el nombre de «German Town».

Los ingleses tenían interés en poblar los territorios de la antigua Acadia francesa con colonos propios o los de otras naciones, siempre que profesasen la religión protestante, con el fin de contrapesar la mayoritaria población católica de la región. La promoción oficial de Nueva Escocia como tierra para emigrantes tendría lugar en los siguientes tres años. La propaganda correspondiente corría a cargo del comerciante John Dick, en Rotterdam, traductor del panfleto inglés *Descripción histórica y geográfica de Nueva Escocia*, el cual cantaba las excelencias de las tierras mencionadas.

En los siguientes tres años, al lado de varios miles de ingleses e irlandeses, también unos 2.000 alemanes encontraron el camino a Nueva Escocia. Los inmigrantes procedían, en su mayoría, de Hannover, Brunswick, Lüneburg y el Palatinado. Los costes de la travesía les fueron cobrados en el destino por medio de la prestación de trabajos en la construcción de fuertes y carreteras. 1.453 alemanes abandonarían a finales de mayo de 1753 sus alojamientos provisionales en el puerto, para proseguir el viaje hacia el sudoeste hasta la bahía de Merliguesh, donde fundarían, el 7 de junio, la ciudad de «Lüneburg»¹.

Con el tiempo, en los alrededores de esta localidad nacerían otros poblados germanos, al compás de la urbanización de nuevas tierras. El primer censo de Nueva Escocia, confeccionado en los años 1766-67, nombra 264 alemanes residentes en Halifax y 1.417 en Lüneburg.

A mediados de los años sesenta, llegarían los primeros contingentes de germanos a la futura provincia de Nueva Brunswick. Los cien colonos procedieron casi todos de Pennsylvania, donde habían sido reclutados por una sociedad colonizadora. Ellos serían los fun-

¹ «Lunenbourg» en la traducción inglesa.

dadores de las ciudades Germantown (hoy Shepody), Moncton y Coverdale.

Los «realistas»

Tras la guerra de Independencia estadounidense, unos 2.400 veteranos alemanes que habían luchado, por propia voluntad u obligados por su príncipe, en el lado inglés, se acogieron a las generosas ofertas del Gobierno británico, asentándose en las provincias canadienses de Quebec, del futuro «Upper Canada» (en la isla príncipe Eduardo en el lago Ontario), en Nueva Escocia y en Nueva Brunswick.

Otro contingente de germanos, casi todos procedentes de Nueva York, entraría en el Canadá comprendido en el grupo de 45.000 «realistas» que, fieles a la Corona británica, se desplazarían, tras su derrota frente a los Estados Unidos, a los dominios ingleses: unos mil alemanes se trasladaron con sus familias a Ontario. Otros eligieron las provincias marítimas y el extremo sur de Quebec.

En 1783, el Gobierno inglés había comenzado a dividir la tierra en Ontario en «Townships», que serían adjudicados a los diferentes regimientos «realistas» y a sus familias, cuyas posesiones habían sido incautadas por los «yankees». Entre éstos se encontraban muchos soldados del Primer Batallón de los llamados «Royal Greens» cuyo jefe, el germano-irlandés sir Johnson, había conseguido la participación de los indios mohawk en la guerra, al lado de los ingleses. Johnson huyó en 1776 al Canadá, donde formaría el 84 Regimiento Real de Nueva York, compuesto en gran parte por sus antiguos vecinos alemanes. Todos ellos recibirían sendas parcelas en los cuatro «Townships» al lado del río San Lorenzo: Williamsburg y Matilda, que serían colonias puramente germanas; en Cornwall y Osnabrück, los alemanes formaban una amplia mayoría.

Otros tres «Townships», Fredericksburgh, Marysburgh y Ernesttown, se convertirían en la nueva patria de un grupo de alemanes protestantes del Palatinado, veteranos del Segundo Batallón del Regimiento Realista de Nueva York. Algunos compañeros

suyos, de la misma procedencia, se asentaron en el sudoeste de Ontario, en la zona del Niágara ².

Los Dutch de Pennsylvania

En 1786 llegaron, procedentes de Pennsylvania, los primeros menonitas a Ontario, en busca de tierras libres. Gracias a su numerosa descendencia, los pioneros de varias sectas anabaptistas habían ocupado ya, en la segunda y tercera generación, todo el terreno cedido, en su día, por William Penn y sus sucesores.

Los menonitas se dirigían a las nuevas provincias, aún desiertas, en el norte. Lüneburg, Mecklenburg, Nassau y Hesse, que en 1791 formarían conjuntamente la provincia de «Upper Canada» (Ontario), habían sido creadas en 1788, y darían cobijo a diversos grupos de protestantes, menonitas y «Herrnhuter». Con el tiempo, se extendían a la península del Niágara.

En 1794, procedentes de Nueva York, donde habían permanecido unos dos años, llegaron 74 familias alemanas al lago Ontario, formando el primer núcleo de población de la futura ciudad de Toronto. Su llegada «casi directa» de Alemania, fue una excepción, dado que el grueso de los inmigrantes germanos, que seguirían afluyendo en los años siguientes al Canadá, se nutriría de colonos procedentes de Pennsylvania.

Ellos fundarían, a comienzos del siglo XIX, la colonia alemana de más larga vida en el condado de Waterloo, donde una compañía privada, la «German Company», había comprado 60.000 acres de tierra que darían lugar al nacimiento de poblaciones como New Hamburg, Heidelberg, Breslau, Bamber, Baden etc. El centro de este Condado se llamaría «Berlín» hasta 1916, fecha en que el enfrentamiento anglo-germano lo privaría de su nombre y del idioma alemán como lengua básica.

La emigración directa

Aparte del grupo ya mencionado de Berczy no existía, con anterioridad a 1820, la emigración directa de Alemania al Canadá.

² H. Froeschle, *Die Deutschen in Kanada*, Viena, 1987.

Ésta comenzó en los años treinta, siendo el destino fundamental el sud-oeste de Ontario. Aprovechando la ruta directa de barcos de vela entre Hamburgo o Bremen y Quebec, unos 12.000 alemanes entraron antes de 1848 en el país; según el censo de ese año, 9.000 se quedaron en Waterloo, más de 1.000 en la región del Niágara y unos 1.5000 en los condados de Perth y Hurón. Este servicio, abierto en 1846, sería clausurado en 1871, a causa de la poderosa competencia del puerto de Nueva York, que recibía semanalmente un barco de vapor procedente de las ciudades hanseáticas.

La mayoría de los alemanes emigrados al Canadá en los años cincuenta y sesenta eran personas muy pobres, muchas de las cuales habían vivido en su patria de la beneficencia pública. Su labor en el Nuevo Mundo sería fundamentalmente el desbroce de bosques y la construcción de carreteras.

A partir de 1857, el Gobierno canadiense promocionó la colonización de la zona este de Ontario. Tres años más tarde, unas 90 familias, procedentes en su mayoría de Prusia, se asentaron en el estéril valle de Ottawa. En la década siguiente llegaron otros 4.000 compatriotas más.

LA CONFEDERACIÓN CANADIENSE

En 1867, la unión de las colonias de Ontario, Quebec, Nueva Brunswick y Nueva Escocia, formó el «Dominion» de Canadá, en el que entraría, en 1871, también British Columbia, que se convertiría en el escenario del «gold rush» a mediados del siglo. En esas fechas, la población canadiense estaba compuesta en una tercera parte por pobladores franceses y sus descendientes, y un 60 % de habitantes de origen inglés. Los inmigrantes europeos de otras nacionalidades apenas sumaban el 9 % restante, quedando los indios norteamericanos registrados con un 1 %.

En las décadas siguientes tuvo lugar una inmigración masiva hacia los territorios del oeste, que fueron colonizados paralelamente a la construcción de la línea férrea transoceánica. La compañía privada Canadian Pacific Railways, había recibido del Estado enormes extensiones de tierras a lo largo del camino férreo para su entrega a

colonizadores campesinos. En 1885, la comunicación del océano Atlántico con el Pacífico era ya una realidad.

La población de las inmensas praderas del oeste canadiense dió lugar a la creación sucesiva de las provincias de Manitoba (1870), Saskatchewan y Alberta (1905).

En el último tercio del siglo, la mayoría de los colonos germanos que habían elegido el oeste canadiense como su nuevo hogar, procederían de la migración interna de los Estados Unidos (20 %), de Rusia (un 40-45 %) o de los Balcanes (25 %), y solamente de un 10 a un 15 % eran ciudadanos del imperio bismarckiano. El segundo y tercer grupo se nutría, fundamentalmente, de menonitas y otras sectas anabaptistas.

El Gobierno canadiense favorecía el asentamiento de grupos religiosos homogéneos, con el fin de evitar conflictos. Al sur de Manitoba se asentaron, entre 1874 y 1879, unos 7.000 menonitas de Ucrania. A ellos se debe el nacimiento de numerosos pueblos, entre los cuales destacan Steinbach, Gretna, Altona y Winkler.

Protestantes de Galitzia fueron, en 1891, los fundadores de Hoffnungsau y Rosenthal (hoy «Stony Plains»). Cerca de ellos, al sur de Edmonton, se establecerían varios grupos de luteranos de Volhynia.

En Saskatchewan, los pueblos de Strassburg, Edenwold y Langenburg también son fruto de la iniciativa de emigrantes protestantes, mientras la colonia de Josephstal fue creada por germano-rusos católicos. Entre 1902 y 1905, nacerían en el norte de Saskatchewan dos importantes asentamientos de germano-americanos, fruto de la iniciativa de la «Catholic Settlement Society» de St. Paul (Minnesota): la colonia de San Pedro, con 50 «townships» y los pueblos de Humboldt y Münster como centros principales, y la de San José con 77 «townships».

En el territorio entre Manitoba y el norte de Saskatchewan se extendían, a partir de 1891, poblaciones menonitas, cuyo centro era Rosthern.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial vivían en Manitoba unos 35.000 alemanes; 100.000 personas de origen germano en Saskatchewan (un 50 % de la población); y unos 41.000 en Alberta ³.

LAS CONSECUENCIAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La participación activa de Canadá en la Primera Guerra Mundial al lado de Gran Bretaña, supuso para los germanos y sus descendientes las mismas privaciones que aquéllas sufridas por su compatriotas en los Estados Unidos. Mediante un «Acta de Medidas de Guerra» («War Measures Act»), la población de origen alemán y austriaco era obligada a llevar consigo tarjetas especiales de identidad, y a presentarse a determinados intervalos a la policía. Aquellos que no acataban esas normas eran recluidos en campos de concentración hasta el final de la guerra.

La germanofobia tuvo como consecuencia la desaparición de muchos nombres alemanes de ciudades y pueblos. El re-bautizo de «Berlín» en «Kitchener» es un ejemplo. La prohibición del uso de la lengua alemana en las escuelas públicas, decretada en 1916, afectaría gravemente a los centros bilingües de enseñanza. Estas instituciones, creadas en 1897 tras una disputa lingüística de varios años de duración, entre la mayoría de los habitantes de habla inglesa, la gran minoría francesa y demás nacionalidades inmigradas, reconocía el derecho a una segunda lengua básica docente en las escuelas, si ésta fuera el idioma materno de al menos diez alumnos de cada clase.

Los alemanes, especialmente los grupos anabaptistas, para los cuales el uso de la lengua alemana era fundamental en la práctica diaria de su fe religiosa, se vieron profundamente afectados por la medida. La inicial resistencia contra la ley fue doblegada por medio de fuertes multas. Por ello, algunas colonias menonitas optaron por emigrar a México (1922) y Paraguay (1926).

Las escuelas privadas germanas en Saskatchewan y Alberta no fueron clausuradas durante la época de la guerra, pero recibieron la orden de adaptar sus planes de estudio a los de las instituciones públicas. Privados de los elementos diferenciadores de su cultura, la mayoría de los establecimientos no pudieron sobrevivir.

Hasta 1923 estuvo oficialmente prohibida la inmigración de alemanes procedentes del «Reich». Tras la reapertura, en esa fecha, y hasta 1930, unas 100.000 personas de origen germano buscarían en las tierras canadienses el olvido de los horrores de la Gran Guerra y, en el caso de los fugitivos de Rusia, los de la revolución bolchevique.

La incomprensión y el rechazo, manifestados por gran parte de la población estadounidense frente al pacifismo, mantenido por los grupos anabaptistas germanos, como los «Herrnhuter», durante la Primera Guerra Mundial, indujo a unas 50 de estas familias a migrar, en 1918, al Canadá, donde crearían las primeras granjas de hermandades en Manitoba y Alberta. Hoy en día (1975), más del 70 % de los más de 25.000 miembros norteamericanos de esa secta viven en comunas en territorio canadiense.

En 1927, Alemania fue declarado nuevamente «país privilegiado» para los emigrantes, título que suponía el permiso de emigración para todas las profesiones, no solamente para los campesinos. En consecuencia, en los años siguientes, y hasta finales de la década, se incrementó el caudal de la inmigración alemana, que encontraría su fin en 1931, cuando la crisis económica forzó al Gobierno canadiense a cerrar sus fronteras a todas las nacionalidades excepto la americana e inglesa, caso de tratarse de personas acomodadas.

Estas disposiciones fueron levantadas únicamente para un grupo de refugiados socialdemócratas alemanes, procedentes de los Sudetes, huidos en 1939, del régimen nacionalsocialista hitleriano.

DE 1945 A NUESTROS DÍAS

Después de la Segunda Guerra Mundial, Canadá se convirtió en un país atractivo para muchos europeos empobrecidos. Entre ellos se encontraron 412.000 personas de habla germana, que abandonarían Alemania, Austria y Suiza entre 1946 y 1971. Se calcula que un tercio de ellos volvería más tarde a su patria. Para los ciudadanos de nacionalidad alemana, las fronteras canadienses se abrieron de nuevo en 1950, siendo esta década la de su mayor afluencia a la antigua colonia inglesa.

A lo largo de todo el proceso colonizador, los alemanes habían sido siempre el tercer grupo étnico en número, detrás de ingleses y franceses. El censo, elevado en 1971, registraba 1.217.195 personas de origen germano, de los cuales 561.000 declaraban el idioma alemán como el más usado en su infancia. Diez años más tarde, solamente 150.000 harían esa misma afirmación.

De estos datos se deduce una rápida asimilación de la gran mayoría de los emigrantes germanos de la posguerra. Asimilación facilitada por la expansión de la cultura anglosajona en Europa, y que relegaría a la lengua alemana hablada al cuarto lugar en las estadísticas, detrás de la italiana.

Los rastros de la cultura germana

La dispersión de las colonias alemanas y su rápida integración en la vida cultural del país ha supuesto prácticamente su disolución en la etnia anglosajona. Aunque muchos grupos de emigrantes germanos han cuidado de mantener vivas algunas de sus tradiciones, mediante su unión en diversas asociaciones, éstas nunca trascendieron su estrecho límite local. Los numerosos periódicos en lengua alemana, presentes en el país desde 1780, fecha en que el *Halifax Zeitung* de Nueva Escocia vio la luz, han servido fundamentalmente a pequeños núcleos de emigrantes en las diversas provincias. Su fin era, en muchos casos, el de facilitar la adaptación de los recién llegados a las costumbres del país, ofreciéndoles toda la información necesaria para ello.

De las 29 publicaciones aparecidas en Ontario entre 1850 y 1900, la más importante fue el *Berliner Journal*, que existió desde 1859 hasta 1918. En las zonas occidentales destacaron dos semanarios de mayor alcance, *Der Nordwesten*, fundado en 1889 en Winnipeg, y el *Courier*, creado en 1907 en Regina, que se fusionarían en 1970. El nuevo *Kanada-Kurier*, nacido de esa unión, publica varias ediciones regionales para British Columbia, Saskatchewan, Ontario, Toronto y Montreal, que cuentan con más de 20.000 suscriptores en total ⁴.

La afluencia de numerosos emigrantes al este de Canadá después de la Segunda Guerra Mundial, dio lugar al nacimiento del *Montrealer Zeitung* (con una tirada de 11.000 ejemplares); del *Torontoer Zeitung* (12.600 ejemplares), y del *Pazifische Rundschau* (10.000 ejemplares). El semanario regional de Toronto, *Deutsche Presse*, contó con una tirada de 16.000 ejemplares.

⁴ J. Born/S. Dickgiesser, *Deutschsprachige Minderheiten*, Institut f. Deutsche Sprache, p. 119.

A estas publicaciones hay que añadir otras de carácter religioso, destinadas a servir a las diferentes congregaciones. En este campo, los menonitas han sido especialmente prolíficos.

Las escuelas alemanas, que no renacieron después de la última guerra, fueron sustituidas, en gran parte, por la impartición de clases del idioma, durante los fines de semana, en edificios religiosos de cada comunidad. El «Heritage Language Program», introducido en Ontario en 1977, apoyaría esa iniciativa, permitiendo a todos los grupos étnicos el uso de las dependencias de las escuelas públicas, fuera del horario oficial, para la enseñanza de sus lenguas maternas.

Sobre las aportaciones de grupos y personalidades de origen germano a la cultura canadiense, apenas existen datos específicos⁵. Alejados de los puestos políticos y de los «lobbies» económicos del país, los logros de científicos, profesores y artistas individuales, se funden con los de las otras etnias, que trabajan para el bienestar propio y el de su país adoptivo.

⁵ J. Born/S. Dickgiesser, *op. cit.*, p. 128.

INTRODUCCIÓN

TERCERA PARTE

LOS ALEMANES EN IBEROAMÉRICA

Aunque de forma aislada individuos y empresas extranjeras habían recibido con anterioridad permisos especiales para participar en tareas científicas, culturales o comerciales, se trata de excepciones casi anecdóticas, logrados, casi siempre, tras una dura lucha contra las rígidas normas administrativas imperantes en la América Latina, tanto por España como por Portugal.

A causa de este retraso histórico en el levantamiento de todo tipo de trabas a la inmigración, la presencia alemana en Centro y Sudamérica es numéricamente muy inferior a la de América del Norte. La religión protestante de muchos emigrantes potenciales supuso una dificultad añadida para el establecimiento permanente de familias completas y grupos enteros de núcleos de poblaciones, procedentes de determinadas provincias alemanas, como fue el caso de muchos emigrantes a las colonias inglesas de Norteamérica.

A estos obstáculos, se sumaba la política disuasoria de emigración que los sucesivos Gobiernos alemanes pusieron en práctica, so-

INTRODUCCIÓN

El centralismo de España y Portugal, que marcó la colonización de sus territorios americanos, impuso a éstos, durante tres siglos, un aislamiento interno y externo que impidió, durante este tiempo, la inmigración de extranjeros. Contemplada la conquista, en primer lugar, como empresa militar destinada a aumentar el poderío de las metrópolis y, en segundo, como misión espiritual consistente en propagar la fe católica en el Nuevo Mundo, el asentamiento de colonos campesinos dispuestos a labrarse un porvenir con sus propias manos sólo tendría lugar tras la independencia de las colonias ibéricas, a comienzos del siglo XIX.

Aunque de forma aislada individuos y empresas extranjeras habían recibido con anterioridad permisos especiales para participar en tareas científicas, culturales o comerciales, se trata de excepciones casi anecdóticas, logradas, casi siempre, tras una dura lucha contra las rígidas normas administrativas impuestas en la América Latina, tanto por España como por Portugal.

A causa de este retraso histórico en el levantamiento de todo tipo de trabas a la inmigración, la presencia alemana en Centro y Sudamérica es numéricamente muy inferior a la de América del Norte. La religión protestante de muchos emigrantes potenciales supuso una dificultad añadida para el establecimiento permanente de familias completas y grupos enteros de núcleos de poblaciones, procedentes de determinadas provincias alemanas, como fue el caso de muchos emigrantes a las colonias inglesas de Norteamérica.

A estos obstáculos, se sumaba la política disuasoria de emigración que los sucesivos Gobiernos alemanes pusieron en práctica, so-

bre todo después de la creación del Segundo Imperio, en 1871. Esta actitud provocaría, en la segunda mitad del siglo XIX, conflictos permanentes de intereses entre sociedades privadas de colonización y la Administración de Berlín. Aquéllas deseaban abrir nuevos mercados en América Latina por medio de la implantación de grupos de emigrantes alemanes, que pudiesen servir de enlace para las empresas germanas y de propagandistas para sus productos. Por el contrario, el Gobierno del Reich se oponía vehementemente a una sangría de sus ciudadanos que, en muchos casos, se trasladaron a regiones inhóspitas, difíciles de cultivar, y, en el caso de Iberoamérica, a países donde eran menospreciados por gran parte de la sociedad, precisamente a causa de su trabajo manual. Carentes de protección en su país de adopción, discriminados políticamente y faltos de apoyo por parte de su antigua patria que los contemplaba, especialmente en la época bismarckiana, como «desertores», muchos colonos alemanes tuvieron que superar obstáculos graves antes de su arraigo en el subcontinente americano.

Siendo su presencia en México, los países de Centroamérica, las Indias Occidentales y la franja ecuatorial de América del Sur meramente testimonial, los alemanes se asentaron fundamentalmente en las regiones climáticas templadas de Brasil, Argentina y Chile. Aunque numéricamente se encontraban allí en franca minoría frente a otros grupos inmigrantes procedentes, aparte de España y de Portugal, de países latinos como Italia, gracias a sus esfuerzos y su proverbial sentido práctico, empleados ambos en la creación y el desarrollo de pequeños negocios e industrias, una amplia mayoría ha podido situarse, con el tiempo, en las capas altas de la sociedad de sus nuevas patrias.

Después de la Segunda Guerra Mundial, muchos refugiados nazis hallaron en los países sudamericanos, regidos por dictaduras militares simpatizantes con el régimen totalitario hitleriano, hospitalidad y protección.

Capítulo IX

BRASIL

Los primeros alemanes llegaron al Brasil con su descubridor, Pedro Alvares Cabral, que pisó tierra brasileña el 22 de abril de 1500. Se trataba de miembros del cuerpo de artilleros que prestaban, desde 1489, permanentemente sus servicios a la Corona portuguesa y que, gracias a sus privilegios especiales, pudieron participar en todos los grandes viajes del descubrimiento.

Según el historiador portugués Franzão de Vasconcellos, también el consejero marítimo de la flota del descubridor, «Maestro Johann», era alemán. Astrónomo, médico y cirujano, «Bacalareus Johannes» es también, supuestamente, el autor del primer documento que, con fecha del 1 de mayo de 1500, certificó la conquista del Brasil¹. En el mismo escrito Johann comunicó sus descubrimientos astronómicos, estableciendo la situación de la «isla Veracruz», en la cual creyó hallarse, y confirmó la utilidad de la Cruz del Sur como referencia orientativa en alta mar. Una vez descubierto el error y confirmada la sospecha de que Cabral había arribado a un nuevo continente y no a la isla mencionada, el nombre otorgado a aquél fue «Tierra de Santa Cruz». Pero poco a poco, la denominación «Brasil», que hacía referencia al codiciado palo tintorero de color rojo, y que abundaba en esta colonia, suplantaría al nombre oficial. Probablemente, los cartógrafos y científicos alemanes desempeñaron un importante papel en este cambio. Waldseemüller, responsable de la difusión del nombre de «América», menciona el nombre de «Bra-

¹ Karl Heinrich Oberacker, jr., *Der deutsche Beitrag zum Aufbau der brasilianischen Nation*, p. 32.

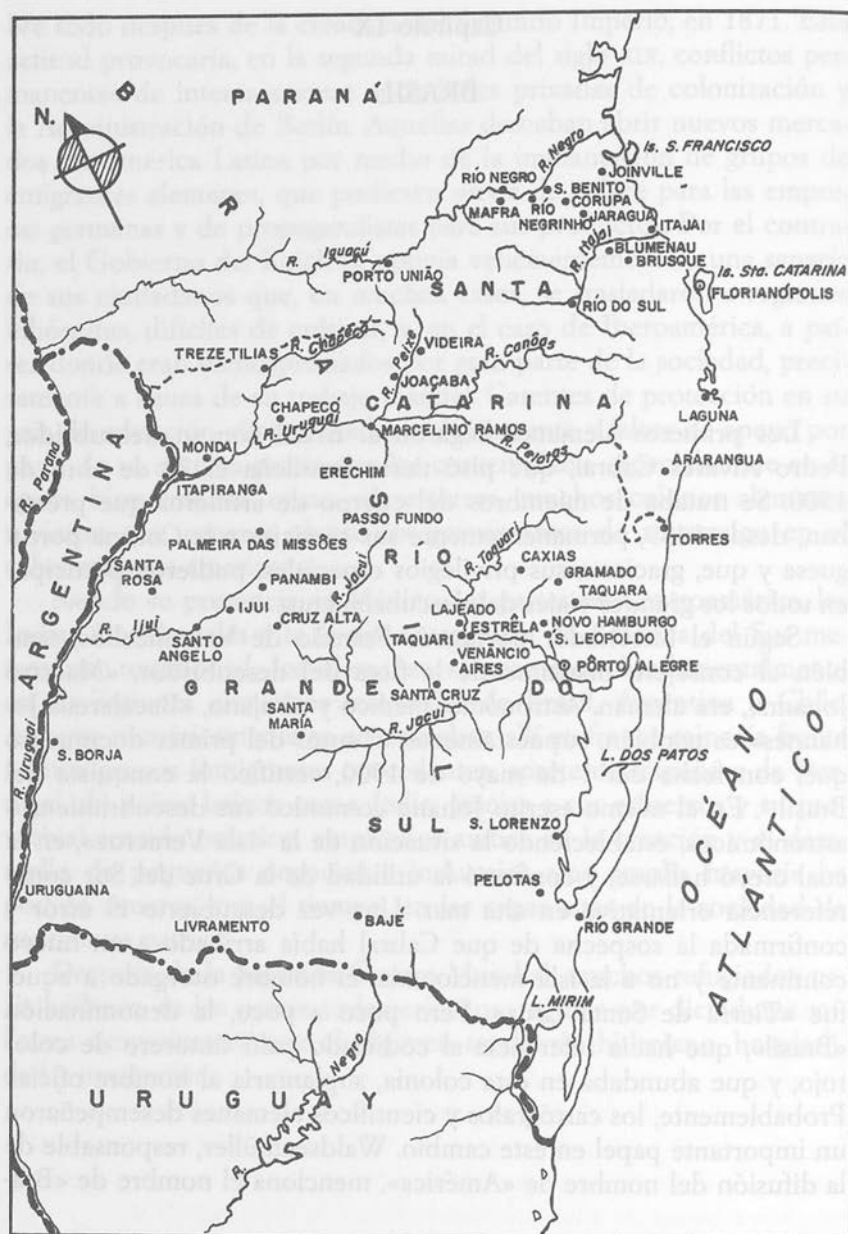


Figura 2. Poblaciones alemanas en Río Grande do Sul y Santa Catarina



Figura 3. Asentamientos alemanes en Río de Janeiro y Espírito Santo

sil» en varios de sus mapas; el más importante, de 1516, señala parte del continente sudamericano como «Brasilia sive Terra Papagalli». Asimismo, una relación periodística anónima del 12 de octubre de 1514, titulada *Neue Zeytung auss Pressilig Landt*, que describe las maravillas del país, contribuyó sustancialmente a la difusión del nuevo nombre en Europa.

Cuando los exploradores portugueses constataron que la madera colorante constituía el único tesoro del Brasil, que carecía de metales y piedras nobles y de especias, la Corona portuguesa, más ocupada en explotar las ricas Indias Orientales y los yacimientos de oro de la costa africana, se desentendió de la colonización y arrendó la explotación del comercio con el «palo del Brasil» a diversas sociedades mercantiles, que debían protegerlo contra los competidores extranjeros.

Solamente treinta años más tarde establecería Alfonso de Sousa el primer asentamiento agrícola, en el actual Estado de São Paulo, llamado São Vicente, repartiendo, en 1534, enormes extensiones de tierras entre sus acompañantes. Estos «donatarios» sentarían las bases del latifundismo brasileño, que utilizaría trabajadores esclavos como mano de obra para trabajar las plantaciones de caña de azúcar y, más tarde, para la ganadería. Varios alemanes se encontraban en el equipo de Sousa, como Johann von Hülsen, experto en la construcción de molinos. Uno de estos molinos de azúcar, accionados hidráulicamente, se convertiría en la primera empresa industrial del Brasil. El comerciante Erasmus Schetz, de Amberes, compró las participaciones del molino a los portugueses, y nombró como administrador del mismo a otro alemán, Peter Roesel.

El primer germano de la época colonial brasileña que lograría fama universal sería Hans Staden. Procedente de Homberg, participó en una expedición española al Río de la Plata. A causa del naufragio de su barco, llegó a São Vicente, donde entró al servicio de la Corona portuguesa como cañonero. Tras ser nombrado comandante de un fuerte, destinado a proteger a la joven colonia contra los indios, tuvo la mala suerte de ser capturado por éstos durante una carcería. Durante su cautiverio, y a pesar de encontrarse en constante peligro de muerte, tuvo serenidad suficiente para observar las costumbres y tradiciones de los salvajes, que publicaría después en su famoso libro *Wahrhaftige Historia und Beschreibung einer Landschaft der*

*wilden, nackten und grimmigen Menschenfresserleute*². Éste fue editado en 1557, siendo el primer libro relacionado con el Brasil, y ha sido, en los últimos siglos, objeto de repetidas reediciones, no sólo como relato de aventuras para la juventud, sino como fuente valiosa para el estudio etnológico de las tribus indias de la costa brasileña, extinguidas hace muchos años.

Aparte de estos casos aislados, aparecen grupos de alemanes como soldados y oficiales en el nordeste del Brasil, cuando las Provincias Unidas de Holanda erigieron, con ayuda de la Compañía de las Indias Occidentales, desde 1630 hasta 1648, una extensa colonia. Su gobernador, el conde y futuro príncipe imperial, Moritz von Nassau-Siegen, poseía una excelente formación humanística adquirida en diversas universidades europeas, y se había ganado merecida fama como oficial en las luchas independentistas contra los españoles. Sus cualidades profesionales y humanas se reflejaron en una política colonial desconocida en la América Latina de la época, basada en una economía productiva y en una Administración justa, caracterizada por su tolerancia religiosa y equidad racial. Durante su gobierno, y gracias, en parte, al empleo de sus fondos privados, transformó el pequeño pueblo de Recife en una de las ciudades más modernas de toda América. El milagro fue posible gracias a la desecación de pantanos y la construcción de canales navegables, al mismo tiempo que puentes, iglesias y mansiones señoriales. El mayor esplendor correspondía al palacio gubernamental («Vriburg») y a la residencia de verano «Schoonzicht».

Moritz de Nassau llamó a su lado a numerosos científicos, entre los que destacaron especialmente Georg Markgraf de Liebstadt, Sajonia, y Wilhelm Pies, de Leiden. Ambos lograrían fama universal con sus obras, sobre todo con la *Historia Naturalis Brasilae*, libro pionero en la exploración científica de ultramar.

La preparación del Tratado de Límites, que sería firmado por España y Portugal el 13 de enero de 1750, indujo al Gobierno portugués a contratar numerosos expertos extranjeros, entre ellos bastantes alemanes, para que formasen parte de las comisiones de cartógrafos y topógrafos dedicadas a establecer las fronteras definitivas

² Trad.: *Historia y descripción del paisaje del pueblo salvaje, desnudo y feroz de antropófagos*. Apud. Oberacker, op. cit., p. 171.

entre ambos países, que venían siendo objeto de múltiples disputas. En la región del Amazonas trabajaron los capitanes Philipp Sturm y Johann Andreas Schwebel, de Nuremberg. El primero se quedaría toda su vida en Brasil, e hizo méritos extraordinarios en la defensa de las posesiones portuguesas en la zona del Río Negro.

El fundador del ejército brasileño fue otro alemán, Johann Heinrich Böhm (1708-1783), de Bremen. Discípulo predilecto del reformador de las fuerzas armadas portuguesas, el conde imperial Friedrich Wilhelm zu Schaumburg Lippe, fue enviado al Brasil por el marqués de Pombal con la misión de crear, con los mercenarios y las milicias estacionados en las colonias, un ejército al estilo del portugués. Böhm ocuparía durante quince años el puesto de «inspector general de todas las tropas americanas», y creó, en este tiempo, una legislación militar parecida a la prusiana que se mantendría en vigor hasta 1895. En 1776, Böhm logró con sus tropas una importante victoria contra los españoles, que habían ocupado la ciudad de Río Grande.

LOS «ILUSTRADOS»

Una nueva época comenzaría para las colonias portuguesas en Sudamérica, después del traslado de la Corte de Lisboa a Río de Janeiro, ante la invasión napoleónica de la Península Ibérica. La boda del príncipe heredero, don Pedro, con la hija del último emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, la archiduquesa Leopoldina de Austria, en 1817, supuso un importante fortalecimiento de las relaciones entre Brasil y el área germánica de Centroeuropa. Éstas crecerían aún más tras la independencia de Brasil y la coronación de don Pedro como emperador del mismo, en 1822. La emperatriz austriaca atraerá a numerosos científicos, artistas y también soldados y colonizadores germanos a la antigua colonia portuguesa. La existencia permanente de una tropa de 2.000 soldados alemanes y su participación en las guerras cisplatinas contribuyó mucho a la estabilización del Imperio y a la cohesión del mismo en las primeras décadas de su existencia.

Entre los científicos y expertos que se desplazan al Brasil para ampliar sus conocimientos, o para ponerlos en práctica, hay que

mentonar a Friedrich Ludwig Wilhelm Varnhagen, constructor del primer alto horno en el país, industria base para la producción futura de armamento, y al inspector general de minas en la provincia de Minas Gerais, Wilhelm Ludwig Freiherr von Eschwege, dedicado a la producción de hierro fundido. Eschwege será el fundador de la geología brasileña, a la cual dedicó diversas obras.

Al mismo tiempo, visitan el país diversos naturalistas alemanes, como Georg Wilhelm Freyreiss, de Frankfurt, Friedrich Sellow, de Postdam, y, especialmente, el príncipe Maximilian de Wied-Neuwied, que exploró las costas brasileñas y reflejó sus experiencias en los dos tomos de *Reise nach Brasilien in den Jahren 1815-1817*, en *Abbildungen zur Naturgeschichte von Brasilien*, y en los cuatro tomos de *Naturgeschichte von Brasilien*.

Karl Friedrich Philipp von Martius, de Erlangen, y Johann Baptist von Spix, realizaron importantes investigaciones en el interior de Bahía, Pernambuco, Piauí y Maranhão, así como en la cuenca marítima del Amazonas. Sus viajes abarcaron más de 10.000 kms, muchos de ellos realizados en circunstancias muy penosas. Los resultados fueron la catalogación de 6.500 clases de plantas, por parte de Martius y, por la de Spix, la de 85 mamíferos, 350 aves, 130 anfibios, 116 clases de peces y 2.700 de insectos³. De vuelta en Alemania, los naturalistas publicaron conjuntamente *Reise in Brasilien*, en tres tomos. Martius editaría, además, como catedrático de la universidad de Múnich, otros escritos de suma importancia científica, que después fueron traducidos al portugués. Sus obras botánicas principales versan sobre las palmeras brasileñas, *Historia Naturalis Palmarum*, que contiene 245 láminas de color, y la obra monumental *Flora Brasiliensis*, de 40 tomos, que Martius comenzó en 1840, y que contó con la colaboración de más de 65 especialistas germánicos. Después de la muerte de Martius sería continuada por Wilhelm Eichler y, finalmente, terminada por Ignacio Urban en 1906, 66 años después de su comienzo.

La lista de personas de origen alemán que han participado en la exploración del Brasil y en la difusión de los conocimientos sobre este país en Europa, por medio de libros, dibujos, pinturas, etc., es bastante más amplia de la aquí reseñada, pero ésta bastará para dar

³ K. H. Oberacker, *op. cit.*, p. 176.

fe del enorme interés que la antigua colonia portuguesa despertaba en los países germánicos.

LAS COLONIAS DEL SUR

A comienzos del siglo XIX, la estructura económica del Brasil se caracteriza por grandes latifundios, dedicados a monocultivos de azúcar, algodón y café, en plantaciones que empleaban esclavos como mano de obra. A las producciones agrícolas, destinadas principalmente a la exportación, se añade la practica de la ganadería extensiva, que debía servir para alimentar a la población en las ciudades y en las grandes haciendas.

Este sistema generaba graves deficiencias para el desarrollo del país, que dependía en exceso de los suministros del extranjero. La falta de una clase trabajadora blanca, formada por agricultores, trabajadores manuales y pequeños industriales había originado, ya en el siglo XVIII, un intento oficial de crear colonias de asentamiento, independientes de los latifundistas. Las iniciativas, emprendidas por el marqués de Pombal, de encargar esta tarea a colonos portugueses, fracasó a causa de la negativa de éstos a realizar trabajos físicos, considerados indignos para la población blanca.

La idea de establecer colonias agrícolas con inmigrantes extranjeros ganaría consistencia, poco a poco, a partir de 1808, año en que la «Carta Regia» abolió el monopolio comercial de Portugal, abriendo la colonia al comercio mundial. La nueva ley permitía la inmigración de personas no portuguesas y el reparto de tierras a extranjeros católicos. En 1820, el rey Juan VI dirigiría el primer llamamiento a los «diversos pueblos de Alemania y de otras naciones» para emigrar al Brasil.

Tras la independencia del Brasil, Pedro I enviaría al doctor Georg Anton Schäffer, médico, naturalista y secretario de la princesa Leopoldina, a Alemania, con la misión de captar inmigrantes. Schäffer, que había organizado ya con anterioridad un pequeño asentamiento al sur de Bahía traería, hasta 1830, unos 6.000 alemanes al Brasil, que formaron varias colonias, entre las cuales la de São Leopoldo, en la provincia Rio Grande do Sul, sería la más importante. La oposición, por parte de los dueños de las grandes plantacio-

nes, a la iniciativa estatal, consiguió paralizar el proceso colonizador. El 15 de diciembre de 1830, una ley, que estaría en vigor hasta finales de los años cuarenta, prohibió nuevamente la inmigración y la concesión de territorio agrícola a extranjeros.

Entre tanto, la colonia alemana de São Leopoldo prosperó admirablemente y constituyó una pequeña sociedad cerrada, autárquica, que reproducía a la perfección los esquemas sociales de su patria: había granjas productoras de cereales, patatas, maíz, mandioca; otras se dedicaban a la cría de ganado y suministraban productos lácteos y carne. Asimismo, nació una pequeña industria artesanal. En 1829, cinco años después de su fundación, existían en la colonia de São Leopoldo 8 molinos de trigo, una fábrica de jabón, un taller de mármol, talleres de cerrajería, zapatería y un telar. En 1835, el número de molinos de trigo había subido a 14, y el de los telares a 5. Ahora existían 2 cerrajerías, 2 destilerías de alcohol, 1 guarnicionería, 16 molinos para harina de mandioca, y diferentes talleres para la fabricación de pequeñas embarcaciones, que realizaban el transporte de los productos a la capital de la provincia. Además, había ocho curtidorías, que transformaban las pieles suministradas por las carnicerías de la provincia. En 1855, la colonia alemana de São Leopoldo contaba ya con 12.000 habitantes. Las parcelas de tierra, cedidas inicialmente por el Gobierno brasileño, habían sido ocupadas hacía mucho, y los nuevos inmigrantes y descendientes de los primeros se trasladaron a otros territorios no urbanizados, situados al lado de los afluentes del río Dos Sinos, y en las márgenes del río Cai. Así surgieron las colonias Montenegro y, al este de São Leopoldo, Mundo Novo, que, junto con otros asentamientos, formarían más tarde el municipio de Taquara.

Al margen de la expansión de São Leopoldo en todas las direcciones, salvo la del sur, nacieron otras colonias independientes. Una de las más importantes sería la de Santa Cruz, creada por el Gobierno provincial, situada al norte del río Pardo. Todos los asentamientos alemanes en Rio Grande do Sul siguieron el patrón de los pioneros.

En el nordeste de la provincia de Santa Catalina, se constituiría otro núcleo de colonias germanas, que alcanzaron gran prosperidad. La más importante, que llegaría a convertirse en modelo ejemplar para toda la colonización alemana en América del Sur, fue fundada

gracias a la iniciativa del farmacéutico doctor Hermann Blumenau, de Brunswig. Influido por el naturalista Karl von Martius y el cónsul general brasileño Johann Jakob Sturz, Blumenau emigró al Brasil en 1846. En 1848, el Gobierno provincial de Santa Catalina le otorgó una concesión para urbanizar 220 kms cuadrados de selva, al lado del río Itajai-Acu. En 1850 llegaron los primeros colonos, que recibieron unas parcelas de 24 hectáreas para su colonización. Guiados por el doctor Blumenau, lucharon durante diez años contra todo tipo de penalidades. Cuando el farmacéutico había gastado toda su fortuna, el Gobierno imperial acudió en su ayuda, manteniéndolo en el puesto de director de la colonia. Nació así la ciudad de Blumenau, que se convertiría en el núcleo de la vida social y cultural de las colonias nacidas a su alrededor. Escuelas, hospitales, iglesias, bibliotecas, teatros y otras dependencias convirtieron a Blumenau en un oasis en medio de la selva.

A poca distancia, otra empresa colonial germana se veía coronada por el éxito. Ésta se debía a la iniciativa del «Hamburger Kolonisationsverein», organización hamburguesa que deseaba canalizar emigrantes al Brasil como soporte para el comercio con la ciudad hanseática. La creación de la colonia de Dona Francisca, en 1851, sobre un terreno fangoso y, en apariencia, poco apropiado, atrajo no solamente a campesinos, sino también a refugiados políticos de alto nivel intelectual, que huían de la represión impuesta por los Gobiernos alemanes tras el fracaso de las revoluciones de 1848. A pesar de las dificultades iniciales, la buena gestión de los fundadores logró la prosperidad de Dona Francisca, que contaría en 1880 con 18.000 habitantes.

En la década de los setenta, se sumaron a los inmigrantes germanos miles de italianos, que se asentaron primordialmente en las tierras altas de la sierra Geral, en Rio Grande do Sul. Al mismo tiempo, se formaría otro centro de emigración alemana en la provincia de Paraná, en Curitiba y sus alrededores. Gran parte de sus habitantes procedían de Rusia, país que abandonaron cuando fueron privados de ciertos privilegios otorgados a sus ancestros, que habían emigrado al Imperio zarista. La pobreza del suelo decepcionó a muchos de estos labradores, acostumbrados a las fértiles planicies del Volga, por lo que decidieron seguir su odisea hasta Argentina. Los que se quedaron fundaron, junto con alemanes llegados de

otras colonias, los pueblos de Mariental y Johannisdorf, entre otros de menor tamaño.

Al mismo tiempo que la colonización germana en las provincias sureñas de Rio Grande do Sul y Santa Catalina, tuvo lugar la creación de varias urbanizaciones en la provincia de Espírito Santo, en tierras dedicadas hasta entonces al pastoreo.

CONFLICTOS LEGALES Y LA REVOLUCIÓN «FARROUPILHA»

El éxito de las empresas coloniales alemanas no fue fácil, y se logró tras años de dura lucha no solamente contra la naturaleza, sino también contra muchos enemigos de los emigrantes, que se vieron rechazados por los latifundistas. Éstos presionaron al Gobierno para que decretase leyes favorables al mantenimiento del sistema económico, basado en la esclavitud, contra el cual crecían las protestas nacionales e internacionales. Al mismo tiempo, la creencia de que el comercio negrero tocaría pronto a su fin, impulsó la búsqueda de trabajadores europeos que deberían, paulatinamente, sustituir a los esclavos.

En los Estados alemanes se puso en marcha el reclutamiento de obreros para la agricultura cafetalera, que serían empleados mediante contratos de mediería. Éstos estipulaban que el colono y su familia tomaran a su cuidado lotes de cafetales en producción, teniendo que repartir su cosecha con los terratenientes. Se pretendía con este arreglo ahorrar a los alemanes integrarse en las cuadrillas de esclavos, regentadas severamente por los capataces. Pero esta supuesta autonomía era solamente ficticia: los colonos no tenían ninguna experiencia en el cultivo cafetero, y recibían igualmente las directrices de los capataces o de los terratenientes, que no estaban acostumbrados a tratar con individuos conscientes de sus derechos civiles. El resultado fueron quejas masivas por malos tratos, denunciadas a las autoridades diplomáticas de los Estados alemanes. El conflicto creó graves tensiones en las relaciones entre Brasil y los países germanos, que generaron una permanente actitud negativa de aquéllos hacia toda emigración al Brasil ⁴.

⁴ Vid. Tulio Halperin Donahí, *Historia de América Latina*, 3. *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Ed. Alianza, Madrid, 1985, p. 331.

Existían, además, otros problemas que afectaban a los inmigrantes protestantes, en su mayoría procedentes de Prusia. Su religión no era reconocida y, por tanto, su matrimonio no se consideraba válido, deduciéndose de esta situación todo tipo de problemas legales en caso de herencias, litigios familiares, etc. La libertad de religión y el pleno reconocimiento de los derechos inherentes a la misma había sido prometido por los agentes promotores de la emigración, pero esas promesas no se cumplirían nunca. Ésta fue una de las causas que motivó la participación de algunos alemanes en la revolución republicana y separatista que estalló el 20 de septiembre de 1835. Los «farroupilhas» habían asegurado a los protestantes no sólo la libertad religiosa, sino también su naturalización, así como la liberación de los esclavos, meta pretendida por la Iglesia evangélica.

Gracias a este señuelo, un grupo de colonos, pertenecientes al disuelto ejército colonial lucharon a favor de los «farroupilhas» en el lado oriental del río Dos Sinos. Sus jefes fueron el comerciante João Frederico Krüger, el teniente Antônio Luiz Schroeder y João Jakob Agner, los dos últimos, ex integrantes del 27.º Batallón de Cazadores alemanes.

En el lado legalista, destaca la actuación del coronel João Daniel Hillebrand, director de la colonia de São Leopoldo. El fracaso de la revolución supuso la muerte de los rebeldes alemanes mencionados. La intervención de los extranjeros en esta disputa, considerada exclusivamente brasileña, suscitó fuertes protestas y generó nuevas antipatías contra los colonos de Rio Grande do Sul ⁵.

Aunque el Gobierno prusiano ejerció presiones diplomáticas para conseguir la concesión de derechos políticos y sociales a sus antiguos súbditos, las autoridades brasileñas no se mostraron dispuestas a ofrecer una solución adecuada. Consecuentemente, Berlín decretó, el 3 de noviembre de 1859, una Ley, el «Heydtsches Reskript», que negaba a los agentes brasileños de emigración la autorización para hacer propaganda en Prusia. Este decreto se mantendría casi 40 años en vigor. La falta de información reducía, lógicamente, el número de alemanes deseosos de trasladarse al Brasil, aunque no existiera una prohibición expresa al respecto. A pesar de todos estos

⁵ Klaus Becker, «Razoões da participação dos alemães na revolução farroupilha», en *III Colóquio de Estudos Teuto-Brasileiros*, Porto Alegre, 1980.

obstáculos, en 1890 se hallaban en la antigua colonia portuguesa un total de 54.000 emigrantes alemanes, muchos de ellos prusianos. La causa de la atracción del Brasil como tierra de «promisión» radicaba, probablemente, en la pervivencia de mitos fantásticos acerca de su vida exótica, difundidos en Europa desde la época del Descubrimiento.

En resumen, se puede decir que la inmigración alemana durante el siglo XIX, y especialmente durante la época imperial (1824-1889), fue altamente positiva para Brasil. Los colonos extranjeros rompieron la costumbre de los monocultivos y se convirtieron en productores de los más diversos alimentos, especialmente para los habitantes urbanos, contribuyendo así al crecimiento de las ciudades, en donde se estaban desarrollando distintas industrias. Asimismo, los trabajadores manuales promovieron la creación y el progreso de pequeñas manufacturas, y aportaron su labor y sus conocimientos en la construcción de carreteras, que facilitarían la comunicación con las ciudades de la costa.

LA PRESERVACIÓN DE LA CULTURA GERMANA

La vida interna en muchas de las colonias alemanas transcurría de modo muy parecido al de cualquier lugar de su patria de origen: en las escuelas la enseñanza se hacía en lengua alemana. Estas iniciativas eran necesarias, dada la inhibición del Gobierno brasileño ante el problema de la formación de los hijos de los inmigrantes. Ello no era extraño puesto que, todavía en 1936, y según datos oficiales, el 72,63 % de la población nativa brasileña era analfabeta. Para el mantenimiento de la cultura germana, la proliferación de escuelas era vital. En 1905, existían en Brasil en total unas 1.000 escuelas alemanas, de las cuales sólo en Rio Grande do Sul se hallaban unas 700.

También las Iglesias germanas, la católica y la protestante, sirvieron como factor aglutinador de los colonos. Ambas mantenían el alemán como idioma para los servicios religiosos. Al ser centros de fe, de enseñanza y de reunión al mismo tiempo, desempeñaron un papel importante en la formación de las nuevas generaciones nacidas en el país. La más activa en estos aspectos era la Iglesia protes-

tante, cuya supervivencia en Brasil estaba directamente relacionada con el mantenimiento de las tradiciones prusianas.

Asimismo, numerosas asociaciones de carácter económico, cultural, deportivo, asistencial, benéfico, etc., cuidaban de las relaciones sociales y llenaban las horas de ocio de los emigrantes. Solamente en el Estado de Río Grande do Sul se contaron, en 1924, 335 asociaciones germano-brasileñas.

Otro nexo de unión entre los germano-brasileños era la prensa en lengua alemana. Ésta servía tanto para familiarizar al nuevo emigrante con las circunstancias del país como para cuidar de la herencia cultural. Hasta 1940 aparecerían varios diarios alemanes en Porto Alegre, São Paulo y Río de Janeiro y numerosos semanarios en los núcleos de la emigración germana, como São Leopoldo, Santa Cruz, Ijuí, Blumenau, etc.

El aislamiento de los colonos, que vivían en sociedades cerradas al exterior precisamente a causa del idioma, y también por su asentamiento en lugares mal comunicados con los núcleos urbanos brasileños, impedirá su integración, plena o parcial, en su patria de adopción, durante gran parte del siglo XIX. Este hecho no les había granjeado muchas simpatías entre los nativos del país. Algunos grupos políticos vieron con recelo el mantenimiento y fomento de las costumbres prusianas en suelo brasileño, y sospecharon que, tras esta actitud, se escondía el deseo de crear una «nueva Alemania» en América del Sur. Sospechas que eran agravadas por las escasas relaciones diplomáticas mantenidas entre Alemania y Brasil durante la época imperial. La desconfianza de los brasileños frente a Alemania y a sus ciudadanos, que incluso fue compartida por Pedro II, se notaría, particularmente, durante la guerra prusiana contra Francia, en 1870/71, que daría paso a la creación del Imperio Alemán. Los brasileños y su Gobierno tomaron claramente partido por Napoleón III y expresaron esta simpatía en duras acusaciones contra el régimen bismarckiano; acusaciones que tendrían repercusiones negativas en el trato de los colonos germanos.

Tampoco la visita del príncipe Enrique de Prusia a Río, en 1882, obtuvo un eco favorable en la opinión pública brasileña. Sin embargo, serviría para mejorar las relaciones oficiales. El nuevo clima quedará plasmado en un Tratado Consular, firmado en ese

mismo año, y que permitió una reglamentación más justa de los problemas legales mencionados anteriormente ⁶.

HOSTILIDAD OFICIAL GERMANO-BRASILEÑA

El 15 de noviembre de 1889, un golpe militar acabó con la monarquía de Pedro II, que se marchó al exilio sin ofrecer resistencia. Al mismo tiempo, la desaparición de Bismarck de la escena política alemana abrió el camino para una nueva discusión de la cuestión de los emigrantes. A la tradicional hostilidad oficial hacia las personas que deseaban abandonar su patria, se enfrentarían ahora las asociaciones comerciales, deseosas de promover el traslado de alemanes al continente sudamericano, con el fin de implantar en ultramar sólidas bases para su comercio. El levantamiento del «Heydtsches Reskript» tendría lugar, tras largas discusiones, el 30 de julio de 1896. El año siguiente, el Gobierno de Berlín presentó al Parlamento una ley de emigración que supondría, de hecho, una intervención estatal en la dirección de los flujos emigratorios a determinados países, y un apoyo oficial a aquellas personas que siguiesen las directrices oficiales.

América del Sur era uno de los territorios preferentes elegido por las autoridades; decisión que fue aplaudida calurosamente por las sociedades colonizadoras con intereses mercantiles en Sudamérica. Una de ellas, la «Hanseatische Kolonisationsgesellschaft mbH», compuesta por varias grandes empresas de exportación intentó, junto a la sucursal de Lloyd en Alemania del Norte, tras la abolición de la ordenanza de «Heydt», llevar a cabo la colonización, dirigida y fuertemente organizada, de una zona situada al interior de Blumenau y Dona Francisca, en Santa Catalina. Se pretendía llevar allí entre 800 y 1.000 colonos, que recibirían, cada uno, unas 25 hectáreas de tierra. Tras vencer la resistencia de las autoridades agrícolas alemanas, y la obtención del permiso, por parte del Estado brasileño, para una entrada máxima de 6.000 colonos anuales, comenzaría la campaña de reclutamiento. Pero el proyecto resultó ser un completo fracaso. Solamente 331 personas siguieron el llamamiento y, de

⁶ Gerhard Brünn, *Deutschland und Brasilien*, p. 10.

éstos, casi la mitad abandonaría la colonia poco después de su llegada a ella, al ver las dificultades que les esperaban. La época del emigrante campesino, acostumbrado a trabajar duro, había pasado, y los proletarios sin trabajo y peones, que ahora se habían decidido a emigrar, buscaban una vida más fácil.

En 1907 la colonia «Hansa» contaba únicamente con 1.610 personas; de ellos sólo 496 eran alemanes, frente a 933 brasileños y germano-brasileños. En vista de los resultados negativos, la sociedad colonizadora rescindió su contrato con el Gobierno brasileño en 1924. El experimento fallido era el mejor ejemplo para demostrar la inviabilidad de la utilización de emigrantes como factores económicos, enviados al Brasil meramente con el propósito de servir a los planes políticos imperialistas, exigidos por determinados grupos parlamentarios de Berlín.

A nivel individual seguiría el traslado de alemanes al Brasil. Las estadísticas de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial ofrecen cifras bastante dispares respecto a su número: según fuentes alemanas, entre 1907-1913 fueron unas 2.000 personas, mientras las fuentes brasileñas hablan de 31.000 para la misma época.

Entre tanto crecían en Brasil los grupos nacionalistas, que exigían de los extranjeros una rápida adaptación a la vida del país. La leyenda del «peligro alemán», que había circulado en el país casi desde la llegada de los primeros emigrantes, y que fue periódicamente aireada por la prensa brasileña, alcanzaría una virulencia inusitada en 1899, cuando la política exterior de Guillermo II propiciaba las acusaciones internacionales de su pretendido imperialismo. Los rumores de que Berlín deseaba crear en Brasil un Estado alemán y de que la construcción de su flota formaría parte de este plan, tuvieron que ser desmentidos una y otra vez.

Las denuncias de los grupos nativistas brasileños, que demandaban la plena integración de los colonos alemanes y el abandono del uso de su lengua en escuelas e iglesias, creó un clima hostil entre ambas comunidades, que se acentuaría tras la entrada del Brasil en la Primera Guerra Mundial al lado de los aliados. Este paso supondrá para los inmigrantes germanos graves restricciones en sus hábitos culturales, tales como la prohibición de su prensa y la limitación del uso de su lengua.

A pesar de esta situación poco propicia para la emigración germana al Brasil, ésta volvería a aumentar en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, atraída por el auge temporal que la economía brasileña vivía en esta época, y que se quebrantaría de nuevo con la crisis americana de 1929. En vez de dedicarse a la agricultura, muchos inmigrantes se dirigían ahora a las grandes ciudades en busca de puestos en la industria y en el comercio. Otros, más prósperos, realizaron inversiones en el negocio del café, en donde algunos labraron grandes fortunas. Una de las mayores cafetales del mundo perteneció a Francisco Schmidt, de São Paulo, muerto en 1924.

LA PROPAGANDA NAZI Y SU CASTIGO

Los avances de los movimientos comunistas y fascistas en Europa en los años treinta, encuentran también en el Brasil su reflejo en sendos partidos políticos rivales, representando la «Alianza Nacional Libertadora» la extrema izquierda, y la «Ação Integralista Brasileira» los sectores fascistas.

Con el fin de obviar ambos peligros extremistas, y de garantizar la paz interna, el presidente Getulio Vargas, vencedor de la revolución de 1930, creará, a partir de esa fecha un régimen político de mando único que intentará amalgamar del programa comunista el imperativo de salvar a la clase obrera, de los militares, la teoría de la tutela de la República; y de los fascistas, las consignas del suprenacionalismo. Un intento de rebelión por parte de los comunistas, en noviembre de 1935, facultará al presidente a imponer una política represiva que desembocará, en 1937, en la abolición de la Constitución brasileña, mantenida hasta entonces nominalmente, y en la creación del «Estado Novo», en el cual se prohibirán todos los partidos políticos y la libertad de prensa, dando así forma oficial a la dictadura de Vargas.

Tras la llegada de Hitler al poder, había aumentado sustancialmente la propaganda nazi en el Brasil, promovida especialmente por miembros del partido, enviados a Sudamérica con la misión de conectar con los diferentes grupos alemanes: con los ciudadanos del Reich («Reichsdeutsche»), con los de otros pueblos de habla alemana como Austria o Suiza («Volksdeutsche») y con los germano-brasileños, descendientes de emigrantes germanos. Se calcula que en

los años treinta vivían en el Brasil 700.000 «Volksdeutsche» y aproximadamente 95.000 «Reichsdeutsche»; los primeros fundamentalmente en Rio Grande do Sul (350.000), Santa Catalina (120.000) y Paraná; los segundos preferentemente en las ciudades más importantes. De los «Reichsdeutsche», sólo unas 3.100 personas estaban afiliadas al partido nacionalsocialista⁷. Pero el conservadurismo de gran parte de los emigrantes, que nunca habían aceptado de buen grado la República de Weimar, propiciaría un suelo fértil para el arraigo de la cosmovisión hitleriana, explicada por los agentes de la «A.O.» («Auslandsorganisation»). Las actividades de estos representantes hitlerianos en suelo brasileño provocó gran alarma en medios políticos, que se reflejaría en violentas campañas de prensa. Algunos articulistas hablaron, como ya lo hicieran en la época de Bismarck, de planes imperialistas que incluían la creación de un Estado germano en el sur de Brasil, y de otros proyectos parecidos. Hay que tener en cuenta que el relativo bienestar, y la influencia económica y cultural, de los cuales gozaba la mayoría de los alemanes, les confirió un poder muy superior al representado numéricamente, por lo que el viejo mito del «peligro alemán» tenía, en esta ocasión, probablemente mayor fundamento que antes. Sin embargo, hasta la fecha no se han encontrado documentos que avalasen la teoría de que Hitler pensara intervenir militarmente en el subcontinente americano⁸.

Los rumores y las protestas suscitadas por ellos impulsaron al Gobierno de Vargas a tomar cartas en el asunto. Tras una serie de medidas que establecieron una fuerte vigilancia de las comunidades extranjeras en general, y la alemana en particular, el Decreto del 18 de abril de 1938 prohibiría a los forasteros el mantenimiento y la creación de partidos políticos y asociaciones cualesquiera. Asimismo, se prohibían todo tipo de manifestaciones públicas como reuniones, desfiles, etc., y la utilización de símbolos de partidos no brasileños.

A principios de mayo de 1938 se fijaron nuevas normas para la inmigración. Las cuotas anuales de la misma se redujeron para cada país al 2 % de su cifra global de emigración, alcanzada en los años 1884-1933. En el caso alemán, esta reglamentación supuso la autorización para la entrada en el Brasil de 3.000 personas por año.

⁷ A. Ebel, *Das Dritte Reich und Argentinien*, p. 282.

⁸ Véase, por ejemplo, el libro de Ernesto Giudici *Hitler conquista América*.

Referente a la formación de los asentamientos, a partir de ahora sólo el 25 % de las nuevas colonias podía constituirse con emigrantes de la misma nacionalidad, y al menos el 30 % de los mismos tenían que ser ciudadanos brasileños.

Las disposiciones más amargas para la comunidad alemana serían aquellas que afectaban a la enseñanza: todas las escuelas fueron obligadas a impartir la enseñanza general en portugués, salvo las clases dedicadas al aprendizaje de un idioma extranjero. Ninguna escuela privada podía recibir subvenciones de un Estado extranjero. Tampoco las Iglesias tenían permiso para utilizar otra lengua que no fuera la portuguesa.

En la práctica, el cierre de todos los centros culturales y la relegación del idioma extranjero al uso exclusivamente privado, significó para los miembros de las colonias germanas la nacionalización forzosa, meta ambicionada por los nativistas brasileños desde finales del siglo XIX. Desde el punto de vista de estos últimos, el programa de Vargas será un completo éxito: privadas de su herramienta esencial, su lengua de origen, las jóvenes generaciones de alemanes abandonarán el aislamiento impuesto anteriormente por el uso de la misma, y se integrarán con mucho mayor rapidez que sus padres en la sociedad brasileña.

La actitud de Alemania en la Segunda Guerra Mundial no hará sino reforzar la desvinculación voluntaria de muchos germano-brasileños de su país de origen. Sin previa declaración de guerra, los alemanes emprendieron una campaña submarina en el Atlántico, con el fin de interceptar las remesas de alimentos y materias primas que el Brasil enviaba a los Estados Unidos e Inglaterra. En los días 15 y 17 de agosto de 1942, fueron hundidos cinco navíos brasileños, en un ataque que originó varios centenares de víctimas. El Gobierno se vio obligado a romper la neutralidad mantenida hasta entonces, y declaró la guerra a Alemania, el 22 de agosto de 1942. A finales de 1943, decidió enviar un ejército expedicionario de 25.000 hombres a Italia, convirtiéndose así en el único Estado sudamericano que intervino activamente en la guerra.

El enfrentamiento bélico supuso para los germano-brasileños una dura prueba. Sospechosos de colaborar con el enemigo, habida cuenta de que algunos miles se habían trasladado voluntariamente a Alemania para servir en el Ejército, en suelo brasileño se desarrolla-

ría una lucha intensa entre los servicios secretos hitlerianos y norteamericanos. Nombres germánicos de pueblos y ciudades fueron cambiados, y la vigilancia mutua de descendientes germanos y brasileños creó situaciones tensas y desagradables, cuyos recuerdos tardarían mucho en desaparecer.

LOS ASENTAMIENTOS DE LA POSGUERRA

Después de la Segunda Guerra Mundial, la emigración germana al Brasil no desapareció, sino que renacería con entidad distinta de la anterior. Muchos de los asentamientos agrícolas del siglo XIX, localizados en las sierras subtropicales de las provincias sureñas, se convirtieron en zonas de ganadería, al tiempo que nuevos colonos crearon urbanizaciones rurales en tres lugares: «Campo Alto», cerca de Panambi, en la sierra al Oeste de Rio Grande do Sul, y las colonias «Witmarsun» y «Entre Ríos» en los campos del Estado de Paraná. Las dos primeras eran fundaciones de menonitas, y la última fue obra de un grupo de suabos del Danubio («Donauschwaben»). Estos últimos procedían de territorios de Yugoslavia, Rumanía y Hungría, y habían huido de sus hogares al final de la Segunda Guerra Mundial, ante el avance del ejército ruso. Una parte de los fugitivos emigró, en 1951, al Brasil y buscó en «Entre Ríos» una nueva existencia. En los primeros años tuvieron poca suerte, porque los cereales plantados en las estepas, en contra de los consejos de los «fazendeiros» brasileños, se pudrieron en la mata a causa de las lluvias torrenciales. Algunas familias se desesperaron ante la perspectiva de un durísimo invierno y abandonaron la colonia, rumbo a otros destinos más prometedores. Los que tuvieron fe, tendrían por fin en el tercer año una importante cosecha y, con el tiempo, conseguirían el milagro de convertir su «Cooperativa Agraria» de «Entre Ríos» en el más importante granero del Brasil.

Parte de los menonitas de «Campo Alto» y de «Witmarsun II» eran oriundos de Rusia. Muchos habían llegado al Brasil en 1930. Otros venían del Canadá, a donde sus ancestros habían emigrado en el siglo XIX, cuando el Imperio zarista quiso privarlos de los privilegios otorgados al iniciar sus asentamientos en Rusia. Entre aquéllos, el más importante había sido la exención de cumplir el servicio mili-

tar. El creciente nacionalismo ruso motivó a las autoridades a revocar esta concesión, impulsando con ello la migración de los menonitas al continente americano.

Las malas condiciones del suelo en «Entre Ríos» impidieron la plantación de trigo y de otros cereales menos exigentes, como el mijo, por lo cual los colonos eran obligados a buscar otras vías para rehacer su existencia. Finalmente, y tras muchos esfuerzos, consiguieron convertir la estepa en fértiles praderas, que sirvieron de alimento a ganado lechero. El éxito llegaría poco a poco, y, gracias al tesón de los colonos, «Witmarsum» es hoy un importante centro de producción láctea.

Las costumbres religiosas de los menonitas, basadas en la estricta observancia de los diez mandamientos y en la lectura de la Biblia en el seno familiar, incluyen también una formación escolar acorde con estas creencias, que sólo puede darse en escuelas particulares. De ahí que todos los pueblos menonitas cuenten con una escuela alemana, que se encarga de enseñar a las nuevas generaciones las viejas tradiciones. Hecho del cual se benefician las colonias vecinas, nacidas por la expansión de los primeros asentamientos.

El 25.º aniversario de las tres colonias mencionadas, se celebró con gran pompa, y pudo contar con la presencia de importantes personalidades del Brasil y del extranjero, entre los cuales se encontraba el entonces presidente brasileño Geisel, de origen germano.

LA SITUACIÓN ACTUAL

En la actualidad existen, a nivel oficial, relaciones muy cordiales entre el Brasil y la República Federal de Alemania, debido, sobre todo, a las fuertes inversiones que el Gobierno de Bonn ha hecho en este país sudamericano a partir de 1953, con el fin de promover su industrialización.

Se calcula que el número de alemanes y sus descendientes en el Brasil se sitúa ahora (1986) en torno a 3,6 millones. Según estimaciones, 1,6 millones siguen utilizando la lengua alemana o tienen conocimientos de ella. En los principales núcleos de colonización germana, como Rio Grande do Sul, Santa Catalina, Paraná y Espírito Santo han renacido, tras su clausura en la última guerra, numerosas

escuelas privadas alemanas que cuentan actualmente con un importante porcentaje de alumnos brasileños. Por otro lado, en 1961 fue autorizada nuevamente la enseñanza del idioma alemán en las escuelas oficiales.

También han vuelto a editarse algunos periódicos, destinados a la colonia germana. Los más importantes son el *Brasil-Post*, semanario familiar creado en 1950, y el *Deutsche Zeitung* de São Paulo.

Personajes célebres

Hay numerosos personajes de origen alemán que han destacado en el Brasil a lo largo del último siglo y medio en las ciencias, especialmente las naturales, la cultura y el arte. Pero, probablemente, los germano-brasileños más famosos sean aquellos, que han hecho carrera política en su país de adopción: Lauro Müller (1863-1926) de Itajai, fue elegido en tres ocasiones presidente de su Estado Federal. En 1902 se convirtió en ministro federal de Transportes, y en 1912 desempeñó el cargo de ministro del Exterior.

En 1926, Viktor Konder, de Santa Catalina, fue nombrado ministro de Transportes, y se dedicó a desarrollar el sistema de correos y telégrafos y a sanear la administración del ferrocarril.

En la época de la dictadura de Getulio Vargas, Lindolfo Collor (1891-1942) de São Leopoldo, cuyo nombre verdadero era Koller-Boeckel, accedió al puesto de ministro para Asuntos Sociales.

El más alto cargo político de la nación, el de presidente de la República, de 1974 a 1979 fue ocupado por el general Ernesto Geisel, nacido en el seno de una familia protestante de colonos alemanes de Rio Grande do Sul. Jefe de la casa militar del presidente Castelo Branco (1964-1967) y secretario general del Consejo de Seguridad Nacional, en 1969 pasó a dirigir la entidad estatal petrolera. En 1974, las fuerzas armadas lo designaron presidente del Brasil.

Capítulo X

ARGENTINA

La presencia de alemanes en Argentina empezó también, de forma aislada, en el siglo XVI, en el cual participaron en algunas empresas de la conquista americana, tales como la circunvalación del mundo planeada por Magallanes. La casa Fugger había aportado, a través de su representante en España, 10.000 ducados a la expedición, y entre la tripulación de los cinco barcos fletados se encontraban varios hombres procedentes de países germanos. Uno de ellos, Hans Varge, es mencionado repetidas veces por el cronista del viaje, Antonio Pigafeta. Varge era sargento y jefe artillero de la nave *Concepción*. Ésta largó anclas en la desembocadura del Río de la Plata, y sus hombres pasaron el invierno en la bahía sureña de San Julián, donde después tendría lugar el motín de la tripulación contra Magallanes y el juicio contra los rebeldes. Luego de seguir el viaje, y una vez hallada la ansiada travesía y alcanzadas las islas del Pacífico, Varge sobreviviría a los ataques de los indígenas, pasaría hambre y padecería del escorbuto hasta caer prisionero, junto a sus camaradas, de los portugueses en las islas Molucas. Tras pasar cinco años en prisiones infectas, fue trasladado a la tristemente famosa cárcel de Lisboa, el «Limonero», donde encontraría la muerte ¹. El destino de Varge, del cual sólo tenemos conocimiento gracias a la mención del cronista, puede servir de ejemplo para el de otros alemanes desconocidos que perdieron la vida, igual que muchos españoles y portugueses, en la busca de aventuras y riquezas.

¹ W. Hoffmann, «Die Deutschen in Argentinien», en *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., p. 41.



Figura 5. Los asentamientos alemanes en Argentina

Las hazañas más renombradas de Ulrich Schmidel, co-fundador en 1536, de la ciudad de Buenos Aires, han merecido ya una descripción más detallada en un capítulo anterior, igual que la participación de misioneros jesuitas germanos en la meritoria obra que esta orden realizó entre los indios guaraníes, en las provincias limítrofes de Brasil, Argentina y Paraguay.

Tras la creación del virreinato del Río de la Plata, en 1776, las autoridades españolas enviaron a varios expertos alemanes a Argentina con el fin de reformar el sector minero.

Zacharias Helms, director de minas en Cracovia, tenía la misión de introducir un nuevo procedimiento para la obtención de plata en Potosí. Con él vinieron los ingenieros von Nordenflycht y Daniel Weber, de Recklinghausen, ambos familiarizados con el sistema «Born» de amalgama. Enfrentamientos con los responsables de las minas y problemas con la corrupción de los administradores impidieron la realización del trabajo, y Helms abandonará Argentina, amargado a causa de su fracaso.

Aunque otros expertos y científicos alemanes, algunos de ellos mencionados en otro lugar, tuvieron más suerte, o supieron adaptarse mejor a la idiosincrasia de los sudamericanos, llegando a desempeñar una fructífera labor en sus especialidades al servicio de la Corona española, se trata siempre de casos aislados, teniendo cuenta la prohibición general de la entrada de extranjeros en los dominios hispanos, hasta comienzos del siglo XIX, fecha en que la mayoría de sus colonias lograría la independencia.

EDUARDO KAILITZ, FREIHERR VON HOLMBERG

En las guerras de independencia del Río de la Plata destacó un controvertido personaje, que se había alistado como voluntario en el ejército de los patriotas: el noble austriaco Eduard Kailitz, Freiherr von Holmberg. Holmberg arribó a Buenos Aires en 1812, en el mismo barco que José de San Martín y Carlos de Alvear, con el fin de enfrentarse a las tropas españolas. Bajo el mando de Belgrano, el tirolés desempeñó el cargo de general en jefe de los patriotas, que no sumaban más de 1.500 hombres.

La estricta disciplina que Holmberg quiso imponer a las tropas, poco acostumbradas a semejante régimen, le enajenaría pronto las simpatías de soldados y oficiales. Sin embargo, Belgrano lo apoyó y le dio repetidas muestras de su confianza; confianza que Holmberg justificaría en la batalla de Tucumán, en la que se distinguió por la brillante acción de la artillería que, bajo sus ordenes, tuvo un papel fundamental en la victoria.

Pero a pesar de la indudable eficacia en su oficio, el carácter riguroso e inflexible del austriaco le acarreó más odios que simpatías. Su falta de diplomacia le llevó incluso a criticar el porte poco militar de Belgrano y de los otros oficiales. Este hecho, así como las continuas calumnias de sus enemigos, motivarían a Belgrano a expulsar a Holmberg del ejército por insubordinación. A pesar del desaire sufrido, el austriaco no abandonó la causa argentina. El Gobierno rebelde no podía prescindir de la experiencia de Holmberg en el uso de la artillería y en la construcción de fortificaciones, por lo que lo nombró comandante militar de la plaza de Punta Gorda. Holmberg recibió la orden de preparar la defensa del sitio contra un posible ataque de la flota española. Pero también en este cargo tropezaría pronto con sus subordinados, a los que obligaba a abdicar de costumbres tan entrañables como la tradicional «siesta».

En reconocimiento de sus méritos militares, Holmberg fue nombrado coronel. Seguirían otros cargos y misiones, desempeñados siempre eficazmente, pero salpicados de problemas en el terreno de las relaciones humanas. Finalmente, Holmberg se casaría con una prima del general Alvear. Sus descendientes pertenecen aún en nuestros días a la élite de la sociedad argentina.

LOS COMERCIANTES BONAERENSES

La independencia formal del territorio rioplatense, bautizado «Provincias Unidas», fue proclamada el 9 de julio de 1816, en el Congreso de Tucumán. Con esta declaración se acabó también el monopolio comercial, detentado hasta entonces por España. En un principio, sólo norteamericanos e ingleses supieron aprovechar la caída de las barreras mercantiles. En Europa, la desaparición del régimen napoleónico había dado a luz a la Santa Alianza, formada por Rusia,

Austria y Prusia, que apoyaba las reivindicaciones de la Corona española, y no reconocía los Gobiernos rebeldes de América del Sur.

Mientras que esta actitud no supuso pérdidas importantes para Rusia y Austria, Prusia se veía seriamente perjudicada por ella. Desde mediados del siglo XVIII había exportado a Latinoamérica, vía Cádiz y Lisboa, anualmente paño de Silesia por valor de cuatro millones de dólares, negocio que ahora tenía que suspender. Por esta razón, algunos consejeros liberales, como los hermanos Alexander y Wilhelm von Humboldt, propusieron al Gobierno prusiano el establecimiento de relaciones, siquiera informales, con los Estados sudamericanos; pero el canciller Hardenberg se mantuvo fiel a las directrices de Metternich². La situación no cambiaría hasta 1824, fecha en que el Ministerio prusiano nombró a Johann Eschenburg, a la sazón representante de la Real Sociedad Prusiana del Comercio Marítimo («Königlich Preussische Seehandels-Societät») agente comercial en Buenos Aires, con el fin de proteger los intereses de los comerciantes alemanes en la capital rioplatense. Sin embargo, tendrán que pasar otros veinte años antes de que Prusia reconociera la independencia de Argentina.

En el tiempo señalado, también las ciudades hanseáticas mostraron vivo interés en intensificar el intercambio de mercancías con el subcontinente americano, pero el Senado no se atrevía a satisfacer públicamente las exigencias de los comerciantes, tolerando, sin embargo, tácitamente, que barcos con destino a Puerto Rico o Brasil siguieran el viaje a Montevideo o al Río de la Plata.

A pesar de estas dificultades iniciales, la penetración germana en Argentina ocurrirá fundamentalmente por la vía mercantil. A pesar de que los pioneros en este campo, llegados a Buenos Aires entre 1810 y 1825, no pudieron contar con la protección oficial de su patria, se las ingeniaron para sobrevivir, e incluso para hacer fortuna. Se trataba de hombres emprendedores, mitad aventureros y mitad empresarios, que formarían la base de la futura colonia alemana en la capital porteña.

Uno de los más famosos fue Johann Christian Zimmermann. Éste había emigrado a los Estados Unidos con el fin de escapar al servicio militar en el ejército napoleónico que, a la sazón, ocupaba

² *Idem*, p. 65.

la zona del Rin, donde la familia Zimmermann residía. Johann Christian se dedicó en Nueva York a negocios de ferretería, obtuvo la nacionalidad norteamericana y en 1817 se trasladó a Buenos Aires, ciudad que había conocido en sus viajes profesionales. En los años de la guerra de Independencia muchos americanos se hicieron ricos equipando barcos corsarios que, bajo bandera argentina o colombiana, se dedicaban a capturar navíos españoles. Otros se emplearon como suministradores de armas a los rebeldes. Zimmermann se hizo cargo de la empresa de David Curtis De Forest, que había tenido mucho éxito en ambas actividades, y, siguiendo el mismo rumbo, aprovechando los avatares de la guerra, consiguió convertirse en un potentado. En su lujosa casa se reunían hombres de negocios con diplomáticos y miembros del Gobierno argentino. Estos contactos se intensificarían aún más tras el nombramiento de Zimmermann como vicecónsul de los Estados Unidos. Este honor era, sin embargo, difícilmente compatible con sus negocios, muchos de ellos de dudosa legalidad: en una ocasión, el barco pirata *La Heroína* había atacado la goleta norteamericana *Rampart* con ayuda de Lynch, socio de Zimmermann. El Gobierno de Washington envió a un agente, John Murray Forbes, a Buenos Aires para presentar su protesta ante las autoridades correspondientes, y Zimmermann, en su calidad de vicecónsul, tuvo que acompañar a Forbes en su misión. Éste no obtuvo satisfacción en su demanda, pero comenzó a sospechar de las conexiones de Zimmermann con los enemigos de los Estados Unidos. El incidente sirvió para que Zimmermann aprendiera la lección renunciando, por un lado, a la representación de los Estados Unidos y, por otro, disolviendo los vínculos comerciales con su socio, Patricio Lynch.

En la segunda mitad de su vida, Zimmermann se convirtió en un hombre de negocios respetable. Amplió sus conexiones comerciales con los Estados Unidos, y promovió el comercio de lino y productos de ferretería con Alemania a partir de los años veinte. En 1828 fue nombrado cónsul de Hamburgo, y diez años más tarde también de Bremen.

Por su mediación llegaron a Argentina, en 1818, sus dos cuñados, Karl Ludwig y Franz Halbach, que actuarían como representantes de la industria metalúrgica renana en Buenos Aires. Conjuntamente con Zimmermann, la familia Halbach se convertiría en

miembro importante de la naciente colonia germana en Buenos Aires. Franz Halbach pertenece al grupo fundador de la primera Iglesia protestante y fue, durante dieciocho años, cónsul prusiano en la capital argentina. Al mismo tiempo tuvo activa participación en el desarrollo de la ganadería.

Entre el pequeño número de comerciantes germanos que se habían afincado en Buenos Aires, se encontraba Friedrich Wilhelm Schmalig, de Hamburgo. Representante exclusivo de los intereses comerciales germanos, especialmente los de la Compañía Renana de las Indias Occidentales, de Elberfeld, su meta no se limitaba al sector económico, sino que abarcaba también ideales políticos. De ideas liberales y progresistas, Schmaling se convertiría en amigo de Rivadavia y en ayudante de sus planes de colonizar el campo rioplatense. Al mismo tiempo, su tienda de paños prusianos, vendidos a precios inferiores en un veinte por ciento a los tejidos ingleses, abrió el mercado para esta mercancía en Buenos Aires.

También Luis Vernet era oriundo de Hamburgo. Igual que Zimmermann, llegó a Argentina vía Norteamérica, en 1817. En un viaje a la Patagonia se fijó en la riqueza pesquera y en la abundancia de focas en las costas y, provisto de un poder del Gobierno argentino, intentó asentarse en la isla principal de las Malvinas. Durante años, Vernet fue incapaz de defender su alegato de soberanía en las islas contra las flotas pesqueras extranjeras, atraídas por el fácil botín. Pero, lejos de desanimarse, Vernet insistió en su empeño y fue nombrado oficialmente, en 1829, comandante de las islas. Bajo su mando, las Malvinas conocieron un importante desarrollo. Colonos alemanes, ingleses y argentinos se asentaron en Soledad. La abundancia de ganado, caza y pesca sirvió para establecer un comercio próspero con el continente. Durante tres años reinó la paz en estas tierras lejanas hasta que, en 1831, Vernet capturó tres barcos norteamericanos que se dedicaban a la caza de focas. Sus capitanes fueron enviados a la prisión de Buenos Aires. En represalia, unos meses más tarde, «marines» norteamericanos del buque de guerra *Lexington* destruyeron la colonia argentina y se llevaron algunos hombres como rehenes. Vernet, que se encontraba ausente en Buenos Aires, no volvería a las Malvinas, que serían conquistadas por el barco inglés *Clio* para la Corona británica, el 5 de enero de 1833.

Después del fracaso de su misión, Vernet viviría aún casi cuarenta años como hombre de negocios en Buenos Aires. Entre sus actividades destaca el invento de un medio químico para la protección de pieles contra los gusanos. Dado que las pieles bovinas argentinas son un importante artículo de exportación, las mejoras en su conservación, proporcionadas por el preparado de Vernet tenían suma importancia.

Otro alemán digno de mención en esta primera época de las relaciones germano-argentinas fue Hermann C. Dwerhagen, que llegaría a ser uno de los iniciadores de la cría de ovejas en el Río de la Plata. Dwerhagen había venido a este país incluso antes que Zimmermann, y trabajó en un principio con el cónsul norteamericano Halsey, para el cual importó cien ovejas merinas alemanas, que fueron llevadas a la Hacienda «Alto Redondo», cerca de Morón. Más adelante, Halsey entregó una parte de los carneros a Dwerhagen, que comenzaría la cría de los mismos por su cuenta en la zona de Quilmes. Siguiendo un mal consejo de amigos argentinos, Dwerhagen trasladó a las ovejas a Corrientes, donde el terreno era mucho más barato, con el fin de comenzar allí la cría en gran escala. Pero el clima caluroso del norte provocó epidemias entre los animales, que quedarían diezmados en pocos años. Dwerhagen perdió toda su fortuna y tuvo que volver a Buenos Aires completamente arruinado, donde moriría poco después. Sin embargo, su labor no fue en vano. Otro criador, de Luján, había conservado algunas de las ovejas alemanas, que formarían el tronco para una raza de merinos cuya cría se convertiría pronto en un próspero negocio en Argentina.

El auge lanero tuvo repercusión en la industria textil germana de Westfalia. La familia Scheibler importará la lana merina a través de representantes afincados en Buenos Aires que, gracias a sus buenos oficios, formarán pronto parte de la élite germana en esa capital.

LA ACCIDENTADA COLONIZACIÓN DE «CHACARITA DE LOS COLEGIALES»

Argentina, igual que Brasil, necesitaba colonos para urbanizar el extenso país de 2,7 millones kilómetros cuadrados que sólo contaba, en aquella época, con 1,3 millones de habitantes. Bajo el Gobierno

de Rivadavia (1826-27), una comisión, formada por personalidades argentinas, inglesas y los alemanes Zimmermann y Schmaling, se ocuparía de organizar la inmigración europea.

La primera colonia alemana en Argentina, «Chacarita de los Colegiales», fue fundada en 1827, tras un accidentado viaje de sus miembros: los problemas comenzaron incluso antes de la salida de los emigrantes. El agente contratado por el Gobierno argentino, Karl Heine, tenía el encargo de reclutar a unas mil personas, especialmente agricultores y artesanos. Por cada emigrante, masculino o femenino, entre doce y cincuenta años, obtendría una comisión de 150 pesos, por personas mayores o menores, la mitad. Pero Heine llegó en mal momento a Alemania, dado que se había corrido la voz de que emigrantes destinados al Brasil fueron obligados, a su llegada, a entrar en el ejército brasileño. Ante la falta de voluntarios, Heine prometió a los interesados mucho más de lo que el Gobierno argentino estaba realmente dispuesto a ofrecer.

Finalmente, una expedición con 311 personas puso rumbo a las Provincias Unidas. Con tan mala suerte, que se acercaron a su destino cuando entre Argentina y Brasil había estallado la guerra. La fragata holandesa *Kumbang Jatje*, que llevaba a los alemanes, fue detenida en el puerto de Montevideo por una corbeta brasileña. Después de una estancia de 3 meses, durante los cuales los emigrantes vivían de la beneficencia del pueblo uruguayo, las deficientes condiciones sanitarias contribuyeron a la aparición de enfermedades entre los detenidos en el barco. Las autoridades brasileñas, temerosas de un posible brote de epidemias, ordenaron a su capitán adentrarse en alta mar. En su desesperación, los alemanes se valieron de un truco para alcanzar, por fin, tierra argentina: pidieron permiso para enterrar a un emigrante fallecido en el cementerio de disidentes en Montevideo. Cuando la comitiva funeraria alcanzó los límites de la ciudad, el «muerto» cobró vida de repente, y él y todos sus acompañantes echaron a correr en dirección al campamento de las tropas argentinas en Aguada.

A su llegada a Buenos Aires los alemanes fueron, por fin, enviados a la antigua finca de los jesuitas «Chacarita de los Colegiales». Pero, una vez allí, se enteraron de que Heine les había mentido. El Gobierno argentino no estaba dispuesto a pagar su travesía, ni a entregarles gratuitamente tierras de cultivo. Ante estas circunstancias, y

en vista de que las autoridades tardarían en solucionar el litigio planteado, muchos de los recién llegados se buscaron trabajo en la ciudad, o se emplearon en las haciendas del entorno. Dado que la mayoría no había pagado los gastos desembolsados por el Estado, la policía se encargó de buscar a los fugitivos y de encarcelarlos.

Al cabo de unos años, las familias residentes en Chacarita recibieron la buena noticia de que las autoridades habían decidido cobrarles únicamente los gastos de manutención del viaje. Cada emigrante recibiría tres hectáreas y media de la antigua finca jesuita y, además, una parcela en el pueblo de Chorroarín para establecer su vivienda. Pero este proyecto nunca se llevaría a cabo. La falta de herramientas y la intrusión continua de ganado procedente de las haciendas vecinas acabarían con la paciencia de los colonos germanos, que se dispersaron en el país. Algunas familias se trasladaron a Buenos Aires. Muchos de los hombres jóvenes y solteros se alistaron, gracias a la capacidad persuasiva de Heine, en la guerra contra el Brasil, llegando a formar una unidad de lanceros que resultaría ser totalmente ineficaz, dado que sus miembros nunca habían servido en un ejército y la mayoría de ellos ni siquiera sabía montar a caballo.

En vista de su inutilidad, los colonos de Chacarita fueron destinados a la reserva, evitándose así un hipotético enfrentamiento de diversos grupos de emigrantes germanos en la guerra argentina-brasileña. Según el testimonio del coronel argentino de caballería Brandsen, algunos de los mercenarios germanos de su regimiento se habían puesto incluso en contacto, antes de la batalla, con sus compatriotas del lado brasileño, induciéndoles a pasarse a sus filas. José Maria Todd, el oficial adjunto al general Paz, relata en sus memorias que las tropas argentinas se encontraron durante la persecución de los brasileños, vencidos en Ituzaingó con destacamentos enteros de alemanes que querían abandonar las armas porque, según sus explicaciones, habían sido traídos con engaño de Alemania ³. Las autoridades militares argentinas les ofrecieron la posibilidad de entrar en sus filas o de ser arrestados como prisioneros de guerra en Buenos Aires. Casi todos eligieron esta segunda opción, y quedarían en libertad incluso antes del final de la guerra. Entre los liberados se encontraba el sargento brasileño Adolfo Bullrich, de Berlín, que llega-

³ *Idem*, p. 73.

ría a ser el patriarca de la ampliamente ramificada familia germano-argentina Bullrich.

UN HÉROE CONTROVERTIDO: FEDERICO RAUCH

Mayor honor a la tradición militar prusiana hizo el joven oficial Federico Rauch, que acudió a Argentina siguiendo el llamamiento del unitarista Rivadavia, para luchar contra los federalistas. La eterna pelea entre defensores de un Estado unitario, con centro en Buenos Aires, y una Confederación de Estados, garante de mayor autonomía para las provincias situadas en el interior, que cobró mayor virulencia en 1819 tras la dimisión del general Pueyrredón, ofrecería al joven oficial alemán, entrenado en las guerras napoleónicas, la posibilidad de una carrera militar fulgurante.

En 1821, Rauch se había convertido en comandante mayor del Segundo Escuadrón de Húsares en Salto, puesto adelantado contra los indios. En los dos años siguientes, el alemán se convertiría en el terror de los indígenas, a los que perseguía y diezmaba siempre que tenía ocasión para ello, siguiendo órdenes de sus superiores.

Tras la caída de Rivadavia y la toma del poder por parte del federalista Manuel Dorrego como gobernador de la provincia, la suerte de Rauch cambiaría. Enfrentamientos personales con el coronel Dorrego le valdrían la expulsión del ejército, hecho que movió al oficial alemán a participar en la conspiración de los unitarios, encabezada por Lavalle. Dorrego cayó en manos de los unitarios, siendo fusilado tras su derrota en Navarro. El nuevo jefe federalista, Juan Manuel de Rosas, vencería a las tropas de Lavalle. Rauch, entonces comandante del Quinto Regimiento de Caballería tenía la misión, a finales del verano de 1829, de rechazar los ataques de los indios que avanzaban desde Monte hacia Buenos Aires. La batalla decisiva tuvo lugar cerca de la laguna de Las Viscacheras, al lado de Chascomús. Los indios, numéricamente muy superiores y ayudados por desertores blancos y fugitivos políticos, vencieron al regimiento de Rauch sin grandes esfuerzos. El comandante germano fue capturado y, al ser reconocido por los indígenas, asesinado. En señal del júbilo ante la caída de uno de sus peores enemigos, los indios pasaron la cabeza de Rauch como un trofeo en una lanza durante tres días por todo

el territorio. La fama del militar alemán sobrevive en la actualidad, gracias a la fundación de una ciudad en el corazón de la provincia de Buenos Aires, en 1865, que lleva su nombre ⁴.

LA VIDA DE LOS EMIGRANTES DURANTE LA «SANTA FEDERACIÓN» (1830-1852)

El rechazo de la inmigración extranjera por parte de los federalistas se vería pronto plasmado en la disolución de la Comisión para Inmigrantes, después del nombramiento de Manuel de Rosas como gobernador de Buenos Aires. Aunque esta medida no supondría el fin de la llegada de extranjeros al país, éstos serían excluidos de todas las actividades políticas, y aislados intencionadamente en colonias, donde podían vivir en comunidad con sus compatriotas, siempre y cuando no se mezclaran con nativos argentinos en sus organizaciones sociales.

La paz que acompañaba la época de la dictadura de Rosas benefició el desarrollo de la ganadería y de la industria cárnica, nacida al mismo tiempo, ofreciendo a los comerciantes extranjeros excelentes oportunidades para prosperar, y permitiendo a muchos amasar una considerable fortuna.

El reconocimiento, por parte de Bremen (1843), Hamburgo y Prusia (1844) del Estado argentino, favoreció a la colonia germana en Buenos Aires, otorgando a sus miembros mayor prestigio entre los rioplatenses. El número de alemanes residentes en la capital había alcanzado ya unos seiscientos, encontrándose entre ellos no solamente comerciantes, sino representantes de todas las profesiones y clases sociales. Otras nacionalidades extranjeras habían experimentado la misma evolución, por lo que la interacción entre emigrantes procedentes de distintos países, habituales hasta entonces, daría paso a la creación de núcleos nacionalistas diferenciados. La construcción de iglesias y escuelas propias fomentaba esta separación. Lo mismo puede decirse de la política de Rosas, encaminada a preservar al pueblo argentino de las influencias extranjeras, por lo que favorecería los afanes de los emigrantes por mantener su propio idioma y su religión, en el caso de los protestantes.

⁴ *Idem*, pp. 75-77.

Hasta 1833, los alemanes luteranos habían asistido a los servicios religiosos ingleses y, asimismo, habían enterrado a sus muertos en el cementerio del Retiro. En la fecha señalada formaron su propia comunidad religiosa, fundaron una escuela comunitaria y acometieron una ampliación del camposanto mencionado, separando en lo futuro a sus muertos de los de extranjeros no católicos.

Curiosamente, las autoridades argentinas sólo permitían el establecimiento de la escuela evangélica bajo la condición de que la enseñanza fuese impartida en alemán o en inglés, quedando prohibido el uso del español.

La paulatina organización de la colonia germana en Buenos Aires incluía también la creación de una orquesta musical y varios coros.

La promoción de las provincias del interior bajo la dictadura férrea de Rosas impulsó también a los estancieros alemanes a intensificar la ganadería en sus dominos. Claudio Stegmann, siguiendo la iniciativa del desafortunado Dwerhagen, criaba ovejas merinas de la raza Negretti; Franz Halbach, criador de carneros y vacas, fue uno de los primeros en vallar sus campos con alambre metálico. De ahora en adelante, las vacas argentinas servirían principalmente para la venta de su carne y no, como había sido usual, para el aprovechamiento de las pieles, cuernos y grasa.

El auge de la emigración germana al continente americano después de las fracasadas revoluciones de 1848 no afectó a la Argentina. La ausencia de promoción estatal y las escasas facilidades ofrecidas por el gobierno de Rosas, retrasaría la llegada masiva de alemanes hasta la caída de éste, en 1852.

LAS COLONIAS AGRÍCOLAS

A la batalla de Caseros, en la cual Rosas fue vencido por el «Ejército Grande», formado por una coalición de tropas del federalista Urquiza, de Uruguay y del Brasil, seguirán diez años de guerras civiles y disputas políticas en torno a la organización nacional del Estado. En esta década turbulenta se situarán los primeros intentos programados de atraer colonos europeos al Río de la Plata.

Justo José de Urquiza, jefe gaucho de Entre Ríos, reunió una Asamblea de Gobernadores de las provincias, en la cual se acordó la adopción del sistema federal como base del futuro Estado. En mayo de 1853, se aprobaría en Santa Fe la Constitución correspondiente. Buenos Aires no la reconoció, dictando su propia Constitución el 11 de abril de 1854, con la que viviría diez años apartada del resto del país. A pesar de esta separación, el general Urquiza salió elegido presidente constitucional.

Una vez establecida la residencia oficial en Paraná, capital de Entre Ríos, el propio presidente sería el promotor del primer intento, que resultaría fallido, de asentar colonos alemanes en su provincia. Con este fin, otorgó a los soldados germanos que habían luchado en sus filas quince hectáreas de tierras, herramientas, semillas y algo de dinero. Pero la inexperiencia de los mercenarios y su falta de resistencia ante las primeras adversidades les hizo abandonar pronto el proyecto de «Villa Urquiza».

Mayor éxito tuvo una empresa privada, protagonizada por el maestro de la escuela evangélica Germán Frers, casado con una argentina de la familia Lynch Zavaleta. Conjuntamente con su suegro, Patricio Lynch, y varios concejales de Baradero, lugar de su residencia, organizó el asentamiento de inmigrantes suizos procedentes del cantón de Friburgo que habían venido a Argentina por propia iniciativa. La diligencia de los colonos suizos, a los cuales se unirían después algunas familias alemanas, tuvo sus frutos y Baradero llegaría a ser una colonia ejemplar.

El primer asentamiento germano de mayores dimensiones se debe al proyecto del argentino Aaron Castellanos, que quería llevar emigrantes europeos a la región de Santa Fe, habitada entonces por indios salvajes. El gobernador de esta provincia nortea, Domingo Crespo, aceptó el plan según el cual, en los próximos diez años, 1.000 familias de campesinos, compuestas por al menos cinco personas de más de diez años, preferentemente de sexo masculino, serían acogidas en los territorios previstos. Los gastos del viaje iban a cargo de los colonos, pero el Gobierno provincial daría a cada familia veinte hectáreas de tierra, una casita con dos habitaciones, semillas, provisiones, dos caballos, dos bueyes, siete vacas lecheras y un toro. El primer grupo de 200 personas recibiría la tierra como regalo, los demás tendrían que pagar un precio, fijado oficialmente, en cómodas cuotas anuales.

Castellanos se trasladó a Centroeuropa para reclutar emigrantes. El primer barco con 42 familias alemanas y suizas partiría en otoño del año 1855 de Dunquerque. Tras sesenta días de travesía, en medio de violentas tormentas que se cobraron la vida de algunos niños, *La Mármora* arribó en Buenos Aires. Pero las autoridades no permitieron el desembarco de los pasajeros, dado el estado de guerra entre la Confederación y Buenos Aires, por lo que éstos debieron seguir hasta Montevideo, desde donde serían transportados, en un vapor fluvial, a su destino en Esperanza. También en este trayecto morirían dos chicas jóvenes, y un niño cayó por la borda ⁵.

Aunque el recibimiento por parte de los rancheros fue muy amable, la climatización sería lenta y dificultosa. El ganado era mucho más salvaje que en Europa y requería otro trato del acostumbrado. Los indios eran un peligro constante contra el cual habían de defenderse de día, portando armas durante las faenas agrícolas, y de noche, organizando turnos de vigilancia.

Tampoco faltaban problemas políticos. El Senado argentino había rechazado la garantía dada a Castellanos por el Gobierno confederal para la realización de su proyecto colonizador. Se pretendía evitar la aglomeración de extranjeros en una misma zona, por lo que se había ordenado el reparto de los colonos en diferentes pueblos. Envidias por parte de los habitantes de la provincia, que no encontraban las mismas facilidades que los recién llegados, complicaron aún más la situación de éstos.

A pesar de todos estos inconvenientes, alemanes y suizos aguantaron en Esperanza, y se negaron a emplearse en los ranchos adyacentes y a separarse de sus compatriotas.

Finalmente, el propio Urquiza intervino en favor de los inmigrantes, concediéndoles todo lo prometido y prestándoles ayuda económica. Tras vencer las dificultades típicas de toda colonia nueva, Esperanza se convertiría en una comunidad floreciente, que pronto recibiría refuerzos de Alemania y, sobre todo, de Suiza.

En reconocimiento de la labor pionera de los colonos, el Gobierno argentino fijaría, en 1948, el 8 de septiembre, fecha de la fundación de «Esperanza», como «Día del Agricultor» ⁶.

⁵ *Idem.* p. 87.

⁶ *Idem.* pp. 85-88.

Entre 1858 y 1885, en la provincia de Santa Fe se establecieron otros 45 asentamientos con emigrantes suizos y alemanes, en primer lugar, e italianos, en segundo.

LA SITUACIÓN PORTEÑA

Entre tanto, los alemanes afincados en Buenos Aires sufrieron las consecuencias de la guerra civil entre la ciudad y las fuerzas confederadas. En defensa de la capital porteña contra las tropas de Urquiza las familias germanas, conjuntamente con mercenarios y hombres que habían luchado contra Rosas en el ejército brasileño, formaron una compañía de más de cien hombres para defender su nueva patria. Su comandante, Ferdinand Schneider, se destacaría en las luchas contra Urquiza y Heinrich Reich, otro antiguo legionario del Brasil, lograría fama y honor en las luchas contra los indios y en la guerra contra Paraguay.

La mayoría de los alemanes bonaerenses prefirieron, sin embargo, aprovechar la buena coyuntura mercantil provocada por la guerra de Crimea. La subida de precios de las materias primas en el mercado mundial dio a sus empresas la oportunidad de ampliar sus negocios, basados en la exportación de todo tipo de artículos a Europa. Aunque la crisis generalizada de 1858 supusiera un freno a la expansión económica, la mayoría de los comerciantes germanos había consolidado ya su situación, pudiendo soportar la recesión sin grandes problemas.

Los años de bonanza habían permitido la consolidación de la vida comunitaria de la colonia alemana en Buenos Aires, que tendría lugar en torno a sus centros fundamentales: las iglesias, incluida la protestante, inaugurada en 1853, la escuela y las diversas asociaciones culturales y deportivas. Especial relevancia cobrarán, con el tiempo, los círculos musicales, entre los cuales destaca la «Sociedad Filarmónica», que admitía también a socios argentinos y extranjeros.

La convivencia de los grupos germanos no estaba exenta de conflictos. Se produjo, por ejemplo, un grave enfrentamiento entre los tradicionalistas, afincados en el país desde hacía tiempo, y los recién llegados, de talante más democrático, en torno a la redacción

de los estatutos de la escuela. En ésta y otras disputas internas solía prevalecer la opinión del sector más conservador.

LOS MENONITAS

Con la subida de Bartolomé Mitre a la presidencia (1862-1868), el antagonismo oficial entre unitarismo y federalismo dejará de existir, aunque no el de los diferentes líderes provinciales. Había triunfado el afán porteño de europeizar el país recibiendo, en consecuencia, la inmigración, el comercio y la cultura un gran impulso. El sucesor de Mitre, Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874), de profundas convicciones liberales, creó la legislación cultural más tolerante existente por aquel entonces en Sudamérica reanundando, al mismo tiempo, la política de inmigración.

En 1869 formó una comisión estatal centralizada para tratar los asuntos relacionados con los inmigrantes, ordenando la confección del primer censo de la población: de un total de 1.800.000 habitantes, 4.991 eran alemanes. Esta cifra se vería incrementada sustancialmente en la década siguiente, con la llegada de numerosos colonos procedentes de diferentes zonas de Rusia. Los ancestros de estos inmigrantes abandonaron, en torno a 1765, sus casas en Hesse, el Palatinado y ciertas zonas de Alemania del Sur, para seguir la llamada de Catalina la Grande, que buscaba pobladores para extensas regiones del Volga y del Mar Negro, devastadas por la guerra contra los turcos. Las razones para abandonar su patria radicaban, fundamentalmente, en sus convicciones religiosas. Pertenecientes a diferentes ramas de los anabaptistas, buscaban una tierra segura para vivir su fe, basada en la pacífica convivencia en sociedades cerradas, algunas de ellas según el ideal comunitario de los primeros cristianos, sin interferencias de las autoridades.

Tras unos cien años de vida en suelo ruso, Alejandro II pretendía suspender sus privilegios a los colonos germanos, obligándoles a servir en el ejército zarista. Ante esta imposición, incompatible con el imperativo pacifista de los anabaptistas, éstos buscaban una nueva patria. Sus mensajeros visitaron los Estados Unidos, Canadá y el Brasil con el fin de obtener garantías de las autoridades para el mantenimiento de las creencias y prácticas de los futuros inmigrantes.

Algunos grupos de menonitas se habían trasladado ya al Brasil, antes de la vuelta de sus emisarios. Dada la imposibilidad de plantar trigo en la cálidas tierras brasileñas, muchos alemanes procedentes del Volga, acostumbrados a un clima suave y al cultivo de la tierra, optarían por migrar a Uruguay y a Argentina.

El Gobierno argentino de Avellaneda, que acababa de promulgar una ley para la inmigración, según la cual se garantizaba a los colonos el pago de los costos del viaje y el reparto inicial gratuito de lotes de tierra, ofreció a los mediadores enviados por los ruso-germanos acoger a sus compatriotas y entregarles tierras para su cultivo, prometiendo al tiempo respetar sus peculiaridades.

Pocas semanas después de la firma del contrato correspondiente entre los cuatro enviados de los menonitas y el comisario general de Inmigración, una avanzadilla de 800 inmigrantes germano-rusos pisaría suelo argentino. Su primera colonia se formaría en Hinojo de Olavarría, al sur de la provincia de Buenos Aires.

En los años siguientes tuvo lugar una verdadera lucha entre las autoridades brasileñas y argentinas por atraer alemanes del Volga a sus respectivos países. Inmediatamente después de su llegada a la frontera alemana de Eydtkuhnen, agentes rioplatenses se dirigían a los sorprendidos viajeros para llevarlos, incluso en algunos casos con engaño, a Buenos Aires.

Una vez allí, los problemas seguirían. Intereses contrapuestos de ganaderos, gobernadores y autoridades querían impedir el asentamiento de cientos de personas en la tierra prometida por el agente Nast. Según los relatos de éste, el suelo en «Diamante», provincia de Entre Ríos, sería especialmente apropiado para el cultivo de trigo. Este argumento era suficiente para que todas las expediciones con emigrantes del Volga, encaminados hacia lugares diversos, se negaran terminantemente a aceptar otro destino que no fuese el de «Diamante», tan parecido a su tierra natal, según las palabras de Nast. La tozudez proverbial de los menonitas acabó por reunirlos a todos en la región señalada de Paraná, donde prosperarían pronto, tras vencer las dificultades propias de todo comienzo.

Después de la colonia de Alvear, nacerían otras adyacentes. En total se poblaron 130 aldeas de Entre Ríos, parcial o totalmente, con alemanes del Volga. Asimismo se crearon, más al este, cerca de la frontera de Uruguay, los pueblos de Santa Celia, San Antonio y San Juan.

También los asentamientos de ruso-germanos en la provincia de Buenos Aires crecieron y se multiplicaron. Después de Hinojo se fundaron en la vecindad, San Miguel y Nieves y, algo más tarde, otros tres pueblos en la cercanía de Coronel Suárez.

En 1940 el número total de menonitas afincados en Argentina fue estimado en 130.000. Apenas mantuvieron contactos con los otros alemanes. Su larga ausencia del territorio germano había impedido su adaptación a los grandes cambios surgidos en Centroeuropa a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

LA REPERCUSIÓN DE LA UNIDAD ALEMANA

La unidad del pueblo alemán, consumada gracias a la política bismarckiana, en 1871, se tradujo en la colonia alemana de Buenos Aires en una mayor cohesión entre los emigrantes procedentes de diferentes países germanos. Los antagonismos entre prusianos por un lado, y bávaros y hannoverianos por otro, habían dado paso a un júbilo compartido por la constitución del Segundo Imperio.

No sólo los sentimientos patrióticos de los emigrantes sino también sus negocios se beneficiaron del cambio, dado que el prestigio de los alemanes en Buenos Aires aumentó inmediatamente. Este respeto se plasmaría pronto en el crecimiento del comercio germano-argentino. Si en 1872 solamente el 3 % del volumen total de las importaciones argentinas procedían de Alemania, diez años más tarde esta cuota se había elevado al 9 %. Los alemanes residentes en la capital rioplatense se convirtieron, ahora más que nunca, en representantes de la industria germana, promocionando su maquinaria para la confección peletera y textil, para las labores agrícolas, para la industria alimenticia, etc.

La finalización de la guerra contra Paraguay, en marzo de 1870, supuso para Argentina un fuerte «boom» económico, beneficioso para su ganadería y su agricultura. La invención del primer barco frigorífico por el ingeniero francés Charles Tellier ofreció a los argentinos la posibilidad de transportar carne congelada a Europa, abriendo con ello una nueva vía comercial que haría la fortuna del país. Al mismo tiempo, la prosperidad económica conseguirá erradicar paulatinamente las diferencias entre las provincias federalistas,

reaccionarias y hostiles al extranjero, y los porteños unitarios, abiertos al mundo.

Al auge de la industria cárnica, que ya contaba con frigoríficos y mataderos mecanizados, siguió la de sus productos secundarios: cuero, productos lácteos, jabones, harinas de hueso, etc.

Los empresarios alemanes participaron activamente en la modernización de muchos sectores del país, al mismo tiempo que impulsaron las relaciones comerciales con el Reich bismarckiano; impulso que pudo realizarse gracias a la implantación de una línea regular de barcos mercantiles entre Hamburgo y Buenos Aires, en 1872.

LA PRENSA GERMANÓFONA

El mayor protagonismo de la colonia germana en Buenos Aires se veía respaldado por la publicación de varios periódicos en lengua alemana. En los años sesenta había aparecido ya el *La Plata-Zeitung*, pero el escaso sentido periodístico de su editor, Ferdinand Böhm, impidió el arraigo del semanario en la capital porteña.

Dos años más tarde, el 17 de marzo de 1865, comenzaría su singladura el *Deutsche Zeitung am Río de la Plata*, de mano del impresor Heinrich Curth. Tres veces por semana, la publicación ofrecía noticias del interior y del extranjero. La mitad de su espacio estaba reservado para publicidad. La conjunción de noticias y anuncios se revelaría adecuada para tener éxito.

Uno de los colaboradores de Curth, Richard Napp, siguió a éste en la dirección del periódico. Su gestión fue muy acertada, pero la epidemia de cólera hizo disminuir los ingresos del periódico, que se vio obligado a reducir su aparición a un intervalo semanal. Ante el peligro de su desaparición, el canciller de la Confederación de Alemania del Norte, Otto von Bismarck, consciente de la importancia de la prensa alemana en el extranjero, se interesó personalmente por la situación del periódico, recomendando a los representantes diplomáticos la intervención en el asunto. Éstos, en la persona de Le Maistre, organizaron en Buenos Aires una campaña de ayuda financiera entre los lectores del semanario facilitando, con el dinero re-

caudado, el saneamiento del mismo y su reedición en tres días semanales.

En 1870, una enfermedad nerviosa obligó a Napp a ceder la dirección del *Deutsche Zeitung* y a fusionarlo con el *Freie Zeitung*, editado por dos redactores suyos que se habían independizado recientemente.

Tras diferentes vicisitudes durante la guerra germano-francesa de 1870, que incluían varios cambios de editor, se haría cargo del periódico Hermann Tjarks, quien en 1878 cambiaría el nombre del mismo en *Deutsche La Plata Zeitung*, convirtiéndolo en el diario más representativo del sector conservador de la colonia germana en Buenos Aires.

En conjunto el *Deutsche Zeitung*.. apareció durante ochenta años bajo diversos editores hasta que, en 1945, sería reemplazado por el *Freie Presse*.

Después de su salida de la redacción del *Deutsche Zeitung*.. Richard Napp se dedicó, de 1873 a 1877, a editar una publicación mensual, el *La Plata-Monatsschrift*, subvencionado por el Gobierno argentino, cuyo fin primordial era la promoción de Argentina en los países de habla alemana.

También en 1878, la familia de Johann Alemann, de Solothurn, Suiza, llegado a Argentina en 1873 por expresa invitación del presidente Sarmiento, comenzó a publicar el *Argentinisches Wochenblatt* en Buenos Aires. Alemann había iniciado su carrera periodística en 1874, en Santa Fe, con el periódico colonial *Der Argentinische Bote*.

El *Argentinisches Wochenblatt* y, a partir de 1889, el *Argentinisches Tageblatt* representan, hasta nuestros días, los sectores más liberales de la colonia alemana en Argentina.

LA PATAGONIA, EL CHACO Y MISIONES

Tras la organización nacional de Argentina, seguiría la lenta colonización de sus territorios situados en el extremo oeste, sur y norte del país dominados todavía, en parte, por tribus indígenas.

En 1879, el entonces ministro de la Guerra, general Julio A. Roca, organizó una expedición a la Patagonia con el doble fin de conquistar militarmente las regiones y de explorar su fauna, flora y yaci-

mientos minerales. Para las labores científicas se habían contratado a los siguientes alemanes como miembros de la comisión correspondiente: los zoólogos Carlos Berg y Eduardo Holmberg; los botánicos Pablo Lorentz y Gustavo Niederlein, y el geólogo Adolfo Doering. Los resultados de los estudios realizados por estos hombres serían publicados, posteriormente, en una gruesa obra de tres tomos. Entre sus disquisiciones destacaba la confirmación de que era posible colonizar la Patagonia, una vez que se hubiera consumado el «éxito» militar del virtual exterminio de los indios de la zona.

Ya como presidente, el general Roca llamaría, en 1899, a los primeros consejeros militares alemanes a Argentina, con el fin de asesorarle en la reforma del ejército. Pocos meses después se crearía la «Escuela Superior de Guerra», que sería organizada por oficiales alemanes, que también darían clases en la Academia Militar.

El primer intento práctico de colonizar el sur, fue emprendido en el valle del río Negro con colonos alemanes. Pero la falta de agua impidió la realización del proyecto, que sólo sería llevado a cabo por emigrantes italianos, tras la construcción de la línea férrea Buenos Aires-Río Negro y de canales de riego.

En relación con la búsqueda de vías de agua que asegurasen el abastecimiento de futuros asentamientos en la Patagonia, hay que mencionar al alemán José Fuchs, miembro del Departamento de Geología de la Dirección de Minería. Fuchs encontraría, en 1907, tras meses de perforaciones infructuosas, campos de petróleo en Comodoro Rivadavia. Otro alemán, Hans Keidel, descubriría, años más tarde, los yacimientos más ricos de Huincul, en Neuquén.

En 1884 se organizó una expedición similar a la de Roca para conquistar los territorios salvajes del Chaco, en el norte del país. También en este caso acompañaban asesores militares y científicos alemanes al entonces ministro de la Guerra, Benjamín Victoria. El jefe de los pioneros fue el primer teniente, Francisco Host, que había participado en la campaña de Patagonia y el de la comisión topográfica, el ingeniero Máximo Stutterheim.

La colonización del Chaco tardaría aún decenios en realizarse. En un principio, empresarios avezados explotaron la riqueza maderera de la zona, especialmente la del rojo quebracho empleado, a causa de su excepcional dureza, para postes telegráficos y para traviesas del ferrocarril.

La creación, a partir de 1910, de líneas férreas entre Resistencia y Formosa, y la constatación de que el suelo del Chaco serviría para la plantación de algodón, animaron a un grupo de colonos, entre los que se encontraban varias familias alemanas, a asentarse en la región. Aquellos que aguantaron los primeros años de sequía y las plagas de langosta, verían su paciencia recompensada por los altos precios que el algodón alcanzaría en la Primera Guerra Mundial.

La mayor afluencia de germanos al Chaco tendrá lugar después de la conflagración bélica. La difícil situación económica en Alemania en los años 1923 y 1924, en los que la inflación alcanzó su punto más elevado, explica esta fuerte corriente migratoria hacia la Argentina. A partir de estas fechas surgirán en el Chaco grandes colonias germanas, provistas de escuelas propias y de las típicas asociaciones culturales y de ocio.

Las nuevas poblaciones recibirán nuevos refuerzos en 1930, año en que la desertización de las superficies de cultivo en las colonias germanas de la Pampa, obligó a sus habitantes a migrar a otras tierras. Gracias a la intervención de la Federación de los campesinos («Deutscher Bauernbund») y a la colaboración del Gobierno argentino, los infortunados colonos recibieron la asignación de 120.000 hectáreas de tierra en Roque Sáenz Peña, donde surgirán Castelli y La Florida.

En Misiones, antiguo territorio de los jesuitas, se asentarán colonias agrícolas a partir de 1877. Algunas de ellas se deben a la iniciativa de alemanes, como la de Santa Ana, al norte de Posadas. Plantaciones de arroz, tabaco, maíz y caña serán los principales medios de subsistencia. En «Nueva Germania», el descubrimiento por el alemán Neumann de un método para hacer germinar la hierba mate, procedimiento conocido ya por los jesuitas, pero mantenido en secreto durante siglos, dará lugar a la creación de plantaciones de esta hierba y de su explotación.

También misiones se benefició de la avalancha de inmigrantes germanos, llegada a Argentina después de la Primera Guerra Mundial. El germano-brasileño Carl Culmey fundó, en 1919, las colonias «Puerto Rico» para inmigrantes católicos, y «Monte Carlo» para protestantes. En el mismo año, Adolfo Julio Schwelm consiguió atraer a más de 3.000 personas a su pueblo «Eldorado».

Con el tiempo, unos 25.000 alemanes encontrarán una nueva patria en las antiguas reducciones jesuitas en tierra argentina ⁷.

UNA UNIÓN PASAJERA

En vísperas de la Primera Guerra Mundial vivían en Argentina, que contaba entonces con casi 8 millones de habitantes, unas 100.000 personas de habla alemana. De ellos, 47.094 eran aún ciudadanos del Imperio germano ⁸. En Buenos Aires residían unos 11.000 de este último grupo, y 20 a 25.000 de otros germano-parlantes. El resto se encontraba repartido, principalmente, entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos.

La dispersión de los grupos germanos por todo el país había impedido la formación de una minoría homogénea. Incluso en la capital porteña existían varios grupos bien diferenciados por su pertenencia a clases sociales e ideas políticas diferentes. La élite, formada por los grandes comerciantes y los directivos de las empresas germanas, solían frecuentar el «Club Alemán». Muy pocos de ellos mantenían contacto con el resto, mayoritario, de sus compatriotas, de menor rango y riqueza. Agrupados en bandos, según sus lugares de procedencia y sus niveles de ingresos, los empleados, pequeños comerciantes, artesanos, etc. acudían para su esparcimiento a alguna de las más de 50 asociaciones que mejor representaba sus intereses.

En cuanto a sus tendencias políticas, las inclinaciones variaban desde el más acérrimo apoyo a la monarquía de Guillermo II hasta el socialismo revolucionario más avanzado. Este último tuvo su mayor promoción en el club «Vorwärts», fundado en 1882.

La Primera Guerra Mundial obraría el milagro de unir, por primera vez, a estos grupos tan heterogéneos. Aunque Argentina se mantuvo neutral a lo largo de todo el conflicto, la propaganda aliada contra todo lo alemán, sin distinciones, tuvo también fuerte repercusión en el Río de la Plata, no sólo a nivel político y social, sino también económico. No hay que olvidar que Argentina era, en 1913, el

⁷ *Idem*, pp. 101-105.

⁸ W. Hoffmann, *op. cit.*, p. 112. Arnold Ebel, *Das Dritte Reich und Argentinien*, p. 23, habla de solamente 27.000 «Reichsdeutschen».

país sudamericano de mayor interés comercial para Alemania. El 34,6 % de todo el volumen de venta destinado al subcontinente se dirigía al Río de la Plata, y el 41,2 % de las importaciones de esa zona procedían de Argentina⁹. Cualquier represalia de Buenos Aires afectaba, por tanto, profundamente a muchas personas.

Durante el conflicto bélico, el comercio entre Argentina y el Reich se interrumpió casi por completo. Además, muchas empresas argentinas y extranjeras despidieron a sus trabajadores de origen germano; tiendas y empresas fueron objeto de un boicoteo general, gracias a las «listas negras» puestas en circulación por los aliados. Dado que la propaganda hostil afectaba también a los austriacos, e incluso a los suizos germanos, la solidaridad de todos los afectados se tradujo en la creación de diferentes instituciones, destinadas a defender a los necesitados: la organización «Viribus Unitis» buscaba trabajo para los desempleados; la compañía de barcos Hamburgo-América ofrecía los camarotes de su buque *Granada*, anclado en la bahía de Buenos Aires, como refugio a las personas que habían perdido su vivienda; en 1916 se creó el «Deutscher Volksbund in Argentinien» («Federación Popular Alemana en Argentina»), que se ocuparía especialmente de los alemanes residentes en las provincias del interior; la «Deutsche Wohltätigkeitsgesellschaft» («Sociedad Benéfica Alemana»), fundada en el mismo año, se encargaría de coordinar las medidas asistenciales entre los diversos organismos existentes. Al mismo tiempo, los empresarios germanos se unieron en la Cámara de Comercio Alemana, con el fin de defender sus intereses contra las «listas negras».

La conflagración afectó también a las relaciones argentino-germanas en otros niveles. Por ejemplo, los consejeros militares prusianos, presentes en el ejército argentino desde 1899, tuvieron que volver a casa. Al mismo tiempo, aquellos oficiales rioplatenses que completaban su formación en Berlín, costumbre habitual a partir 1900, también fueron obligados a retornar a su patria. La germanofilia de muchos militares argentinos de la época descansa en los buenos recuerdos de su estancia en Alemania. Éste fue el caso de José F. Uriburu, futuro presidente argentino (1930-1932), que pasó, en 1908, varios meses con los ulanos en Berlín. Nombrado en 1910 director de la Escuela Superior del Ejército, sería uno de los mayores

⁹ Arnold Ebel, *op. cit.*, p. 3.

defensores de la neutralidad argentina en la Gran Guerra. A partir de 1923, Uriburu, ya en calidad de inspector general castrense, volverá a contratar instructores alemanes.

La unidad producida milagrosamente entre todos los germano-argentinos durante la guerra de 1914 no sobreviviría a ésta. Los turbulentos años veinte y treinta plantearán problemas nuevos y complejos a la comunidad alemana, que los distintos grupos intentarán solucionar de manera muy diferente.

LAS LUCHAS POLÍTICAS DE LOS AÑOS VEINTE Y TREINTA

La fallida revolución comunista en Alemania, en 1918, la caída de la monarquía y el establecimiento de la República de Weimar provocaron en los germano-argentinos una honda división entre los conservadores, deseosos de mantener el viejo orden político en su antigua patria, y los progresistas, partidarios del sistema democrático republicano. La gran mayoría de los alemanes social y económicamente poderosos rechazaron un régimen que no podían entender. Su portavoz sería el *Deutsche La Plata-Zeitung*. En el otro bando, los partidarios de Weimar encontraron en el *Argentinisches Tageblatt* un digno defensor público.

El nuevo auge de la emigración alemana a Argentina en los años veinte, comentada anteriormente, y que alcanzaría su cota más alta en 1924, complicaría aún más el panorama del germanismo rioplatense. La causa del fuerte incremento de personas que abandonaron Alemania después de la guerra hay que buscarla, en primer lugar, en la desastrosa situación en que ésta y la dura Paz de Versalles habían sumido al país, y, en segundo, en las cortapisas impuestas recientemente por los Estados Unidos, hasta entonces destino preferencial de los emigrantes germanos, a la entrada de extranjeros.

En 1921, el Gobierno de Washington acometió una modificación sustancial en su política de inmigración, estableciendo un sistema de cuotas de admisión por nacionalidad. La nueva disposición establecía que no podían ingresar en el país cada año más de un 3 % del número total de personas, pertenecientes a esa nacionalidad y residentes en territorio estadounidense ¹⁰.

¹⁰ Carlota Jackisch, *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina*, p. 119.

Aunque el 31 de diciembre de 1931 las autoridades argentinas dictaron también una nueva Ley de Inmigración, sus restricciones eran más bien de tipo cualitativo, relacionadas con la fuerza laboral del solicitante. Se pretendía, fundamentalmente, impedir la entrada en el país a «dementes, mendigos, presidiarios o criminales», por lo que las normas no afectaban a los trabajadores germanos que querían huir de la miseria económica.

La destrucción del cable submarino, único medio de telecomunicación entre los alemanes residentes en América del Sur y su antigua patria, indujo al Gobierno de Berlín a enviar informadores especiales a Buenos Aires con la misión de explicar a aquéllos, de primera mano, las nuevas circunstancias políticas vigentes en la República de Weimar. Pero esta empresa surtiría efectos contrarios a los previstos, dado que la persona elegida, Colin Ross, desconocía la idiosincrasia de la colonia germana de Buenos Aires. En sus conferencias no prestaba suficiente atención a la ideología conservadora de gran parte de su audiencia, por lo que pronto adquiriría fama de «bolchevique». De manera que las grandes disputas surgidas en torno al polémico orador servirán, por añadidura, de acicate para la agitación política de los elementos germanos en la capital porteña.

Las tensiones no harán sino incrementarse en la década de los años treinta. La crisis económica mundial había afectado gravemente al comercio argentino, preparando el terreno para el germen de las ideas totalitarias que crecerían en los años siguientes. La disminución paulatina de las ideas liberales en la política rioplatense fomentó la aparición de fuerzas nacionalistas de distinto signo de corte autoritario. Ello explica la relativa tolerancia de los Gobiernos de Uriburu (1930-1932) y de Justo Rolón (1932-1938), de las manifestaciones públicas de los nacionalsocialistas alemanes.

La agitación nacionalsocialista

Desde febrero de 1931 existía en Buenos Aires un núcleo de nacionalsocialistas alemanes, formado por 59 personas, que no desdeñaban ninguna ocasión para manifestar en público su adhesión al partido de Adolfo Hitler. Sus discursos y manifestaciones fueron acompañados por el reparto de propaganda escrita. La prohibición

de las SS y SA en Alemania, mediante el Decreto del 13 de abril de 1932, obligaron a la disolución oficial del partido, que se convirtió en un club deportivo. Aunque clandestinamente, la afiliación al partido nazi aumentaba: en septiembre del mismo año, operaba en Buenos Aires un grupo local propio, y siete de apoyo, con un total de 278 miembros.

Tras la llegada al poder de Hitler, la propaganda de sus partidarios germano-argentinos, que habían actuado, hasta entonces, por cuenta propia, sería reforzada por la «Auslandsorganisation» («Organización para los alemanes en el extranjero»), creada, en su forma definitiva, en febrero de 1934. La actuación de este organismo en Sudamérica, aunque estaba centrado exclusivamente en aquellas personas que todavía mantenían su nacionalidad de origen, tenía que chocar forzosamente, tarde o temprano, con los Gobiernos locales, dado que pretendía evitar o retrasar la asimilación de los emigrantes en su patria adoptiva.

La mera cuestión jurídica de la nacionalidad ya creaba problemas. Para las autoridades rioplatenses, todos los niños nacidos en el país eran argentinos, mientras para el Tercer Reich prevalecía el *ius sanguinis*.

El afán de las autoridades hitlerianas de aprovechar a todos los alemanes residentes en el extranjero para sus fines políticos y comerciales, convirtiéndolos en agentes nacionalsocialistas, se realizaría, en la Argentina, mediante la transformación de las principales organizaciones germanistas existentes en entidades sometidas al partido. En aras del proceso de «*Gleichschaltung*», el «*Deutscher Volksbund für Argentinien*» («Federación Popular Alemana para Argentina») decidió, en su sesión del 7 de julio de 1934, su incorporación al «*VDA*» («*Verein für das Deutschtum im Ausland*»), organización dedicada al cuidado del germanismo en las colonias alemanas en el extranjero que, a su vez, había acatado, un año antes, las pautas del partido nazi.

La fuerte presión de los simpatizantes del Tercer Reich se manifestaría pronto por medio de su intervención destacada en todos los asuntos de la colonia alemana: los empresarios recibieron presiones para despedir a sus empleados judíos, y el periódico *Argentinisches Tageblatt*, decidido antagonista del régimen hitleriano, así como sus lectores, del mismo talante, serían objeto de fuertes ataques ver-

bales. Los nazis declararon oficialmente el boicot a la publicación del doctor Alemann, prohibiendo la compra de la misma a las Delegaciones oficiales del Reich y obligando, además, a todos sus partidarios a retirar la publicidad de sus páginas.

Los continuos enfrentamientos entre los representantes diplomáticos germanos, dependientes del Ministerio de Asuntos Exteriores, y los miembros del partido nazi, por el mando en las relaciones internacionales, no sólo en la Argentina, sino en todos los países extranjeros, originará en ocasiones situaciones muy embarazosas que resultarán ser muy perjudiciales para las autoridades hitlerianas deseosas, ante todo, de preservar la neutralidad de los Estados sudamericanos. El conflicto interno se zanjaría, finalmente, de forma global, en enero de 1937, con la subordinación de la «AO» al ministro de Asuntos Exteriores.

Hasta ese año, el Gobierno rioplatense no había intervenido prácticamente en la lucha entre los diversos grupos políticos germanos en su país. A partir de entonces, los acontecimientos en el Brasil y las grandes convocatorias de los nacionalsocialistas, llamarían la atención de la opinión pública argentina. El interés primordial de las autoridades era asegurar la continuidad del proceso de asimilación de los extranjeros, pero no participaban del miedo brasileño a una invasión militar de su territorio por las tropas hitlerianas, ni creían en conspiraciones dedicadas a tales fines. La política argentina se dirigía, sobre todo, contra los intereses de los Estados Unidos en América del Sur, y contra pretensiones «yankees» de imponer su hegemonía en el subcontinente.

Mayor temor inspiraba al ministro de Asuntos Exteriores, Carlos Saavedra Lamas, la invasión de las ideologías extremistas, tanto de la derecha como de la izquierda, que podría poner en peligro la supervivencia de la democracia en Iberoamérica como forma de Estado ¹¹. Por tanto, la atención del ministro se centraba fundamentalmente en los problemas culturales planteados por la agitación nacionalsocialista.

En 1932 existían en Argentina 177 escuelas alemanas, atendidas por unos 13.200 alumnos en total; 20 de ellas, que sumaban 4.500 estudiantes, se encontraban en la capital y la provincia de Buenos Aires. Ellas serían objeto de una reglamentación más estricta, tras las manifestaciones públicas de los nacionalsocialistas que tuvieron lugar,

¹¹ Arnold Ebel, *op. cit.*, p. 289.

igual que en Brasil, en ocasión de la anexión de Austria al Reich, el 10 de abril de 1938. Sin alcanzar los extremos de la República vecina, en los meses de abril y mayo del mismo año el Gobierno de Agustín Pedro Justo publicó varios decretos, según los cuales se prohibía a las instituciones de enseñanza y a las casas privadas extranjeras enarbolar banderas no argentinas, así como su uso en manifestaciones públicas. Asimismo, las autoridades pertinentes recibían la orden de inspeccionar periódicamente las escuelas de los emigrantes, con el fin de vigilar la enseñanza correcta de la historia y geografía argentinas, y de impedir cualquier propaganda política y racista, contraria a la Constitución.

Estas medidas tenían la finalidad de servir de advertencia a los simpatizantes nacionalsocialistas, avisándoles de que la trasgresión de las normas impuestas podría acarrear un castigo parecido al infligido a las escuelas germanas en el Brasil.

Al margen de las disposiciones señaladas, el Gobierno argentino mantuvo, hasta la forzosa renuncia a su política neutral, en 1944, vínculos amistosos con el régimen alemán.

En enero de este año, y siguiendo presiones de los Estados Unidos, Argentina rompería oficialmente las relaciones diplomáticas con el Tercer Reich, y 14 meses más tarde le declarararía la guerra.

Una estadística del año 1938 arroja los siguientes datos del número de alemanes y de germano-parlantes, a excepción de los judíos, residentes en Argentina:

	<i>De ellos,</i>	
	<i>Germano-parlantes</i>	<i>ciudadanos del Reich</i>
Buenos Aires, capital	45.000	20.000
Buenos Aires, prov.	58.000	4.100
Entre Ríos	65.000	700
Misiones	21.000	10.000
Chaco	11.000	3.000
Pampa	10.000	300
Córdoba	5.800	800
Río Negro	1.500	600
Corrientes	1.500	500
Chubut	1.360	985
Mendoza	600	300

En la misma fecha existían en Argentina 203 escuelas privadas alemanas y 301 asociaciones culturales y deportivas ¹².

La entrada de Argentina en la guerra, en 1945, supuso la confiscación de todos los bienes y propiedades alemanes, de particulares y de asociaciones culturales, al tiempo que la desaparición de la mayoría de las escuelas, que quedarían reducidas a tres.

La cuestión judía

Hasta 1934, la política migratoria de Argentina era bastante liberal. La Ley 817, de diciembre de 1923, había sido reforzada, en 1930, tras la caída del Gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen, con un aumento de las tasas de visado. Los derechos de visa, que hasta ese momento habían costado 3 pesos de oro, pasaron a valer 33 pesos oro. En el caso específico de Alemania, esta suma equivalía a 55 reichsmark, o 13 dólares. Teniendo en cuenta que en esos años el precio de un pasaje desde Alemania hasta Argentina ascendía a 89 dólares, el incremento supuso un gasto adicional de un 15 % ¹³. Esta medida, onerosa para cualquier familia de emigrantes de escasos recursos, fue acompañada por otra que prohibía toda promoción de la emigración hacia Argentina.

Dos años más tarde, los cónsules argentinos en el extranjero recibían la orden de abstenerse de expedir permisos de emigración a todos aquellos individuos, sin distinción de nacionalidad de origen, «que no acrediten tener asegurado un destino, empleo u ocupación que les asegure la subsistencia». La excepción a esa regla sólo afectaría a padres, abuelos, cónyuges, hijos, hermanos, nietos y sobrinos carnales de extranjeros radicados en Argentina, siempre que estos últimos pudieran acreditar solvencia y buena conducta, comprometiéndose, además, a costear la subsistencia, en caso necesario, de los familiares recién llegados. Este permiso se podía obtener por medio de la simple petición de los parientes residentes en la República ¹⁴.

¹² W. Hoffmann, *op. cit.*, p. 114.

¹³ Carlota Jackisch, *op. cit.*, p. 120.

¹⁴ *Idem*, pp. 121-122.

Este sistema ofreció a gran número de judíos perseguidos por los nacionalsocialistas la posibilidad de abandonar Alemania, incluso tras las restricciones legales de 1938. En consecuencia, unos 45.000 judíos alemanes buscarían y encontrarían refugio en la Argentina entre 1933 y 1939.

Aunque el Gobierno y la opinión pública conocían, al menos en parte, las penalidades y sufrimientos impuestos por el régimen hitleriano a los judíos, cierto miedo al posible debilitamiento de la economía interna, y prejuicios raciales, inspiraron a las autoridades rioplatenses fuertes reticencias ante la avalancha de los nuevos emigrantes germanos. La conferencia de Evián, en la que 39 organizaciones filantrópicas privadas, de ellas 20 judías, expusieron el despiadado trato sufrido por los judíos y los opositores políticos en la Alemania nazi, no serviría para aumentar la solidaridad de Iberoamérica con los perseguidos, tal como habían pretendido sus organizadores, sino que tendría justamente el efecto contrario: con excepción de los Estados Unidos y de algunos dominios de Gran Bretaña, que mantuvieron invariadas sus cuotas de ingreso de inmigrantes, así como de la República Dominicana, dispuesta a aceptar un importante número de refugiados, los demás países presentes en Evián cerrarían sus puertas a la emigración judía de Alemania.

La prohibición del Gobierno hitleriano de permitir que los emigrantes judíos se llevaran sus bienes tuvo efectos negativos, no solamente para los dueños de los mismos, sino también de cara a los potenciales países de acogida, que eran conscientes de que el único camino para la reinserción de estos contingentes humanos en la vida productiva, era el recurso a la ayuda de organizaciones privadas.

A pesar de las cortapisas mencionadas de las autoridades argentinas a la inmigración judía, las personas privilegiadas pudieron obviarlas, infiltrándose a través de terceros países, o mediante el simulacro de un «viaje turístico», efectuado en «Primera Clase». Utilizando esta última vía, la entrada en el país era posible con sólo un «certificado de turismo, otorgado por la autoridad consular argentina del punto de embarque» y el pasaporte del viajero ¹⁵.

¹⁵ Art. 1 del Decreto núm. 53.189 de «Reglamentación sobre pasajeros turistas» de 14 de diciembre de 1934. *Apud.* C. Jackisch, p. 125.

Tras la promulgación del Decreto n.º 8972 de julio de 1938, que de hecho anunció el cierre de Argentina para la inmigración, dado que establecía como fecha tope para la acogida de fugitivos, el primero de octubre del mismo año, el Comité Intergubernamental encargado de encontrar una solución al problema de los refugiados se reuniría el 22 de noviembre, en Londres.

Los intentos de los Estados Unidos de inducir a las naciones latinoamericanas a aceptar mayores contingentes de judíos chocaban con vivas resistencias. Argentina argumentaba que la proporción de judíos en su población era de las más altas del mundo, permitiendo la situación de su mercado laboral sólo la admisión de agricultores que contasen con suficientes recursos para progresar por su cuenta en suelo argentino. Lejos de resolver la cuestión, el Comité convocará una nueva reunión para los días 16 y 17 de octubre de 1939. Entretanto, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el 3 de septiembre de ese año, desbarataría todos los planes y haría casi imposible la salida de Alemania de los infelices que no pudieron hacerlo antes.

Aunque no existen estadísticas definitivas, se calcula que unos 50.000 judíos alemanes entraron legal o ilegalmente en Argentina en la época del Tercer Reich. Según datos oficiales, la estructura ocupacional de los varones tenía el siguiente reparto porcentual:

	%
Oficios (albañiles, carpinteros, sastres y otros servicios)	13,2
Profesionales (ingenieros, médicos, ópticos, etc.)	11,8
Comerciantes	32,3
Empleados contables y administrativos	9,7
Maquinistas y técnicos	3,5
Artistas	1,4
Agricultores y jornaleros agrícolas	24,0
Otros	4,1 ¹⁶

Dado que los refugiados fueron privados de su nacionalidad alemana, buscaron y encontraron una rápida integración en la sociedad argentina. El considerable número de judíos académicos, científicos

¹⁶ Fuente: Estadística del Movimiento Migratorio. Dirección de Inmigración. *Apud.* C. Jackisch, p. 159.

e ingenieros de alta cualificación, cambiaría el espectro de la inmigración germana en Argentina, teniendo desde entonces una influencia considerable en la vida intelectual e industrial del país.

«La otra Alemania»

Los judíos llegados a Argentina antes de la época hitleriana, y los alemanes opuestos al régimen nacionalsocialista formarían, en 1937, el grupo de «La otra Alemania», que se planteó como objetivo luchar desde fuera contra el Tercer Reich. El problema de estas personas era la educación de sus hijos en medio de un ambiente hostil a las ideas liberales. Solamente dos colegios germanos habían evitado la «Gleichschaltung» con los nazis, y estaban saturados. Las dificultades se solucionarían gracias al apoyo decisivo del doctor Ernesto Alemann, dueño del *Argentinisches Tageblatt*, con la fundación de la Asociación Cultural Pestalozzi y, junto a ella, la de una escuela argentino-alemana, el «Colegio Pestalozzi». La personalidad más destacada entre los profesores de esta institución, sería August Siemsen, ex-diputado socialista germano, que tuvo que abandonar Alemania a finales de marzo de 1933.

El número de alumnos que concurría al nuevo colegio crecía constantemente. Las visitas de conocidos artistas y escritores germanos disidentes, entre los cuales se encontraban Stefan Zweig y Emil Ludwig, aumentarían el prestigio del mismo más allá de las fronteras argentinas.

Al margen de su carácter marcadamente político, «La otra Alemania» trató de prestar ayuda a los exiliados no judíos, dado que para ellos no existían organizaciones tales como el «Hilfsverein», financiado con fondos de la comunidad judía, asentada en el país desde hacía tiempo. La Asociación actuaba también como bolsa de trabajo, ofreciendo igualmente asistencia médica y legal para los recién llegados.

El enfrentamiento entre «nazis» y «anti-nazis» en suelo argentino era extremadamente virulento. La lucha dialéctica entre ambos bandos se desarrolló principalmente en los periódicos clásicos ya mencionados, el *Argentinisches Tageblatt* y el *Deutsche La Plata Zeitung*. En 1939 apareció, además, un boletín con el nombre *Das Andere Deutsch-*

land, fruto de la estrecha colaboración entre exiliados socialistas y comunistas alemanes. El nuevo periódico buscaba, ante todo, dirigirse a la opinión pública argentina para exponerle las atrocidades nacionalsocialistas.

Los comunistas abandonarán la publicación en 1941, para editar un periódico propio, el *Volksblatt*.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, «La otra Alemania» se convertirá en un importante puente de unión entre quienes habían emigrado a la Argentina y los familiares o conocidos que habían permanecido en su tierra. No solamente traía noticias acerca de lo que ocurría en las distintas zonas germanas de ocupación, sino que actuó como intermediario para encontrar supervivientes y organizar envíos de alimentos. El periódico desaparecería en 1949 a causa de problemas financieros. En esta fecha comenzó el regreso de muchos socialistas y comunistas que habían huido por motivos políticos; los primeros a la parte occidental y los segundos a la oriental de la nueva Alemania. A este último grupo perteneció Erich Bunke, antiguo profesor de deportes del Colegio Pestalozzi, cuya hija Tamara, nacida en Argentina en 1937, moriría en 1967 en Bolivia junto al «Che» Guevara, bajo el nombre «Tania la Guerrillera».

La mayoría de los emigrantes judíos se quedó en la Argentina. Sus casamientos exógamos, y la identificación con su nueva patria, fruto del deseo de romper todos los vínculos con Alemania, propiciaron una rápida asimilación en la sociedad argentina.

REFUGIADOS NAZIS

Después de 1949 comenzaría una nueva emigración alemana a Argentina. Esta vez se trataba de nacionalsocialistas que buscaban refugio en el estado peronista, simpatizante de la ideología fascista, que brindó a muchos amigos hitlerianos la posibilidad de encontrar una nueva identidad y una nueva vida. El periódico *Die Freie Presse*, sucesor de *La Plata-Zeitung*, prohibido durante la guerra, se esforzó por crear en la opinión pública argentina un ambiente favorable para los nacionalsocialistas huidos. El portavoz neonazi empleaba varios de estos fugitivos en su redacción, entre ellos Robert Kessler, antiguo hombre de la Gestapo, el doctor Hochleuten, que había si-

do juez en el «Volksgerichtshof», y el jefe de prensa de Goebbels, Wilfried von Oven, que se convertiría en redactor jefe del periódico.

Muchos nazis influyentes habían preparado su huida incluso antes de la capitulación del Tercer Reich, mediante la transferencia de importantes sumas de dinero a cuentas bancarias en países neutrales, especialmente en Suiza y en Argentina. Algunos ex-oficiales de las SS entraron en el Servicio Secreto de su patria de adopción, como el doctor H. Theiss, asesor técnico de la Gestapo, que actuaría como consejero de la Policía Federal argentina. En la fábrica argentina de aviones, situada en Córdoba, todos los puestos importantes serían ocupados por nazis, muchos de ellos provenientes de la empresa alemana Messerschmidt-Bölkow-Blohm¹⁷. El fugitivo más conocido era, probablemente, el tristemente famoso médico Josef Mengele, culpable de haber asesinado a un número indeterminado de niños con los que había efectuado espeluznantes experimentos «científicos». El médico de Auschwitz llegó a Buenos Aires en 1954, y abrió aquí una consulta que incluía la práctica de abortos. El escándalo producido a causa del fallecimiento de una de sus pacientes motivaría su traslado, en 1958, a Paraguay.

Tras la caída de Perón en 1955, muchos de los nacionalsocialistas más conocidos migraron hacia Colombia u otros países sudamericanos, borrando para siempre las huellas de su pasado. Recientemente (diciembre de 1993) el Gobierno argentino ha abierto los archivos documentales que guardan la identidad y la historia de los nacionalsocialistas acogidos en Argentina después de la guerra. Su estudio público, nos deparará, seguramente, más de una sorpresa.

En la actualidad (1989) viven en La Argentina, según estimaciones oficiales, un millón de habitantes germano-argentinos. Unos 200.000 mantienen la nacionalidad alemana. Se calcula que 1 % del pueblo argentino domina, al menos parcialmente, la lengua alemana¹⁸.

En el campo periodístico sigue la publicación del diario *Freie Presse* y el semanario *Argentinisches Tageblatt*, fieles a su ideología política de siempre.

¹⁸ Gaby Weber, *Krauts erobern die Welt*, p. 72.

Capítulo XI

CHILE

A pesar del relativamente pequeño número de emigrantes de origen germánico llegados a Chile durante el siglo XIX, su influencia ha sido de gran relevancia tanto en el sur del país como en las ciudades más importantes.

Con anterioridad, y como es el caso de la mayoría de las regiones iberoamericanas, algunos alemanes participaron en las expediciones de la conquista y en la exploración de Chile en el siglo XVI. El más famoso es, sin duda, Barthel Blümen, o «Bartolomé Flores» según la transcripción española de su nombre. El joven carpintero de Nuremberg había efectuado ya varios viajes comerciales a Hispanoamérica desde Sevilla, cuando decidió, en 1540, acompañar al capitán Pedro de Valdivia en su expedición a Chile. Dado que Blümlein sabía leer y escribir, se ocuparía de cuestiones administrativas. Su nombre puede encontrarse en la lista de los 80 concejales que acordaron nombrar a Pedro de Valdivia gobernador de la recién fundada ciudad de Santiago.

En 1541 Flores fue nombrado procurador de la ciudad, y en 1549 tesorero. De su unión con la hija de un cacique indio, Elvira de Talagante, nacería una niña, Águeda, que el alemán reconocería como heredera única de sus grandes propiedades donadas por Valdivia. Águeda, heredera también del cacicato, contrajo matrimonio con el compatriota de Blümlein, Pedro Lisperguer. Este patricio de Worms había sido paje de Carlos V, y como tal pasó a España. Después se marcharía a Perú y, finalmente, a Chile, donde obtendría el cargo de alcalde de Santiago en 1568. El matrimonio Lisperguer tuvo ocho hijos, convirtiéndose en fundador de una importante stir-

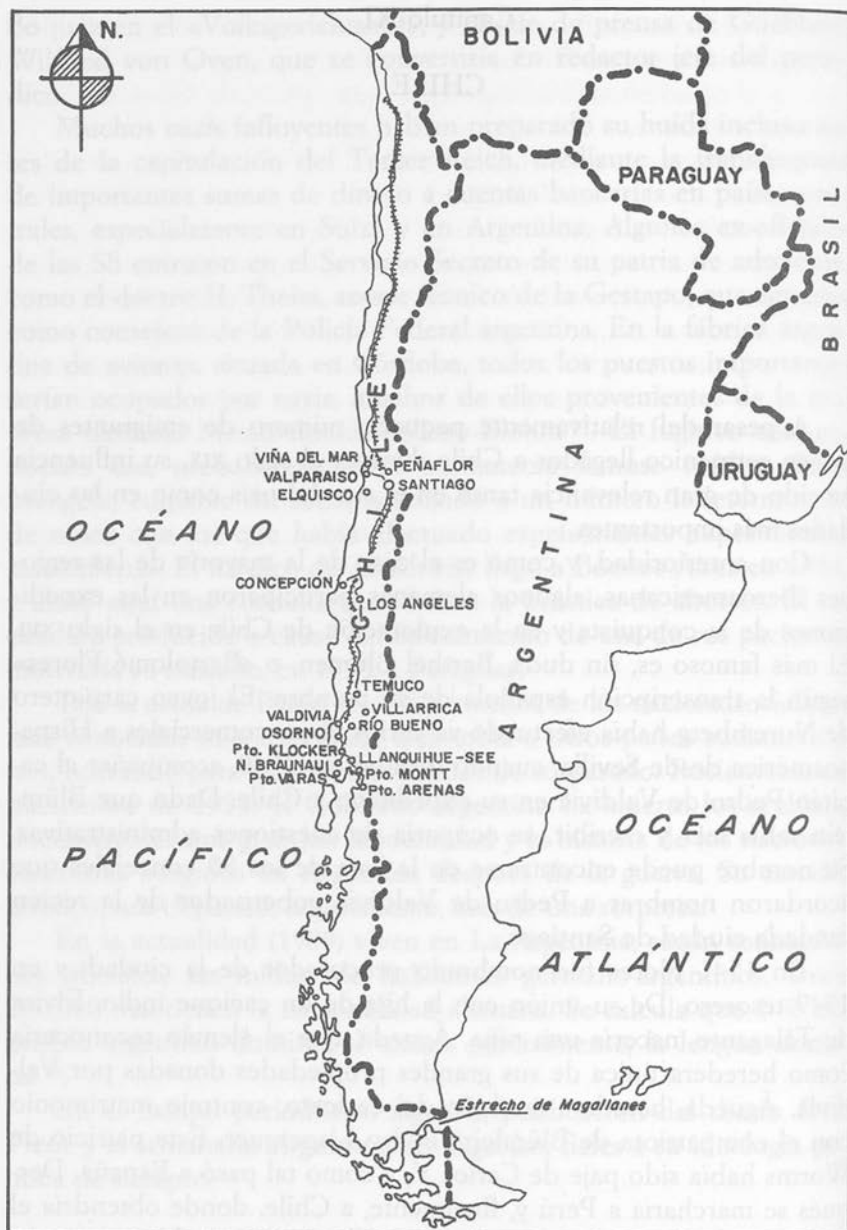


Figura 6. Asentamientos alemanes en Chile

pe aristocrática colonial. A finales del siglo XVI, poseía la mayor fortuna de Chile.

Después de la guerra de Independencia, los primeros alemanes afincados en las ciudades chilenas fueron, como en Argentina, hombres de negocios, casi todos solteros, que buscaron fortuna y riquezas en el Nuevo Mundo. La primera casa comercial alemana se fundó en Valparaíso, en 1822 ¹.

Antes de 1830 habían llegado a Chile también otros viajeros alemanes, persiguiendo intereses científicos en el estudio del subcontinente, o satisfaciendo simplemente su curiosidad o su vanidad al participar en la creciente «moda» romántica de visitar tierras lejanas. En el primer grupo se encuentra Eduard Poeppig, autor de un importante libro ² sobre la sociedad chilena de la época.

BERNHARD EUNOM PHILIPPI

El nombre más importante para la colonización alemana de Chile es, sin duda alguna, el de Bernhard Eunom Philippi, cuya vida constituye una verdadera novela, contada por numerosos biógrafos que suelen exaltar sus múltiples cualidades.

Philippi, nacido en Berlín en 1811, llegó por primera vez a Chile en 1831 a bordo del *Prinzess Luise*, que iba rumbo a la Polinesia, como acompañante del naturalista doctor Meyen. A su regreso, Philippi se estrenó como geógrafo, reflejando con gran precisión los territorios que había visto y estudiado. Seis años más tarde volvería a Sudamérica con otro naturalista, recorriendo el Chile Central y Perú. Afectado de una fiebre maligna, abandonó al científico y, siguiendo un consejo médico, volvió a Chile para curarse. Una vez repuesto, empieza una vida aventurera que tiene como único fin la exploración completa de las tierras australes del país. En Chiloé compra un viejo barco, desplazándose con él al archipiélago de Chonos; explora el Corcovado y confecciona un inventario de Chiloé Grande y del archipiélago de Calbuco, que enviará a su hermano en

¹ Christel Converse, «Die Deutschen in Chile», en *Die Deutschen in Lateinamerika*, p. 304.

² *Reise in Chile, Peru und dem Amazonasstrom während der Jahre 1827-32*, Leipzig, 1835-1836. Traducción española: *Un testigo en la Alborada de Chile*, C. Keller, Santiago, 1960.

Alemania para que lo presente a la Sociedad de Geografía de Berlín ³.

En el transcurso de su tercera estancia en el sur, en 1841, emprenderá el reconocimiento de la región valdiviana, aún inexplorada, fijando la ubicación de los grandes lagos subandinos y el trazado de sus cauces, aclarando con ello muchas confusiones de la toponimia indígena. Oportunamente, comunicará sus hallazgos a Berlín. Éstos seguirán en 1842, en torno al lago Llanquihue, llamado también Purahila, Huenauca o Quetrupepata por los indígenas. Philippi redescubre, de hecho, una zona que diez años más tarde se convertiría en el centro de la colonización alemana.

Entre tanto, el prusiano había establecido contactos con las autoridades locales para obtener apoyo para sus trabajos. Una vez conseguido éste, ampliará sus investigaciones en la comarca entre Ancud y Osorno por el antiguo «camino real» de tiempos de Ercilla, confeccionando con todos sus descubrimientos el primer mapa fidedigno del territorio.

En todo este tiempo, Philippi alberga la idea de traer colonos alemanes al sur del país para urbanizarlo. En 1841 plantea al Gobierno chileno, por mediación del intendente de Valdivia, José Ignacio García, su primer proyecto sobre el particular, al tiempo que comunica sus planes a algunos amigos en Alemania, entre ellos a los geógrafos Andrew, Ritter, Gersting y Wappäus. Este último participa del entusiasmo de Philippi, publicando un folleto propagandístico con el título *Sobre las ventajas que el Chile austral ofrece a emigrantes alemanes* ⁴, como apéndice de su propio trabajo sobre *La emigración y la colonización alemanas*.

Mientras a Alemania van llegando las noticias de las hazañas del naturalista prusiano, éste se lanza a otra aventura que lo alejará, al menos momentáneamente, de sus planes urbanísticos: en 1843 se embarca en la goleta *Ancud* rumbo al estrecho de Magallanes, como miembro voluntario de la expedición organizada por el intendente de Chiloé, Domingo Espiñeira, a instancias del Gobierno chileno, para hacer efectivo el dominio de la República sobre las tierras patagónicas y la ruta de Magallanes. Tres días más tarde, sobre la punta

³ Jean-Pierre Blancpain, *Los alemanes en Chile (1816-1945)*, p. 43.

⁴ «Über die Vortheile welche das südliche Chile für deutsche Auswanderer bietet.

de Santa Ana en la península de Brunswick (Patagonia), el comandante de la nave, Juan Williams, tomaría solemnemente posesión de los territorios meridionales en nombre de la República de Chile ⁵.

Poco después, Philippi tendrá ocasión de demostrar su talento diplomático, al actuar como intermediario en el conflicto que se origina cuando la nave de guerra francesa *Phaéton* echa anclas en Puerto Hambre, izando en tierra su bandera. El alemán, único conocedor de la lengua francesa, transmite la protesta formal del comandante chileno al capitán galo, consiguiendo el reconocimiento de éste de la soberanía chilena sobre el territorio.

Entre el 27 de septiembre y el 12 de octubre el *Ancud* recorre el litoral patagónico hasta la primera angostura del estrecho de Magallanes, en busca de un lugar apropiado para construir un fortín. El sitio elegido es punta Santa Ana, y el «Fuerte Bulnes» podrá ser inaugurado el 30 de octubre de 1843 gracias, en parte, a la eficaz colaboración del prusiano en el trazado de los planos y en la dirección de la construcción. De regreso a la civilización, Philippi será nombrado por el presidente Bulnes «jefe y director de la colonia de Magallanes», el 17 de enero de 1844. Pero esta distinción no le apartaría de su idea principal: convertir a Chile Austral en una nueva patria para emigrantes germanos. Sus ideas de crear asentamientos en la desembocadura del río Maullin serán, sin embargo, rechazadas por las autoridades chilenas.

Ante las resistencias oficiales, Philippi, lejos de abdicar de sus planes, dimite de sus cargos oficiales y comienza a buscar socios privados dispuestos a ayudarlo a poner en práctica sus viejos sueños.

Guillermo Frick, berlinés, jurista, músico, paisajista y políglota, será uno de los sostenedores fundamentales de la emigración germana a Chile, aunque no intervendrá directamente en su promoción. Frick había desembarcado en 1840 en Valdivia, donde comerciaba con madera. Aunque su matrimonio con una chilena resultaría ser un fracaso, se enamoró del país, llegando a desempeñar un importante papel en la provincia. Como agrimensor y jefe de ingeniería agrícola, tuvo que defender los derechos del Estado contra las pretensiones de los latifundistas absentistas. Al mismo tiempo rehízo el catastro y la delimitación de las tierras fiscales de la región, prepa-

⁵ Mateo Martinic B., *Los alemanes en Magallanes*, pp. 10-11.

rando así el terreno para la inmigración oficial. Como rector del Liceo Fiscal de Valdivia será, hasta 1890, el patriarca de la colonia alemana. Frick se destacó entre el grupo alemán por sus ideas «pro-chilenas», declarándose partidario de una inmigración «voluntariamente desgermanizada», y defendiendo una asimilación rápida y profunda, en beneficio del propio inmigrante y del país que lo acogía ⁶.

En 1845, el Estado chileno decretó la primera ley de inmigración, ofreciendo con ello la primera base legal para los planes de Philippi, que habían encontrado ya un cierto eco entre los alemanes residentes en Chile. Sin embargo, la falta de escrúpulos de especuladores del suelo dificultaría gravemente su aplicación. El Decreto se basaba en la suposición de que las tierras despobladas del sur no tenían dueño perteneciendo, por tanto, al Estado. Pero cuando comenzaron los preparativos para la adjudicación de tierras a las asociaciones coloniales alemanas, que habían presentado las solicitudes correspondientes, aparecieron, de repente, supuestos dueños de las mismas, que no dudaron en cometer perjurio con tal de obtener una indemnización del Estado. Las disputas en torno a la legitimidad de las propiedades daría lugar a numerosos pleitos, algunos de los cuales han perdurado incluso hasta nuestro siglo. También el primer grupo de inmigrantes alemanes se vería afectado por estos problemas.

Entre tanto, Philippi había encontrado en algunas casas comerciales germanas de Valparaíso apoyo financiero para sus proyectos. Logró interesar en ellos a Franz Kindermann, contador de Huth, Grüning y Cía., y a Ferdinand Flint, gerente de Canciani e Hijos y cónsul honorario de Prusia. En un principio, Philippi y Flint formaron una empresa privada de colonización. El 25 de agosto de 1846 llegarían al puerto de Corral, a bordo del buque *Catalina*, 34 personas reclutadas en Alemania por ambos.

Flint tuvo que abandonar pronto la empresa a causa de su bancarrota financiera. Kindermann, conjuntamente con su suegro, Johann Renous, ocuparía su lugar. Desgraciadamente, los nuevos socios estaban más interesados en ganar dinero rápidamente que en poner en práctica los sueños de Philippi. Ambos lograron «com-

⁶ Blancpain, *op. cit.*, pp. 47-48.

prar» enormes extensiones de tierra, más de 15.000 kms cuadrados, a los indios, con la complicidad de los notarios regionales. Kindermann, víctima de la doblez de su suegro, se verá arruinado y perseguido, en 1850, por el Estado chileno, acusado de compra fraudulenta. Al mismo tiempo, Ebner, Kayser y Lechler, miembros del directorio de la «Gesellschaft für Auswanderer und Kolonisation», sociedad de emigración fundada por el cuñado de Kindermann, llegaban a Chile, acompañados por otras treinta personas, con la misión de tomar posesión del dominio adquirido en su nombre por Kindermann. Enterados de la ruina de la empresa, tuvieron que buscar fortuna cada uno por su lado, mientras siguió el pleito por los títulos de propiedad de las tierras.

Fracasadas las iniciativas privadas, Philippi intentará de nuevo obtener el respaldo oficial para la promoción de la inmigración alemana. Por fin, su tenacidad parece obtener el justo premio cuando, en 1848, Sanfuentes, amigo del prusiano y edecán del presidente Bulnes, consigue de éste el nombramiento de Philippi como agente de colonización en Alemania, labor que desempeñará hasta 1852.

Con el fin de poder cumplir la misión oficial de reclutar de 180-200 familias católicas alemanas para colonizar las riberas sureñas del lago Llanquihue, Philippi comienza la búsqueda de las personas adecuadas en la región de Kassel. Para ello, pondrá en marcha una amplia campaña publicitaria en unos treinta periódicos alemanes, publicando, a la vez, numerosos panfletos, en los cuales presenta a Chile como un lugar de ensueño. En su tarea, el agente recibió importante ayuda de alemanes ya afincados en el país, entre los cuales destaca el doctor Aquinas Ried. Consecuencia de todas sus gestiones será la llegada, en junio de 1850, de las primeras familias de inmigrantes «oficiales».

De regreso a Chile, a fines de 1851, Philippi facilitará al Ministerio de Relaciones Exteriores un informe detallado de los resultados obtenidos, enumerando las numerosas dificultades que hubo de vencer para lograrlos: la pobreza de los medios financieros, la contrapropaganda orquestada por empresas privadas de colonización, entre las cuales se encontraba la de Kindermann, así como la indiferencia general y las trabas administrativas impuestas por los agentes diplomáticos chilenos en Alemania, eran algunas de ellas.

La recompensa de tantos esfuerzos no será, como Philippi esperaba, su nombramiento como director de la colonia que él había promovido. El Gobierno chileno, descontento con la elección de emigrantes protestantes por Philippi en vez de los católicos solicitados ⁷, había encomendado, desde hacía un año, esta tarea a Vicente Pérez Rosales, que sería nombrado cónsul general de Alemania en 1852. En contrapartida, Philippi sería enviado por el nuevo presidente, Manuel Montt, en calidad de gobernador, a Magallanes, con la misión específica de repoblar Punta Arenas, destruida y asolada a raíz del alzamiento del teniente Miguel José Cambiazo, en noviembre de 1851.

LA COLONIZACIÓN DE MAGALLANES

Philippi asume con resignación y responsabilidad su nuevo cometido. Convencido de que los fracasos anteriores en la colonización de Magallanes se debieron a la equivocada elección de individuos penados por la ley como pobladores, quiere enmendar el error, llevando consigo a algunos compatriotas llegados recientemente a Chile. Con tal fin se dirige primero a Corral, donde consigue contratar a un pequeño grupo de 18 voluntarios dispuestos a acompañarlo. Entre ellos destaca Willibaldo Lechler, farmacéutico y hombre ilustrado, que había sido uno de los dirigentes de la Sociedad de Emigración de Stuttgart. A Lechler, contratado como cirujano de la colonia, le acompañan su esposa y sus cinco hijos. Además, pertenecen a la comitiva los artesanos Cristian Neumann (carpintero), con su mujer y una hija, Juan Federico Lincke (tejedor), Carlos Winkel (tonelero) y Gustavo Hauser (herrero).

Carlos Giessen y Enrique Kruse servirán como marineros; Teodoro von Fuchs, de agrimensor; Julio von Lotto, como maestre de víveres, y Carlos Thimaeus, como cocinero. Además de los citados, hay que nombrar al pintor Carlos Alejandro Simón, paisano y amigo de Philippi, que se une al viaje con el deseo de realizar trabajos sobre la naturaleza y los habitantes de la Patagonia Austral.

⁷ Christel Converse aduce esta razón para el nombramiento de Pérez Rosales como gobernador de las colonias alemanas; Blancpain no da ninguna explicación al respecto.

La expedición alcanza su destino el 18 de agosto de 1852, ocho meses después del asalto y posterior abandono del fuerte en Punta Arenas. Bajo la dirección de Philippi se restauran pronto los edificios dañados y se reparan los muebles que aún pueden ser útiles. Después, el gobernador quiere asegurar la paz de la colonia, entablado negociaciones al respecto con los indígenas, por lo que partirá rumbo a las pampas patagónicas para acercarse al territorio tehuelche. En un paraje llamado Cabeza de Mar, Philippi manda instalar un campamento militar, que servirá de avanzada a la futura expansión colonial hacia el territorio norte del Estrecho. Pero en la madrugada del 29 de octubre los indígenas que acompañan al gobernador le asesinan a él y a su ayudante, sepultando sus cadáveres en la playa. Los móviles del crimen nunca han sido esclarecidos, aunque todo parece indicar que sus ejecutores, un grupo mestizo alakaluf-tehuelche conocido como guaicurú, obedecieron órdenes de los tehuelches, deseosos de vengarse de las atrocidades cometidas por el gobernador anterior, Cambiazo ⁸.

Tras la muerte de Philippi, el grupo de alemanes de Punta Arenas quedó entregado a su suerte e intentó seguir adelante, primero bajo la dirección del capitán José G. Salas, que sucedió en el cargo al prusiano, y después bajo la de Jorge Ch. Schythe, de origen danés. Este último tenía ideas muy diferentes de las de sus antecesores en el cargo acerca de la viabilidad de la colonia de Magallanes, que convertiría en una especie de puesto militar, por lo que pronto tuvo diferencias con los alemanes. El primero en marcharse fue Lechler, y pronto le siguieron los artesanos. Su abandono pondría fin a la presencia germana en Magallanes.

En la siguiente década, solamente algunos profesionales alemanes, contratados para determinados servicios, volverían a la zona.

A partir de 1868 la colonización de Magallanes experimentaría un nuevo auge, gracias a una serie de estímulos ofrecidos a los colonos, tales como la declaración como puerto franco de Punta Arenas y el inicio de la navegación mercantil regular entre Europa y el Pacífico por la vía del Estrecho. El gobernador, capitán de corbeta Óscar Viel, supo atraer a pequeños contingentes de emigrantes, principalmente franceses, británicos, algunos alemanes y otros euro-

⁸ M. Martinic B., *op. cit.*, pp. 17-20.

peos. El número de germanos, que participaban en todo tipo de actividades, en la agricultura, la industria y el comercio, aumentaría en la década de los ochenta, alcanzando el centenar. A finales del siglo destacaría entre ellos otro grupo, por su papel de pioneros en el territorio de «Última Esperanza».

En el tiempo transcurrido, Magallanes había vivido un importante progreso que llegaría a su culmen entre 1890 y 1920: la colonización pastoril se extendía por las estepas, la minería aurífera prosperaba en Tierra del Fuego, y el comercio y la navegación crecían constantemente. Entre los inmigrantes que iban llegando de toda Europa para participar en el desarrollo del Chile Austral se encontraba un antiguo capitán de la Compañía Kosmos, Hermann Eberhard, traficante entre las islas Malvinas y las costas del estrecho de Magallanes desde 1883. Cansado del mar, Eberhard deseaba dedicarse a la cría de ganado lanar. Dado que los posibles campos para esta actividad del noreste magallánico se encontraban ya ocupados en su totalidad, y teniendo constancia de la existencia de terrenos aptos en las vecindades del fiordo de Última Esperanza, el alemán determinó realizar una expedición de reconocimiento. Con tal fin se puso en contacto con dos compatriotas, Augusto Kark y Rodolfo Stubenrauch, que consintieron participar en la empresa. La aventura se inició partiendo desde Punta Arenas en un vapor de la línea Kosmos, que dejó a los exploradores en la península Muñoz Gamero, junto a bahía Isthmus, el 14 de junio de 1892.

Los alemanes se adentraron en el área marítima de Última Esperanza durante un mes y medio, y Eberhard volvería a fines de 1892, esta vez accediendo al lugar por vía terrestre. Los resultados favorables de sus exploraciones dieron lugar a una petición al gobernador del Territorio, don Manuel Señoret, de concederles unos campos en la costa oriental del fiordo de Última Esperanza. La solicitud obtuvo una respuesta favorable, y la ocupación fue autorizada el 5 de octubre de 1893.

Meses después, en marzo de 1894, otro alemán, Carlos Héede, obtenía campos en la zona interior entre los lagos Toros y Sarmiento. Durante el otoño e invierno del mismo año, Augusto y Hermann Kark, Rudolfo Stubenrauch, Claudio Glimann y Carlos Führ conseguían sendas concesiones sobre terrenos del valle de Cerro Castillo. De esta manera, en el año 1895, la colonización pastoril en la región occidental cisandina de Magallanes era ya una realidad. A los pione-

ros se sumarían pronto otros ganaderos y comerciantes de diversas nacionalidades.

La laboriosidad de Eberhard se manifestó no sólo en la fundación de su importante estancia ovejera «Puerto Consuelo», sino también en la creación del primer aserradero de la región, que suministraría madera de construcción para muchos otros establecimientos. Asimismo, inició la crianza de cerdos e instaló el primer ahumadero de carne. Por último, introdujo la navegación de cabotaje en las aguas interiores con su pequeña lancha a vapor *Grete Liese*.

Stubenrauch no le iría a la zaga: además de hacer prosperar su establecimiento ovejero de «Cerro Castillo», en sociedad con Augusto Kark, contribuyó a fundar Puerto Prat y Puerto Cóndor sobre la costa del fiordo Eberhard, como centros de comunicaciones, de abastecimiento y de servicio entre la costa y el interior y para atender a la salida de las producciones pecuarias. En ambas localidades Stubenrauch estableció, asimismo, su casa de comercio, hoteles, cobertizos para depósitos de productos, muelles, corrales, y un servicio telefónico. No satisfecho con esto Stubenrauch creó, algo más al sur, junto al arroyo Cucharas (Puerto Bories), una factoría industrial, la primera del occidente magallánico, para la producción de sebo y otros subproductos de la cría lanar⁹.

La importante actividad en las costas de esta región andina sirvió de estímulo para el desarrollo e incremento de las comunicaciones marítimas, en las cuales Stubenrauch también participaba gracias a su compañía regional de vapores, Rodolfo Stubenrauch y Cía. La inmensa labor realizada por este alemán tendrá el reconocimiento oficial de las autoridades chilenas con su nombramiento para integrar la Comisión de Alcaldes de Punta Arenas, entre 1898 y 1901 y entre 1908 y 1919, ocupando el cargo de primer alcalde desde 1913 hasta 1919. A pesar de la difícil coyuntura, impuesta por la Primera Guerra Mundial, que supondrá la marginación de gran parte de los emigrantes alemanes en el Nuevo Mundo, Stubenrauch desempeñó su cargo a plena satisfacción del vecindario, gracias a su administración comunal eficaz y progresista.

Aunque escasos en número, dado que con 328 personas los alemanes ocupaban en 1906 sólo el quinto lugar entre los contingentes

⁹ M. Martinic B, *op. cit.*, pp. 26-32.

extranjeros, detrás de austrohúngaros (croatas), británicos, españoles e italianos, en conjunto su labor urbanizadora en Magallanes fue muy importante y ha dejado numerosos rastros, que perduran hasta nuestros días ¹⁰.

VALDIVIA Y LLANQUIHUE

Paralelamente al desarrollo de la zona de Magallanes iniciado por el infortunado Philippi, tuvo lugar la formación de varias colonias germanas en torno a Valdivia. La idea de traer a Chile alemanes que sufrían penurias económicas o persecuciones políticas en los difíciles años de antes y después de las revoluciones de 1848, mantenida y defendida tenazmente por Philippi, había interesado a otros destacados miembros del disperso grupo de alemanes afincados en la zona de Valdivia. Las razones por las cuales algunos personajes se empeñarían en promocionar el país mediante una propaganda fraudulenta no son del todo claras, si exceptuamos las meramente económicas de algunos especuladores como Renous.

La actitud de Guillermo Frick, el «más chileno de los alemanes», defensor de una integración inmediata y total de los inmigrantes en la vida chilena, constituía una excepción y encontraría muy poca aplicación en la práctica. Mayor seguimiento tendría la fórmula del doctor Aquinas Ried, llegado a Valparaíso en 1844, de donde no saldría más. Ried se casó con la cuñada de Flint y se convirtió en el paladín teórico de la colonización nacional alemana. En su publicación *Deutsche Auswanderung nach Chile* (*Emigración alemana a Chile*), de 1847, que sería difundida en Alemania en el año siguiente, Ried contempla la idea de crear una sociedad alemana autónoma en tierras chilenas, una simple prolongación de la madre patria en el extranjero, con la ventaja de disponer allí de mayor libertad política y de tierras para poder ejercer labores agrícolas o ganaderas. Los acontecimientos europeos de 1848 propiciarían la persistencia de este pensamiento: para el pintor Karl Alexander Simon, asiduo viajero a ultramar, Chile es una «Icaria», sede imaginaria de un hogar de libertad. «Si no puedes liberar al pueblo del tirano, priva al tirano

¹⁰ *Idem*.

de su pueblo», dice a los proletarios de su país. «Bajo el signo de la libertad, de la democracia y de la abundancia, unas mil familias de "tribus" germánicas, organizadas en falansterios, remontan los ríos en que desaguan los grandes lagos subandinos y toman posesión, pacíficamente, del Chile Austral»¹¹.

Ciertamente, estas palabras no son más que ilusiones de un pintor visionario, pero la mayoría de los inmigrantes que llegarían a Chile después de 1850, debieron acordarse más de los sueños del pintor y de los planes de Ried que de los de Guillermo Frick, a juzgar por su comportamiento posterior.

Un buen ejemplo es la figura de Karl Anwandter, que llegó con un grupo de emigrantes en el barco *Hermann* —llamado también el *Mayflower* de los emigrantes alemanes en Chile— a Valdivia el 29 de junio de 1850. Anwandter, ex diputado del «Landtag» de Prusia y burgomaestre de Kalau, era farmacéutico, cervecero, y un convencido demócrata que anteponía intransigentemente su conciencia a toda otra consideración. En el momento de desembarcar, Anwandter presentó a Pérez Rosales, que había venido a darle la bienvenida, un pliego de condiciones en forma de cuestionario, que recogía, en síntesis, las peticiones populares alemanas de 1848: tres preguntas tenían relación con la naturalización de los inmigrantes, cinco con la libertad de conciencia y de culto, y siete con la tierra y con la vida social. La respuesta generosa del representante chileno, dando todo tipo de garantías a los recién llegados, los haría prometer solemnemente guardar fidelidad al país que les brindaba acogida.

La mayoría de los hombres y las mujeres que vinieron a mediados del siglo pasado a Chile en busca de libertades que les eran negadas en su patria gozaban de un alto nivel cultural y de una buena formación profesional, que les sería de valiosa ayuda para los comienzos, siempre difíciles, en su nuevo entorno. El destino de estos pioneros, «de gran calidad, por la instrucción, el ánimo emprendedor y el sentido de solidaridad de sus integrantes»¹², eran las zonas de Llanquihue y de Valdivia. En total se trataba de unas 4.000 personas que conferirán, con su «gesta», al germanismo local de esas regiones sus rasgos originales. Separados del Chile central histórico

¹¹ Apud. J. P. Blancpain, *op. cit.*, p. 51.

¹² P. Blancpain, *op. cit.*, p. 67.

por la Frontera araucana, formarán una comunidad cerrada, marcando el paisaje con un sello germánico inconfundible.

Los lugares de procedencia de los primeros emigrantes abarcan a todas las regiones alemanas: entre 1848 y 1860 salieron contingentes de Hesse y de Brandeburgo; de noviembre de 1850 a 1852, y después de 1855 a 1857 llegaron los suabos; de enero de 1862 a febrero de 1864 entraban diversos grupos católicos, en su mayoría oriundos de Westfalia; después de 1870 vinieron familias de los Sudetes, etc.

Tan diversos como sus orígenes son también las categorías socio-profesionales de los inmigrantes. Algunos habían desempeñado en su tierra profesiones liberales, otros eran comerciantes, ingenieros, funcionarios o artesanos.

Muchos de los alemanes que habían abandonado Alemania por causas políticas, o que habían sido incluso expulsados de su país en razón de sus ideas, traían consigo su fortuna. Otros habían vendido sus bienes, con el fin de disponer de suficiente dinero para empezar su nueva vida sin miedo al futuro. Había bastantes «burgueses» acomodados, y pocas familias eran realmente pobres y carentes de recursos.

Cuando llegaron los primeros barcos alemanes al puerto de Corral, los desilusionados colonos tuvieron que enfrentarse al hecho de que la tierra prevista para su asentamiento, cercana a Valdivia, ya estaba ocupada, mientras que los terrenos alternativos, en torno al lago Llanquihue, aún no estaban urbanizados. En vista de esta situación, los más solventes optaron por comprar terreno en Valdivia, construyeron allí sus casas por cuenta propia, sin la ayuda del Gobierno chileno, buscando la forma de ganarse la vida en la ciudad.

Los menos afortunados tuvieron que malvivir, durante dos años, en diversas fortificaciones abandonadas, situadas entre Corral y lo que sería después Puerto Montt, en espera de la terminación de la construcción de la carretera que llegara hasta los bordes del lago Llanquihue. Finalmente, en febrero de 1853, tendría lugar la fundación oficial de Puerto Montt.

Poco después se iniciaron la parcelación y el reparto de terrenos en torno al lago. Cada familia obtuvo, en forma de préstamo, semillas, una pareja de bueyes, una vaca y algunos utensilios, necesarios para comenzar la dura lucha contra la naturaleza. Seguirían años de

desbroce de la selva, de domesticación de los animales y de batalla continua contra el clima lluvioso que anegaba las primeras cosechas. Durante este tiempo, sólo el espíritu de solidaridad entre los colonos haría más llevadera su existencia autárquica, impuesta por la Frontera araucana, que impedía el acceso a los centros vitales del país. Unos años después, los asentamientos germanos en Valdivia, Puerto Montt, Puerto Varas, Osorno, Frutillar y La Unión, que en total albergaban a unos 4.000 alemanes, eran ya una realidad.

Contrariamente a lo ocurrido en Rio Grande do Sul, los hijos de los colonos no abandonaron la región de sus padres, sino que agrandaban sus posesiones con la compra de tierras colindantes. De esta manera se formarían, con el tiempo, grandes haciendas: en 1903, 32 de los 34 mayores fincas de Valdivia pertenecían a familias de origen alemán. Proporciones parecidas se encontraban en Puerto Montt y Puerto Varas. Al mismo tiempo, se constituían propiedades de pequeñas y medianas proporciones, inusuales en Chile. En 1916, de 1.600 propietarios que explotaban personalmente sus tierras en Llanquihue, unos quince poseían entre 100 y 1.000 hectáreas.

Las progresivas extensiones hacia la periferia de las propiedades germanas contribuían considerablemente a la formación de una sociedad estable y homogénea, muy resistente a la asimilación.

PROBLEMAS DE CONVIVENCIA

A pesar del marcado carácter germánico de las colonias señaladas, los alemanes no constituyeron nunca más del 5,5 % de la población total de la región. Desde el principio, una migración masiva de chilenos, pertenecientes a las clases más desfavorecidas del país, acompañó a los extranjeros en sus esfuerzos colonizadores en calidad de sirvientes y de peones. Las diferencias culturales y sociales entre patronos y obreros, ahondadas en el caso de los alemanes protestantes por el credo religioso distinto, darían lugar a una segregación efectiva basada en prejuicios psicológicos más que racistas ¹³.

Una de las consecuencias del aislamiento no sólo físico, sino también social de la comunidad germana, sería la permanente endo-

¹³ P. Blancpain, *op. cit.*, pp. 93-95.

gamia de sus miembros, que se mantendría casi intacta hasta la Segunda Guerra Mundial. La creciente prosperidad de los colonos, en contraste con la permanente miseria de sus empleados, daría lugar a numerosos incidentes entre ambas comunidades, que normalmente fueron resueltos por los intendentes con multas y castigos diversos. Los enfrentamientos étnicos y el rechazo de asimilación por parte de los germanos causará más de un quebradero de cabeza a la Administración chilena, que se veía impotente para impedir la proliferación de núcleos germanos que vivían de espaldas a la realidad del país.

Las dificultades de convivencia en las colonias alemanas no se limitaban a las relaciones entre inmigrantes e indígenas, sino que abarcaban también a los grupos católicos y protestantes germanos, que habían trasladado los resentimientos creados por el «Kulturkampf» prusiano a tierras sudamericanas. Los antagonismos se manifestarían públicamente en el apoyo a diferentes opciones políticas chilenas, siendo la mayoría de los católicos partidarios del partido conservador, defensor de los valores tradicionales cristianos, mientras que los protestantes se afiliaron al partido radical, cuya bandera era el progreso y el anticlericalismo. Esta militancia en bandos opuestos daría lugar a numerosos enfrentamientos personales durante las campañas electorales municipales, en los años ochenta y noventa, en la zona de Llanquihue, donde se encontraban los mayores asentamientos germanos.

LA INMIGRACIÓN URBANA

También las ciudades de Chile Austral acusan, en el siglo XIX, la labor de los emigrantes alemanes. Aunque tampoco aquí su número es importante, bien puede aplicárseles el refrán popular: «En Chile, los alemanes no se cuentan, sino que se pesan».

En 1865, de un total de 23.430 habitantes, la provincia de Valdivia tiene apenas 910 extranjeros, de los cuales 768 son alemanes. Diez años más tarde, muchos de ellos se han nacionalizado chilenos, pero «la provincia ya está marcada con el sello germánico»¹⁴. Este

¹⁴ P. Blancpain, *op. cit.*, p. 114.

«sello» se reflejará en su actividad artesanal e industrial: en 1865, los 670 alemanes del departamento de Valdivia ejercen 237 oficios artesanales diferentes, en tanto que los 11.000 nacionales están todos registrados como agricultores, pastores o empleados domésticos.

La cerveza, el alcohol y el cuero constituyen los tres pilares de la industrialización de Valdivia. La industria cervecera alcanzaría un notable impulso, gracias a los adelantos en el arte de la fermentación en frío y de la pasteurización, estando en Valdivia este negocio ligado a la familia Anwandter. Tras un comienzo humilde, en 1855, cuando los miembros de la familia habían ido de puerta en puerta, vendiendo a los colonos alemanes cajas de cerveza de 12 unidades, en 1874 se constituiría la Sociedad Anwandter Hermanos, con un capital de 50.000 pesos. La producción de los establecimientos de la isla Teja alcanzará, en 1890, los 85.000 hl y, en 1900, con una capacidad aumentada, los 200.000 ¹⁵.

El negocio de las destilerías tuvo su auge máximo entre 1890 y 1902, siendo las empresas más importantes las de Albert Thater y de los hermanos Schueler. Aquéllas produjeron, en 1900, 20.000 hl de aguardiente, y las de Schueler, en torno a los 7.000.

Después, vendría la ruina repentina de esta rama industrial, a causa de la ley de enero de 1902, que decretó un impuesto adicional a los alcoholes de grano con el propósito de reducir el alcoholismo entre la población. Las protestas de los afectados ante el Congreso no surtieron ningún efecto.

El tratamiento del cuero valdiviano era otra actividad impulsada por los inmigrantes que alcanzaría considerables proporciones: en 1876 había en Valdivia 14 curtidurías, 18 en 1888 y 50 en 1894, cada una de las cuales trabajaba unas 2.000 pieles al año. En 1898, 17 empresas producirían 90.000 cueros, con un valor de exportación que llega a los tres millones de pesos ¹⁶.

Los nombres propios que más sobresalen en este negocio son la familia Prochelle, que curte 10.000 cueros en 129 pozos, y Rudloff, cuyos productos alcanzarán renombre mundial: los soldados chilenos, vencedores en la guerra del Pacífico, en 1884, llevaban zapatos

¹⁵ Blancpain, *op. cit.*, p. 119.

¹⁶ *Idem*, p. 120.

de esta marca. En 1925, las fábricas de calzado de Luwig Rudloff hijo abastecerán al país, desde Arica a Punta Arenas.

Un gran número de otros artesanos se convertirían, al cabo del tiempo, en pequeños y grandes industriales. Las ganancias obtenidas fueron invertidas en tierras, negocios bancarios y otros de beneficio seguro. La riqueza de los emigrantes fomentó el desarrollo del intercambio provincial y exterior. En 1890, existen en Valdivia unas veinte firmas comerciales y una compañía marítima, propietaria de unos treinta barcos de vapor, que comunican la ciudad con los puertos más importantes del país.

A partir de 1897 la prosperidad de Valdivia sufrirá un rápido declive. Aparte de problemas internos, como la carencia de mano de obra local cualificada y un aumento desmesurado de los salarios, la caída del peso chileno en el mercado internacional y la política proteccionista alemana, a causa de la cual se doblan, en 1902, las tarifas aduaneras para el cuero, son factores que llevarán al cierre, una tras otra, de todas las curtiembres de Valdivia.

La fatalidad se cernía sobre esta ciudad, convertida por los inmigrantes alemanes en un verdadero museo, muestra de las particularidades de su «germanidad». Las casas de madera, construidas al estilo de su patria con interiores decorados pulcramente, tipo «Biedermeier», así como las tiendas elegantes, todo sería pasto de las llamas en 1909. El gran incendio que arrasó Valdivia en este año fue la culminación de la serie de cataclismos, de seísmos, maremotos e inundaciones que habían asolado la región.

LOS ÚLTIMOS REDUCTOS: LA «FRONTERA» Y CHILOÉ

Hasta la década de los ochenta la «Frontera» chilena, último refugio de los indios araucanos y, al mismo tiempo, de bandoleros y prófugos, escapaba al control del Gobierno central. Éste lanzaría en 1882, durante la guerra del Pacífico, una campaña militar contra los indígenas para expulsarlos de la Pampa húmeda, con la intención de ocupar el territorio ganado con colonos nacionales. Una vez vencidos los araucanos y agrupados en reducciones situadas en las regiones más desfavorecidas del país, el Estado chileno cederá lotes de 40 a 50 hectáreas a veteranos, campesinos pobres y proletarios, con

el propósito de que formasen asentamientos agrícolas. Pero la falta de preparación y de resistencia a la naturaleza hostil por parte de estos «pioneros» improvisados, evidenciaría pronto la inviabilidad de los planes gubernamentales.

La demostrada capacidad de sufrimiento de los colonos extranjeros, cuyos logros estaban a la vista en Llanquihue, Osorno y Valdivia, impulsó a los responsables a avalar la repetición de aquellas medidas anteriores que habían atraído a los primeros emigrantes europeos. En opinión de algunos intendentes, la escasa asimilación de los alemanes a la vida chilena desaconsejaba el reclutamiento de personas de esa nacionalidad, pero otros opinaban que el fomento de una inmigración simultánea multinacional podría evitar los problemas, causados por la creación de colonias homogéneas.

Por consiguiente, la «Agencia de Colonización de Chile en Europa», abierta en París, el 10 de octubre de 1882, se dedicará, en los próximos años a la promoción de la emigración europea a Chile, gastando más de dos millones de pesos en la difusión de carteles publicitarios y folletos oficiales, redactados en diversas lenguas, en una decena de países.

Los resultados de la campaña fueron, ciertamente, poco alentadores por lo que, en 1897, el Gobierno chileno pondría fin a la inmigración oficial, autorizando a algunas empresas privadas a proseguir con su labor.

De 1882 a 1914 el número total de emigrantes europeos llegados a Chile no sobrepasó las 65.000 personas. Entre éstas se encontraban muy pocos alemanes: en el período 1877-1903 fueron alrededor de 5.000, a las cuales hay que agregar unos 6.000 germano-parlantes, procedentes de Austria, Suiza y de las laderas del Volga. Los diferentes contingentes fueron repartidos en zonas muy separadas entre sí, debiendo cada cual proveerse de los medios para su supervivencia. Las dificultades que se presentaron fueron, con frecuencia, insuperables, provocando el abandono de muchas familias de los lugares asignados, en busca de mayor fortuna en las ciudades.

En el territorio de la «Frontera», situada entre los ríos Bio-Bio y Toltén, tres pequeños asentamientos conseguirán mantenerse y prosperar tras paciente trabajo: en Humán, unos 60 colonos tuvieron que enfrentarse no sólo a la naturaleza salvaje, sino también a los

nacionales, deseosos de participar en sus logros; Contulmo, llamada la «Bella durmiente del bosque» («Dornröschenkolonie»), llegaría a ser «un Llanquihue evangélico de 50 familias en un estuche romántico, pero aislado de todo, en plena cordillera de la costa y adonde el ferrocarril sólo llegará en 1935»¹⁷; y en Huefel-Comuy, la situación de 40 familias llegadas en 1909, permanecería muy precaria durante más de diez años. Apartados de la civilización, a solas con la pobreza del suelo, las riñas con los indígenas, y los robos de animales, los inmigrantes dieron muestra de mucha obstinación y tenacidad al no rendirse ante las adversidades.

Aún peor suerte aguardaba a los infelices que fueron enviados, en 1897, juntos con escoceses, flamencos y escandinavos, a la isla de Chiloé, en donde sus esfuerzos por vencer los terrenos pantanosos se mostrarían inútiles, después de diez largos años de intentos desesperados, tras los cuales la mayoría se trasladaría a Huillinco y Ancud.

En 1912 no quedarán en las cuatro colonias señaladas más de 33 familias alemanas, con un total de 217 miembros.

RELACIONES OFICIALES E INFLUENCIAS CULTURALES

Las relaciones oficiales entre Chile y Alemania fueron siempre amistosas. A partir de 1830, la mayoría de los «Länder» enviaron agentes comerciales a Valparaíso que, después de la disolución de la Santa Alianza, se convertirían en cónsules, protectores del comercio y de los emigrantes germanos.

A partir de 1870, la unidad del Reich imprimirá mayor fuerza a las relaciones diplomáticas, que no se romperán durante la guerra del Pacífico, en la cual Alemania mantendrá una hábil neutralidad. Esta actitud dará lugar al nacimiento de la «amistad chileno-alemana», punto de partida de una importante penetración económica alemana en Chile. Ya en 1890, Alemania será el segundo proveedor y el segundo cliente de Chile, puesto que su agricultura es, en 1900, la primera consumidora europea de nitrato chileno.

El auge del comercio germano con Chile dará lugar a la creación de decenas de empresas comerciales, dedicadas a la venta de

¹⁷ *Idem*, p. 141.

todo tipo de bienes en Iquihue, Antofagasta, Valparaíso y Concepción. Tras la conquista de los mercados, vendrán las inversiones, que buscarán rendimiento en las empresas privadas o las estatales, en los campos de la electricidad, minas, transportes, equipamiento urbano. La «invasión germana» en Valparaíso causará preocupación en los ámbitos ingleses y franceses, temerosos de que se repitiera el dominio alemán existente en las colonias del sur. En 1916, los germanoparlantes serán cerca de 1.500 en Valparaíso, y más de 2.000 en Santiago. Como en todas partes, sus múltiples asociaciones, nacidas como ramificaciones del primer «Deutscher Verein», de Valparaíso, fundado en 1838, se ocuparán de mantener las tradiciones y de defender los intereses de sus miembros.

La guerra de 1914 no supondrá en Chile, como en otros países iberoamericanos, una ruptura con los elementos germanos residentes en el país. Los Gobiernos sucesivos de Ramón Barros Luco (1910-1915) y de Juan Luis Sanfuentes (1915-1920), mantendrán la neutralidad, aprovechando la subida del precio del salitre y del cobre durante los años del conflicto para sanear la maltrecha economía chilena.

Las razones del permanente apoyo chileno al Imperio germano no radicarón sólo en el prestigio del que gozaban los colonos alemanes en el sur del país, a pesar de las iras producidas por su resistencia a la asimilación, sino también en la profunda impregnación de la idiosincrasia germana en tres sectores claves de la vida nacional chilena: la enseñanza, el ejército y la vida religiosa a través de las misiones en Araucanía.

La Alemania unida, transformada en 1870 en la fuerza política hegemónica en Europa, despertó en Chile admiración por sus logros, especialmente en el campo militar y en el de la pedagogía, alcanzados gracias a las profundas reformas promovidas por el Canciller de Hierro.

Tras la victoria en la guerra del Pacífico, el Gobierno chileno, en manos del liberal Domingo Santa María, empezaría una serie de reformas, entre las cuales se encontraban medidas de laicización en cuestiones como matrimonios, registros y cementerios civiles, disposiciones tendentes a uniformar la condición de todos los chilenos y los residentes extranjeros, y profundas modificaciones en el campo de las enseñanzas básicas, medias y superiores. La emulación del

«Kulturkampf» bismarckiano por parte de las autoridades chilenas, incluiría también la contratación de profesores alemanes para muchas disciplinas universitarias, con el propósito de aportar nueva «savia» a esquemas pedagógicos anticuados, concebidos en la época de Napoleón.

La influencia alemana se notaba también en el campo de la medicina. Maestros brillantes como Herzl, Segeth, Schönlein, Hermann Schneider o Rudolf Amandus Philippi, la ejercieron durante más de medio siglo en Chile al estilo de su patria. En 1890, 23 profesores, todos ellos formados en Europa, la mayoría en Alemania, impartían clases en la Facultad de Medicina de Santiago.

Al mismo tiempo, ministros como Guillermo Matta, admirador de Bismarck o José Antonio Vergara, titular de Instrucción Pública de Santa María, elogiaban las experiencias de los pedagogos germanos Froebel, Ziller y Herbart, y buscaron la fórmula para introducir algunas de las virtudes prusianas en las escuelas chilenas. De esta manera se entablaron importantes contactos culturales entre ambos países, que tendrán como consecuencia el envío de profesores chilenos a Alemania para perfeccionar su preparación, a la vez que la llegada de sus homólogos alemanes a Chile para dirigir el «Instituto Pedagógico», abierto en 1889 y destinado a formar los futuros profesores de la enseñanza superior.

Desde 1890, seis profesores alemanes, Schneider, Hanssen, Steffen, v. Lilienthal, Beuttel y Johow, trabajarán en las secciones de Letras y Ciencias. En los años siguientes llegarán nuevos contingentes de pedagogos extranjeros que impartirán enseñanzas en los liceos de la República, no sin suscitar numerosas protestas. Más de 180 maestros alemanes, especialistas en múltiples disciplinas, desde la geología hasta la astronomía, los estudios araucanos, las matemáticas, la lingüística, la piscicultura, etc., trabajaron durante años en los centros educativos chilenos.

También en la enseñanza femenina se contaba con profesoras venidas del otro lado del Rin. Se contabilizan al menos 25, de las cuales la mayoría pasaría largas temporadas en Chile, antes de 1914. Entre ellas destacan Teresa Adametz, Isabel Borgward, y Clara Stockebrandt, como directoras de diversos establecimientos.

Los contratos de los profesores alemanes les facultaban a desempeñar cualquier cargo relacionado con su actividad, sin excluir los

puestos políticos, tales como «inspectores» o «consejeros» ministeriales. Esta deferencia mostrada por las autoridades chilenas no era aprobada por muchos críticos, quienes denunciaban los métodos de los pedagogos germanos como pedantes, pretensiosos y nefastos para la cultura chilena. El erudito Eduardo de la Barra denuncia en su libro *El embrujamiento alemán* a los «tiranos, crueles con sus subordinados considerados inferiores», quienes no se daban por satisfechos hasta «no haber abatido, en su rabia tudesca, energía y caracteres»¹⁸.

Aunque incapaces, según los testimonios contemporáneos de adaptar su enseñanza a los valores nacionales, mucho más cercanos a la influencia francesa, los profesores alemanes ayudaron a la enseñanza chilena a modernizarse, mostrando el camino hacia la investigación, y fomentando la promoción de las escuelas básicas y la de nuevas disciplinas, como ciencias físicas, biología, botánica, música, trabajos manuales o educación física.

Al margen de los profesionales germanos, contratados para instruir en diferentes niveles educativos a los chilenos, los alemanes asentados en las colonias señaladas habían creado escuelas primarias, destinadas a mantener vivas la lengua y las tradiciones de la patria. Osorno (1854), Valparaíso (1857), Valdivia (1858), La Unión (1860), Puerto Montt (1869), Los Ángeles (1882), Concepción y Temuco (1887) y Santiago (1891), son los lugares que pueden vanagloriarse de albergar desde hace más de un siglo, de forma ininterrumpida, instituciones pedagógicas dedicadas a la formación cultural de varias generaciones de emigrantes alemanes. Estas escuelas, y otras de menor abolengo, no sufrieron represalias en las dos guerras mundiales, como sus colegas en otros países iberoamericanos, gracias a la tolerancia del Gobierno chileno. Con la adaptación, en 1943, de la estructura de los cursos escolares y de los planes de estudios al sistema oficial chileno, pudieron garantizar su supervivencia hasta nuestros días.

Aunque en los últimos 75 años, de 1914 a 1990, el número de escuelas alemanas en Chile se ha reducido de 40 a 25, el de alumnos ha aumentado, en el mismo tiempo, de 3.000 a 13.000, mostrándose con este incremento el interés de las nuevas generaciones, des-

¹⁸ *Idem*, p. 158.

cendientes de los inmigrantes, por aprender la lengua de sus ancestros, y también el de una parte de los escolares chilenos.

LOS INSTRUCTORES MILITARES

La cooperación de instructores militares germanos en la reforma del ejército chileno, al término de la guerra del Pacífico suscitara menos protestas que el empleo de los profesores extranjeros. De hecho, Chile fue el primer país iberoamericano en recurrir a los oficiales prusianos, famosos por sus victorias bélicas, que habían auspiciado la unión de los Estados germanos. El promotor de esa idea fue el mayor Boonen Rivera, agregado militar en Madrid, quien, una vez de vuelta en Chile, tradujo al español y luego difundió, la *Guía táctica y defensiva alemana*, insistiendo en la necesidad de emprender la reestructuración del ejército nacional, según el patrón alemán. El enviado de Chile en Berlín, Guillermo Matta, reclutara, en 1885, al primero y más prestigioso de los instructores, el capitán Emil Koerner, experimentado oficial con una brillante hoja de servicios. Koerner sería nombrado, por una duración de cinco años renovable automáticamente, profesor de artillería, de infantería, de cartografía, de táctica y de historia militar en la Escuela Militar de Santiago.

El prusiano desempeñará un papel muy importante durante la guerra Civil chilena, desencadenada en 1891 a causa del enfrentamiento entre el presidente José Manuel Balmaceda, que trataba de modificar las condiciones políticas del país, a costa de restar fuerza al Congreso. Para hostigarlo, se negaba a sancionar las leyes fundamentales dictadas por éste, provocando con ello un choque armado entre ambas fuerzas. Koerner tomó partido por el Parlamento y se encargaría de convertir, en sólo dos meses, las tropas mal preparadas e inferiores en número a las gubernamentales en un ejército eficiente, capaz de vencer al enemigo en Quintero, Concón y Placilla.

Balmaceda abandonará la lucha, entregando el mando al general Baquedano. Tras un corto exilio en la Legación argentina, pondría fin a su vida el 19 de septiembre de 1891.

Durante más de treinta años, hasta 1930, las Fuerzas Armadas chilenas contarán con la presencia de cinco grupos consecutivos de

instructores militares germanos. Muchos de estos oficiales harán en Chile toda o parte de su carrera. Otros se quedarán definitivamente en el país, y se incorporarán al ejército nacional después de la Primera Guerra Mundial. En contrapartida, a partir de 1896 un número importante de oficiales chilenos, en total unos 130, se trasladarían a Alemania para terminar allí su formación.

En 1906 este proceso bilateral había dado sus frutos, desembocando

en una transformación radical de las estructuras, de la organización y de la moral del ejército. Ningún ejército latinoamericano habrá experimentado en tan poco tiempo una metamorfosis tan marcada, como la que hizo de la institución militar chilena la primera del continente por su disciplina, su eficacia y su prestigio ¹⁹.

LOS CAPUCHINOS BÁVAROS Y LA MISIÓN DE STEYL

Al margen de la influencia intelectual y militar en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, hay que mencionar la labor de dos grupos de religiosos germanos en Chile.

En 1885, unos miembros de la orden de los capuchinos de Baviera llegaron al país con la pretensión de recorrer el itinerario de los jesuitas de la época colonial y de recuperar al menos parte de sus logros en la evangelización de los araucanos, perdidos durante casi un siglo por la feroz resistencia de los indígenas a toda tutela política y religiosa.

El presidente Bulnes había firmado, en enero de 1848, un acuerdo con la Congregación Romana para la propagación de la fe que estipulaba el envío a la Araucanía de capuchinos italianos dispuestos a reemprender la tarea misionera. En 1901 éstos fueron reemplazados por capuchinos de Baviera, dirigidos por el padre Bucardo María de Roettingen, que será durante 25 años el prefecto apostólico de la región. Le seguiría en el cargo el padre Guido Beck de Ramberga, futuro obispo de Mastaure (1928).

En todo este tiempo, las misiones experimentarán una continua expansión, alcanzando el personal religioso empleado la cifra de 40

¹⁹ *Idem*, p. 167.

padres y de más de 80 hermanas de la Santa Cruz de Menzingen, en 1928. Su obra ha quedado reflejada en las estadísticas, que reseñan un importante número de matrimonios y bautizos celebrados por los misioneros. Además, hay que señalar la importante lucha a favor de la dignidad del indio, protagonizada por los capuchinos en colaboración con la «Sociedad protectora de indígenas», Institución dirigida por Isabel Correa de Irarrázaval. Por medio de donaciones de asociaciones católicas de Baviera, los padres alemanes intentaron mejorar la situación material de los mapuches, al tiempo que procuraron su progreso humano y cultural.

La misión de Steyl, abierta en 1900, se dirigía a un sector muy diferente de la población chilena, consagrándose a la educación de la élite. Los primeros misioneros del «Verbo Divino» llegaron de Argentina a Valdivia para ayudar a los colonos católicos, desprovistos de servicio religioso. Muy pronto crearían un liceo alemán en Copiapó, en el cual diez padres y otros tantos hermanos pudieron demostrar su excelencia pedagógica. Su enseñanza, moderna para la época, orientada hacia las ciencias, tendrá gran éxito, dando lugar a la creación de numerosos colegios en todo el país. El liceo, abierto en 1911 en la capital chilena, se convertiría pronto en un establecimiento para los hijos de la alta sociedad de Santiago. Entre los prestigiosos profesores que emplea destaca el padre Gusinde, explorador, etnólogo estudioso de los pueblos aborígenes.

A partir de la misma fecha, los padres de Steyl atenderán también a la población de zonas más populares en el sur, donde se habían asentado compatriotas católicos de Westfalia. El padre Deegenhardt fundaría, en 1911 y en 1916, dos escuelas en Osorno, confiadas a las hermanas de Mallinckrodt, extendiendo el cuidado pastoral a las comunas de la vecindad.

Finalmente, en 1930 el «Verbo Divino» se haría cargo del colegio jesuita de Puerto Montt. La desgermanización de éste y su apertura a la población chilena será pronto objeto de duras críticas por parte de la colonia alemana del lugar, incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos.

En la actualidad, la Misión Steyl se dedica a la formación profesional en su «escuela industrial» de San Miguel.

LOS GERMANO-CHILENOS EN LAS DOS GUERRAS MUNDIALES

Como en la mayoría de los demás países iberoamericanos, el estallido de la Primera Guerra Mundial fue recibido con entusiasmo por los alemanes en Chile. Muchos volvieron a su antigua patria para prestar servicio en el ejército imperial. En Chile, las «listas negras» de los aliados pretendían la ruina de los comerciantes de nacionalidad germana, por lo que éstos, junto a los germano-chilenos y austro-chilenos fundaron, el 13 de octubre de 1916, en Concepción la «Federación Germano-Chilena» («Deutsch-Chilenischer Bund»), con el fin de concertar medidas de defensa contra las agresiones y discriminaciones de las cuales eran objeto. Aquéllas consistieron, entre otras, en acciones comunes para organizar la contrapropaganda y para preservar las escuelas alemanas, obligadas ahora a prescindir de importantes subvenciones, otorgadas antes del conflicto por el Estado chileno, y que cesarían por completo en 1918.

Al mismo tiempo se creó la Cámara de Comercio Germano-Chilena, que se encargaría de vigilar los intereses del comercio alemán.

La victoria aliada y los consiguientes cambios políticos que convirtieron al Imperio en la República de Weimar, no lograron obtener el reconocimiento de la colonia germano-chilena, que seguiría enarbolando la bandera imperial, con los colores negro-blanco-rojo, en ocasión de todos sus festejos locales.

El «crack» de 1929 afectó duramente a la economía nacional. El precio del cobre cayó en picado, y su producción disminuyó de 320.000 toneladas en 1929 a 103.000 en 1932. La crisis se agravaría aún más tras el comienzo de la producción de nitrato sintético, que haría disminuir sustancialmente la exportación de este artículo chileno, segundo en importancia. Las consecuencias sociales se reflejarían en un paro masivo y en un empobrecimiento general de las capas sociales más desfavorecidas. Esta situación dio lugar a la creación de un «Frente Popular», formado por varios partidos de la izquierda, que ganó las elecciones de 1938, y que mantendría su influencia política hasta 1952.

Los germano-chilenos, pertenecientes en su gran mayoría a la clase adinerada, favorecían, por el contrario, las opciones políticas conservadoras. De ahí que los comienzos del Tercer Reich fueran saludados con alegría por gran parte de ellos, desconcertados ante la

expansión de las ideas socialistas y comunistas tanto en su antigua como en su nueva patria. El entusiasmo ante una opción política que prometía ser una vuelta a los valores germánicos tradicionales se tradujo, entre 1931 y 1933, en la creación de numerosas asociaciones juveniles en Concepción, Temuco, Valdivia, La Unión, Osorno, Puerto Montt y en las ciudades de Santiago y Valparaíso, con el fin de familiarizar a la juventud con las costumbres de sus ancestros. Pronto, estas organizaciones quedarían integradas en las Juventudes Hitlerianas y dirigidas por miembros del partido nazi. Asimismo, comenzaron a crearse grupos locales del partido nacionalsocialista en casi todas las colonias alemanas, empezando por la de Santiago, en 1931.

En 1932, González von Marés, «mestizo» germano-chileno, fundó el Partido Nacionalsocialista Chileno con el apoyo de los conservadores y parte de la colonia alemana. El 5 de septiembre de 1938, bandas armadas de von Marés asaltaron la Universidad, al tiempo que el *Deutscher Verein* enarbolaba la bandera con la cruz gamada. Los intentos golpistas fueron sofocados por las autoridades constitucionales chilenas y serían castigados duramente. Sin embargo, el Gobierno no llegó a prohibir las actividades de los grupos del partido nazi en suelo chileno, dado el peso de la colonia alemana en las altas esferas de la sociedad.

Las actuaciones políticas de los simpatizantes con los nacionalsocialistas de cuño germánico y chileno no fueron aplaudidas por todos los miembros de las colonias germanas, que se enfrentarían entre sí a partir de 1936. Para evitar el cierre de los centros culturales alemanes ocurrido en Brasil, los germano-chilenos más liberales adoptaron algunas medidas destinadas a mostrar públicamente su neutralidad política: por ejemplo, celebraron intencionadamente la sesión anual de la Federación Germano-Chilena en el día de la Fiesta Nacional de Chile; asimismo, reformaron los estatutos de la Federación-Chilena, en el sentido de que todos sus cargo centrales y locales tendrían que ser chilenos de nacimiento. Estas manifestaciones de lealtad a su patria adoptiva garantizaría a las instituciones alemanas su continuidad durante toda la época hitleriana, y también tras la ruptura de las relaciones entre Chile y Alemania, en 1943. Ruptura que pondría fin a la neutralidad mantenida hasta entonces por el Gobierno de Juan Antonio Ríos, miembro del partido radical.

La prudencia manifestada oficialmente por el «Deutsch-Chile-nischer Bund» no impediría, sin embargo, la persistencia de la organización internacional nacionalsocialista alemana (A.O.) en obtener el control sobre las organizaciones germano-chilenas ²⁰. Varios procesos de espionaje, celebrados tras la ruptura diplomática, revelaron que muchos simpatizantes de los nazis, empleados en puestos relevantes, habían recibido órdenes de buscar informaciones confidenciales para transmitir las a los representantes del Tercer Reich ²¹.

A partir de 1938 llegarán los primeros contingentes de refugiados judíos a Chile. En ese mismo año fundaron la comunidad «B'ne Jisroel», que contaría con 1.500 familias de habla alemana en 1941. Las facilidades ofrecidas por el Gobierno democrático de Pedro Aguirre Cerdá a los perseguidos por el régimen hitleriano contrastaba con las reticencias mostradas por los círculos germánicos tradicionales, que les dieron la espalda, aunque su rechazo no alcanzaría las formas agresivas de sus compatriotas argentinos.

La labor política y cultural de los movimientos germanos antifascistas en Chile será muy importante y variada. Un grupo puso en marcha, en 1938, la «Liga democrática pro-cultura alemana», cuya presidencia sería asumida por Ludwig Lintz, comerciante afincado en Chile desde 1914. En 1941 esta organización se disolvería en el movimiento «Freies Deutschland» (Alemania Libre), que, siguiendo el ejemplo mexicano, formuló su programa en los siguientes puntos: 1) el establecimiento de la democracia en Alemania y el derecho a la auto-determinación de los pueblos europeos; 2) la lucha contra la «quinta columna» hitleriana en Chile; 3) la lucha contra el régimen nacionalsocialista y el apoyo a los aliados; 4) ayuda para los damnificados por el Gobierno nacionalsocialista; y 5) el reconocimiento de sus delegados como representantes de los «alemanes libres», por parte de los aliados. «Freies Deutschland» pudo contar con el apoyo de importantes personalidades chilenas, entre ellas Pablo Neruda.

Existían, asimismo, pequeños círculos literarios de la asociación «Anderes Deutschland», que adoptarían una estructura más firme

²⁰ Gaby Weber (*op. cit.*, p. 64) afirma que la Federación Germano-Chilena estaba plenamente integrada en la red de los nacionalsocialistas de la «Quinta Columna», y que su postura oficial sólo servía de tapadera.

²¹ Christel Converse, «Die Deutschen in Chile», en *Die Deutschen in Lateinamerika*, *op. cit.*, p. 357.

en 1942, con la creación de grupos locales fijos en Valparaíso, Concepción, Valdivia, Osorno y Puerto Montt. Sus actividades incluían la celebración de reuniones públicas, la formación de comisiones específicas y la edición de un boletín en lengua española.

Los alemanes exiliados dispondrán, a partir de 1843, de una publicación política-literaria de altísimo nivel: las *Deutsche Blätter* pregonaban en su subtítulo el lema, «Para una Alemania europea - contra una Europa alemana». Dirigida a todas las clases sociales, y ajena a una identificación con un determinado partido político, la revista gozaría de gran prestigio entre la «inteligentsia» germana y chilena.

En abril de 1943 se fusionaron «Freies Deutschland» y «Das andere Deutschland» en una organización única, pero manteniendo sus viejos nombres. El 80 % de sus 280 miembros eran judíos. Muchos alemanes simpatizantes no se atrevieron a afiliarse, por miedo a represalias por parte de compatriotas nazis.

Uno de los mayores logros de la nueva asociación fue su labor en el campo de la información. Mediante el alquiler de tiempo de emisión en estaciones privadas de radio, como «La Americana» y «CB 70 Santa Lucía», transmitieron noticias y comentarios, así como programas de música y literatura, especialmente de autores prohibidos por los nacionalsocialistas.

La prensa fue otro medio utilizado para la propagación de sus ideas progresistas. El periódico *Freies Deutschland*, publicado ya con anterioridad a la fusión por el grupo del mismo nombre, seguiría editándose hasta 1944. Lo mismo cabe decir de *Informaciones para la Prensa y Radio Chilena de la Otra Alemania*, que cambiaría su título en 1943 en el de *Informaciones de la Alemania Libre*. En la segunda mitad de 1943 apareció otra publicación, esta vez en lengua española, llamada *El Alemán Antinazi*, título que se convertiría, en 1944, en *Freie Deutsche Zeitung/El Alemán Antinazi*, simultaneando ahora artículos redactados en español y en alemán.

Durante la guerra, «Freies Deutschland - Das andere Deutschland» colaboró estrechamente con los partidos políticos chilenos de la izquierda, especialmente con «Unión para la Victoria», organización de masas del Frente Popular que apoyaba a los aliados, en particular a la Unión Soviética.

La organización anti-fascista mencionada tuvo que enfrentarse a continuas querellas internas, a causa de cuestiones políticas o sim-

plemente por enfrentamientos personales entre sus miembros. Enfrentamientos que provocarán abandonos sucesivos de afiliados descontentos. El resultado de los choques fue el afianzamiento del poder, cada vez mayor, del grupo comunista dentro de la asociación. Pero esta victoria no tuvo consecuencias prácticas, dada la inminente disolución de todos los movimientos de exiliados germanos, en 1946/47 ²².

TENDENCIAS CONSERVADORAS

Tras el colapso del régimen hitleriano, pasarían algunos años de reajuste hasta la normalización de las relaciones entre Chile y la República Federal Alemana. A la vuelta de muchos refugiados políticos a los dos Estados alemanes, seguiría un nuevo desplazamiento de un pequeño contingente de emigrantes germanos a Chile, en 1952, esta vez a Serena ²³.

El país andino sufrirá en las décadas siguientes una profunda crisis económica, a causa de la disminución de la producción del cobre. Crisis que estuvo acompañada por una permanente inestabilidad social, provocada por la agitación de la clase obrera y de los estudiantes.

En 1951 las relaciones comerciales germano-chilenas, interrumpidas por la guerra, se reanudaron oficialmente, respaldadas por el Tratado correspondiente. A partir de 1956, gracias a la liberalización de las inversiones en el extranjero, los empresarios alemanes volverían a revitalizar muchas empresas abandonadas durante la conflagración bélica.

La política de nacionalizaciones del Gobierno de Salvador Allende (1970-1973), primer militante marxista que accedía al poder por la vía electoral, incomodó a los germano-chilenos, pertenecientes en su mayoría a las clases medias y altas, por lo que muchos saludaron el golpe militar del general Augusto Pinochet, en el cual participaron, al parecer, destacados grupos de presión germanos ²⁴.

²² Patrick von de Mühlen, *op. cit.*, pp. 245-250.

²³ P. Blancpain, *op. cit.*, p. 143.

²⁴ Gaby Weber, *op. cit.*, p. 245.

También el Gobierno federal confiaba de nuevo en la recuperación económica del Estado andino, reiniciando sus ayudas financieras a partir de 1973. Las relaciones comerciales entre ambos países se incrementarían sustancialmente a partir de ese año, convirtiéndose Alemania, en 1981, en el primer comprador, por encima de los Estados Unidos, de los productos chilenos.

En la actualidad, gran parte del sur de Chile, especialmente la zona en torno al lago Llanquihue, sigue manteniendo su aspecto paisajístico alemán. Sus casas, sus calles, árboles y jardines recuerdan a los pueblos bávaros prealpinos. Lo mismo cabe decir de sus hoteles y restaurantes, que ofrecen una gastronomía rica en comidas alemanas, desde la inevitable salchicha y el «Sauerkraut», hasta las deliciosas tartas, cuyo nombre genérico «Kuchen» ha sido integrado en la lengua chilena, al igual que el de «Kindergarten» por parvulario.

La asimilación de las nuevas generaciones de germano-chilenos después de la Segunda Guerra Mundial, ha experimentado un auge significativo, con la consiguiente disminución del dominio de la lengua alemana. Según estimaciones, ésta sigue siendo hoy en día (1989) el primer o segundo idioma para una población de alemanes y germano-chilenos, que diferentes fuentes sitúan entre 20.000 a 35.000 personas ²⁵.

Numerosas organizaciones deportivas y asociaciones culturales, independientes o vinculadas a las iglesias católicas y protestantes, desde siempre promotoras de múltiples actividades, cuidan del mantenimiento de las costumbres tradicionales germanas y de las celebraciones de sus festividades más relevantes.

El semanario *Cóndor*, creado en 1938 por Claus von Plate, es uno de los pocos periódicos importantes que se editan hoy en Chile en lengua alemana. Su conocida vinculación a círculos conservadores y su apoyo al régimen hitleriano en la primera época de su trayectoria, limitan su difusión al sector más reaccionario de la colonia germana. Éste se compone, en gran parte, de supervivientes de la época nazi, y por los refugiados nacionalsocialistas, que entraron en el país después de la derrota germana bajo identidad falsa o como asilados políticos. En relación con los grupos «ultra» y con la policía secreta de Pinochet saltó, hace algunos años, a las primeras páginas

²⁵ J. Born/S. Dickgiesser, *op. cit.*, p. 67.

de la prensa mundial el nombre de la colonia «Dignidad». Se trata de la comuna de una secta alemana, formada por más de 200 miembros, fundada en 1961 por Paul Schäfer en la provincia de Linares, a 40 km del pueblo Parral. A las sospechas de malos tratos y abusos sexuales de los miembros de la secta por parte de sus dirigentes se añadieron, en 1973, las denuncias de organismos internacionales como las Naciones Unidas o «Amnistía Internacional» de que «Colonia Dignidad» se había convertido en un centro de tortura de la temida DINA. Oscuros intereses evitaron durante años los procesamiento de los acusados que, supuestamente, contaron con importantes apoyos en las altas esferas chilenas, en connivencia con alemanes influyentes ²⁶.

Algunos alemanes llegaron al territorio paraguayo de La Plata en la época de la Conquista: la historia de Ulrich Schmidt, mencionado al servicio de Pedro de Mendoza primero y de Domingo Martínez de Irala después, ya ha sido relatada. Asimismo, hay un capítulo anterior dedicado a la meritoria labor de los jesuitas germanos en los misioneros durante parte de los siglos XVII y XVIII. Tras la expulsión de los miembros de la Orden de Jesús de América del Sur en 1768, tendrán que pasar más de cien años hasta el inicio de la primera migración germana organizada al Paraguay. Hasta entonces, los feroces regímenes de José Gaspar Rodríguez de Francia primero (1814-1840) y de Carlos Antonio López después (1842-1862), habían impuesto en el país una autarquía absoluta, que incluyó la prohibición de la entrada de inmigrantes extranjeros. Después, la terrible guerra contra la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay) de 1864 a 1870, que acabaría con la completa derrota de Paraguay, lo hundiría en la miseria y el caos.

La despoblación causada por la muerte de las tres cuartas partes de los habitantes del país, en su gran mayoría hombres que habían luchado activamente en la defensa de su patria, tendría graves conse-

²⁶ Gaby Weber, *op. cit.*, pp. 221-238. En agosto de 1994 la Corte Suprema chilena confirmó la sentencia que canceló la personalidad jurídica de «Colonia Dignidad». Por unanimidad, la Primera Sala del alto tribunal ratificó el fallo de la Corte de Apelaciones de Santiago, que en marzo de 1992 determinó que el decreto del Gobierno que disolvió la Colonia se ajustaba a derecho.

Capítulo XII

PARAGUAY

Algunos alemanes llegaron al territorio paraguayo de La Plata en la época de la Conquista: la historia de Ulrich Schmidel, mercenario al servicio de Pedro de Mendoza primero y de Domingo Martínez de Irala después, ya ha sido relatada. Asimismo, hay un capítulo anterior dedicado a la meritoria labor de los jesuitas germanos en las misiones durante parte de los siglos XVII y XVIII. Tras la expulsión de los miembros de la Orden de Jesús de América del Sur en 1768, tendrán que pasar más de cien años hasta el inicio de la primera emigración germana organizada al Paraguay. Hasta entonces, los férreos regímenes de José Gaspar Rodríguez de Francia primero (1814-1840) y de Carlos Antonio López después (1842-1862), habían impuesto en el país una autarquía absoluta, que incluía la prohibición de la entrada de inmigrantes extranjeros. Después, la terrible guerra contra la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay) de 1864 a 1870, que acabaría con la completa derrota de Paraguay, lo hundiría en la miseria y el caos.

La despoblación causada por la muerte de las tres cuartas partes de los habitantes del país, en su gran mayoría hombres que habían luchado activamente en la defensa de su patria, tendría como consecuencia un cambio en la actitud oficial hacia la inmigración europea, que sería fomentada por el Gobierno militar del general Bernardo Caballero, al tiempo que comenzaba la reorganización del Estado tras una década de permanentes disputas políticas internas.



Figura 7. Poblaciones alemanas en Paraguay

LOS ASENTAMIENTOS RURALES

Los primeros comerciantes alemanes habían llegado a Asunción en los años setenta del siglo pasado, dispuestos a correr todo tipo de riesgos con tal de obtener beneficios económicos.

Los campesinos harían su aparición en 1881 atraídos por la oferta gubernamental de tierras. Otros contingentes de compatriotas les seguirían. Su número global fue reducido, pero el flujo de inmigrantes germanos será continuo hasta 1933. Fenómeno que se explica por el hecho de que en los demás países iberoamericanos, de clima aceptable para europeos, apenas quedaban tierras libres que fuesen aptas para el cultivo.

En total, los alemanes formarían parte de 24 asentamientos en el interior del país dedicados a diferentes producciones agrícolas y ganaderas. El aislamiento de gran parte de estas poblaciones ha permitido a sus habitantes mantener durante largo tiempo sus tradiciones y costumbres, al mismo tiempo que su idioma materno.

La cronología de su fundación y el número aproximado de sus actuales (1979) habitantes de origen germano son los siguientes:

1) 1881: «San Bernardino», situada en el lago Ipacaray a 58 kms de Asunción; originalmente una colonia agraria, es hoy un importante balneario de unos 4.000 habitantes, entre ellos 300 alemanes.

2) 1883: «Altos». A 10 kms de «San Bernardino». En la actualidad unos doscientos alemanes se dedican, fundamentalmente, a la producción de café, vino, lácteos y charcutería.

3) 1884: «Encarnación». 200 alemanes se asentaron en esta ciudad, la segunda en importancia tras Asunción, como agricultores, jardineros y comerciantes.

4) 1884: «Villarica». Unas cincuenta familias germanas se dedicaron al cultivo de la vid.

5) 1887: «Nueva Germania». Fundación del doctor Bernard Förster, cuñado del filósofo Federico Nietzsche. Aproximadamente 60 familias, procedentes en su mayoría de Sajonia, habían seguido a Förster, idealista utópico que deseaba crear en Paraguay un Estado alemán independiente, para preservar en él los valores «típicamente germánicos» en peligro de desaparición en la vieja patria. Förster

moriría dos años después y su viuda, la hermana de Federico, intentaría en vano, durante algún tiempo, realizar sus planes. Después volvería a Alemania para cuidar de su hermano enfermo. Un miembro de la colonia, Fritz Neumann, descubrió, en 1898, un procedimiento químico para hacer germinar la semilla del árbol de yerba mate y cultivarlo en plantaciones. El logro del cultivo de la yerba, hasta entonces solamente existente en estado silvestre, sería durante mucho tiempo un importante recurso económico de la colonia.

De los planes del doctor Förster no se realizó ninguno. Por el contrario, «Nueva Germania» se convertiría en una colonia mixta, que cuenta, actualmente, sólo con un tercio de población alemana.

6) 1890: «Elisa». Asentamiento escandinavo-germano.

7) 1900: «Hohenau». Importante localidad en el Alto Paraná fundada por germano-brasileños. El 95 % de sus 3.000 habitantes eran alemanes que vivían principalmente de la producción de yerba mate, caña de azúcar, carne de cerdo, productos lácteos y aguardiente.

8) 1906: «Nueva Italia». A 50 kms al sur de Asunción, esta colonia, creada por italianos con ayuda gubernamental, pasó, tras el abandono de éstos, a manos alemanas.

9) 1907: «Capitán Meza». Pueblo fundado por el científico alemán Friedrich Christian Maintzhusen en tierras de su propiedad, inicialmente con colonos alemanes y germano-brasileños. Hoy viven allí unas cien familias, la mayoría de origen germano, dedicadas a la producción de yerba mate, judías de soja, carne de cerdo y miel.

10) 1911: «Camburetá». Fundada por la familia Gassner. Durante algún tiempo refugio para pintores, músicos y académicos. Hoy viven allí unas 180 familias de ascendencia alemana dedicadas al cultivo de judías, arroz y vides.

11) 1912: «Obligado». Situado al noreste de Hohenau. Tiene sus mismas características. Cuenta con una población de 2.000 colonos de habla alemana.

12) 1914: «Chingui Loma». Cerca de San Pedro, en dirección a Nueva Germania, 30 a 40 familias alemanas.

13) 1914: «Rosario Loma». A 5 kms de Chingui Loma. 100 alemanes.

14) 1917: «Bella Vista». Fundada por Erdmann Fischer. 1200 colonos, en su mayoría alemanes. Producción de yerba mate y cría de cerdos.

15) 1918: «Jesús y Trinidad». Creada por 45 familias alemanas en la antigua reducción jesuita del mismo nombre.

16) 1919: «Horqueta» (después de 1929, «Teutonia»). Colonia agraria a 40 kms al este de Asunción.

17) 1919: «San Miguel de Curuzú». 25 familias dedicadas a la producción de leche y verdura para la población de «Encarnación», que se encuentra a 5 kms de distancia.

18) 1920: «Independencia». Fundada por afro-germanos. Primera colonia alemana en el centro de Paraguay. Ampliada en 1924 por la inmigración de prolíficas familias de Suabia y Baden. Actualmente tiene unos 2.500 habitantes, la mitad alemanes. Cultivo de vides.

19) 1920: «Cañadita». Terrenos privados del presidente Eduardo Schärer situados 30 kms al sur de Asunción, cedidos a colonos alemanes. Actualmente cuenta con unos 100 alemanes.

20) 1924: «Alborada». Colonia selvática creada por 40 alemanes de la zona del Rin. Más tarde ampliada por inmigrantes de Augsburgo y de Pomerania. Hoy residen en ella 250 alemanes.

21) 1927: «Fram». Asentamiento eslavo en el cual se encuentran unas 100 familias germanas.

22) 1927: «Barranquerita». Creada por inmigrantes procedentes de Hannover y Oldenburg. Actualmente se encuentran en ella 80 alemanes.

23) 1931: «Carlos Pfannl». Colonia creada por austriacos y alemanes. Después del levantamiento de Viena, en 1934, llegada de socialdemócratas austriacos, entre ellos muchos judíos. De los 700 habitantes, 350 son alemanes.

24) 1933: «Sudetia». Fundada por germanos, en su mayoría artesanos, procedentes de los Sudetes. Producción de algodón. Hay unas 190 personas de origen alemán ¹.

Un gran número de los colonos germanos tuvieron que soportar, en los primeros años después de su llegada, múltiples problemas para construir las bases de su nueva existencia. Su tesón incansable sería compensado, en la mayoría de los casos a largo plazo, con una

¹ Fuente: Hubert Krier, «Die Deutschen in Paraguay», en H. Fröschle, *Die Deutschen in Lateinamerika, op. cit.*, pp. 656-657.

próspera situación económica que los sitúa, en la actualidad, por encima de la media nacional. La autarquía de las granjas, situadas lejos de la capital, reduce los contactos con la población paraguaya a un mínimo. Una endogamia consciente ha prolongado esta situación hasta nuestros días.

La falta de asimilación de los alemanes en Paraguay se hace también patente en la existencia de un gran número de escuelas propias, el mayor de toda Sudamérica. En 1979 se contaron 100 instituciones privadas de enseñanza. En 1989 fueron todavía 63 ². Parte de ellas pertenecen a los menonitas, que viven en urbanizaciones propias completamente separadas de las demás.

«DIOS HABLA ALEMÁN»

La llegada de diferentes grupos de menonitas alemanes a Paraguay, todos oriundos de Rusia, se desarrolló en tres etapas. Los primeros llegaron en 1926, procedentes de Canadá. La causa del abandono fue la abolición, por parte del Gobierno canadiense durante la Primera Guerra Mundial, de sus privilegios respecto a la organización de la enseñanza de sus hijos, en escuelas propias y en lengua alemana. Característica fundamental para el mantenimiento de su fe y de la transmisión de la misma a sus hijos, dado que, según sus creencias, «Dios habla alemán» ³.

La poderosa y acomodada congregación menonita de los Estados Unidos acudió en ayuda de sus angustiados hermanos, acordando con el Gobierno de Paraguay un convenio que les garantizaba la concesión de todos aquellos derechos, retirados por las autoridades canadienses. Tras ver confirmados oficialmente la concesión de los privilegios requeridos, en la Ley Nr. 524 de 28 de julio de 1921, los norteamericanos compraron en las duras tierras del Chaco más de un millón de hectáreas de tierra para los colonos, financiando también su traslado desde el Canadá a Paraguay. En 1927 nació, en este desierto inhóspito, la colonia «Menno» que cuenta actualmente con unos 6.000 habitantes.

² J. Born/S. Dickgiesser, *op. cit.*, p. 153.

³ H. Krier, *op. cit.*, p. 661.

La segunda ola inmigratoria tuvo lugar entre 1930 y 1932. En esas fechas, los menonitas abandonaron Rusia a causa de los procesos de colectivización de las tierras agrarias, cuya propiedad les había sido garantizada por la emperatriz Catalina II. De nuevo, los ricos hermanos estadounidenses acudieron en su ayuda. Algunos menonitas llegarían al Paraguay vía Alemania, por mediación de las autoridades germanas que habían obtenido para ellos el necesario permiso de emigración. Otros emprendieron el camino por cuenta propia, vía Siberia y Manchuria.

Los fugitivos fundaron en el Chaco la ciudad de Filadelfia y otros diez pueblos a lo largo de las carreteras. El conjunto formaría la colonia de «Fernheim» que hoy cuenta con unos 3.000 habitantes.

El último grupo de menonitas germano-rusos abandonó su país, huyendo del Ejército Rojo, en 1947. En su mayoría, se trataba de viudas cuyos maridos habían caído en la guerra, en la cual se habían visto obligados a participar, y niños. Venciendo múltiples y arduas dificultades, las 644 familias que llegaron sanas y salvas al Paraguay, fundarían la colonia «Neuland», en la que viven todavía unas 1.500 personas.

Algunos emigrantes, pertenecientes a los tres grupos señalados, se instalaron en diferentes lugares en el este de Paraguay: en «Friesland» (1934), «Volendam» (1947), «Bergthal» (1948), y «Sommerfeld» (1948). Unas 4.500 personas conforman actualmente esas comunidades.

La dura vida en el Chaco exigió a los menonitas un alto tributo de vidas humanas en la primera generación. Una naturaleza hostil, repleta de pantanos insalubres y selvas de espinos, y la falta de capital para vencerla con medios modernos, convertían a los supervivientes, capaces de echar raíces en verdaderos héroes. Sólo las altísimas tasas de nacimientos aseguraban la permanencia de las colonias, reducidas a causa del elevado número de fallecimientos y de la imposibilidad de recibir refuerzos de nuevos feligreses desde el exterior.

Aunque la secta no desempeña en Paraguay ningún papel relevante, comparable con el que sus compatriotas desempeñaron en los Estados Unidos o Canadá, su peculiar forma de vida y sus creencias constituyen para los habitantes autóctonos un extraño fenómeno sociológico. Estos últimos asocian, con frecuencia de forma equivocada, la cultura menonita, basada en el mantenimiento de diferentes

dialectos arcaicos del idioma alemán, con la de la Alemania moderna que no se parece en nada a las tradiciones y formas de vida de la secta, tradiciones, forjadas por las creencias religiosas anabaptistas, y por el largo exilio de sus miembros en tierras extrañas.

SIMPATÍAS NACIONALSOCIALISTAS

La mentalidad conservadora de gran parte de las colonias germanas de Paraguay propició en ellas el arraigo de aquellas facetas de la ideología nacionalsocialista que más se relacionan con el pasado histórico del pueblo alemán y con su misión futura de devolver al mundo los valores tradicionales de antaño. A pesar de esta sintonía con una parte importante del mensaje hitleriano, el aislamiento de los asentamientos campesinos no los hacía apropiados como base para la propaganda nazi, volcada especialmente en Argentina y Chile.

Las asociaciones culturales y las escuelas germanas aceptaron mayoritariamente sin resistencia, las imposiciones de los representantes diplomáticos y políticos del Tercer Reich. La guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) y los subsiguientes desordenes políticos absorbían toda la energía de los Gobiernos militaristas paraguayos, que no intervinieron contra los mensajeros del partido nacionalsocialista, por los que algunos sentían franca simpatía.

Al mismo tiempo, la confusa situación política del país, en el cual se sucedieron los golpes de Estado en los años treinta y cuarenta, no lo hacía atractivo para los exiliados políticos antifascistas, por lo que sólo un pequeño número de ellos eligiría el área subdesarrollada del Chaco como lugar de refugio. Por el contrario, un importante contingente de judíos llegó en 1935 a Asunción, donde formaría parte de la «Unión Israelita» que cuenta actualmente con unos 2.000 miembros.

En 1945, poco antes del final de la contienda, Paraguay, cediendo a la presión norteamericana, declaró la guerra a Alemania. Gran parte de los inmigrantes que habían mantenido la nacionalidad alemana adoptaron ahora precipitadamente la paraguaya para salvar sus propiedades de la confiscación y sus personas del confinamiento

en un campo de concentración. No pudieron evitar, sin embargo, el cierre de sus escuelas privadas. Cierre que no afectaría a las instituciones menonitas de enseñanza, beneficiarias de privilegios especiales contractualmente garantizados. Gracias a esta excepción, el idioma alemán se seguiría empleando en la docencia y en los servicios religiosos, evitándose con ello la ruptura lingüística sufrida por las comunidades alemanas en Brasil y en otros países sudamericanos.

ALFREDO STROESSNER

Después de la Segunda Guerra Mundial, Paraguay sirvió, igual que sus vecinos, como escondite para numerosos partidarios del régimen nacionalsocialista. Muchos de ellos pasarían desde allí a Argentina, donde existían mejores oportunidades para prosperar económicamente. El caso más famoso es el del doctor Mengele, culpable de haber cometido terribles crímenes y de haber realizado experimentos «médicos» con prisioneros judíos en campos de concentración alemanes. Mengele había adoptado la nacionalidad paraguaya, cuando fue descubierto por los «caza-nazis» israelitas. Con el fin de obviar la extradición solicitada por Alemania, las autoridades decretaron su detención, pero Mengele consiguió evadirse probablemente a Argentina o a Brasil.

Tras el golpe militar del general Alfredo Stroessner en 1954, los alemanes se beneficiarían de una tolerancia especial por parte del Gobierno paraguayo. Stroessner, hijo de un alemán conductor de trenes nacido en la ciudad bávara de Hof y de una paraguaya, miraba a los compatriotas de su padre con gran simpatía, aunque él no hablaba alemán y sólo llegaría a conocer Alemania en 1973, a los 61 años, durante una visita oficial.

El dictador, que había ganado sus primeros honores en el campo de batalla durante la guerra del Chaco, no fue el único germano-paraguayo que llegó a ser el máximo representante del Estado. Antes que él, el germano-suizo Eduardo Schaerer, presidente de la República de 1912 a 1916, había sido el primer mandatario después de la guerra de 1870 que consiguió agotar el tiempo de su mandato.

La paz social y política impuesta en Paraguay con mano de hierro, y frecuentemente con métodos poco respetuosos con los dere-

chos humanos por el régimen dictatorial de Stroessner, atrajo al país nuevos contingentes de inmigrantes alemanes, procedentes de otros países americanos pero también de Namibia, de las antiguas colonias alemanas en el sudoeste de África. Entre los recién llegados, se encuentran 40.000 germano-brasileños que se trasladaron a Paraguay en 1975. Muchos de ellos son menonitas. Las razones de esta masiva afluencia radican en la calurosa acogida dispensada oficialmente a la secta anabaptista. En ocasión de la visita del presidente a la colonia «Menno» en 1955, éste afirmó públicamente que las puertas de su palacio y las de sus Ministerios estarían siempre abiertas a los menonitas.

En 1989 se calculaba que el número de germanos nacionalizados y descendientes de alemanes en Paraguay ronda los 125.000, cifra que significa el 3,3 % del total de la población ⁴. De ellos, casi 23.000 profesan la fe de Menno.

La lengua alemana sigue impartándose en 63 escuelas privadas, que cuentan con un total de 6.000 alumnos. La institución más antigua es el «Colegio Goethe», fundado en Asunción en 1893, y que goza de una subvención permanente del Gobierno de la República Federal Alemana.

La gran mayoría de los germano-paraguayos sigue viviendo en las zonas rurales dedicada a la agricultura, ganadería y las industrias relacionadas con ambas actividades.

⁴ J. Born/S. Dickgiesser, *op. cit.*, p. 151.

Capítulo XIII

URUGUAY ¹

Tras lograr la independencia después de largos años de lucha en 1828, Uruguay recibiría más de 700.000 emigrantes europeos desde 1836 hasta 1926. De ellos, sólo un pequeño porcentaje fueron de origen germano (austriacos, alemanes y germano-suizos). Al margen de algunos mercenarios, participantes en las guerras de independencia, y comerciantes establecidos en la capital en la década de los años treinta, no se tienen noticias de la presencia de grupos germanos en Uruguay hasta 1846. Prueba fehaciente es el censo de la población de 1843 que nombra como extranjeros residentes en el país a 6.342 franceses, 4.205 italianos, 3.406 españoles, 659 portugueses, 609 ingleses y ningún alemán.

Por el contrario, los anales consulares reseñan la reunión de 70 ciudadanos alemanes en casa del cónsul Zimmermann, en Montevideo durante las navidades de 1846, para proceder a la fundación de la congregación y de la escuela protestantes.

Los primeros refuerzos para esta comunidad llegarían, a partir de 1851, en calidad de mercenarios germanos licenciados por las autoridades brasileñas, a cuyo servicio habían luchado contra el dictador argentino Rosas.

La política inmigratoria uruguaya propiciaba la creación de colonias con poblaciones de origen heterogéneo, con el fin de obligar a los extranjeros a una rápida integración y de impedir el nacimiento de asentamientos étnicos diferenciados. De ahí que resulte difícil

¹ H. Froeschle/H. Hoyer, «Die Deutschen in Uruguay», en *Die Deutschen in Lateinamerika*, pp. 742-765.

seguir el rastro de las personas que entraron en el país individualmente. A falta de territorios extensos aptos para la colonización, hasta mediados del siglo pasado la mayoría de alemanes instalados pasajera o definitivamente en Uruguay, se dedicaba a actividades diversas en la capital.

«NUEVA HELVECIA» Y «FRAY BENTOS»

La única colonia compuesta exclusivamente por inmigrantes de origen germano se fundó en 1862 en tierras pertenecientes al Banco Sigrist y Fender de Basilea. Una vez parcelada, «Nueva Helvecia», llamada también «Colonia Suiza», recibiría, hasta finales de 1863, a unos 600 germano-suizos procedentes, principalmente, de los cantones de Berna, Lucerna, Appenzell y San Gallen. Muchos de ellos eran soldados que habían pertenecido a la legión suiza de Francisco II de Nápoles. Su preparación para la vida colonial era nula y más de la mitad abandonaría el intento, cuando, en 1864, los banqueros cesaran en la prestación de créditos.

Un contingente de emigrantes procedente del sur de Alemania reemplazó a los germano-suizos. En los años setenta y ochenta, «Nueva Helvecia» se convertiría en una colonia rica y ejemplar, gracias también al abandono parcial de la agricultura en favor de la industria lechera. Pioneros en la siembra de trigo en Uruguay y en la construcción de molinos, los germanos lo fueron también en la plantación de cientos de miles de eucaliptus, que convirtieron a la «Colonia Suiza» en una atracción turística dada la escasez de arbolado en el paisaje uruguayo.

Un segundo foco que atrajo la inmigración germana fue, a partir de los sesenta, la colonia «Fray Bentos». El ingeniero Georg Giebert había instalado allí, en 1865 con capital inglés y belga, una fábrica para la producción, según el sistema «Liebig», de extracto de carne. El éxito de la empresa atrajo a numerosos ganaderos, obreros, artesanos y comerciantes alemanes.

Otros lugares de trabajo fueron algunas estancias, pertenecientes a alemanes, que ofrecían empleos a sus compatriotas. El incremento de la inmigración germana tras la finalización de la guerra contra Paraguay en 1870 alcanzaría su primera cumbre en 1873.

Durante el último tercio de siglo, y a pesar de la permanencia del eterno antagonismo político entre uruguayos «blancos» y «coloredos», representantes respectivamente de las influencias argentinas y brasileñas en el país y cuyos frutos son continuas revueltas militares, Uruguay experimentará un enorme crecimiento similar al de Argentina gracias a la venta de lanas, cueros y pieles. Numerosas empresas alemanas aprovechaban la bonanza económica para crear en Montevideo empresas de exportación e importación. La mayoría de esos comerciantes, empleados y propietarios, procedían del norte de Alemania, igual que los técnicos cualificados, que participaron en la construcción del puerto de Montevideo y en la de otros proyectos industriales nacionales, tales como la iluminación de Montevideo y algunas ciudades de provincias con luz eléctrica.

AÑOS DE GUERRA

La ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania por parte del Gobierno de Montevideo en 1917 supondrá un considerable revés para los empresarios y empleados germanos en la capital. Estos últimos fueron despedidos, sin establecer diferenciaciones, por sus patronos uruguayos. Los primeros se encontraron con las «listas negras» impuestas por los aliados, que suponían el virtual boicot de sus negocios.

Después de la Primera Guerra Mundial, Uruguay fue el destino de varios contingentes de emigrantes germanos de religión católica, procedentes del sur de Alemania y de Austria. En la mayoría de los casos se trataba de obreros y artesanos que buscaban trabajo en la metrópoli.

Tras la entrada en vigor de las Leyes antisemitas hitlerianas en 1933, muchos judíos alemanes buscaron acogida en Uruguay. A pesar de la grave crisis económica causada por el *crack* de 1929, el Gobierno uruguayo se mostró sumamente generoso, siendo uno de los pocos países que no estableció cuotas máximas para la inmigración de los semitas perseguidos.

Estos fundarían en 1936 la «Nueva Congregación Israelita» en Montevideo, que contaría, antes de la guerra, con 6-7000 judíos germanófonos.

El fuerte crecimiento de los sectores comunistas, que hacía temer al Gobierno uruguayo se pudiera producir un golpe revolucionario, indujo a éste en 1935 a romper sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y a firmar con Argentina y Brasil convenios referentes a la concertación de la lucha común contra los activistas comunistas. En esos mismos años se sitúa el comienzo de la organización de grupos alemanes nacionalsocialistas, favorecidos por la política reaccionaria del presidente Gabriel Terra. Su sucesor en el cargo, Alfredo Baldomir, rectificaría ese curso. El hundimiento voluntario del acorazado alemán *Graf Spee* en el puerto de Montevideo en 1939 y un complot comprobado de nazis locales para apoderarse del Gobierno en 1940 aseguraron la adhesión de Uruguay a la causa aliada, aunque no faltaran entre los políticos «blancos» uruguayos amigos del Eje. La ruptura diplomática oficial con el Tercer Reich tuvo lugar en 1942. Para los fugitivos germanos anti-fascistas, ese gesto garantizó una buena acogida en Uruguay. Pro y anti-nazis se enfrentarían propagandísticamente, involucrando los primeros en la lucha las escuelas privadas, cuyos profesores tenían que seguir el dictado de Hitler. El «Club cultural de obreros de lengua alemana», de signo comunista, había intentado reunir desde 1932 personas afines para organizar la contrapropaganda, utilizando para ella, principalmente, su publicación *Arbeiter-Welt* («Mundo Obrero») con una tirada de 1.000 ejemplares. Pero en 1936 tuvo que cerrar el periódico, a causa de la política anticomunista de Terra.

En 1938, el periodista Hermann P. Gebhardt fundó para los refugiados socialistas y comunistas, que sumaban unas 2.500 personas en esa fecha, una emisora de radio, «La Voz del Día», que emitía diariamente informaciones políticas, económicas y culturales.

La firma, el 23 de agosto de 1939, del pacto entre Hitler y Stalin causó un profundo desconcierto entre los diversos grupos emigrantes y exiliados germanos que hacían su guerra particular en Uruguay. Guerra dialéctica que quedaría en suspenso hasta el ataque hitleriano a la URSS en 1940, año en que renacería con nuevo vigor, dando lugar a la creación de diferentes asociaciones progresistas que se disolverán al final de la contienda bélica ².

² P. von zur Mühlen, *op. cit.*, pp. 253-261.

FUGITIVOS DE RUSIA

Los primeros menonitas germanos llegaron a Uruguay inmediatamente tras el cese de las hostilidades de la guerra. Procedentes de Rusia, se instalaron en los Departamentos de Paysandu, de Salto y Río Negro. En 1931-33, esta secta anabaptista recibiría refuerzos de otros 600 compatriotas, que habían obtenido, en 1929, el permiso para abandonar Moscú. Tras una breve estancia en el estado brasileño de Santa Catalina, rico en bosques y colinas, la nostalgia de las estepas rusas les impulsó a trasladarse a las planicies uruguayas, más parecidas a sus añoradas tierras de origen.

La afluencia de menonitas continuó después de la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial. En 1948 y 1951, un total de aproximadamente 1.200 personas entró en el país, procedentes de Prusia Occidental, Polonia y Ucrania. El viaje de estos fugitivos, huidos de las tropas rusas de ocupación, fue organizado y costado por el Comité Central Menonita de los Estados Unidos. Aunque casi la mitad de esos inmigrantes no permanecería en Uruguay, el número de aquellos que se quedaron y el de sus descendientes asciende hoy a unas mil personas.

COMERCIANTES CON VOCACIÓN MUSICAL

Se supone que actualmente se encuentran en Uruguay de 8 a 9.000 personas de origen y lengua alemanas, de las cuales solamente la mitad mantiene su nacionalidad de origen. Gran parte de estos últimos reside en la capital, Montevideo, dedicada a actividades comerciales. Un colegio privado, el mismo que fue fundado en 1846 y que solamente tuvo que cerrar sus puertas durante cuatro años después de la Segunda Guerra Mundial (1946-1950), permite a sus hijos recibir enseñanza en su lengua materna.

Las únicas colonias homogéneas son las menonitas, que se encuentran en El Ombú (Departamento de Río Negro), Gartental (Río Negro), Delta (San José) y Montevideo. Los anabaptistas disponen también de tres escuelas propias.

En el campo de las tradicionales asociaciones y clubes germanos, han destacado, desde siempre en Montevideo, los relacionados

con la música. Asociaciones corales y orquestales rivalizan en la capital uruguaya, ofreciendo un amplio panorama de acontecimientos musicales al aficionado.

No existe, actualmente, una prensa germana propia en el país. La demanda de noticias en lengua alemana se viene cubriendo con diversos periódicos editados en el cercano Buenos Aires, tras el cierre del *La Plata Post* a causa de dificultades financieras en 1974. Esta publicación, dirigida por Gustav Reimer, había sucedido al *Deutsches Nachrichtenblatt*, de Martin Kosseda, que apareció entre 1950-1962.

Capítulo XIV

BOLIVIA

Bolivia siempre ha ejercido una gran fascinación en Alemania. Lo mágico de este país, su belleza, su hospitalario pueblo han hecho que los tradicionales vínculos culturales, científicos y económicos que ya datan de siglos se hagan cada vez más estrechos ¹.

El amor de los alemanes a Bolivia no se ha traducido, a lo largo de los siglos, en una emigración masiva de colonos a la cual no se presta el duro clima del Altiplano, sino en una aportación individual por parte de profesionales experimentados de las ciencias y la industria.

Durante la época colonial, tal como señalamos en otro capítulo, mineros germanos habían prestado diversos servicios a la Corona española en Potosí. El más antiguo vestigio de su presencia se encuentra en el museo de esta ciudad. Se trata de una prensa de rodillos de madera de roble, que servía para tratar la plata, utilizada para acuñar monedas, que luego serían transportadas a España.

Una serie de nombres germanos de esa época se encuentran registrados en los archivos de Sevilla, Valladolid, Lima y Chuquisaca ².

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, los viajes realizados por Alexander von Humboldt a Sudamérica llamaron la atención de numerosos «botánicos, zoólogos, geólogos, ingenieros, pintores, etnólogos y arqueólogos» ³ germanos, que realizarían una productiva

¹ José Friedl Zapata, *Del coloniaje al siglo xx: Alemanes interpretan Bolivia*, prefacio.

² Reinhard Wolff y Hartmut Froeschle, «Die Deutschen in Bolivien», en *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., p. 147.

³ *Idem*.

labor en la exploración de los diversos paisajes bolivianos. El interés despertado por las primeras publicaciones sobre la zona seguiría ocupando a destacadas personalidades germanas del campo de la lingüística, geografía, arqueología y antropología a lo largo de los siglos XIX y XX. A continuación citamos algunos ejemplos elegidos al azar.

El lingüista Middendorf creó los mejores diccionarios de las lenguas aymara y quechua, a finales de la centuria. Alfred Höller publicó, en 1932, importantes trabajos sobre los indios guarayos. La obra de Max Uhle (1892) sobre las ruinas de Tiahuanacu sería el punto de partida de una serie de exploraciones y discusiones en torno al origen y significado de los vestigios de esta antigua civilización india. Asimismo, se sucedieron durante decenios expediciones geológicas, botánicas, zoológicas y geográficas que aportaron datos importantes para el conocimiento de las riquezas naturales del país.

OTTO PHILIPP VON BRAUN

En la historia del nacimiento político de la República boliviana destaca la figura de Otto Philipp Braun luchador, al lado de Bolívar, contra los españoles. Braun, nacido en 1798 en Kassel, había participado en las guerras contra Napoleón en su patria, trasladándose después, en 1818, a América. Atraído por los ideales políticos de Bolívar, lo acompañó como teniente de la caballería en el asedio a Cartagena. Su valor, demostrado en el campo de la batalla, sería recompensado, tras la declaración de independencia en 1825, con el nombramiento de general de división.

A la muerte del Libertador, Braun se convertiría en estrecho colaborador del general Santa Cruz. Bajo la presidencia de este último, el alemán fue nombrado ministro de Guerra. No por ello abandonó el servicio activo, estando al frente de las tropas que derrotaron al ejército argentino en Montenegro en 1838. El famoso «mariscal Braun» abandonaría Bolivia en 1839, tras la caída de Santa Cruz, volviendo a su ciudad natal, donde murió en 1859.

Muchos otros alemanes se encontraban entre los 6.000 europeos que habían cambiado los campos de batalla del Viejo Continente por los sudamericanos, tras la derrota de Napoleón. Entre ellos so-

bresalen los nombres de los generales Heinrich von Lützow, Ewald von Eben y Eduard Brand, así como los de los comandantes Johannes von Uslar y Carl Richard.

INTERESES MERCANTILES

De la primera ola de inmigración que se dirigía hacia la costa oeste de Sudamérica tras la independencia, pocos alemanes eligieron Bolivia como destino a causa de su aislamiento geográfico. Por esta misma razón, apenas existían relaciones oficiales entre los diversos Estados germánicos y la joven República. Aunque el gobierno boliviano nombró, en 1846, al comerciante de Bremen Heinrich Johannes Lampe cónsul para las ciudades libres de Bremen, Francfort, Hamburgo y Lübeck, Prusia no adoptaría la misma medida en Bolivia hasta 1863, fecha en que Friedrich Wilhelm Kunst, también comerciante de Bremen, asumiría el cargo de cónsul hasta 1870. Su sucesor, August Leiter, representaría al recién creado Imperio en la década de los setenta y sería el encargado de negociar, en 1877, la participación boliviana en el Tratado General de Correos con Alemania.

La regulación oficial de las relaciones comerciales bilaterales redundó en un aumento continuo del comercio entre ambos países, visible en la creación de pequeñas colonias de mercaderes germanos en algunas ciudades bolivianas, en los años setenta. La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí, Santa Cruz, Sucre y Pilcomayo fueron los lugares elegidos.

Hasta finales del siglo XIX, el intercambio de mercancías tuvo que desarrollarse a través de la ciudad chilena de Tacna. Tras la construcción del ferrocarril, se abrieron nuevos caminos para el transporte de las mercancías: vía Buenos Aires al sur y vía Mollendo, Arica y Antofagasta hacia el oeste. Era el momento del traslado de las casas comerciales alemanas a la capital La Paz y al centro minero de Oruro.

En esos años, Alemania era el país europeo más activo en el comercio con Bolivia. Esta situación económica recibiría, finalmente, su reconocimiento político, en 1904, al abrir Guillermo II una lega-

ción en La Paz. Hasta entonces la representación diplomática germana había estado en manos del enviado alemán en Lima.

La neutralidad boliviana en la Gran Guerra europea no pudo ser mantenida a causa de las presiones aliadas, y el 19 de abril de 1917 Bolivia declaró la guerra a Alemania. En este momento, el tráfico comercial entre ambos países se había interrumpido casi por completo. Las «listas negras» de los aliados y la prohibición oficial de mantener relaciones mercantiles con empresas alemanas impulsó a muchos de ellas a sustituir sus ejecutivos por personal boliviano, y a retirarse de los negocios activos.

En aquellos años se hallaban en Bolivia solamente unas 500 personas de nacionalidad alemana. Entre ellas había dueños y representantes de empresas importantes en el sector minero, tales como la casa Boediger, Trepp y Cía., que participaba en la extracción de estaño (mina Araca). Asimismo, existían numerosas casas alemanas con amplias concesiones de tierras para la producción de caucho. También la «Cervecería Boliviana Nacional» contaba con un número considerable de accionistas y ejecutivos germanos. Ingenieros y técnicos en todas las ramas industriales, pero también pequeños empresarios en los sectores cervecero, alcoholero, productos cárnicos y otros consiguieron situarse entre la clase acomodada del país. Su apoyo a los caudillos y dictadores blancos y mestizos, en gran parte militares, que se repartían sucesivamente la riqueza del país tras sendos golpes de Estado y que solían mantenerse en el poder mediante una opresión más o menos feroz de los indígenas, aportaría a los alemanes absoluta libertad económica que supieron aprovechar adecuadamente.

Tres años después del término de la Gran Guerra, Bolivia y Alemania reanudaron sus relaciones diplomáticas. El Tratado de Amistad y Comercio firmado en 1908 volvió a entrar en vigor, a excepción de una cláusula específica que regulaba la obtención de la nacionalidad boliviana por parte de los germano-bolivianos mayores de 21 años.

La renacida amistad se haría patente en 1925, cuando varios comerciantes alemanes, al frente de los cuales se encontraba Wilhelm Kyllmann, contribuyeron con su dinero y su dedicación a la celebración del primer centenario del Estado boliviano con la creación de la primera línea aérea nacional el «Lloyd Aéreo Boliviano». Un

avión «Junker» del tipo F 13 inauguró este servicio, que tuvo un rápido desarrollo y que revolucionaría el hasta entonces difícil acceso al país para personas y mercancías.

HANS KUNDT

Al igual que otros países iberoamericanos, también Bolivia llamó, a principios del siglo XX, a instructores militares alemanes al país con la misión de reformar el ejército boliviano, eterno derrotado en los enfrentamientos con Chile, enfrentamientos que le habían costado la pérdida definitiva del acceso a la costa del Pacífico, tras el abandono de la lucha en 1880. Dos oficiales instructores, von Plotho y von Waltershausen, fueron los pioneros en aquella labor. De 1911 a 1914, un grupo encabezado por el general Hans Kundt seguiría con el empeño de dotar al ejército boliviano de mayor eficacia.

Después de la Primera Guerra Mundial, los aliados prohibieron el envío de contingentes militares germanos al extranjero. Para obviar esta orden, las autoridades bolivianas contratarían a Kundt de forma privada encomendándole nuevamente la instrucción de sus Fuerzas Armadas, misión que desarrollaría hasta 1926. Durante los dos años siguientes, por razones no del todo aclaradas, pero que se suponen vinculadas a la inestable situación política interna, Kundt volvió a Alemania, siendo reemplazado por un grupo militar de Danzig. Cuando en 1928 las tensiones entre Bolivia y Paraguay fueron en aumento, el general Kundt volvería a aquel país respondiendo a la llamada del presidente Siles. El creciente descontento popular de las masas indígenas se tradujo, en estos años, en olas de huelgas y levantamientos. Siles encargó a Kundt la represión de los desórdenes al frente del ejército boliviano. Sin embargo, los militares nacionales se opusieron a los alemanes y Kundt fue derrotado. Su fracaso acarrearía la caída del Gobierno de Siles, pasando el poder al doctor Salamanca.

Entre tanto se habían producido las primeras escaramuzas que presagiaban la guerra del Chaco. Kundt y otros alemanes seguían ocupando puestos de mando en el ejército, que debía hacer frente a los paraguayos, muy inferiores en número. El desconocimiento de la

selva y de las duras condiciones de vida en el Chaco hizo emprender a los oficiales germanos tácticas equivocadas. Cercados por las tropas paraguayas, los bolivianos se encontraban sin comunicación con su retaguardia, sin abastecimiento de víveres ni de material bélico. La intervención personal del presidente Salamanca, arrogándose la jefatura suprema del ejército, llegaría demasiado tarde para impedir el desastre ⁴.

Después del fracaso de su misión, Kundt y sus compatriotas volverían definitivamente a Alemania.

LA «QUINTA COLUMNA» Y LOS ANTIFASCISTAS

Tras su derrota en la guerra del Chaco (1935), Bolivia entraría en una nueva fase de su historia. Una vez derrocado el presidente Salamanca por los mismos núcleos militares que lo habían encumbrado, éstos intentarían, en los años siguientes, pacificar el país perturbado por disturbios sociales y recomponer su maltrecha economía. Aunque se mantenían las influencias de los grandes consorcios mineros (Patiño, Hochschild y Aramayo) y de las compañías petrolíferas americanas, como la Standard Oil, un nacionalismo agresivo, de cierto contenido colectivista, sustituyó a las antiguas disputas políticas. Surgieron partidos revolucionarios y movimientos obreros basados en ideas marxistas que lograron, en su faceta nacionalista, introducirse por primera vez en los círculos de los oficiales más jóvenes de las Fuerzas Armadas.

El coronel Germán Busch Becerra, un héroe de la guerra de ascendencia indo-alemana, fue la figura clave durante estos años de transición y de liquidación de las consecuencias desastrosas de la guerra perdida. Busch asume el mando de la nación en 1937, tras el golpe de Estado que derrocó a Daniel Toro (1936-1937). Busch siguió la política de nacionalizaciones emprendida por su antecesor. Tras la Standard Oil, tocaba ahora el turno al Banco Central. Para acallar a la oposición, disolvió el Congreso, suspendió la Constitución y se convirtió en dictador con el fin de poder proseguir con sus planes. El 7 de junio de 1939 promulgó un Decreto según el cual

⁴ Miguel Arjona Coloma, *Historia de América*, vol. II, EPESA, Madrid, 1976, p. 76.

los grandes consorcios mineros debían entregar al Estado el 100 % de sus beneficios obtenidos por la exportación de los minerales. La puesta en práctica de estas medidas hubiera supuesto un durísimo golpe para las élites económicas del país.

El presidente germano-boliviano desmintió su fama de fascista con el gesto de ofrecer durante su mandato refugio a varios miles de judíos huidos de Alemania. Busch moriría el 23 de agosto de 1939 de muerte violenta en circunstancias aún no aclaradas.

Sobre este trasfondo de violentos enfrentamientos internos entre grupos «nacionalsocialistas» bolivianos, conservadores y marxistas, se sitúa la actuación de miembros de la «quinta columna» hitleriana en el país.

La ascensión de Adolfo Hitler al poder en Alemania en 1933, había sido saludada por buena parte de los alemanes residentes en Bolivia. Dado que se trataba fundamentalmente de comerciantes «itinerantes» y no de emigrantes campesinos, la mayoría de ellos seguía manteniendo su nacionalidad de origen, por lo que eran más sensibles a los acontecimientos en su patria. A pesar de su reducido número (unos 1.350 en 1932), su vinculación con la élite económica del país y con los círculos militares, cuyo espíritu «prusiano» había sido formado por compatriotas suyos, tenía un gran peso político.

El representante diplomático germano en La Paz, Ernst Wendler, desempeñaba, al mismo tiempo, el puesto de jefe regional del partido nacionalsocialista alemán en Bolivia, que contaba con 170 miembros activos. A pesar de carecer de permiso oficial, los alemanes pudieron poner en práctica su propaganda con absoluta impunidad gracias a los contactos que la organización mantenía con círculos de la extrema derecha y de las logias secretas existentes dentro del cuerpo de oficiales del ejército. Entre estas últimas destacaban las llamadas «Mariscal Santa Cruz» y «Radepa» («Razón de Patria») ⁵.

Estas conexiones saltarían a la luz en julio de 1941, a raíz de la publicación del asunto «Belmonte»: el servicio secreto americano logró interceptar una carta del agregado militar boliviano en Berlín, mayor Elías Belmonte Pabón, en la cual se discutía la eventualidad de un golpe de Estado en Bolivia, con el fin de implantar un régi-

⁵ Patrik von zur Mühlen, *op. cit.*, p. 214.

men favorable al eje fascista. Enterado del plan, el presidente Peñaranda declaró el estado de emergencia en el país, mandó detener a numerosos bolivianos y alemanes y declaró a Wendler persona «non grata». En correspondencia, el Gobierno de Berlín expulsaría a su homólogo boliviano.

Las relaciones oficiales entre ambos países se mantuvieron hasta enero de 1942, declarando Bolivia oficialmente la guerra al Reich en abril de 1943.

Hasta esa fecha, el Ministerio de Asuntos Exteriores germano intentó recomponer las maltrechas relaciones diplomáticas, negando todo intento de inmiscuirse en la política boliviana y denunciando la carta de Belmonte como fraude de los americanos.

Aunque los historiadores no han prestado crédito a la existencia de un supuesto plan de Hitler de erigir en los Andes un Estado vasallo, teniendo en cuenta su escasa viabilidad a causa del aislamiento geográfico de Bolivia —que hubiese dificultado, además, cualquier futura operación militar desde su territorio—, no dudan que un importante número de militares bolivianos simpatizaran con la causa hitleriana.

Belmonte había sido, antes de su marcha a Berlín, jefe de la logía «Radepa». Su sucesor en este cargo fue Villarroel, que sería uno de los implicados en el golpe de Estado de julio de 1941, promovido por el partido nacionalista revolucionario y la joven oficialidad del ejército boliviano.

El 18 de noviembre de 1941 se creó en Viacha un nuevo partido, llamado Movimiento Nacional Revolucionario, apoyado por el obrerismo e inspirado, inicialmente, en el nazismo alemán⁶. Esta agrupación, conjuntamente con los militares descontentos, logró entregar el poder en 1943 a Gualberto Villarroel. En los años de su gobierno no se apagarían las acusaciones de actuar en connivencia con los nacionalsocialistas alemanes. Acusaciones que costarían a Villarroel el reconocimiento de los Estados Unidos y de la mayoría de los países iberoamericanos. Aunque la fraseología empleada por los nuevos gobernantes parecía estar copiada del partido alemán, los planes para una revolución social se encontraban más bien en la línea radical empezada por el presidente Germán Busch Becerra.

⁶ M. Arjona Colomo, *op. cit.*, p. 77.

Villarroel no consiguió el apoyo de los obreros, al enfrentarse directamente a la oligarquía minera. Los exiliados germanos antifascistas no fueron bien acogidos. El único periódico de esta tendencia, el *Rundschau von Illimani*, fue prohibido repetidas veces y sus editores detenidos. Otras personalidades destacadas entre los fugitivos también acabaron en la cárcel ⁷. Sus adversarios, aparte de sus compatriotas nazis, eran principalmente pequeños funcionarios y organismos profascistas, que solían manifestar su antipatía con un tratamiento dilatorio de su documentación y cortapisas de todo tipo.

Cuando Villarroel, abandonado por los militares, fue ahorcado por el populacho en una farola situada delante del palacio presidencial, el *Rundschau de Illimani* celebró el acontecimiento como si de la caída de una dictadura nazi en Bolivia se tratara.

Aparte de los fugitivos judíos, admitidos por la administración de Germán Busch, se encontraron entre 1938 y 1945 en Bolivia la misma gama de organizaciones de exiliados que en los demás países latinoamericanos. Pero, en este caso, los miembros de «Das andere Deutschland» y «Freies Deutschland», por citar sólo las asociaciones más conocidas, no llegaron a unir sus acciones, sino que se enfrentaron entre sí a causa de disputas políticas y personales. La mayoría de los personajes envueltos en estas «guerras» particulares volvería a Alemania después del final de la guerra: los socialistas a la República Federal y los comunistas a la República Democrática.

POBRES Y RICOS

Tras la capitulación incondicional de la Alemania nazi, el intercambio comercial con Bolivia quedaría interrumpido durante varios años. Con el Decreto del 12 de febrero de 1947, el Gobierno del país daría el primer paso para normalizar las relaciones con las empresas alemanas. Éstas podían solicitar el levantamiento del embargo de su bienes, si el dueño residía en el país. El 30 de marzo de 1950, Bolivia declaró terminado el estado de guerra con Alemania y en 1952 ambos países reanudaron sus relaciones diplomáticas.

⁷ P. von zur Mühlen, *op. cit.*, pp. 216-217.

Unos años más tarde, de 1954 a 1968, varias olas migratorias aumentarían sustancialmente el número de germanos residentes en Bolivia, alcanzándose la cifra global de 11.000 personas.

Menonitas de habla alemana llegaron procedentes del Canadá, México, Paraguay y Belice. A ellos se debe la fundación de las siguientes colonias en torno a la ciudad de Santa Cruz, situadas de 30 a 120 kms entre sí: Tres Palmas (1954), Canadiense (1957, cuatro aldeas); Bergthal (1963, cuatro aldeas); Reinland (1964, cinco aldeas); Riva Palacio (1967, 27 aldeas); Swift (1968, 6 aldeas); Paurito (1968, 4 aldeas) y Las Piedras (1968, 4 aldeas). En 1972 vivían en estos asentamientos un total de 5.500 menonitas. Dedicados a su vida primitiva, basada en la agricultura y cerrada hacia el exterior, las comunidades de esta secta anabaptista no ejercieron nunca ninguna influencia en la vida social y política del país.

Por el contrario, los germano-bolivianos, ya presentes antes de la guerra, lograron recuperar su poder y su buena fama. Actualmente tienen, según fuentes recientes ⁸, influencia decisiva en el 30 % de las industrias privadas bolivianas. Los ejemplos siguientes pueden servir de muestra.

Los hermanos Óscar y Erwin Gasser dirigen en Santa Cruz la mayor fábrica azucarera de Bolivia. Su empresa ha construido una pequeña comunidad, «La Bélgica», que consta de 450 casas para trabajadores, tres escuelas primarias, una iglesia, una escuela superior y un hospital, disponiendo de todos los servicios necesarios.

Uno de los mayores latifundios de Bolivia se encuentra en manos de las familias Bauer y Elsner bajo el nombre «Estancias Gebrüder Elsner, S. A.», en La Paz. Esta compañía posee unas 140.000 hectáreas de tierra, en las que pastan más de 30.000 cabezas de ganado, que sirven para abastecer de carne a la capital. Los hermanos Elsner son, asimismo, accionistas principales del gran almacén «Casa Bernardo», y han colaborado en la creación reciente de la industria farmacéutica local.

De las múltiples escuelas alemanas creadas en Bolivia después de la Primera Guerra Mundial quedan hoy día solamente dos «Deutsche Schulen» en La Paz y Santa Cruz, que se nutren de profesores enviados desde la República Federal Alemana.

⁸ H. Froeschle, *op. cit.*, p. 150.

Capítulo XV

PERÚ

En la época colonial, algunos mercenarios, misioneros y exploradores alemanes entraron en el virreinato del Perú gracias a permisos especiales concedidos por la Corona española. Entre los nombres más conocidos se encuentra el de Barthel Blumen («Bartolomé Flores»), llegado en 1536 a Callao y que se convertiría en el patriarca de un linaje famoso en Perú, Bolivia y Chile.

Los primeros miembros germanos de la orden de los jesuitas fueron enviados al Perú ya en 1612 y 1615. Se trata de los padres Michael Durst (Michael de Augusta) y Kaspar Ruess, de la región de Augsburgo, y de Ferdinand Reimann, de Merano. Hasta la expulsión de los jesuitas de Sudamérica, ellos y sus sucesores desempeñarían una importante labor misionera y artística al lado de sus hermanos españoles.

En el campo científico, hay que recordar al equipo del barón Fuerchtegott Leberecht von Nordenflycht¹, contratado por la Corona española en 1786 para estudiar y modernizar la minería peruana. Nordenflycht llegó en octubre de 1788 a Buenos Aires. Desde allí emprendió por tierra un largo camino de casi 3.000 kms. Después de dos meses de viaje, la comitiva llegó a Potosí, donde Nordenflycht permanecería algún tiempo para terminar la construcción de instalaciones siderúrgicas. Anton Zacharias Helms siguió, el 30 de enero de 1790, con su familia y cinco mineros, la ruta vía Cuzco a Lima, adonde llegaría en abril de 1790. Las aventuras vividas por la comitiva han quedado registradas en el libro *Tagebuch ei-*

¹ Vid. el capítulo de «Argentina».

ner Reise durch Peru, von Buenos Aires an dem grossen Plataflusse über Potosí nach Lima, der Hauptstadt des Königreiches Peru, publicado en Dresden en 1798.

Helms se trasladó, algunas semanas tras su llegada, a las minas de mercurio en Huancavelica. Desde allí se fue al Cerro de Pasco para estudiar la mejora de los métodos metalúrgicos empleados. Más tarde, trabajó en Cajatambo y Bellavista. Por razones de salud, Helms abandonaría Perú a finales de 1792.

Nordenflycht llegó a Lima en octubre de 1790. Allí construyó un laboratorio mineralógico que más tarde se convertiría en la primera Escuela de Minería del Perú. Durante dos decenios salpicados de disputas legales y enfrentamientos personales con el virrey, y sobre todo con la amante de éste, Micaela Villegas, el barón prestó sus servicios a la Corona española. En diciembre de 1811 fue relevado de su puesto. Nordenflycht moriría en Madrid en 1815 ².

El tiempo de estancia de la comisión minera germana en el Perú coincidió con los viajes emprendidos por Alexander von Humboldt y Thaddaeus Haenke. El trabajo de ambos científicos, sobre todo del primero, dejó hondas huellas en el país.

DESGRACIAS Y FATIGAS DE LOS COLONOS

La emigración europea al Perú ha sido siempre muy escasa, situándose la alemana detrás de la italiana, la francesa y la española. Después de obtener la independencia de España, y tras la ruptura de la Gran Colombia de Bolívar, Perú se convirtió en Estado autónomo en 1827. En esta época vivían ya algunos alemanes en Lima, como lo demuestran los archivos municipales que registran la creación de una asociación germana en 1829. Entre ellos destacan como personalidades el coronel barón de Althaus, venido en 1819; el general boliviano Otto Philipp Braun, afincado en Lima desde 1823, y el traductor oficial Hermann Woldt, de Callao. La eficaz ayuda de este último a sus compatriotas en el trato con autoridades y ciudadanos peruanos le valdría el sobrenombre de «padre de los alema-

² Georg Petersen y Hartmut Froeschle, *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., pp. 699-700.

nes». La mayoría de los miembros de la pequeña colonia germana eran comerciantes y empleados que trabajaban en empresas inglesas de Lima.

En 1845 llegó al Perú un segundo contingente de mineros alemanes, procedentes de Clausthal/Harz. Habían sido contratados por la «Compañía Minera del Cobre», la cual contaba con varios destacados socios germanos, siendo el accionista principal Carlos Pfluecker de Breslau.

A mediados del siglo XIX, el Gobierno peruano proclamó leyes especiales para fomentar la inmigración europea. La norma del 17 de noviembre de 1849 aseguraba a los agentes reclutadores una prima de 30 pesos por cada emigrante. Esta «recompensa» daría lugar a negocios fraudulentos con personas incautas, captadas por las mentiras y las vanas promesas de los intermediarios. Especialmente famoso es el caso del agente Antolín Rodulfo, que consiguió reclutar un importante número de colonos, entre ellos muchos alemanes, que llegarían a Callao en 1851. Estos infelices campesinos, mineros y artesanos no recibieron tierras para su labranza, sino que fueron «arrendados» en condiciones infrahumanas a los grandes terratenientes, teniendo que sufrir, en ocasiones, incluso castigos corporales. Enterados del engaño, los representantes diplomáticos intervinieron en favor de los burlados. Gracias a los esfuerzos de Hermann Woldt, fueron liberados de las obligaciones contraídas inconscientemente, aunque los trámites se alargarían para algunos obreros de las haciendas de Casma hasta 1853.

La ley causante de los abusos sería abolida en ese mismo año. En los cuatro años de su vigencia entraron en el Perú unos 3.932 colonos: 2.516 chinos, 320 irlandeses y 1.096 alemanes. De estos últimos, medio año después quedaba solamente la mitad. El clima sofocante en las fincas de la costa, las enfermedades tropicales y el duro trabajo habían acabado con la vida de los demás. De los supervivientes, 60 ingresaron en el ejército, 120 formarían parte de la expedición de Bartolomé Flores y el resto se esparció por todo el país.

Pozuzo

Otro intento de crear una colonia germana en el Perú, también repleto de desventuras y sufrimientos, se debe a la iniciativa de Da-

mián, barón de Schuetz-Holzhausen. Éste se dedicó, a partir de 1852, durante doce años a la creación y promoción de un poblado en la región amazónica de Pozuzo, proyecto que le fue concedido en junio de 1853. El contrato correspondiente incluía el privilegio por cuatro años de la publicación del censo ciudadano de Lima y Callao. La *Guía de Domicilio de Lima y del Callao* serviría después como fuente histórica para seguir el rastro de la inmigración alemana de la época ³.

Con el fin de conocer personalmente las tierras concedidas, von Schuetz-Holzhausen emprendió un largo viaje hasta Europa por el Amazonas. En compañía de unas cien personas de distintas nacionalidades dispuestas a asentarse en Pozuzo, la expedición marchó de Huanchaco, vía Trujillo, Cajamarca y Moyobamba, al Marañón. El largo tiempo empleado en el trayecto impidió que el barón pudiera cumplir sus compromisos con el Gobierno peruano antes de la finalización del contrato en 1854. Un segundo viaje al Perú en 1855 serviría para renovar el pacto, esta vez con el nuevo Gobierno del general Ramón Castilla, que reiteró la cesión de tierras gratuitas, pago del viaje y manutención de los colonos hasta la primera cosecha.

A lo largo del año 1856, von Schuetz-Holzhausen encontró en Alemania a 300 personas en las zonas del Rin, del Mosela y de Tirol dispuestas a emprender la aventura. Al final del trayecto, tras 110 días de travesía desde Amberes en el barco de vela *Norten* y la consiguiente marcha por tierra, 257 alcanzarían Acobamba. Desde aquí, la comitiva tuvo que construir primeramente la carretera para poder proseguir el viaje, tarea que les llevaría un año. Deserciones y nuevas muertes reducirían los miembros de la expedición a 170, que lograron alcanzar Pozuzo en julio de 1859. Los rezagados se quedaron en Cerro de Pasco o se dirigieron a Lima y Callao.

Von Schuetz-Holzhausen reflejó sus aventuras y conocimientos sobre Perú en el libro *Der Amazonas*, publicado en 1883.

El 25 de junio de 1867 se firmó un segundo convenio de emigración entre el obierno peruano y un agente alemán, señor Martín. El primer grupo de alemanes, compuesto por 315 personas, llegaría a Callao en el buque italiano *Valparaíso* el 22 de julio de 1868. De

³ *Idem*, p. 703.

ellos, 200 marcharían, también vía Huacho y Cerro de Pasco, a Pozuzo.

Situada en la cordillera oriental, en un estrecho valle de la montaña completamente separado de los centros económicos del oeste, la población de Pozuzo tuvo que luchar duramente para sobrevivir. Su resistencia es un ejemplo de tesón y de humildad: hasta 1957 el pueblo no disponía de luz eléctrica, que sería instalada, en esa fecha, por la empresa Siemens Halske en calidad de regalo. La carretera de Cerro de Pasco a Pozuzo, cuya construcción fue prometida en el contrato de colonización, se terminaría solamente en 1975, después de 120 años. Entre tanto, las únicas vías de transporte eran senderos estrechos que transcurrían, sobre todo en el último tramo, bordeando profundos abismos.

La limitación en el angosto valle de la tierra cultivable forzó a los descendientes a buscar espacio vital en las cuencas adyacentes. Fruto de esta extensión sería el nacimiento de la colonia de Oxbamba en 1890.

INMIGRANTES AFORTUNADOS Y VIAJEROS FAMOSOS

A lo largo del siglo XIX, se trasladaron también al Perú por cuenta propia algunos alemanes que luego harían fortuna en su patria de adopción. El más famoso de ellos es, probablemente, Juan Gildemeister, llegado en 1848, que fundaría la empresa Gildemeister-Consbruck y Cía. Más tarde ampliaría sus negocios con la compra de empresas en diferentes sectores, a pesar de que el terremoto de 1866 y la guerra peruano-chilena de 1879 le causarían graves pérdidas que le obligaron a vender sus almacenes de nitratos en Tarapacá. En 1881 se había recuperado suficientemente para crear un imperio económico que abarcaba sectores agrícolas, mineros y comerciales. Al margen de otras actividades, creó de 1883 a 1893 seis sociedades mineras y una sociedad de ferrocarril. En 1887 se hizo cargo de la mayor plantación del Perú, la hacienda azucarera «Casa Grande», conocida hoy bajo el nombre «Empresa Agrícola Chicama».

Sus descendientes proseguirían con lo negocios convirtiendo a los Gildemeister en uno de los mayores fabricantes de azúcar del

mundo. Además, son grandes productores de algodón, arroz, madera y artículos relacionados con la ganadería.

Aunque la adquisición de grandes fortunas como la señalada fue una excepción entre los alemanes, también otros lograrían fama y prestigio. Éste fue el caso del médico y científico Ernst von Middendorf, llegado al Perú en 1855. Durante 25 años se dedicó en verano a ejercer la medicina en Arica y a viajar a pie en invierno por los diversos paisajes peruanos. Luego abandonaría su profesión para ocuparse exclusivamente de la investigación arqueológica y etnológica del país. Su obra *Perú*, tres tomos publicados en Berlín entre 1893 y 1899, contiene importante información sobre las características del país andino. Otro trabajo de Middendorf, que abarca 5 tomos, analiza las lenguas del Perú antiguo y la cultura inca.

El ingeniero naval de la empresa Hapag, Hans Heinrich Bruening, seguiría sus pasos. En 1875 abandonó su profesión para viajar por el país, con el fin de coleccionar, durante 50 años, restos de las culturas precolombinas, ganándose la vida en este tiempo mediante la reparación de maquinaria en las plantaciones de azúcar.

Sus hallazgos, entre ellos más de 5.000 piezas de cerámica antigua, se conservaron en el museo regional «Bruening» en Lambayeque, que sería comprado por el Estado peruano en 1921. Numerosas piezas de oro de la colección se encuentran actualmente en el Museo Etnológico de Hamburgo, igual que los diarios y notas del científico, que aún no han sido publicados. Parte de estas últimas contienen varios miles de palabras de dialectos indios hoy desaparecidos. Algunos de los estudios de Bruening fueron publicados en español y en alemán.

La lista de científicos germanos que realizaron en el siglo XIX estudios en Perú es muy larga. Sirvan de ejemplo los siguientes: entre los botánicos destaca el sajón Eduard F. Poeppig, que analizó durante dos años y medio la flora tropical peruana. Su libro *Reise in Chile, Perú und auf dem Amazonasstrome, 1827-1832* da fe de sus hallazgos. El naturalista Johann Jacob von Tschudi investigó la fauna de las cordilleras y de la selva de Chachamayo desde 1838 hasta 1842, y, nuevamente, en 1858; el botánico Justus Karl Hasskarl examinó, en 1863 en la selva oriental, las condiciones vitales de los árboles de la quina; entre 1873 y 1877 los ingenieros Artur Werthemann y Hermann Goehring exploraron varios afluentes del

Amazonas, con el fin de buscar el camino hacia el Atlántico y confeccionar los mapas correspondientes...

A finales de la centuria, ingenieros alemanes tomaron parte en la construcción de carreteras y ferrocarriles peruanos, así como en la creación de actividades industriales como la de fabricación de muebles (Hochkoeppler), o la elaboración de cocaína (Gustav Krug).

A partir de 1872 existía un tráfico regular con barcos de vapor entre Hamburgo y Perú, con intervalos mensuales hasta 1902 y semanales después de esta fecha, que facilitaría sustancialmente los intercambios de personas y mercancías. A pesar de estas ventajas, los permanentes golpes militares y la fluctuante situación económica del país desaconsejaban la inmigración, por lo que en 1906 el número de alemanes en el Perú ascendía solamente a 1.100 personas. Su vida transcurrió, en la mayoría de los casos, al margen de las turbulencias políticas, salpicadas por guerras civiles y conflictos internacionales, aunque algunos de estos últimos tenían importantes consecuencias para los comerciantes. Éste fue el caso de la pérdida, en 1883, de la provincia del nitrato, Tarapá, que pasó a poder de Chile.

La vida cultural germana transcurría en sus típicas asociaciones, iniciadas en 1863 con el club deportivo «Germania». Especial relevancia adquirirían las organizaciones musicales. Las escuelas privadas, nacidas en 1864 en Callao y Lima, se ocuparían, hasta su cierre en 1942, de la enseñanza de la lengua alemana a las jóvenes generaciones.

RUPTURA Y RECONCILIACIÓN

A pesar de la neutralidad mantenida por Perú, la Primera Guerra Mundial interrumpiría la afluencia de emigrantes germanos. La propaganda hostil por parte de los aliados supuso para los comerciantes alemanes las mismas discriminaciones sufridas por sus compatriotas en otros países iberoamericanos, pero sin llegar a dividir a los germano-peruanos en dos bandos irreconciliables, como ocurriría en la siguiente conflagración mundial. En ésta, la propaganda hitleriana por un lado y las «listas negras» por otro tuvieron un efecto desastroso sobre la colonia. Pese a la presión que los residentes ale-

manes, italianos y japoneses ejercieron sobre el Gobierno de Manuel Prado, éste cooperaría fielmente con los aliados, vendiéndoles guano, petróleo, caucho, cobre, lana, plomo y algodón, y permitiendo a los Estados Unidos el establecimiento de bases en territorio peruano ⁴. La relaciones diplomáticas con Alemania fueron interrumpidas en 1942, y el 12 de febrero de 1945 Perú declararí oficialmente la guerra al régimen hitleriano.

En consecuencia, muchos alemanes fueron expulsados del país. Otros vieron sus propiedades confiscadas, al igual que el patrimonio de sus asociaciones y escuelas. El uso público del idioma alemán fue prohibido. Las medidas antialemanas fomentaron la integración en la cultura peruana de las personas anti-fascistas.

La reconciliación peruano-alemana comenzó en 1952 con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. En 1953 la legación sería elevada al rango de embajada.

Se calcula que el número de germano-peruanos que aún hablan la lengua de sus ancestros se eleva en la actualidad a unos 4.500. A ellos hay que añadir unas 6.000 personas de nacionalidad alemana. En la mayoría de los casos, se trata de comerciantes y representantes de empresas europeas que se encuentran sólo temporalmente en el país ⁵.

⁴ M. Arcona Colomo, *op. cit.*, p. 65.

⁵ J. Born/ S. Dieckgiesser, *op. cit.*, p. 159.

Capítulo XVI

VENEZUELA

Desde el abandono de Venezuela por parte de los Welser, muy pocos alemanes visitarían el país hasta finales del siglo XVIII. Los científicos Franz Josef Märter, Franz Bredemeyer y Joseph Schücht, miembros de una expedición organizada por el emperador austriaco José II, realizaron en 1786 estudios botánicos en las cercanías de Caracas. En 1799, Alexander von Humboldt trabajaría durante diez meses en la misma región. Otros naturalistas seguirían sus pasos durante todo el siglo XIX, elaborando datos acerca de la geografía, geología, etnología, lenguas indígenas, fauna y flora venezolanas.

En las guerras de independencia, varios cientos de soldados germanos, atraídos por la carismática personalidad de Simón Bolívar, se alistaron en la unidad de voluntarios. El oficial alemán más famoso fue Johannes Uslar, que se había distinguido anteriormente en las luchas contra Napoleón en España y en Waterloo. Bolívar supo apreciar su valentía y talento, nombrándolo jefe de su guardia personal. Tras la victoria de los independentistas, Uslar recibiría como regalo del Gobierno una finca agraria en Venezuela. Casado con una criolla, se convertiría con el tiempo en el patriarca de una dinastía de latifundistas. Uno de sus nietos, Jorge Uslar, llegaría a ser ministro en la presidencia de Joaquín Crespo Torres (1892-1898) ¹.

Otro militar germano, Heinrich von Lützwow, «Enrique Luzón» en la transcripción fonética de su nombre al español, alcanzó la dignidad de general de división. Fue celebrado como un héroe de la

¹ Otro descendiente es el famoso novelista Arturo Uslar Petri, autor, entre otras conocidas obras, de *La visita en el tiempo*, biografía novelada de don Juan de Austria.

Independencia, y como tal sería enterrado en el Panteón Nacional de Caracas.

LAS RELACIONES COMERCIALES

Tras el logro de la independencia de España y la creación de la Gran Colombia, la ciudad de Hamburgo abrió en 1827 un Consulado en Venezuela. Estos vínculos oficiales fueron aprovechados por algunos comerciantes y artesanos germanos para abrirse camino en ultramar. Con tan buena fortuna que, en 1828, más del 25 % del comercio exterior venezolano se desarrollaba con Alemania ².

A partir de la creación del Estado independiente de Venezuela en 1830, esta tendencia ascendente seguirá. Muchas empresas alemanas, instaladas en la isla danesa de St. Thomas, abrirían sucursales en Caracas y en Maracaibo, formándose también núcleos comerciales menores en Valencia, La Guaira, Puerto Cabello, Tucacas y Coro ³.

Antes de la Primera Guerra Mundial existían en Venezuela unas 50 empresas alemanas ocupadas en la exportación de café, cacao, pieles bovinas, semillas «Dividivi», empleadas para tintes, plantas medicinales, plumas de aves y caucho.

A su vez, Alemania suministraba, principalmente, aparatos electrodomésticos, maquinaria y cerveza. En conjunto, el volumen de mercancías intercambiadas situaba al comercio venezolano con Alemania, a lo largo de todo el siglo XIX y en la primera década del XX, en el tercer lugar detrás de Estados Unidos e Inglaterra.

En los primeros años del siglo XX, las relaciones comerciales con Alemania se vieron enturbiadas por la política del presidente venezolano, Cipriano Castro, que se negó a hacer frente al pago de las indemnizaciones exigidas por las potencias extranjeras en concepto de reparación de daños sufridos por sus súbditos en las guerras civiles de los años anteriores. En 1902, unidades navales de Inglaterra y Alemania bloquearon los puertos venezolanos. Más tarde se les uniría

² Rolf Walter, *Los alemanes en Venezuela*, p. 93.

³ Hartmut Froeschle, «Die Deutschen in Venezuela», en *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., p. 774.

Italia. Al no surtir efecto esta medida económica, las naciones europeas procedieron al bombardeo de La Guaira, Puerto Cabello y Maracaibo. La entrada de los Estados Unidos en el conflicto salvó a Venezuela de una sangrienta humillación. Finalmente, el Tribunal de La Haya rebajaría el importe exigido por los acreedores, aceptando la doctrina de Luis María Drago hecha pública en 1902, que rechazaba el uso de la violencia para el cobro de deudas.

La llegada a la presidencia de Juan Vicente Gómez, que instauraría la más larga dictadura de la historia de Venezuela (1910-1935), frenó el brote nacionalista venezolano que había seguido al bloqueo, normalizando las relaciones de Venezuela con las potencias extranjeras que fueron invitadas nuevamente a invertir y a residir en el país. Aunque la era de Juan Vicente Gómez se caracterizó por ser una de las más crueles y violentas dictaduras de Sudamérica, ello no impediría la afluencia de dinero norteamericano y europeo para explotar la riqueza petrolífera de Maracaibo.

LA COLONIA TOVAR

Las guerras de independencia, los subsiguientes enfrentamientos civiles y diversas epidemias de viruela habían diezmando la población venezolana en los primeros decenios del siglo XIX. Por ello, en 1840 el segundo Gobierno de Páez dictó una ley para el fomento de la inmigración europea. Agustín Codazzi, geógrafo militar, fue encargado de la elección de terrenos adecuados y del reclutamiento de los colonos. Convencido de que el poblamiento con alemanes traería pocos problemas, dado su proverbial amor al trabajo y debido a la ausencia de un Gobierno germano fuerte que pudiera inmiscuirse en el trato, Codazzi los eligió para su proyecto. Se puso en contacto con el alemán Alexander Benitz, que a la sazón estaba realizando los grabados de cobre destinados a ilustrar el atlas venezolano de Codazzi, cuya edición se estaba preparando en París, y le encargó la búsqueda de colonos adecuados en su patria.

Benitz encontró en la región de la Selva Negra a unas 80 familias, con un total de 392 personas, dispuestas a emigrar a la colonia «Tovar», nombre del dueño de los terrenos cedidos, situados en un valle del río Tuy a una distancia de 120 kms de marcha (35 kms en

línea recta) de Caracas. El contrato correspondiente fue firmado por los emigrantes el 6 de diciembre de 1842. El viaje a Venezuela duraría desde mediados del mismo mes hasta el 8 de abril de 1843, costando la muerte a 16 personas. El barco francés *Clémence*, que transportaba a los viajeros, llegó a la costa venezolana el 4 de marzo. Pero una epidemia de varicela mantuvo a los colonos casi cuatro semanas en cuarentena en La Guaira y Choróní. Una vez desembarcados, llegarían a su destino tras una larga y fatigosa marcha.

«Tovar» no cumplía la esperanzas de los inmigrantes, que se encontraron con que muchas condiciones estipuladas en el contrato no se habían cumplido: faltaba una carretera que los comunicara con el mundo exterior, y solamente 20 viviendas, en vez de las 80 prometidas, estaban terminadas. No se respetó tampoco la concesión de cuatro semanas de descanso, antes de entrar en el régimen de tres días semanales de trabajos forzados para Codazzi, con el cual los inmigrantes pobres y sin recursos tenían que pagar las deudas contraídas. Benitz sería el encargado de administrar el asentamiento.

Con el fin de impedir deserciones, los desafortunados colonos no podían abandonar «Tovar» sin mostrar a los vigilantes un documento acreditativo. En caso contrario, corrían el riesgo de ser detenidos por la policía. El régimen carcelario no ayudó, ciertamente, a convertir el proyecto en un éxito. En 1845, la población había quedado reducida a 225 personas a pesar de las precauciones tomadas por las autoridades. Tras el relevo de Codazzi como administrador, en ese mismo año, las cosas mejorarían algo, pero el despegue real de la colonia tendría lugar en 1852, cuando el doctor Manuel de Tovar anuló las deudas colectivas regalando el terreno a la comunidad. Las condiciones de esta cesión fueron las siguientes: las tierras sólo podían ser compradas por inmigrantes europeos, casados y con familia, y las propiedades eran indivisibles. Gracias a la enorme extensión de la finca, las reglas de Tovar pudieron ser observadas durante 120 años, hasta 1941, pero imponiendo, de hecho, al pueblo un aislamiento absoluto de la población autóctona.

La separación de Tovar del mundo civilizado tuvo también consecuencias negativas para la vida cultural de la colonia. Ésta sólo contó en los años 1843 a 1846 y 1851-1852 con maestros profesionales para la enseñanza. Posteriormente, y hasta 1889, cada cual tendría que buscar sus propias fuentes de instrucción. El resultado de

esta situación fue un altísimo porcentaje de analfabetos que alcanzaría en 1868 un 43 %, cifra absolutamente insólita en la historia de las colonias germanas en el continente americano.

En 1894, representantes del Gobierno de Berlín entraron por primera vez en contacto con los habitantes de Tovar. Éstos se enteraron entonces de que habían perdido su nacionalidad alemana al no cursar a tiempo la solicitud pertinente para formar parte del Imperio fundado en 1871. Alarmada y desconcertada, la mayoría de la población se acogería a la oferta de utilizar la vía diplomática para cumplir, aunque con retraso, los trámites legales, sólo para ver, finalmente, rechazada su solicitud ⁴.

En los primeros tres decenios de su existencia, la colonia se dedicó fundamentalmente a la agricultura. A partir de los años setenta, y a iniciativa del alcalde Wilhelm Ruh, Tovar se convertiría durante cuarenta años en un centro de producción cafetero.

Las guerras civiles de 1858 a 1862 y de 1866 a 1870 hundieron al pueblo en profundas crisis, a causa de los continuos saqueos de los contendientes. En 1877, la colonia Tovar contaba con sólo 200 habitantes que habrán aumentado a 319 en 1891.

Aunque las mejoras de las carreteras y el enlace ferroviario en los años veinte y treinta del siglo xx sacaron a Tovar de su aislamiento, su despegue definitivo tendría lugar en 1942 con la elevación de la categoría del pueblo a municipio. Ahora podían los venezolanos comprar terrenos en Tovar y construir allí sus casas, que serán, en la mayoría de los casos, residencias veraniegas.

El carácter del asentamiento alemán cambiaría aún más tras la declaración oficial de la zona como reserva de agua para la capital; declaración que supuso la prohibición de alterar la flora autóctona y que, de hecho, implicaba la paralización de las actividades agrícolas. La construcción de una moderna autopista, que une actualmente Tovar con Caracas lo convertiría definitivamente en una atracción turística para los venezolanos, que se suelen desplazar a la antigua colonia germana para comprar productos típicos, como pan negro, dulces o charcutería.

Famosos habitantes de Tovar fueron, entre otros, los naturalistas germanos Karl Moritz y August Fendler. El primero residió en Ve-

⁴ H. Froeschle, *op. cit.*, p. 792.

nezuela durante más de treinta años, dedicado al estudio de la flora del país, especialmente en los bosques tropicales de la cordillera costera. Sus herbarios se encuentran actualmente en las siguientes instituciones: el Museo Botánico de Berlín, el Museo Británico de Londres, los Museos de la Corte en Viena, la Academia de Ciencias de Leningrado y en las Universidades de Kiel y de Leipzig.

Fendler llegó a Venezuela en 1853. Se instaló, por algún tiempo, en Tovar y despachó desde allí sus colecciones a los museos de Norteamérica y Europa. De vuelta, por orden del Instituto Smithsonian de Washington entre junio de 1857 hasta mediado de 1858 realizaría observaciones meteorológicas en Tovar.

LOS CAMBIOS PRODUCIDOS EN EL SIGLO XX

La neutralidad venezolana durante la Primera Guerra Mundial redujo sustancialmente las manifestaciones hostiles contra todos los elementos germanos en el país. Por el contrario, la conflagración desencadenada por el Tercer Reich originará algunos cambios para los alemanes en Venezuela. La alineación decidida del Gobierno de Caracas con los Estados Unidos respondía al sentir general de toda la nación, por lo que muchos alemanes, residentes desde hacia tiempo en el país, renunciarían definitivamente a su nacionalidad y a su identificación cultural con su lugar de origen o el de sus ancestros. Para los amigos del régimen hitleriano, la ruptura de relaciones con el Reich anunciada en 1941 supondría el trato discriminatorio típico aplicado a los enemigos en tiempos de guerra; dado que los emisarios del «Führer» no encontraron apoyo a sus ideas entre la clase política venezolana.

Tras el restablecimiento de las relaciones bilaterales, el Gobierno venezolano elaboró un nuevo proyecto para traer campesinos europeos a zonas desiertas del país. Su destino sería el poblado de «Turén», fundado en 1951 y situado cerca de Portuguesa, entre los ríos Acarigua y Guache, a unos 600 kms al sudoeste de Caracas.

Armando Tamajo, presidente del Instituto Agrario Nacional, había previsto instalar en Turén agricultores procedentes de 26 naciones diferentes. Casi toda la proporción alemana sería cubierta por 53 familias procedentes de Bucovina (Moldavia). Muy pronto se ma-

nifestaría la inviabilidad de la mezcla de las nacionalidades, imponiéndose la costumbre tradicional de la unión de compatriotas en grupos homogéneos. Este cambio traería consigo el nacimiento de un pequeño pueblo de aspecto germano, formado por cortijos individuales, en medio de la selva venezolana. Sus habitantes encontraron un medio de vida en el cultivo de maíz, arroz, girasol, judías y soja ⁵.

Actualmente se encuentran en Venezuela de 25-26.000 germano-parlantes, principalmente ciudadanos de la República Federal (19.739), Suiza (4.478) y Austria (3.159) que trabajan por cuenta propia o ajena ⁶.

Colombia nunca ha sido un país receptor de grupos organizados de emigrantes germanos. Algunos miles de éstos la eligieron como patria individualmente, guiados por intereses comerciales, científicos o simplemente aventureros, a lo largo de los siglos XIX y XX. Uno de ellos fue J. B. Elbert, que recibió en 1823 la licencia oficial para inaugurar en el río Magdalena, de Barranquilla a Honda, la navegación a vapor con un viejo barco de ruedas del Mississippi.

Entre 1870 y 1880, varias familias germanas se asentaron en la zona costera del Caribe colombiano y en la provincia de Santander, especialmente en su capital Bucaramanga, pero hoy no quedan restos de ellas. Los supervivientes de la primera generación se marcharon, presumiblemente, a Bogotá. A partir de 1870 se establecieron algunos empresarios en esta capital; entre ellos los hermanos Karl y Leo S. Kopp, fundadores de la mayor fábrica de cerroses actualmente existente en Colombia.

LOS COMIENZOS DE LA AVIACIÓN COLOMBIANA

Un gran protagonismo tuvieron ciudadanos alemanes en Colombia con la creación de la primera línea aérea comercial, después de la Primera Guerra Mundial.

Ante el desastroso panorama económico de la República de Colombia, controlada estrechamente por las potencias extranjeras de la

⁵ H. Froeschle, *op. cit.*, p. 803.

⁶ J. Born/ S. Dickgiesser, *op. cit.*, p. 263. Los datos se refieren a 1985.

Capítulo XVII

COLOMBIA

Colombia nunca ha sido un país receptor de grupos organizados de emigrantes germanos. Algunos miles de éstos la eligieron como nueva patria individualmente, guiados por intereses comerciales, científicos o simplemente aventureros, a lo largo de los siglos XIX y XX. Uno de ellos fue J. B. Elbers, que recibió en 1823 la licencia oficial para inaugurar en el río Magdalena, de Barranquilla a Honda, la navegación a vapor con un viejo barco de ruedas del Mississipi.

Entre 1850 y 1860, varias familias germanas se asentaron en la región costera del Caribe colombiano y en la provincia de Santander, especialmente en su capital Bucaramanga, pero hoy no quedan rastros de ellas. Los supervivientes de la primera generación se marcharon, presumiblemente, a Bogotá. A partir de 1870 se establecieron algunos empresarios en esta capital; entre ellos los hermanos Emil y Leo S. Kopp, fundadores de la mayor fábrica de cerveza actualmente existente en Colombia.

LOS COMIENZOS DE LA AVIACIÓN COLOMBIANA

Un gran protagonismo tuvieron ciudadanos alemanes en Colombia con la creación de la primera línea aérea comercial, después de la Primera Guerra Mundial.

Ante el desastroso panorama económico de la República de Weimar, controlada estrechamente por las potencias firmantes de la Paz de Versalles, una casa alemana constructora de aviones de guerra se estableció en Colombia para transformar allí sus viejos apar-

tos en aviones civiles. Werner Kämmerer se encargaría de los preparativos necesarios y el 5 de diciembre de 1919 nació «Scadta», «Sociedad Colombiana Alemana de Transportes Aéreos», compuesta por tres socios alemanes (el propio Kämmerer, Albert Tietjen y Stuart Hosie) y cinco colombianos. Dos bimotores «Junkers», pilotados por los ingenieros Wilhelm Schnurbusch y Fritz Hammer, servirían para los ensayos. Tras algunas experiencias fallidas debido al calentamiento excesivo de los motores a causa del calor reinante, el 19 de octubre de 1920 se realizaría el primer vuelo oficial desde la ciudad porteña de Barranquilla hasta Girardot, situada en el curso superior del Magdalena. El presidente Marco Fidel Suárez había acudido expresamente acompañado por todo su gabinete a Girardot para contemplar el milagro.

La pequeña compañía aeronáutica tendrá que superar muchos obstáculos antes de lograr la rentabilidad económica. Probablemente, el mayor fue la pérdida de confianza de sus clientes a raíz de un accidente ocurrido en 1924, cuando el hidroavión *Tolima*, ocupado por el presidente de «Scadta», Ernesto Cortizzo, y por cuatro pasajeros, cayó a tierra sobre Barranquilla. No hubo supervivientes.

Durante el conflicto fronterizo entre Colombia y Perú en 1932 «Scadta» fue contratada por el Gobierno colombiano para organizar una flota que transportara las tropas al frente. Un total de 17 aviones, equipados artesanalmente con ametralladoras y dispositivos para lanzar bombas, contribuirían decisivamente a la victoria sobre Perú¹.

La época nacionalsocialista en Alemania coincidió en Colombia con la sucesión en el poder de varios Gobiernos amigos de los Estados Unidos. Esta amistad movió al presidente Eduardo Santos Montejó (1938-1942) a «desgermanizar» las líneas aéreas colombianas. Los alemanes tuvieron que abandonar la compañía y «Scadta» sería reemplazado por «Avianca» («Aviación Nacional de Colombia»).

UN FRENTE ANTIFASCISTA

La actitud hostil del Gobierno colombiano frente al régimen hitleriano beneficiaría a los fugitivos del racismo y nacionalsocialismo ger-

¹ Dieter Allgaier, «Die Deutschen in Kolumbien», en H. Froeschle, *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., pp. 463-465.

manos. Así lo demuestra el hecho de que, en 1933, admitieron la solicitud de asilo de 800 judíos fugitivos del Reich que se encontraban a bordo del buque *Resolut* en aguas caribeñas y que habían sido rechazados por todos los Estados centroamericanos.

Tras la ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania en 1941, los empresarios germanos serían víctimas de las famosas «listas negras» elaboradas por los norteamericanos, cuya finalidad era el boicot del comercio con Alemania. Estas listas desaparecerían en 1946. Entre tanto, en 1943 Colombia había declarado la guerra al Eje, internando a los alemanes sospechosos en campos de concentración. Todos los germano-colombianos antifascistas dieron en este momento, definitivamente, la espalda a su antiguos compatriotas.

Al finalizar la guerra, y dada la delicada situación económica de Colombia, muchos exiliados volverían a Alemania o se trasladarían a los Estados Unidos.

En la actualidad, residen en Colombia unos 10.000-12.000 alemanes y germano-colombianos. Muchos de ellos son empleados de grandes empresas multinacionales contratados por un tiempo determinado. La gran mayoría vive en Bogotá.

El personaje alemán más famoso, presente en el Ecuador en la segunda mitad del siglo XIX, fue, sin duda alguna, el científico doctor Theodor Wolf. Este se distinguió por sus estudios geológicos y geográficos realizados también en las Islas Galápagos. Wolf abandonó en 1888 la Orden de los Jesuitas para casarse con una alemana. La ceremonia tuvo lugar en una iglesia protestante de Lima. Su libro más importante lleva el título *Geología y Geografía del Ecuador*. Wolf fue nombrado «geólogo del Estado» y ejerció durante algún tiempo la docencia en el «Primer Politécnico de Quito», fundado en 1869, al lado de otros padres jesuitas alemanes.

UN LEGADO DE PASO

La escasa afluencia de alemanes al Ecuador no cambiaría hasta la época hitleriana. Delegados del partido nacionalsocialista organizaron en 1934 en Quito y Guayaquil grupos propagandísticos, con el fin de buscar, a través de la escuela alemana de Quito fundada en 1917, sim-

Capítulo XVIII

ECUADOR

Tampoco Ecuador fue un país elegido como destino por emigrantes germanos. Al margen de algunas personas que individualmente se desplazaron al país durante la época colonial, antes de la Primera Guerra Mundial sólo se encontraban en Quito unas diez familias alemanas, y en Guayaquil una veintena.

DOCTOR THEODOR WOLF

El personaje alemán más famoso, presente en el Ecuador en la segunda mitad del siglo XIX, fue, sin duda alguna, el científico doctor Theodor Wolf. Éste se distinguió por sus estudios geológicos y geográficos realizados también en las Islas Galápagos. Wolf abandonó en 1888 la Orden de los Jesuitas para casarse con una alemana. La ceremonia tuvo lugar en una iglesia protestante de Lima. Su libro más importante lleva el título *Geología y Geografía del Ecuador*. Wolf fue nombrado «geólogo del Estado» y ejerció durante algún tiempo la docencia en el «Primer Politécnico de Quito», fundado en 1869, al lado de otros padres jesuitas alemanes.

UN LUGAR DE PASO

La escasa afluencia de alemanes al Ecuador no cambiaría hasta la época hitleriana. Delegados del partido nacionalsocialista organizaron en 1934 en Quito y Guayaquil grupos propagandísticos, con el fin de buscar, a través de la escuela alemana de Quito fundada en 1917, sim-

patizantes para su causa. La escasa población germana y la postura pro-americana del Gobierno ecuatoriano frustrarían estos intentos, cuyos logros quedarían reducidos a la persuasión de algunos compatriotas.

En 1942, Ecuador rompió oficialmente sus relaciones con Alemania y en 1944 le declararí la guerra. Al mismo tiempo, una Comisión interaliada había confeccionado las consabidas «listas negras» para ordenar la deportación de personas sospechosas.

La ascensión de Hitler al poder había traído al país a algunos alemanes, que dejaron su patria no por causas políticas, sino por sentirse incómodos ante los cambios que se avecinaban. A una decena de estos emigrantes se debe el principio de un asentamiento en la provincia oriental de Puyo, entonces un lugar aislado habitado por indígenas. Hoy día, Puyo se ha convertido en una pequeña ciudad y en un nudo importante de carreteras.

Más tarde llegarían de 3 a 4.000 fugitivos de habla alemana que se agruparían en asociaciones según sus lugares de procedencia, con el fin de combatir el régimen que los había expulsado de sus hogares. Fueron creados un club checo, uno austriaco y dos israelitas. Los «Reichsdeutsche» fundaron el «Movimiento Ecuatoriano-Alemán Pro Democracia y Libertad» que, después de la guerra, y bajo el nombre «Asociación Alemana del Ecuador», seguiría con sus esfuerzos por mantener vivas en el país la lengua y cultura alemanas. Tarea no exenta de problemas, dado que muchos compatriotas abandonarían pronto el pequeño país que los había acogido para volver a su patria o para buscar mayor oportunidades económicas en los Estados Unidos.

En 1955, una vez reanudadas oficialmente las relaciones diplomáticas entre Alemania y Ecuador (1952), la «Asociación Alemana» se convirtió en «Humboldt-Gesellschaft» y ampliaría sus objetivos, promocionando la cultura alemana también entre los ciudadanos ecuatorianos ¹.

Actualmente, se calcula que solamente unos 1.500 ciudadanos alemanes se encuentran en el Ecuador, la mayoría de ellos en el desempeño de un contrato comercial. Se calcula que, además, existe otro número igual de germano-ecuatorianos, que aún dominan, al menos parcialmente, el idioma materno.

¹ Arthur Weilbauer, «Die Deutschen in Ekuador», en H. Froeschle, *Die Deutschen in Lateinamerika.*, op. cit., pp. 373-408.

Capítulo XIX

MÉXICO

Tal como señalamos en otro lugar, los primeros alemanes llegaron a México como soldados de Hernán Cortés. Pero no sólo mercenarios, sino también mineros e impresores germanos buscaron en la época colonial fortuna en el país azteca. Expulsados por la Inquisición en 1601, serían reemplazados en las dos centurias siguientes por jesuitas bávaros, hasta la expulsión de éstos en 1767. En la última época del Virreinato, retornarían algunos expertos mineros para ensayar, en nombre de la Corona española, nuevos métodos de producción.

PLANES DE COLONIZACIÓN FRUSTRADOS

Tras la declaración de independencia en 1821, varios políticos e intelectuales mexicanos intentaron promover la inmigración europea, justificando su necesidad por la escasez de población. El primer emperador, Iturbide, hará publicar en la *Gaceta Imperial de México* la invitación correspondiente, y en 1823 se publicó una ley que reglamentó la hipotética cesión de tierras a los futuros colonos extranjeros. Pero las escasas personas que se acogieron a esa norma, unas 700 al año entre 1826 y 1828, tuvieron que enfrentarse a su llegada a la hostilidad de los criollos, reacios a admitir en su comunidad a europeos de distinta cultura y de diferente credo religioso.

A este rechazo se unió la conflictiva situación política interna y la prohibición para los foráneos de dedicarse al pequeño comercio. Varios proyectos colonizadores fracasarían, entre 1830 y 1840 por

estas causas, además de por otras, tales como el clima desfavorable en los lugares elegidos para los asentamientos.

En 1842, parecen mejorar las perspectivas para los inmigrantes gracias a la nueva ley que permitirá a los extranjeros ser propietarios de tierras mexicanas, pero esta medida liberalizadora fomentó la inmigración incontrolada de colonos, y acabaría por entregar toda la región de Texas y California a manos estadounidenses.

La sangría humana causada por la guerra contra los Estados Unidos, y la consiguiente cesión, tras los convenios de Guadalupe-Hidalgo (1848), de más de la mitad del territorio de la República Mexicana, hizo más necesaria que nunca una política inmigratoria capaz de atraer colonos dispuestos a defender su nueva patria. Un grupo de 30.000 alemanes estaba preparado a dar este paso siguiendo al llamamiento de la «Dirección Mexicana de Colonización e Industria» para asentarse en las regiones menos pobladas. Pero ante la negativa oficial de garantizarles absoluta libertad religiosa, optaron por dirigirse a territorios estadounidenses.

En los turbulentos años que aún transcurrirían bajo el Gobierno de Santa Ana (hasta 1855) no variaría la actitud oficial respecto a la tolerancia de una fe distinta a la católica, cuestión fundamental para los inmigrantes anglosajones, que se verían obligados a elegir como destino otros países americanos.

Durante el corto episodio del Segundo Imperio, Maximiliano intentó atraer colonos del Viejo Mundo mediante decretos que prometían todo tipo de ayudas y de facilidades para los campesinos que desearan entrar en el país. Pero estas promesas no se cumplieron, como pudieron comprobar los 500 alemanes traídos por el agente von Hiller a la península de Yucatán. Tras su desembarco, se encontraron abandonados a su suerte sin alojamientos ni preparativos de ninguna clase para su acogida. Muchos murieron a causa de la dureza del clima o de enfermedades. Los supervivientes se quedaron en Mérida y Campeche donde encontraron trabajo ¹.

Con el Imperio desaparecieron también los escasos conatos de colonización europea, igual que los numerosos aventureros que habían esperado hallar su fortuna al amparo del régimen monárquico.

¹ Marianne Oeste de Bopp, «Die Deutschen in Mexico», en H. Froeschle, *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., p. 485.

En la segunda mitad del siglo XIX, serían, en primer lugar, comerciantes germanos quienes se trasladaron a México, dado que la creación de la Federación de la Alemania del Norte (1866) fomentaría el incremento de las relaciones comerciales entre ambos países. En 1868, dos tercios del comercio exterior mexicano se encontraban en manos de empresarios de Hamburgo, y, en 1881 unas 150 casas comerciales germanas se habrán establecido en territorio mexicano.

Bajo la dictadura porfiriana (1877-1911, salvo en 1880-1884), los esfuerzos por reclutar colonos extranjeros se renovaron. Pero nuevamente fracasarían todos los planes diseñados. Los pregones y las conferencias de agentes contratados en varios «Länder» alemanes no surtieron los efectos deseados. La mala fama que México había adquirido como país hostil a los extranjeros sería aireada una y otra vez por personajes famosos, como el geógrafo Friedrich Ratzel o el periodista Emilio Ruhland, siendo esta reputación negativa más fuerte que la publicidad tranquilizadora de los representantes mexicanos. Hasta 1892, sólo 275 colonos alemanes se atrevieron a emprender el camino al país azteca.

LOS ANABAPTISTAS CANADIENSES

En 1910, la Revolución Mexicana paralizó de nuevo los tímidos inicios de la inmigración europea y la Primera Guerra Mundial haría otro tanto. En 1914, 400 marineros germanos, tripulantes de once barcos de vela detenidos en el golfo de California, erigieron campamentos en el valle de Yaqui con ánimo de quedarse en México, pero a raíz de la protesta de los indios las tierras ocupadas tuvieron que ser desalojadas.

El anti-germanismo que brotó en los Estados Unidos a raíz del comienzo de la guerra empujó a un buen número de emigrantes alemanes a buscar, siquiera temporalmente, refugio en México, pero tampoco allí estaban a salvo de la hostilidad aliada. Las presiones americanas sobre el Gobierno mexicano para que se uniera a ellos contra las fuerzas del Eje se manifestaron en un creciente aislamiento del comercio alemán en el país. En un desesperado intento por defender sus intereses, las personalidades germanas más destacadas

fundaron el «Verband Deutscher Reichsangehöriger in México» («Asociación de Miembros del Imperio Alemán»), con el fin de mejorar la imagen de su patria y de contrarrestar las campañas hostiles contra la misma. Fruto de esta iniciativa sería un complejo plan de propaganda, coordinado por la embajada alemana, que pretendía cambiar la actitud negativa de los mexicanos hacia el Imperio. La envergadura del esfuerzo propagandístico era absolutamente desproporcionada en relación con el número de habitantes de origen alemán afincados en el país, y no conseguiría cambiar ni el comportamiento oficial ni el sentir general del pueblo contra Alemania ².

Después de la Primera Guerra Mundial hubo otro proyecto colonizador fracasado, esta vez por causa de un intermediario sin escrúpulos: unas 17 familias de la cuenca del Ruhr, acuciadas por la miseria económica, se dirigieron, guiadas por la agencia «Hagelberg», a un valle cerca de Saltillo. Al llegar tuvieron que enfrentarse al hecho de que nada estaba preparado para ellos y de que habían sido víctimas de una estafa que les había costado todos sus ahorros.

La única colonización alemana duradera corrió a cargo de grupos de menonitas originarios de Rusia. A partir de 1922, aproximadamente 25.000 vinieron del Canadá a Chihuahua y Durango, donde crearon prósperos pueblos. Sus descendientes avanzarían hacia el sur, hasta los Estados de Tamaulipas y Zacatecas. Se calcula que en la actualidad residen entre 25 y 30.000 menonitas en las colonias cercanas a Cuauthémoc, 6.000 en torno a Durango y otro tanto en Zacatecas. Aislados de la civilización y también de los otros grupos germanos, viven en grandes fincas agrarias, conforme a sus leyes religiosas privados de los medios técnicos de la vida moderna.

UN HOGAR PARA EXILIADOS PROGRESISTAS

Según estimaciones, se encontraban en los años treinta en México unos 6.500 alemanes y germano-mexicanos, cuya vida cultu-

² Vid. Ingrid Schulze, «La propaganda alemana en México durante la Primera Guerra Mundial», en *Anuario del Departamento de Historia*, núm. 5, Ed. de la Universidad Complutense, Madrid, 1994.

ral transcurría en las asociaciones típicas. Una escuela privada, subvencionada por Berlín, cuidaba de la enseñanza de la lengua materna.

Cuando el partido nacionalsocialista puso en marcha su política de «Gleichschaltung» («equiparamiento») de todas las instituciones, se encontró, en un primer momento, con un fuerte rechazo por parte de los miembros más antiguos de la colonia. La resistencia sería vencida mediante la creación de una nueva organización, «Deutsche Volksgemeinschaft in Mexico» («Unión popular alemana en México»), en apariencia imparcial, pero en la práctica dirigida por partidarios del Reich, que se dedicaría a hacer propaganda nazi en sus programas culturales. Otros medios propagandísticos eran el periódico *Deutsche Zeitung von México*, con una tirada de unos 2.000 ejemplares y algunas revistas, que se esforzaban en explicar la ideología nazi a sus lectores.

La decidida actitud antifascista del gobierno mexicano, que fue el primero en Sudamérica en romper las relaciones diplomáticas con Alemania, frenaría pronto las actividades de los agentes hitlerianos.

Tras la entrada de México en el conflicto bélico en 1942 al lado de los aliados, las autoridades se hicieron cargo de la administración de todas las escuelas y asociaciones germanas existentes en el país. Varios miles de exiliados germanos aprovecharon la patente hostilidad contra el «Reich» para buscar acogida en el país. Muchos de ellos pertenecían a una élite intelectual de ideología comunista. La identificación de los políticos autóctonos con sus ideales favorecería la creación de una intensa vida cultural, basada en la creación de numerosas publicaciones propagandísticas y en la organización de múltiples actos culturales a los cuales solían asistir también miembros del Gobierno mexicano.

Entre las personalidades más destacadas de este círculo se encuentra el pedagogo y periodista Otto Rühle, socialdemócrata alemán que, en 1918, participaría en la fundación del «Spartakus-Bund» y de la Internacional Comunista Alemana. Rühle publicó importantes libros sobre pedagogía. Las autoridades mexicanas lo llamaron en 1936 de su exilio en Praga para desempeñar el cargo de consejero de Educación.

La élite literaria comunista estaba representada, entre otros, por los escritores Ludwig Renn, Anna Seghers y Bodo Uhse, por el pe-

riodista Alexander Abusch y muchos otros. Dado que los exiliados se adaptaron a la vida política mexicana, presentándose en primer lugar como antifascistas y no como comunistas, recibieron todo tipo de apoyo oficial. Como plataforma de sus reivindicaciones servían las organizaciones «Liga Pro-Cultura Alemana» (finales de 1937), el «Heinrich Heine Club» y el movimiento «Freies Deutschland», que editaría, a partir de 1941, un periódico político-literario del mismo nombre. Lejos de coordinar sus trabajos, la «Liga» y «Freies Deutschland» protagonizarían continuos enfrentamientos, parecidos a la controversia existente entre las organizaciones «Das andere Deutschland» y «Das freie Deutschland» en Argentina y otros países sudamericanos³.

Muchos de los extranjeros que buscaron refugio en México durante la guerra volverían a su término a sus patrias o emigrarían a los Estados Unidos.

³ Detalles se encuentran en el libro citado de Patrik von zur Mühlen, pp. 174-185.

Capítulo XX

CENTROAMÉRICA

Según datos de las legaciones germanas, en 1931 vivían en toda América Central unos 2.080 ciudadanos germanos. Este número tan reducido revela que esta zona nunca fue tierra de emigración para los alemanes. Todos los intentos europeos realizados a lo largo del siglo XIX de crear en Centroamérica asentamientos agrícolas terminarían siendo un fracaso. Únicamente algunos empresarios individuales o aventureros afortunados lograron establecerse en el istmo el tiempo suficiente para dejar huellas para la posteridad. La historia de gran parte de ellos está aún por escribir.

En cuanto al número y destino de los alemanes que eligieron los Estados centrales americanos como lugar de residencia, las fuentes disponibles no son completas, sino que resaltan simplemente algunas personalidades y circunstancias pintorescas relacionadas con ellas.

No sabemos prácticamente nada acerca de la presencia germana en Honduras, El Salvador y Panamá, países de tradicionalmente escaso intercambio comercial con Alemania ¹. Sobre Costa Rica, Guatemala y Nicaragua existen estudios más pormenorizados, aunque éstos tampoco ofrecen valoraciones globales, sino que se limitan a realzar determinados aspectos de la vida de los germanos en cada país. Relataremos a continuación aquellos que nos parecen más relevantes.

¹ Vid. H. Froeschle, «Die Deutschen in Mittelamerika», en *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., pp. 568-571.



Figura 8. Alemanes en Centroamérica

COSTA RICA

A pesar de los fracasos de las expediciones a Mosquitia ², hombres de la talla de Alexander von Bülow, fundador de la «Berliner Kolonisationsverein für Mittelamerika» («Sociedad Berlinesa de Colonización para Centroamérica»), impulsarían varios proyectos de emigración a Costa Rica, pero todos acabaron siendo un completo fracaso.

Por el contrario, algunos empresarios germanos que habían elegido ese país como su nueva patria alcanzarían en él fama y fortuna. Los más conocidos son el sajón Johann Barth y los hanoveranos Georg Stiepel y Eduardo Wallerstein. Los tres lograrían vincularse a las élites políticas y económicas del país, gracias a su participación en el negocio cafetero y a una inteligente combinación de matrimonios con mujeres de la alta sociedad costarricense ³.

Barth fue el primer alemán que se instaló en Costa Rica. En el año 1840, fue nombrado superintendente de las minas de oro del Monte del Aguacate, perteneciente a la compañía inglesa «Anglo Costa Rican Economical Mining Company». Más tarde, se trasladaría a Alajuela, donde adquirió propiedades y se dedicó al cultivo del café. Después trabajó para el Gobierno, siendo durante varios años director de la Casa de Moneda.

Stiepel, veterano de las batallas de Leipzig y Waterloo contra Napoleón, se dedicó al comercio en San José a partir de 1826. En 1832 inició la exportación de café a Chile, abriendo con ello un nuevo campo comercial que se convertiría en el pilar de la economía costarricense. Sus actividades lo pusieron en contacto con las más altas autoridades del país, quienes lo invitaron a participar en la recién formada «Sociedad Económica Itineraria», institución de servicio público subvencionada por el Estado, cuyo objetivo era construir y mejorar las vías de comunicación hacia los puertos a fin de facilitar la exportación del café.

Wallerstein fue primero representante de una casa inglesa hasta su vinculación, unos años más tarde, al negocio cafetero, convirtiéndose en el exportador más importante en el año 1843, puesto que

² *Vid.* al respecto el capítulo sobre Nicaragua.

³ Eugenio Herrera Balharry, *Los alemanes y el Estado cafetalero*, pp. 95-96.

mantendría por largo tiempo. Wallerstein participó también en la Sociedad Económica Itineraria, alcanzando incluso la dignidad de presidente, compartiendo así con los mandatarios del país las decisiones más importantes relativas al negocio del café.

Posteriormente Wallerstein fue nombrado cónsul de Costa Rica en Londres, incumbiéndole la misión en 1855 de solicitar ayuda del Gobierno inglés para luchar contra William Walker y sus filibusteros, que pretendían imponer su dominio sobre América Central.

Otros empresarios germanos siguieron el ejemplo de sus citados compatriotas, dedicándose en Costa Rica a diversas actividades comerciales en los sectores agrícolas (café, azúcar, plátanos), industriales (cervecería) y al negocio de exportación e importación de todo tipo de artículos.

De esa manera, la emigración alemana a Costa Rica, aunque cuantitativamente poco significativa, apenas un 0,13 % sobre el total de la población, desempeñó un papel relativamente importante en la evolución del país en el transcurso del siglo XIX.

En el siglo XX, los alemanes de Costa Rica tuvieron que sufrir las consecuencias de las dos guerras mundiales. Sus fortunas fueron incautadas, y aquellos que no habían adoptado la nacionalidad costarricense fueron obligados a abandonar el país. Diferencias internas de rango e idiosincrasia habían impedido la creación de grupos homogéneos de germanos, que juntos hubieran podido enfrentarse mejor a la adversidad.

Este individualismo, ausente en los demás países iberoamericanos, se mantendría también después de las conflagraciones bélicas una vez recuperados los bienes expropiados, aunque en ocasiones, como la del terremoto en Nicaragua en 1972, todos los alemanes de Costa Rica se uniesen para organizar la ayuda a los damnificados ⁴.

GUATEMALA

La historia de la emigración germana a Guatemala comienza en el año 1828 con la llegada de Carl Rudolf Friedrich Klee de Ham-

⁴ Götz von Houwald, «Die Deutschen in Costa Rica», en H. Froeschle, *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., p. 589.

burgo. Su empresa, Klee, Skinner & Co., se convertiría pronto en el productor más importante de cochinilla y en el máximo exportador del país.

Nombrado sucesivamente cónsul de Bremen, Hamburgo, Lübeck y también de Prusia (1845), Klee desempeñaría un importante papel en las relaciones comerciales de los Estados alemanes con Guatemala.

El tráfico comercial con Europa se solía desarrollar, en el siglo pasado, por los puertos de Honduras o por el de Santo Tomás, actualmente Matías de Gálvez. Por ello hubo en los años cuarenta del siglo XIX un cierto interés en crear asentamientos coloniales en las costas. En 1841, la «Compagnie Belge de Colonisation» había creado en Santo Tomás una colonia regida por las autoridades guatemaltecas en régimen comunitario, a la cual se dirigieron en los dos años siguientes más de 650 emigrantes alemanes. A causa del clima insalubre, epidemias y las malas condiciones sociales, en poco tiempo murieron casi trescientas personas. En abril de 1847, un barco de la Compañía devolvería a Europa a todos aquellos supervivientes que lo solicitaron. El resto aguantó en Santo Tomás, pero la colonia fue clausurada por el Gobierno en 1853.

Fracasado el intento de colonización oficial, la privada, basada en el comercio, seguiría un ritmo ascendente. Los Estados alemanes importaban, primordialmente, cochinilla y café a partir de los años ochenta. Guatemala recibía tejidos de seda de Elberfeld y Krefeld, así como ferretería de Solingen y Remscheid. A finales de los años sesenta, la provincia Verapaz había adquirido fundamental importancia para las relaciones mercantiles con Alemania. Casi toda la producción cafetera se concentraba en esta región, y gran parte de ella se encontraba en manos alemanas. Esta circunstancia atrajo a otros comerciantes, agricultores y artesanos germanos que participarían en la urbanización de la región «Alta Verapaz».

Antes de la Primera Guerra Mundial, el comercio germano-guatemalteco ocupaba el primer lugar de las exportaciones e importaciones del país. Los alemanes participantes en estas actividades desempeñaron, al mismo tiempo, un destacado papel en la vida política y social del país.

Bajo presión norteamericana, Guatemala entró en 1916 a su lado en la guerra. Sin embargo, las anunciadas expropiaciones de las

plantaciones germanas no se llevarían a cabo, debido a los conflictos internos producidos por la caída del presidente Cabrerías.

Después de la guerra, la llegada de una ola de emigrantes alemanes elevaría su número de 1.000 a unos 3.000. Muchos de ellos volverían a la Alemania hitleriana, con la esperanza de encontrar mejores condiciones de vida en la vieja patria.

La declaración de guerra al Reich efectuada en 1942 fue seguida por la confiscación sin indemnizaciones de todos los bienes de los ciudadanos alemanes. Sus fincas y plantaciones fueron convertidos en propiedades estatales y, tras la revolución de 1944, repartidas parcialmente entre los indígenas. La mayoría de los hombres fueron internados en campos de concentración estadounidenses, muchas mujeres y niños tuvieron que abandonar el país.

Aunque en los años cincuenta algunas empresas comerciales y consorcios industriales volverían a asentarse en Guatemala, el número total de alemanes residentes actualmente en el país es mínimo.

NICARAGUA

Los únicos intentos serios de llevar colonos alemanes a Nicaragua trascurrieron en el siglo XIX en la Costa de Mosquitos. Escoceses e ingleses fueron los primeros en crear agencias coloniales en la costa de Mosquitia y en Santo Tomás (Guatemala). Hasta los años treinta del siglo XIX, Nicaragua era territorio prácticamente desconocido para los alemanes. A partir de esos años, la Costa de los Mosquitos, que sería incorporada a la República Nicaragüense en 1894, comenzó a ser nombrada principalmente como refugio de piratas y corsarios. Desdeñada incluso por los ingleses como colonia, Mosquitia era gobernada por un «rey» indígena que consintió que numerosos aventureros, principalmente capitanes jubilados de la marina inglesa, recibieran grandes concesiones de tierras que pretendían vender a emigrantes europeos ignorantes de las difíciles condiciones de vida en el país. Dado que las estratagemas de los agentes fueron pronto conocidas en Inglaterra, éstos dirigieron su propaganda a Alemania.

El príncipe Carlos de Prusia, hermano del rey Federico Guillermo IV, y algunos amigos filántropos creyeron encontrar en las ofer-

tas para la emigración una solución para el destino de al menos parte de la población, depauperada a causa de las crisis económicas de los años cuarenta. Una comisión compuesta por el consejero gubernamental A. Fellechner, el médico doctor D. Müller y el comerciante C. L. C. Hesse se trasladó, en 1844, a la Costa de Mosquitos para recabar información sobre los terrenos en cuestión. Aunque sus descripciones del paisaje hallado pecaban más bien de optimismo, el príncipe Carlos llegó a la conclusión de que aquél no era apto para una colonia germana y desistió de sus planes. Sin embargo, hablaría de los informes recibidos a la comunidad de los «Herrnhuter», secta anabaptista que gozaba de su protección, con el fin de que mandasen algunos misioneros a Mosquitia. En 1846 emprenderían el viaje a Bluefields los hermanos Amadeus A. Reinke y Heinrich Gottlob Pfeiffer, que realizarían una fecunda labor entre los indígenas también en el interior del país.

Las reticencias del príncipe Carlos respecto a la promoción de la Costa de Mosquitia como destino para emigrantes alemanes no fueron compartidas por otros interesados en la creación de colonias en Centroamérica. El tema se convirtió en materia para numerosos libros, que contribuyeron a difundir una imagen equivocada de las posibilidades reales para asentamientos coloniales. En octubre de 1846 llegaron los primeros emigrantes germanos a Bluefields, donde fundaron la colonia «Carlstadt» en honor del príncipe Carlos de Prusia. Pero las numerosas dificultades, sobre todo el clima tropical, diezmaron a los colonos, quedando la colonia virtualmente disuelta en 1852. Los supervivientes se trasladaron a regiones vecinas o consiguieron volver a Alemania. Los misioneros moravos tampoco ayudaron a sus compatriotas pertenecientes a otras congregaciones religiosas, sino que prefirieron dedicarse a la conversión de los indios⁵.

Otro contingente de emigrantes, que había partido de Berlín en 1846 con el mismo destino, se quedaría en la isla danesa de St. Thomas, a causa de la falta de dinero para pagar la travesía a Mosquitia. La empresa alemana Wiemann, Bollinger & Co. empleó a parte de ellos en sus oficinas, facilitando a otros el viaje a los Estados Unidos.

⁵ Göetz von Houwald, *Los alemanes en Nicaragua*, pp. 153-183.

En los años cincuenta, un grupo de germano-americanos que querían huir de la guerra de Secesión hizo un nuevo intento por crear una colonia en tierras del Río Grande compradas al inglés Welsh. Pero antes de finalizar la primera fase de construcción del asentamiento, los promotores averiguaron que los títulos de propiedad de Welsh no eran auténticos. Por ello, tampoco esta iniciativa fue coronada por el éxito.

A partir de la misma fecha, decenas de miles de aventureros atravesaban Nicaragua en su camino a California en busca de oro, entre ellos numerosos alemanes. Algunos se quedarían para siempre en el país, dedicándose a negocios diversos, a la hostelería o empleándose como obreros.

El auge de la «ruta de tránsito» vía Nicaragua, señalada por Cornelius Vanderbilt como camino más cómodo y barato del océano Atlántico al Pacífico, incrementó sustancialmente la atención de los Estados Unidos a la zona, disputando a Gran Bretaña su tradicional influencia en la costa atlántica. Intereses contrapuestos de nicaragüenses, europeos y norteamericanos darían lugar a enfrentamientos diplomáticos y armados en torno al puerto de Greytown. El coronel Henry S. Kinney, director de la sociedad colonialista «Central American Land & Mining Company», a la cual pertenecieron también colonos germanos, se erigió, en 1855, por breve tiempo en dueño del mismo.

Asimismo, el filibustero William Walker fue protagonista de otro intento rocambolesco de conquistar Nicaragua. Walker, que ya había intentado la creación de un Estado propio en el sur de California, tenía un contrato para un proyecto de colonización que le sirvió como base para invadir el país y autoproclamarse su presidente. Entre sus tropas, se encontraban al menos dos compañías de alemanes. Pero también en las fuerzas centroamericanas, aportadas por Nicaragua, Costa Rica y Guatemala contra Walker, se hallaron ciudadanos alemanes, que se enfrentarían en la batalla de Rivas (1856) a sus compatriotas en defensa de la independencia de los países centroamericanos. El plan de Walker de introducir unos 300 mercenarios en Nicaragua con el fin de asentarlos en el país para «mejorar la raza» acabaría con su derrota y huida a Panamá. Tras dos tentativas posteriores de repetir su intentona, fue entregado a las autoridades hondureñas, quienes lo fusilarían en 1860.

Tras haberse demostrado definitivamente la imposibilidad de crear colonias agrarias alemanas en la Costa de los Mosquitos, ya incorporada a Nicaragua, la emigración alemana se nutrirá exclusivamente de individuos que buscaban por su cuenta y riesgo fortuna en el país.

La fundación de la República de Nicaragua en 1854, que puso fin a varios años de guerras civiles, dio al país cierta estabilidad que atrajo, en los años siguientes, a diversas empresas alemanas a la capital, Managua. Muchas alcanzarían renombre, como la «Ferretería» de Wilhelm Jericho que sería la primera en su género; lo mismo cabe decir de la «Botica Internacional» de Gustav C. Lembke. Ambos ramos quedarían en el futuro en manos alemanas. También el de la imprenta se convertiría en especialidad de emigrantes germanos. Heinrich Gottel había sido el fundador, en 1865, del primer periódico en la ciudad de Rivas. Una vez trasladado a Managua, editaría también el *Porvenir de Nicaragua*, que gozaría durante muchos años de justificada fama en el istmo ⁶.

Pequeñas concentraciones de alemanes en el interior se registraron, antes de la Segunda Guerra Mundial, únicamente en la cordillera central, en Matagalpa y Jinotega, donde vivían del comercio cafetero y de la ganadería. También hay constancia de familias alemanas en las ciudades de Chinandega, León, Granada y Masaya. En esta última residió, por algún tiempo, un grupo de judíos germanos que poseía prósperos negocios.

En la Primera Guerra Mundial, Nicaragua, como los demás países centroamericanos, se puso del lado de los Estados Unidos, pero los alemanes residentes en el país, cuyo número total no llegaba a 200, no fueron importunados.

Después de la Gran Guerra llegaron nuevos inmigrantes de condición social bastante inferiores a los antiguos: pequeños empleados, oficiales y soldados sin trabajo, y también fugitivos de la justicia. En 1920, las estadísticas oficiales registraron 310 ciudadanos alemanes, de los cuales muchos adoptarían la nacionalidad nicaragüense, por lo que el número de cabezas de familia de nacionalidad alemana quedaba reducido a 76 en 1936.

⁶ *Idem*, en H. Froeschle, *Die Deutschen in Lateinamerika*, p. 639.

El comienzo de la Segunda Guerra Mundial supuso para la pequeña colonia germana el final de la tradicional amistad de los nicaragüenses. Una ola de odio recorrió el país, lo que se tradujo, a nivel oficial, en la detención de todos los hombres, incluso los ancianos, que fueron deportados a Estados Unidos, y en la confiscación de todos sus bienes.

Al final del conflicto volvieron a normalizarse las relaciones bilaterales. La afluencia de alemanes seguía siendo escasa, tratándose, en la mayoría de los casos, de jóvenes contratados por el Gobierno de Managua o por empresas privadas, que sólo trabajarían temporalmente como técnicos o expertos en diversos campos.

Capítulo XXI

EL CARIBE

Al margen de las empresas de los Welser en Santo Domingo en la época de Carlos V, no se tienen noticias de la presencia de alemanes en el Caribe a lo largo del siglo XVI. En la centuria siguiente, la Paz de Westfalia obligó a España a reconocer la independencia de las Repúblicas Unidas de Holanda, y el derecho de éstas a enviar barcos a las Indias Occidentales. El abandono del monopolio comercial español daría lugar a prósperos negocios de las compañías marítimas, que consistían en la compra de negros en África, aunque en teoría el derecho de asiento estaba reservado a los ingleses y la venta de esclavos en las islas caribeñas, en las cuales se cargaban los buques de azúcar y de otros productos para Europa.

KURLAND

Uno de los príncipes alemanes que participaba en tan lucrativo negocio fue el duque Jakob von Kurland, cuya esposa tenía participaciones en la Compañía Holandesa de la Indias Occidentales. El duque había comprado en 1651 el delta del río Gambia en África y deseaba adquirir también una isla en el Caribe como base para sus transacciones. La desastrosa situación financiera del dueño inglés de la isla Tobago, Robert Rich, obligó a éste a vender su propiedad, que pasaría a manos de von Kurland en 1654. Bajo el mando del capitán Mollens, se creó en Tobago la colonia «Neu-Kurland» en torno a un fuerte y la pequeña ciudad «Jacobusstadt». Sus habitantes fueron fundamentalmente campesinos ex-presidarios de Letonia,

también algunos holandeses, alemanes e ingleses. Epidemias y enfrentamientos con los indios exigieron pronto vidas humanas como tributo. Tampoco la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales vio con buenos ojos la propiedad del duque y ocupó parte de la isla en 1632. En 1655, tras el estallido de la guerra entre Suecia y Polonia en la cual se vieron envueltos Brandenburgo y Rusia, la Compañía aprovechó la ocasión para extender su dominio a los territorios del duque.

Von Kurland consiguió, en las estipulaciones de la Paz de Oliva, el reconocimiento de sus derechos en Tobago por parte de Carlos II de Inglaterra, teniendo, a cambio, que abandonar sus posesiones en Gambia. Pero holandeses y franceses no respetaron el acuerdo. La Paz de Breda, que puso fin a la segunda guerra marítima entre Inglaterra y Holanda, asignó Tobago a esta última. La resistencia que los ingleses residentes en la isla opusieron a los nuevos dueños no serviría de mucho, dado que en 1674 se confirmaría la soberanía holandesa sobre la misma.

Las continuas disputas no consiguieron impedir que von Kurland se adueñase nuevamente de Tobago, unas semanas antes de su muerte en 1682. Su hijo, Johann Kasimir, no proseguiría la lucha, sino que intentó vender la isla al príncipe elector de Prusia. Pero entre tanto el fiscal general de Carlos II había declarado nula la primera transferencia de Tobago a Kurland. El proceso judicial que siguió a esta decisión duraría casi hasta el final del propio Ducado de Kurland ¹.

LAS ISLAS DANESAS

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, Hamburgo se había convertido en la «puerta alemana» a ultramar ². Aquí vivía la mayoría de los grandes comerciantes que participaban en los negocios de esclavos y de azúcar en los mercados caribeños. La mayoría eran miembros de las compañías marítimas escandinavas. Los daneses

¹ Hermann Kellenbenz, «Die Deutschen in der Karibik», en *Die Deutschen in Lateinamerika*, op. cit., pp. 613-614.

² *Idem*.

erigieron como base en el Caribe la isla de St. Thomas a finales del siglo xvii, y St. Jan (1718) y St. Croix (1733) en el xviii, contando en sus negocios con la colaboración de empresarios procedentes de Schleswig y Holstein, además de la ciudad hanseática. Asimismo, empleaban a muchos alemanes como personal administrativo.

St. Thomas fue también, durante 30 años, el lugar de la sede comercial de las compañías de Brandenburgo (1685-1715), gracias a la concesión que el holandés Benjamin Raule, jefe de las empresas ultramarinas del gran elector, había recibido del Gobierno de Dinamarca.

Las islas danesas fueron, además, escenario de la labor misionera de la secta morava de los «Herrnhuter». Tras un primer intento fracasado en 1733, en el cual sobrevivieron solamente 8 de los 29 misioneros enviados, que volverían todos salvo uno a su patria, se crearía una misión permanente en 1736. En los dos años siguientes, el número de misioneros sería ampliado a ocho y el de los hermanos a 36.

En las otras islas del Caribe encontramos alemanes en Bonaire al servicio de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, en St. Eustatius, lugar de reunión de comerciantes germanos, en Santo Domingo y en Jamaica ³.

EMPRESARIOS CON ÉXITO

Durante las guerras de independencia al comienzo del siglo xix, el Caribe fue el destino de legionarios europeos luchadores en las guerras napoleónicas. Entre ellos, se encontraba un grupo de oficiales y soldados de Hannover que prestaba servicio a la Corona inglesa en Jamaica.

En 1815, se liberalizó el comercio entre St. Thomas y Europa, reservado hasta entonces a barcos que navegaban bajo bandera danesa. La abolición del monopolio favoreció a los navíos germanos de las ciudades hanseáticas y de otros puertos del Mar del Norte. Lo mismo ocurriría con Cuba dos años más tarde.

³ *Idem.*

En 1819, vivían ya 84 alemanes en La Habana, entre ellos 28 agricultores, 48 artesanos y cinco comerciantes. 39 de ellos fundaron, en el mismo año, una asociación destinada a ayudar a compatriotas necesitados. En 1845, funcionaban en Cuba un total de 15 casas comerciales alemanas, 14 de ellas hanseáticas, repartidas en La Habana (8), Matanzas, Trinidad y Santiago Cienfuegos. Un nuevo club, el «Deutscher Verein», creado en 1861, sirvió como lugar de encuentro y de esparcimiento.

Prusia estableció relaciones consulares con La Habana en 1825, gesto que sería imitado en las décadas siguientes por otros Estados alemanes. En 1872, tras la creación del Imperio, un Consulado General sustituiría a todas las representaciones regionales.

En 1834, a raíz de la abolición de la esclavitud en las islas caribeñas, agentes ingleses querían importar trabajadores blancos de Europa para sustituirlos. La empresa Myers, en Kingston/Jamaica, hizo también propaganda en Alemania, y consiguió la captación de unas cien personas en zonas de la Baja Sajonia que llegarían a finales del mismo año a la capital jamaicana. En un principio, fueron alojados en el interior de la isla, pero el clima tropical mermaría sus fuerzas y el aislamiento dificultó su abastecimiento, por lo que muchos abandonarían los lugares asignados para migrar a pueblos urbanizados. Solamente en Seaford Town pudo mantenerse una colonia autóctona. Las difíciles condiciones de vida en la misma fomentaron la endogamia y la decadencia de los habitantes, que vivieron largo tiempo separados de la civilización.

El auge del comercio ultramarino germano con las islas del Caribe siguió durante el último tercio del siglo XIX, dando lugar a la creación de bases empresariales en los centros mercantiles más importantes; y, en consecuencia, al aumento del número de personas de nacionalidad alemana cuyas vidas son poco conocidas.

La familia más famosa es, seguramente, la de Johann Theophil Siegert, de Grosswalditz en Silesia, llegado en 1820 a Angostura. Siegert fue contratado por los rebeldes venezolanos y dirigió, durante muchos años, los departamentos de cirugía de los hospitales militares de la provincia Guayana. Al mismo tiempo, se dedicaba a la producción de una esencia alcohólica, que sería comercializado más tarde como «Angostura Bitter», convirtiéndose en una marca de fama mundial. Más tarde, la empresa se trasladó a Port of

Spain, en la isla Trinidad, donde se encuentra en el cementerio Laprouse el magnífico mausoleo de la familia Siegert.

Según estimaciones, antes de la Primera Guerra Mundial se encontraban en las Indias Occidentales 2.100 alemanes de una población de aproximadamente 8 millones. El reparto era el siguiente: 1.000 en Cuba, 700 en Haití, 100 en Santo Domingo, 150 en Puerto Rico y otro tanto en el conjunto de las demás islas ⁴.

La guerra de 1914 supuso para los alemanes residentes en islas pertenecientes a enemigos del Imperio el internamiento en campos de concentración y la pérdida de sus bienes. En los años treinta, la política racista del régimen hitleriano llevaría a miles de fugitivos al Caribe, especialmente a Cuba. Pero la gran mayoría (unos 10.000) sólo permanecería en la isla el tiempo necesario para pedir asilo en los Estados Unidos o para migrar a otras zonas de Sudamérica.

⁴ W. Mann, *Das Deutschtum in Lateinamerika*, p. 3.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

APÉNDICES

Existe una vasta bibliografía que los emigrantes germanos han desarrollado en Colombia. Sin embargo, en Norma y Sudamérica. En muchos casos, se trata de estudios monográficos de una determinada comunidad, escritos por los descendientes o amigos de los colonos de la misma, de difícil localización y de dudoso valor científico. Ofrecemos, a continuación, una selección de obras generales que ofrecen, en su mayoría, una perspectiva amplia, superando la visión meramente anecdótica de la vida de algunos grupos emigrantes en tierras americanas.

- Archdeacon, Thomas J. *Becoming American: the Ethnic History*, The Free Press, A Division of MacMillan Inc., Nueva York 1983. Historia de las etnias extranjeras y de su proceso de asimilación diferente a la vida norteamericana.
- Archdeacon, Thomas J. *Los alemanes en la conquista de América*, Ed. Legado, Buenos Aires 1981. Libro sobre la participación de los Fugges y los Welser en las expediciones del descubrimiento.
- Arndt, Dr. Karl J. R. (editor), *Der Freundschaftsvertrag von 1785 zwischen dem Kaiserthum der Königlich Preussischen und den Vereinigten Staaten von Amerika*, Heims Meiss Verlag, Munich 1977. Texto bilingüe, inglés-alemán, del Tratado de Amistad y Comercio firmado en 1783 entre Federico el Grande y los Estados Unidos de América.
- Arndt, Karl J. y Olsen, May E. (editores), *German-American Newspapers and Periodicals, 1732-1913*, Heidelberg, 1963. Relación e historia de los periódicos alemanes publicados en los Estados Unidos en el tiempo referido.
- Blancpain, Jean-Pierre, *Los alemanes en Chile*, Ediciones Pedagógicas Chileñas, Santiago, 1985. Síntesis de la voluntariosa tesis doctoral del autor,

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Existe una vasta bibliografía sobre el papel que los emigrantes germanos han desempeñado en los últimos 500 años en Norte y Sudamérica. En muchos casos, se trata de estudios monográficos de una determinada comunidad, escritos por los descendientes o amigos de los colonos de la misma, de difícil localización y de dudoso valor científico. Ofrecemos, a continuación, una selección de obras generales que ofrecen, en su mayoría, una perspectiva amplia, superando la visión meramente anecdótica de la vida de algunos grupos emigrantes en tierras americanas.

Archdeacon, Thomas J., *Becoming American. An Ethnic History*, The Free Press, A Division of MacMillan Inc., Nueva York 1983. Historia de las etnias extranjeras y de su proceso de asimilación diferente a la vida norteamericana.

Arciniegas, Germán, *Los alemanes en la conquista de América*, Ed. Losada, Buenos Aires 1941. Libro sobre la participación de los Fugger y los Welser en las expediciones del descubrimiento.

Arndt, Dr. Karl J. R. (editor), *Der Freundschaftsvertrag von 1785 zwischen seiner Majestät dem König von Preussen und den Vereinigten Staaten von Amerika*, Heinz Moos Verlag, Múnich 1977. Texto bilingüe, inglés-alemán, del Tratado de Amistad y Comercio firmado en 1785 entre Federico el Grande y los Estados Unidos de América.

Arndt, Karl J., y Olsen, May E. (editor), *German-American Newspapers and Periodicals, 1732-1955*. Heidelberg, 1961. Relación e historia de los periódicos alemanes publicados en los Estados Unidos en el tiempo reseñado.

Blancpain, Jean-Pierre, *Los alemanes en Chile*, Ediciones Pedagógicas Chilenas, Santiago, 1985. Síntesis de la voluminosa tesis doctoral del autor,

- que procura analizar la presencia germana en Chile de 1816 a 1945 desde un punto de vista objetivo.
- Born, Joachim/Dickgiesser, Silvia, *Deutschsprachige Minderheiten*, Institut für deutsche Sprache, Mannheim, 1989. Visión general de la situación de la lengua alemana en 27 países.
- Brandt, Armin M., *Bau deinen Altar auf fremder Erde: Die Deutschen in Amerika - 300 Jahre Germantown*, Seewald Verlag, Stuttgart, 1982. Historia de la colonización germana en Norteamérica, escrita en ocasión del 300.º aniversario de la fundación de «Germantown.»
- Brunn, Gerhard, *Deutschland und Brasilien*, Böhlau Verlag Köln-Wien, 1971. Análisis de la política imperialista de Guillermo II en Brasil, desde 1889 hasta 1914.
- Caillet-Bois, Ricardo R., *La independencia de la América española y la diplomacia alemana*, Universidad de Buenos Aires, Fac. de Filosofía y Letras, 1968. Selección de documentos históricos, principalmente cartas de diplomáticos germanos, acerca de la política alemana frente a los insurrectos.
- Carande, Ramón, *Carlos V y sus banqueros*, Revista de Occidente, Madrid, 1943. Obra clásica, que ofrece un minucioso examen de las relaciones del emperador y sus financieros, entre los que destacan las casas Fugger y Welser.
- Crespo R., Alberto, *Alemanes en Bolivia*, Ed. Los amigos del Libro, La Paz, 1978. Vida y obra de algunos personajes alemanes en Bolivia a lo largo de los siglos XVI al XIX.
- O'Connor, Richard O., *Die Deutsch-Amerikaner. So wurden es 33 Millionen*, Hoffmann u. Campe, Hamburgo, 1970. Historia completa de la emigración alemana a Norteamérica.
- Dobert, Eitel Wolf, *Deutsche Demokraten in Amerika: die Achtundvierziger und ihre Schriften*, Vandenhoeck u. Ruprecht, Göttingen, 1958. Examen de los escritos y del comportamiento de los demócratas alemanes más importantes llegados a los Estados Unidos tras la revolución de 1848.
- Durzak, Manfred, *Das Amerika-Bild in der deutschen Gegenwartsliteratur*, W. Kohlhammer Verlag, Stuttgart, 1979. Análisis de textos de algunos importantes escritores alemanes contemporáneos respecto a su presentación de la imagen de Norteamérica.
- Ebel, Arnold, *Das Dritte Reich und Argentinien*, Böhlau Verlag Köln, 1971. Trata de las relaciones diplomáticas y la política comercial entre la Alemania hitleriana y Argentina (1933-1939).
- Elbe, Joachim von, *Unter Preussenadler und Sternenbanner*, C. Bertelsmann Verlag, Gütersloh, 1983. Impresiones de un exiliado alemán, que vuelve a Alemania tras el paréntesis hitleriano, en calidad de miembro del ejército americano de ocupación.

- Faupel, Wilhelm, *Ibero-América y Alemania*, Carl Heymanns Verlag Berlín, 1933. Varios artículos que exaltan la participación de algunos protagonistas alemanes en la Historia del subcontinente americano. Enfoque típico del germanismo en el extranjero cultivado en la época nacionalsocialista.
- Federmann, Nicolás/Schmidl, Ulrich, *Alemanes en América*, Ed. de Lorenzo E. López, Historia 16, Madrid, 1985. Relata las aventuras que Federmann y Schmidl vivieron en Iberoamérica en la época de la conquista.
- Francis, R. Douglas/Jones, Richard/Smith, B. Donald, *Origins. Canadian History to Confederation*, y *Destinies. Canadian History since Confederation*. Holt Rinehart & Winston of Canada, Ltd., Toronto, 1988. Historia del Canadá en dos tomos; en ambos se dedican capítulos especiales a la inmigración europea.
- Friede, Juan, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, Ediciones Edime, Caracas-Madrid, 1961. Versión, que pretende ser objetiva, del papel que los alemanes desempeñaron en la conquista y colonización de Venezuela y Colombia.
- Friedl Zapata, José, *Del coloniaje al siglo xx*, Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1976. Testimonios de escritores alemanes acerca de Bolivia. Un mosaico de impresiones de diferentes autores acerca de temas diversos.
- Froeschle, Hartmut (Ed.), *Die Deutschen in Lateinamerika*, Horst Erdmann Verlag, Tübingen, 1979. Obra básica para seguir el destino de los emigrantes alemanes en el subcontinente americano desde el siglo xvi hasta nuestros días. Varios autores relatan, en más de 800 páginas, y país por país, con una visión bastante idealizadora, sus logros más importantes.
- , *Die Deutschen in Kanada*, Österreichische Landsmannschaft, Viena, 1987. Breve síntesis (123 pp.) de la historia y de las características de los germanos afincados en el Canadá.
- Furer, Howard B.; *The Germans in America, 1607-1970*, Oceana Publications Inc., Dobbs Ferry, Nueva York, 1973. Cronología de la vida de los colonos alemanes en Norteamérica.
- Giudici, Ernesto, *Hitler conquista América*, Editorial Acento, Buenos Aires, 1938. Libro «militante» contra el peligro de que los nacionalsocialistas alemanes se hagan los dueños de América Latina.
- Hagen, Victor von, *Deutsche bauen Amerika*, Droemer Knaur Verlag, Múnich, 1970. La aportación de personajes y grupos alemanes a la construcción de América en los siglos xv-xix.
- Henningsen, Manfred, *Der Fall Amerika. Zur Sozial- und Bewusstseinsgeschichte einer Verdrängung. Das Amerika der Europäer*, List Verlag, Múnich, 1974. Exposición de la evolución de la imagen americana de los euro-

peos, desde su idealización en el siglo XIX hasta un supuesto anti-americanismo en nuestros días.

Herrera Balharry, Eugenio, *Los alemanes y el Estado cafetalero*, Ed. Universidad Estatal a Distancia, San José de Costa Rica, 1988. Valoración positiva de la labor que los emigrantes alemanes han desempeñado en la política y la economía costarricenses, especialmente en el negocio cafetero.

Houwald, Göetz von, *Los alemanes en Nicaragua*, Colección Cultural Banco de América, Managua, 1975. El autor, embajador de la República Federal de Alemania en Nicaragua en el momento de la edición del libro, pone de relieve la labor de los emigrantes alemanes más destacados en Nicaragua.

Humbert, Jules, *La ocupación alemana de Venezuela en el siglo XVI*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1983. Traducción de una obra escrita por el autor francés en 1821, en plena época de germanofobia. Se discute el papel que los Welser desempeñaron en Venezuela de 1528 a 1556, negando los méritos que historiadores germanos han atribuido tradicionalmente a los banqueros y a sus empresas en Latinoamérica.

Jackisch, Carlota, *El Nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina, 1933-1945*, Editorial de Belgrano, Argentina, 1989. Estudio de los avatares que los refugiados alemanes antifascistas, especialmente los judíos, vivieron en Argentina, y de las cortapisas oficiales a las cuales tuvieron que enfrentarse.

Kahle, Günter, *Simón Bolívar y los alemanes*, Inter Naciones, Bonn, 1980. Analiza las relaciones de Bolívar con importantes personajes germanos como Wilhelm von Humboldt, Johann von Uslar, Otto Philipp von Braun y otros.

Kapp, Friedrich: *Soldatenhandel deutscher Fürsten nach Amerika (1775-1783)*, Franz Duncker Verlag, Berlin 1864. Detallada exposición (295 pp.) del tráfico de mercenarios alemanes con América, por parte de los príncipes germanos en el siglo XVIII.

Keil, Hartmut (editor), *German Workers' Culture in the United States, 1850-1920*, Smithsonian Institution Press, Washington, 1988. Historia de los inmigrantes obreros alemanes en los Estados Unidos y de su influencia sobre los trabajadores nacionales.

Knabe, Wolfgang, *Aufbruch in die Ferne*, DMH-Verlagsgesellschaft, Augsburg, 1990. Relato documentado de la emigración al Nuevo Mundo de bávaros y suabos desde 1803 a 1914.

Kossok, Manfred, *Im Schatten der Heiligen Allianz*, Akademie-Verlag, Berlín, 1964. Analiza la actitud de los Estados de la Confederación Germánica frente a los movimientos independentistas de Latinoamérica de 1815 a 1830.

- Kronzucker, Dieter u. Emmerich, Klaus, *Das amerikanische Jahrhundert*, 2.^a ed. ECON Verlag, Düsseldorf, 1989. El papel desempeñado por los Estados Unidos en la política mundial en el siglo xx.
- Liesegang, Carl, *Deutsche Berg- und Hüttenleute in Süd- und Mittelamerika*, Hamburger Romanistische Studien, Hamburg, 1949. Aportaciones de especialistas alemanes al desarrollo de la minería y la metalurgia en Latinoamérica desde el siglo xv al xix.
- Mann, Arthur, *Immigrants in American Life*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1974. Publicación y comentario de diversos documentos autobiográficos de algunos emigrantes, que relatan su dura experiencia hasta echar raíces en los Estados Unidos.
- Mann, W., *Das Deutschtum im Lateinamerika*, E. Runge Verlag, Berlín, 1927. Breve historia de los colonos germanos en los diferentes Estados iberoamericanos, incluyendo consejos respecto a una posible emigración a dichos países.
- Martinic Beros, Mateo, *Los alemanes en Magallanes*, Publicaciones del Instituto de la Patagonia, Punta Arenas, 1981. Trabajo de investigación sobre la vida de los inmigrantes alemanes en Magallanes y su aportación a Chile.
- McLemore, S. Dale, *Racial and Ethnic Relations in America*, Allyn & Bacon Inc., Boston, 1980. Comparación de la historia de los emigrantes de distintas etnias y su grado de asimilación en la sociedad norteamericana.
- Mentz de Boege, Brígida, *México en el siglo xix, visto por los alemanes*. Universidad Nacional autónoma de México, 1982. Síntesis de la tesis doctoral de la autora que intenta explicar la visión negativa, manifestada por gran parte de la población alemana del siglo xix, hacia México.
- Mühlen, Patrick von zur, *Fluchtziel Lateinamerika*, Verlag Neue Gesellschaft GmbH, Bonn, 1988. Refleja los resultados de la investigación exhaustiva del autor sobre la vida y las actividades de los exiliados alemanes antifascistas en Iberoamérica desde 1933 hasta 1945.
- Oberacker, Karl Heinrich jr., *Der deutsche Beitrag zum Aufbau der brasilianischen Nation*, Herder Editora Livrería Ltda., São Paulo, 1955. La epopeya de los colonos alemanes en Brasil, desde el punto de vista de su aportación al desarrollo de la nación brasileña.
- Panhorst, Carlos, *Los alemanes en Venezuela*, Ed. Voluntad, S. A., Madrid, 1927. Libro que relata, en términos favorables a los alemanes, los pormenores de la estancia en Venezuela de los hombres enviados por la casa Welser desde 1529 a 1556.
- Piltz, Thomas, *Die Deutschen und die Amerikaner*, Heinz Moos Verlag, München, 1977. Documentación ilustrada, en edición bilingüe alemán-in-

- glés, de la participación de alemanes en la vida norteamericana desde 1492 hasta nuestros días.
- Plattner, Felix Alfred, *Deutsche Meister des Barock in Südamerika*. Herder Verlag, Freiburg, 1960. Presentación de las obras artísticas realizadas por jesuitas alemanes en Sudamérica en los siglos XVII y XVIII.
- Pommerin, Reiner, *Das Dritte Reich und Lateinamerika*. Droste Verlag, Düsseldorf, 1977. Tesis Doctoral del autor, que trata de la política oficial hitleriana puesta en práctica en Centro y Sudamérica entre 1939 y 1942.
- Ramos, Demetrio, *La revolución de Coro de 1533, contra los Welser y su importancia para el régimen municipal*. Boletín Americanista, Universidad de Barcelona, Fac. de Filosofía y Letras. Estudio de un episodio que supuso un nuevo giro en la relación de los pobladores de Venezuela con los Welser.
- Radkau, Joachim, *Die deutsche Emigration in den USA*, Bertelsmann Universitätsverlag, Hamburgo, 1971. Análisis de la emigración «de élite» germana a los Estados Unidos durante el régimen hitleriano.
- Schäfer, P.K. *Alexander von Humboldt, Die Wiederentdeckung der Neuen Welt*, Carl Hanser Verlag, Múnich, 1992. Selección de los diarios de viaje de Alexander von Humboldt, 1801-1804.
- Sierra, Vicente, *Los jesuitas germanos en la conquista espiritual de Hispanoamérica*. Publ. Nr. 15, Institución Cultural Argentino-Germana, Buenos Aires, 1944. Relato pormenorizado sobre la obra evangelizadora y artística de los jesuitas alemanes en las Misiones.
- Sowell, Thomas, *Ethnic America*, Basic Books Inc. Publishers, Nueva York, 1975. Historia de las etnias que conforman la población de los Estados Unidos de América.
- Stoudt, John Joseph, *Sunbonnets and Shoofly Pies. A Pennsylvania Dutch Cultural History*, A.S. Barnes & Co., Nueva York, 1973. Historia cultural de los colonos germanos en Pennsylvania desde su llegada en el siglo XVII hasta nuestros días.
- Walter, Rolf, *Los alemanes en Venezuela*, Asociación Cultural Humboldt, Caracas, 1985. Relación de la historia de alemanes relevantes en Venezuela desde Colón hasta Guzmán Blanco.
- Weber, Gaby, *»Krauts« erobern die Welt*, Libertäre Assoziation, Hamburgo, 1982. Reportaje sobre la vida actual de diversos grupos alemanes en Latinoamérica, escrito desde un enfoque político izquierdista. La autora critica su talante reaccionario y «colonialista».
- Wright, Louis B., *The Cultural Life of the American Colonies 1607-1763*, Harper & Row Publishers, Nueva York, 1956. El distinto desarrollo cultural en las diversas colonias norteamericanas, en el tiempo señalado, según el país de procedencia de los emigrantes.

- Zavala, Domingo Felipe, *Hispanoamérica-Angloamérica, causas y factores de su diferente evolución*, Ed. MAPFRE, S. A., Madrid, 1992. Analiza el origen y desarrollo del dominio europeo en Norte y Sudamérica, poniendo de relieve las características de la colonización hispana y anglosajona.
- Zweig, Stefan, *Américo Vesputio*, Editorial Juventud, Barcelona, 1983. La participación del navegante italiano en la conquista de América y, relacionada con ésta, la confusa historia del bautizo del Nuevo Mundo.

- Abbasid, Almansur, 312.
 Adams, Thomas, 216.
 Adams, Theodor W., 114.
 Agner, John Jakob, 167.
 Aguirre Corral, Pedro, 723.
 Albers, Josef, 116.
 Alcaide, Simon de, 29.
 Alejandro VI, papa, 27.
 Alejandro II, zar de Rusia, 100, 173.
 Alejandro II, zar de Rusia, 109.
 Alemann, Johann, 179.
 Allinger, Ambrosio, 30.
 Alfonso V, rey de Portugal, 24.
 Alende, Salvador, 227.
 Almagro, Diego de, 35.
 Althaus-Warant, 236.
 Alvariz Cabral, Pedro, 137.
 Alvarez, Carlos, Jr., 161, 162.
 Ana, reina de Inglaterra, 73, 79, 82.
 Anzenhofer, Karl, 207.
 Ansbach-Brandeb., 73.
 Aronowicz, Samuel, 211.
 Aspel, Willi, 116.
 Asper, John Jakob, 104.
 Augold, John Peter, 103.
 Atzenmull, Georg, 97.
 Avellemia, Nicolas, 176.
 Bachmayer, Ludwig, 116.
 Baldwin, Alfred, 242.
 Balanowski, Josef Emanuel, 218.
 Banqueton, Marcel, 218.
 Barre, Edoardo de la, 217.
 Barro, Luis, 213.
 Barsh, Johann, 263.
 Bassewinn, Albert, 117.
 Baum (familia), 234.
 Baumeler, Joseph, 89.
 Bayre, Hans, 116.
 Beck de Harzburg, Guido, 219.
 Beckmann, Max, 137.
 Bechtel, Ludwig von, 82.
 Behaim, Martin, 39.
 Belaktsar, Solomon de, 31.
 Belgians, Manuel, 161, 162.
 Belavsky, Peter, Elias, 271.
 Bernsch, Otto, 116.
 Berns, Alexander, 263, 266.
 Berg, Carlos, 160.
 Bernfeld, Sigmund, 116.
 Beria, Hans A., 115.
 Berghstein, Bruno, 116.
 Bernack, Otto-Leopold, príncipe de, 193, 191, 190, 173, 178, 216.
 Birnack, Johann, 17.
 Blancpain, Pierre, 17.
 Bianqui, H., 37.
 Bloch, Konrad E., 113.
 Block, Adrian, 50.
 Block, Herbert, 113.
 Blumen, Bärbel, 195, 233, 237.
 Blumenfeld, Hermann, 145.
 Böhm, Ferdinand, 178.
 Böhm, Johann Heinrich, 141.
 Böhm, Simon, 59, 246, 256, 263.
 Boerland, Alton, 41, 43, 43.
 Boonen Everts, 218.
 Borch, John Wilket, 97.
 Borch, Kerst von, 90.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abusch, Alexander, 282.
 Adametz, Teresa, 216.
 Adorno, Theodor W., 116.
 Agner, João Jakob, 147.
 Aguirre Cerdá, Pedro, 223.
 Albers, Josef, 116.
 Alcazaba, Simón de, 29.
 Alejandro VI, papa, 27.
 Alejandro II, zar de Rusia, 109, 175.
 Alejandro II, zar de Rusia, 109.
 Alemann, Johann, 179.
 Alfinger, Ambrosio, 30.
 Alfonso V, rey de Portugal, 24.
 Allende, Salvador, 225.
 Almagro, Diego de, 30.
 Althaus (barón), 256.
 Alvares Cabral, Pedro, 135.
 Alvear, Carlos de, 161, 162.
 Ana, reina de Inglaterra, 58, 59, 62.
 Anwandter, Karl, 207.
 Ansbach (conde), 75.
 Anwandter (familia), 211.
 Apel, Willi, 116.
 Astor, John Jakob, 104.
 Atgeld, John Peter, 103.
 Atzerodt, Georg, 97.
 Avellaneda, Nicolás, 176.
 Bachhofer, Ludwig, 116.
 Baldomir, Alfredo, 242.
 Balmaceda, José Manuel, 218.
 Baquedano, Manuel, 218.
 Barra, Eduardo de la, 217.
 Barros Luco, Ramón, 215.
 Barth, Johann, 285.
 Bassermann, Albert, 117.
 Baner (familia), 254.
 Baumeler, Josph, 89.
 Bayer, Hans, 116.
 Beck de Ramberga, Guido, 219.
 Beckmann, Max, 117.
 Beethoven, Ludwig van, 82.
 Behaim, Martin, 29.
 Belalcázar, Sebastián de, 31.
 Belgrano, Manuel, 161, 162.
 Belmonte Pabón, Elías, 251.
 Benesch, Otto, 116.
 Benitz, Alexander, 265, 266.
 Berg, Carlos, 180.
 Bernfeld, Sigfried, 116.
 Bethe, Hans A., 115.
 Bettelheim, Bruno, 116.
 Bismarck, Otto-Leopold, príncipe de, 100, 101, 150, 153, 178, 216.
 Bitterick, Johann, 37.
 Blancpain, Pierre, 17.
 Blanqui, H., 37.
 Bloch, Konrad E., 115.
 Block, Adriaen, 50.
 Block, Herbert, 115.
 Blumen, Barthel, 195, 255, 257.
 Blumenau, Hermann, 145.
 Böhm, Ferdinand, 178.
 Böhm, Johann Heinrich, 141.
 Bolívar, Simón, 39, 246, 256, 263.
 Bonpland, Aimé, 41, 43, 45.
 Boonen Rivera, 218.
 Booth, John Wilkes, 97.
 Borcke, Keros von, 96.

- Borgward, Isabel, 216.
 Bougainville, Louis-Antoine de, 41.
 Bradford, William, 62, 63.
 Brand, Eduard, 247.
 Brandt, Karl, 115.
 Brandt, Sebastián, 27.
 Braun, Otto Philipp, 246, 256.
 Brecht, Bertold, 116.
 Bredemeyer, Franz, 263.
 Bruening, Hans Heinrich, 260.
 Bukofzer, Manfred, 116.
 Bullrich, Adolfo, 168, 169.
 Bulnes Prieto, Manuel, 199, 201, 219.
 Bülow, Alexander von, 285.
 Bunke, Erich, 193.
 Bunke, Tamara, 193.
 Burgoyne, Johnny, 71, 77.
 Busch Becerra, Germán, 250-253.
 Caballero, Bernardo, 229.
 Cahensly, Peter Paul, 106.
 Cambiazo, Miguel José, 202, 203.
 Carlos, príncipe de Prusia, 288, 289.
 Carlos, príncipe de Solms-Braunsfeld, 82.
 Carlos I, emperador de España y V de Alemania, 13, 14, 15, 28, 29, 295, 293.
 Carlos IV, rey de España, 41.
 Carlos II, rey de Inglaterra, 294.
 Castellanos, Aaron, 172, 173.
 Castelo Branco, Humberto de Alencar, 157.
 Castilla, Ramón, 258.
 Castro, Cipriano, 264.
 Catalina II la Grande, emperatriz de Rusia, 75, 235.
 Christiansen, Hendrick, 49, 50.
 Codazzi, Agustín, 265, 266.
 Collor, Lidolfo, 157.
 Colm, Gerhard, 115.
 Colón, Cristóbal, 14, 23-27.
 Cooper, James Fenimore, 80.
 Correa de Irarrázaval, Isabel, 220.
 Cortés, Hernán, 32, 277.
 Cortizzo, Ernesto, 272.
 Crespo, Domingo, 172.
 Crespo Torres, Joaquín, 263.
 Cristian I, rey de Dinamarca, 24.
 Cromberger, Jacobo, 28, 34.
 Cromberger «el Mozo», Jacobo, 34.
 Culmey, Carl, 181.
 Curth, Heinrich, 178.
 Custer, George Armstrong, 96, 97.
 Damrosch (familia), 108.
 Damsroch, Leopold, 108.
 David, Hans T., 116.
 De Forest, David Curtis, 164.
 Debs, Eugene Victor, 103.
 Degenhardt (padre), 220.
 Delbrück, Max, 115.
 Deutsch, Ernst, 117.
 Deutsch, Felix, 116.
 Dick, John, 122.
 Dietsch, Andreas, 90.
 Doering, Adolfo, 180.
 Dorrego, Manuel, 169.
 Drago, Luis María, 265.
 Duden, Gottfried, 80.
 Durst, Michael, 36, 255.
 Dwerhagen, Hermann C., 166, 171.
 Eben, Ewald von, 247.
 Eberhard, Hermann, 204, 205.
 Ehinger, Enrique, 30.
 Eichler, Wilhelm, 142.
 Einstein, Albert, 115.
 Einstein, Alfred, 116.
 Eisenhower, Dwight D., 114.
 Elbers, J. B., 271.
 Elcano, Juan Sebastián, 29.
 Elsner (familia), 254.
 Engelhard, Adam, 37.
 Engle, George, 103.
 Enrique VIII, rey de Inglaterra, 28.
 Ercilla, Alonso de, 198.
 Ericson, Leiv, 23, 24.
 Ernst, Max, 117.
 Eschenburg, Johann, 163.
 Eschwege, Wilhelm Ludwig Freiherr von, 142.
 Espiñeira, Domingo, 198.
 Espina, Jorge, 31.
 Federico II el Grande, rey de Prusia, 69, 72, 75, 76.
 Federico Guillermo IV, rey de Prusia, 288.
 Federmann, Nicolás, 31.
 Feiler, Artur, 115.
 Feininger, Lyonel, 116.
 Feldmann, Andrés, 36.
 Fellechner, A., 289.
 Fendler, August, 267, 268.
 Fernández de Enciso, Martín, 28.

- Fielden, Samuel, 102, 103.
 Fischer, Adolph, 103.
 Fischer, Erdmann, 232.
 Flint, Ferdinand, 200, 206.
 Flores, Bartolomé, véase Blümlein, Bart-
 hel.
 Follen, Paul, 81.
 Forbes, John Murray, 164.
 Forrell, Philip von, 41.
 Förster, Bernard, 231, 232.
 Forster, Georg, 40.
 Francisco I, rey de Francia, 28.
 Francisco Javier, san, 35.
 Frank, James, 115.
 Franklin, Benjamin, 57, 63, 72.
 Frers, Germán, 172.
 Freyreiss, Georg Wilhelm, 142.
 Frick, Guillermo, 199, 200, 206, 207.
 Friedlaender, Walter, 116.
 Friedländer, David, 42.
 Froebel, Friedrich, 216.
 Fromm, Erich, 116.
 Fuchs, José, 180.
 Fuchs, Teodoro von, 202.
 Fugger (familia), 28-30, 32, 159.
 Führ, Carlos, 204.
 García, José Ignacio, 198.
 Gasser, Erwin, 254.
 Gasser, Óscar, 254.
 Gassner (familia), 232.
 Gebhardt, Hermann P., 242.
 Geiriger, Karl, 116.
 Geisel, Ernesto, 156, 157.
 Giebert, Georg, 240.
 Giessen, Carlos, 202.
 Gildemeister, Juan, 259.
 Gilman, Claudio, 204.
 Goebbels, Joseph Paul, 194.
 Goehring, Hermann, 260.
 Gómez, Juan Vicente, 265.
 González von Marés, 222.
 Götzel, Heinrich, 291.
 Grant, Ulysses, 109.
 Gropins, Walter, 116.
 Grosz, George, 117.
 Guggenheim (familia), 108.
 Guillermo II, emperador de Alemania,
 151, 182, 247.
 Gusinde (padre), 220.
 Gustavo Adolfo II, rey de Suecia, 51.
 Gutenberg, Johannes Gensfleisch, llama-
 do, 61, 108.
 Haenke, Thaddaeus, 256.
 Haimbhausen (condes), 37.
 Haimbhausen, Carlos, 37, 38.
 Halbach (familia), 164.
 Halbach, Franz, 164, 165, 171.
 Hamilton, Andrew, 62.
 Hammer, Fritz, 272.
 Hammerstein, Oscar, 108.
 Harper, Robert, 64.
 Harschl, H. Antoni, 37.
 Hassaurek, Friedrich, 87.
 Hasskarl, Justus Karl, 260.
 Hatzfelder, Georg, 54.
 Haupt, Hermann, 97.
 Hauser, Gustavo, 202.
 Hayes, Rutherford Birchard, 88.
 Hecker, Friedrich, 87, 88, 92, 96.
 Héede, Carlos, 204.
 Heine, Karl, 167, 168.
 Heinemann, Eduard, 115.
 Heis, Johann Kaspar, 73.
 Helms, Zacharias, 161, 255, 256.
 Herbart, Johann Friedrich, 216.
 Herchheimer, Nicholas, 71, 72.
 Herre, Michael, 37.
 Herzfeld, Ernst, 115.
 Hess, Victor F., 115.
 Hesse, C. L. C., 289.
 Hillebrand, João Daniel, 147.
 Hindemith, Paul, 116.
 Hitler, Adolf, 112, 113, 152, 153, 185,
 186, 242, 251, 252, 276.
 Hohermut, Jorge, véase Espira, Jorge.
 Hojeda, Alonso de, 14.
 Höller, Alfred, 246.
 Holmberg, Eduardo, 180.
 Holmberg, Freiherr von, 161, 162.
 Horkheimer, Max, 115.
 Horney, Karen, 116.
 Hosie, Stuart, 272.
 Host, Francisco, 180.
 Hudson, Henry, 50.
 Hülsen, Johann von, 139.
 Humboldt, Alexander von, 25, 39-45, 95,
 163, 245, 256, 263.
 Humboldt, Guillermo von, 40, 163.
 Humboldt, Marie Elisabeth von, 40.
 Hunter, Robert, 59.

- Hut, Hans, 116.
 Hutten, Felipe de, 31.
 Iturbide, Agustín de, 277.
 Iturrigaray, José de, 44.
 Jackson, Andrew, 81, 97.
 Jacobo II, rey de Inglaterra, 52.
 Jahn, Friedrich Ludwig, 92.
 Jefferson, Thomas, 45.
 Jericho, Wilhelm, 291.
 Jiménez de Quesada, Gonzalo, 31.
 Johnson, Alvin, 115.
 Johnson, William, 60.
 Jorge I, rey de Inglaterra, 59.
 Jorge III, rey de Inglaterra, 69, 71, 75.
 José II, emperador de Austria, 263.
 Juan VI, rey de Portugal, 143.
 Juana de Austria, reina de Portugal, 38.
 Justo, Agustín Pedro, 188.
 Kailitz, Eduardo, 161.
 Kämmerer, Werner, 272.
 Kark, Augusto, 204, 205.
 Kark, Hermann, 204.
 Keidel, Hans, 180.
 Keil, Wilhelm, 89.
 Kelpius, Johannes, 56.
 Kennedy, Edward, 118.
 Kennedy, John F., 118.
 Kessler, Robert, 193.
 Kindermann, Franz, 200, 201.
 King, Martin Lutero, 118.
 Kinkel, Gottfried, 88.
 Kirchheimer, Otto, 116.
 Klee, Carl Rudolf Friedrich, 286, 287.
 Klemperer, Otto, 116.
 Knyphauser, Guillermo de, 76.
 Koch, Heinrich, 90.
 Koebler, Wolfgang, 116.
 Koerner, Emil, 218.
 Koffka, Kurt, 116.
 Konder, Viktor, 157.
 Kopp, Emil, 271.
 Kopp, Leo S., 271.
 Körner, Gustav, 83, 84.
 Kortner, Fritz, 117.
 Kosseda, Martin, 244.
 Kraus, Juan, 37.
 Krug, Gustav, 261.
 Krüger, João Federico, 147.
 Kruse, Enrique, 202.
 Kundt, Hans, 249, 250.
 Kunst, Friedrich Wilhelm, 247.
 Kurland, Jakob von, 293, 294.
 Kurland, Johan Kasimir von, 294.
 Kürlis, Peter, 55.
 Kurz, Sebastian, 34.
 Kusch, Polykarp, 115.
 Kyllmann, Wilhelm, 248.
 Laemmle, Carl, 113.
 Lampe, Heinrich Johannes, 247.
 Land, Matthäus, 29.
 Lechler, Willibaldo, 202, 203.
 Lederer, Johannes, 53.
 Leichentritt, Hugo, 116.
 Leisler, Jacobo, 52.
 Leiter, August, 247.
 Lembke, Gustav C., 291.
 León, XIII, papa, 106.
 Leopoldina de Austria, 141, 143.
 Leslie, Frank, 96.
 Lewin, Kurt, 116.
 Lincke, Juan Federico, 202.
 Lincoln, Abraham, 87, 88, 95, 96, 97, 109.
 Lintz, Ludwig, 223.
 Lipmann, Fritz A., 115.
 Lispergner, Pedro, 195.
 Loderer, John, 53.
 Loeb (familia), 108.
 Loewi, Otto, 115.
 López, Carlos Antonio, 229.
 López de Santa Ana, Antonio, 278.
 Lorentz, Pablo, 180.
 Lotto, Julio von, 202.
 Ludwig, Emil, 192.
 Ludwig, Karl, 164.
 Ludwig, Maria, 73.
 Luis XIV, rey de Francia, 52.
 Lutero, Martin, 34.
 Lützow, Heinrich von, 247, 263.
 Lynch, Patricio, 164, 172.
 Madison, James, 45.
 Magallanes, Fernando de, 29, 159, 198.
 Maintzhausen, Friedrich Christian, 232.
 Mann, Thomas, 115, 116.
 Marcuse, Herbert, 116.
 Mariana de Austria, reina de España, 15.
 Markgraf, Georg, 140.
 Märter, Franz Josef, 263.
 Martínez Irala, Domingo, 229.
 Martire, Petrus, 28, 29.

- Martius, Karl Friedrich Philipp von, 142, 145.
 Marx, Karl, 89.
 Massing, Paul, 116.
 Matta, Guillermo, 216, 218.
 Maximiliano I, emperador de Alemania, 28.
 Maximiliano I, emperador de México, 278.
 Médicis, Lorenzo Pedro Francisco de, 26.
 Mendelssohn, Moises, 42.
 Mendoza, Pedro de, 32, 229.
 Mengele, Josef, 194, 237.
 Mergenthaler, Ottmar von, 108.
 Metthernich, Klemens, príncipe de, 163.
 Meyerhof, Otto, 115.
 Middendorf, Ernst von, 246, 260.
 Miller, Anton, 37.
 Minuit, Peter, 49-51.
 Mirabeau (conde), 75.
 Mitre, Bartolomé, 175.
 Mittelberger, Gottlieb, 66.
 Montejo, Francisco de, 32.
 Montt, Manuel, 202.
 Moritz, Karl, 267.
 Most, Johann, 103.
 Mosheim, Grete, 117.
 Mühlenberg, John Peter Gabriel, 70, 71, 77.
 Müller, D., 289.
 Müller, Lauro, 157.
 Münch, Friedrich, 81.
 Münch, Paul, 81.
 Napoleón I, emperador de Francia, 45, 79, 216, 246, 263.
 Napoleón III, emperador de Francia, 149.
 Napp, Richard, 178, 179.
 Nassau-Siegen, Moritz von, 140.
 Nast, Thomas, 94, 104, 105, 176.
 Neebe, Oscar, 102, 103.
 Neruda, Pablo, 223.
 Neumann, Cristian, 202.
 Neumann, Fritz, 232.
 Nicholls, Richard, 52.
 Nicholson, Francis, 52.
 Niederlein, Gustavo, 180.
 Nietzsche, Federico, 231.
 Nithard, Johannes Eberhard, 15.
 Nordenflycht, Fuerchtegott Leberecht von, 161, 255, 256.
 Northcliffe (lord), 112.
 Orange (dinastía), 50.
 Otmar, Johannes, 26.
 Oven, Wilfred von, 194.
 Owen, Robert, 89.
 Pablos, Juan de, 34.
 Páez, José Antonio, 265.
 Paine, Thomas, 70.
 Panofsky, Erwin, 115, 116.
 Parsons, Albert, 102, 103.
 Pastorius, Franz Daniel, 54-56.
 Pauli, Wolfgang, 115.
 Pedro I, emperador del Brasil, 141, 143.
 Pedro II, emperador del Brasil, 149, 150.
 Pedro Canisio, san, 35.
 Penn, William, 53, 54, 56, 124.
 Peñaranda, Enrique, 252.
 Pérez Rosales, Vicente, 202, 207.
 Perón, Juan Domingo, 194.
 Pfeiffer, Heinrich Gottlob, 289.
 Pfluecker, Carlos, 257.
 Philippi, Bernhard Eunom, 197-203, 206.
 Philippi, Rudolf Amandus, 216.
 Pies, Wilhems, 140.
 Pining, Dietrich, 24.
 Pinochet, Augusto, 225, 226.
 Pizarro, Francisco, 30.
 Plate, Claus von, 226.
 Poeppig, Eduard, 197, 260.
 Pombal (marqués), 141, 143.
 Pothorst, Hans, 24.
 Prado, Manuel, 262.
 Primoli, H., 37.
 Prochelle (familia), 211.
 Ptolomeo, Claudio, 13, 25, 26.
 Pueyrredón, Juan Martín de, 169.
 Rank, Otto, 116.
 Rapp, Johann, 89.
 Ratzel, Friedrich, 279.
 Rauch, Federico, 169.
 Raule, Benjamin, 295.
 Redl, Fritz, 116.
 Reich, Heinrich, 174.
 Reich, Wilhelm, 116.
 Reik, Theodor, 116.
 Reimann, Ferdinand, 36, 255.
 Reimer, Gustav, 244.
 Reinke, Amadeus A., 289.
 Remarque, Erich Maria, 116.
 Renato II, duque de Lorena, 25.

- Renn, Ludwig, 281.
 Renous, Johann, 200, 206.
 Rich, Robert, 293.
 Richard, Carl, 247.
 Ried, Aquinas, 201, 206, 207.
 Riedesel, Adolfo, 77.
 Ringmann, Matias, 25-27.
 Ríos, Juan Antonio, 222.
 Rittenhausen, Guillermo, 62.
 Rivadavia, Bernardino, 165, 167, 169.
 Roca, Julio A., 179, 180.
 Rochambeau (conde), 69.
 Rockfeller, John Davidson, 104.
 Rodríguez de Francia, José Gaspar, 39, 229.
 Rudolfo, Antolín, 257.
 Roebing, Johann August, 84.
 Roesel, Peter, 139.
 Roettingen, Bucardo María de, 219.
 Rohe, Mies van der, 116.
 Rolón, Justo, 185.
 Roosevelt, Theodore, 105.
 Rosas, Juan Manuel de, 169, 170, 174, 239.
 Ross, Colin, 185.
 Rothschild (familia), 108.
 Rudloff, Ludwig, 211, 212.
 Rues, Gaspar, 36.
 Ruh, Wilhelm, 267.
 Ruhland, Emilio, 279.
 Rühle, Otto, 281.
 Saavedra Lamas, Carlos, 187.
 Sailer, Jerónimo, 30.
 Salamanca, Daniel, 249, 250.
 Salas, José G., 203.
 San Martín, José de, 161.
 Sanfuentes, Juan Luis, 201, 215.
 Santa María, Domingo, 215.
 Santos Montejo, Eduardo, 272.
 Sarmiento, Domingo Faustino, 175, 179.
 Sauer, Juan Cristóbal, 62-64.
 Sauer III, Christoph, 64.
 Schäffer, Georg Anton, 143.
 Schäfer, Paul, 227.
 Schärer, Eduardo, 233, 237.
 Schaumburg Lippe, Friedrich Wilhelm zu, 141.
 Scheibler (familia), 166.
 Schetz, Erasmus, 139.
 Schiller, Federico, 76.
 Schmalig, Friedrich Wilhelm, 165, 167.
 Schmidel, Ulrich, 32, 161, 229.
 Schmidt, Francisco, 152.
 Schneider, Ferdinand, 174.
 Schneider, Roman, 216.
 Schnurbusch, Wilhelm, 272.
 Schönberg, Arnold, 116.
 Schönberg, August, 108.
 Schroeder, António Luiz, 147.
 Schücht, Joseph, 263.
 Schueler (hermanos), 211.
 Schetz-Holzhausen (barón), 258.
 Schulze, Ingrid, 15, 16.
 Schurz, Carl, 88, 91, 94, 96.
 Schwab, Michael, 103.
 Schwebel, Johann Andreas, 141.
 Schwelm, Adolfo Julio, 181.
 Schythe, Jorge Ch., 203.
 Seghers, Anna, 281.
 Señoret, Manuel, 204.
 Sepp, Anton, 39.
 Siegert, Johann Theophil, 296.
 Siemsen, August, 192.
 Sigel, Franz, 96.
 Siles, Hernando, 249.
 Simmel, Ernst, 116.
 Simón, Carlos Alejandro, 202, 206.
 Smith (capitán), 52.
 Sousa, Alfonso de, 139.
 Spangler, Edward, 97.
 Spies, August, 102, 103.
 Spix, Johann Baptist von, 142.
 St. Leger, Barry, 71.
 Staden, Hans, 32, 139.
 Stalin, Josef, 242.
 Stegmann, Claudio, 171.
 Stern, Otto F., 115.
 Stenben (general von), 72, 73, 77.
 Stiepel, Giorg, 285.
 Stockebrandt, Clara, 216.
 Stroessner, Alfredo, 237, 238.
 Stubenrauch, Rodolfo, 204, 205.
 Sturm, Philipp, 141.
 Sturz, Johann Jakob, 145.
 Stutterheim, Máximo, 180.
 Stuyvesant, Peter, 51.
 Suárez, Marco Fidel, 272.
 Sutter, Johann, 84.
 Szell, George, 116.
 Talagante, Elvira de, 195.

INDICE TOFONIMICO

- Tamajo, Armando, 268.
 Tellier, Charles, 177.
 Terra, Gabriel, 242.
 Thater, Albert, 211.
 Theiss, H., 194.
 Thimaens, Carlos, 202.
 Thordarson, Thorfinn, 24.
 Tietjen, Albert, 272.
 Tjarks, Hermann, 179.
 Todd, José María, 168.
 Toller, Ernst, 116.
 Toro, Daniel, 250.
 Torres Bollo, Diego, 36.
 Tovar, Manuel de, 266.
 Transylvanus, Maximilianus, 29.
 Tschudi, Johann Jacob von, 260.
 Tweed, William M., 105.
 Uhle, Max, 246.
 Uhse, Bodo, 281.
 Urban, Ignacio, 142.
 Uriburu, José F., 183-185.
 Urquijo, Mariano Luis, 41.
 Urquiza, Justo José de, 171-174.
 Uslar, Johannes von, 247, 263.
 Uslar, Jorge, 263.
 Usselinckx, Willem, 51.
 Valdivia, Pedro de, 195, 198.
 Vanderbilt, Cornelius, 290.
 Vargas, Getulio, 152-154, 157.
 Varge, Hans, 159.
 Varnhagen, Friedrich Ludwig Wilhelm, 142.
 Vasconcellos, Franzão de, 135.
 Vergara, José Antonio, 216.
 Vernet, Luis, 165, 166.
 Vespucio, Américo, 13, 14, 25-27.
 Victoria, Benjamín, 180.
 Viel, Óscar, 203.
 Villarroel, Gualberto, 252, 253.
 Villegas, Micaela, 256.
 Voltaire, 75.
 Waldo, Samuel, 65.
 Waldsemüller, Martin, 13, 25-27.
 Walker, William, 286, 290.
 Wallerstein, Eduardo, 285, 286.
 Walter, Bruno, 116.
 Washington, George, 71, 73, 76.
 Weber, Daniel, 161.
 Weber, Max, 96.
 Weber, Pedro, 37.
 Wedemeyer, Joseph, 90.
 Weichmann, Louis, 97.
 Weil, Felix, 116.
 Weiser, Johann Konrad, 59, 60, 71.
 Weitling, Wilhelm, 89, 90.
 Welser (familia), 14, 18, 28-32, 293.
 Welser, Bartolomé, 31.
 Wendler, Ernst, 251, 252.
 Werfel, Franz, 116.
 Wertheimer, Max, 116.
 Werthemann, Artur, 260.
 Westinghouse, George, 104.
 Wied-Neuwied, Maximilian de, 142.
 Wigner, Eugene, 115.
 Williams, Juan, 199.
 Williamson, David, 61.
 Wilson, Thomas W., 112.
 Winkel, Carlos, 202.
 Wittfogel, Karl A., 116.
 Woldt, Hermann, 256, 257.
 Wolf, Juan, 37.
 Wolf, Theodor, 275.
 Ynciarde, Felipe de, 43.
 Yrigoyen, Hipólito, 189.
 Zeisberger, David, 61.
 Zenger, Johann Peter, 62.
 Zeppelin (conde), 96.
 Zimmermann, Johan Christian, 163-167.
 Zinzendorf (conde), 61.
 Zuckmayer, Carl, 116.
 Zweig, Stefan, 116, 192.

ÍNDICE TOPONÍMICO

- Acadia, 121, 122.
 Acapulco, 44.
 Acarigua, 31
 — río, 268.
 Acobamba, 258.
 África, 238, 293.
 Aguada, 167.
 Alajuela, 285.
 Albany, 71.
 Alberta, 126-128.
 Altona, 126.
 Amazonas (río), 43, 44, 141, 142, 258.
 Amazonía, 31.
 Amberes, 139.
 América Latina, 133, 134, 140, 163.
 Ancud, 198, 214.
 Andes (cordillera), 37, 44, 252.
 Angostura, 43, 296.
 Antietam (batalla), 96.
 Antofagasta, 215, 247.
 Appenzell, 240.
 Aranjuez, 41, 42.
 Araucanía, 215, 219.
 Argentina, 134, 145, 159, 161, 163-167,
 169, 171, 176, 177, 179-184, 187-194,
 197, 220, 229, 236, 237, 241, 242,
 282.
 Arica, 212, 247, 260.
 Asia, 36.
 Asunción, 231-233, 236, 238.
 Atlántico (océano), 84, 126, 154, 261, 290.
 Atlas (cordillera), 41.
 Augsburg, 30, 38, 233, 255.
 Auschwitz, 194.
 Austria, 36, 38, 58, 99, 104, 128, 152, 163,
 188, 213, 241, 269.
 Badajoz, 29.
 Baden, 87, 88, 233.
 Baden (Canadá), 124.
 Bahía, 142, 143.
 Balcanes, 126.
 Bamber (Canadá), 124.
 Bamberg, 37.
 Baradero, 172.
 Barcelona, 38, 41.
 Barranquilla, 271, 272.
 Basilea, 240.
 Baviera, 37, 83, 219, 220.
 Belice, 254.
 Bellavista, 256.
 Berlín, 40, 88, 118, 134, 147, 150, 151,
 168, 183, 197, 198, 218, 251, 260,
 268, 281, 289.
 Berna, 240.
 Bethlehem, 61.
 Bio-Bio (río), 213.
 Black Hill, 59.
 Bluefields, 289.
 Blumenau, 145, 149, 150.
 Bogotá, 31, 271, 273.
 Bohemia, 61.
 Bolivia, 193, 236, 245-255.
 Bonaire, 295.
 Boston, 59, 69, 116.
 Brandeburgo, 208, 294.
 Brandywine, 71.
 Brasil, 32, 43, 116, 134, 135, 139-143,
 145-149, 151-157, 161, 163, 166-168,

- 171, 174-176, 187, 188, 222, 229, 237, 242.
- Bremen, 125, 141, 164, 170, 247, 287.
- Breslau, 257.
- Breslau (Canadá), 124.
- Breton (isla), 121.
- British Columbia, 125, 129.
- Brunnendorf, 59.
- Brunswick, 65, 77, 199.
- Bruswig, 122, 145.
- Bucaramanga, 271.
- Bucovina, 268.
- Buenos Aires, 32, 37, 161, 163-174, 176-180, 182, 183, 185-187, 194, 244, 247, 255.
- Buffalo, 89.
- Burdeos, 45.
- Burgos, 29.
- Burlington, 55.
- Cabeza de Mar, 203.
- Cádiz, 41, 163.
- Cai (río), 144.
- Cajamarca, 258.
- Cajatambo, 256.
- Calabozo, 43.
- Calbuco (archipiélago), 197.
- Calera de Tango, 38, 39.
- California, 84, 278, 290
- golfo, 279.
- Callao (El), 255-258, 261.
- Cambridge (Estados Unidos), 81.
- Campeche, 278.
- Canadá, 15, 52, 58, 60, 64, 71, 121-125, 127-129, 155, 175, 234, 235, 254, 280.
- Canarias (archipiélago), 42.
- Caracas, 43, 263, 264, 266, 267.
- Caribe (mar), 271, 293, 295-297.
- Carlisle, 73.
- Carolina del Norte, 65.
- Carolina del Sur, 65.
- Cartagena de Indias, 44, 246.
- Caseros (batalla), 171.
- Casiquiare (río), 43.
- Casma, 257.
- Castelli, 181.
- Castilla, 13.
- Centroamérica, 39, 133, 134, 283, 286, 289.
- Cerro Castillo (valle), 204.
- Cerro de Pasco, 256, 258, 259.
- Chacarita, 167, 168.
- Chachamayo, 260.
- Chaco (El), 179-181, 234-237, 249, 250.
- Chascomús, 169.
- Chicago, 100, 101, 103, 116.
- Chihuahua, 280.
- Chile, 17, 37, 38, 134, 185, 197, 199-202, 204, 206, 207, 209, 210, 213-219, 221-223, 225, 226, 236, 249, 255, 261, 285.
- Chiloé, 187, 198, 212, 214.
- Chilpancingo, 44.
- Chimborazo (volcán), 44.
- Chinadega, 291.
- Chincha, 29.
- Chingui Loma, 232.
- Cholula, 44.
- Choroní, 266.
- Chorroarín, 168.
- Chquisaca, 245.
- Cincinatti, 83, 85, 92, 94.
- Clayton County, 90.
- Cochabamba, 247.
- Colombia, 194, 271-273.
- Comodoro Rivadavia, 180.
- Concepción, 37, 215-217, 221, 222, 224.
- Concón, 218.
- Constantinopla, 53.
- Contulmo, 214.
- Copiapó, 220.
- Corcovado, 197.
- Córdoba (Argentina), 37, 182, 194.
- Cornwall, 59, 123.
- Coro, 30, 31, 264.
- Corral, 200, 202, 208.
- Corrientes, 166.
- Coruña (La), 42.
- Costa Rica, 283, 285, 286, 290.
- Coverdale, 123.
- Cracovia, 161.
- Crimea, 174.
- Cuauthémoc, 280.
- Cuba, 42, 43, 295-297.
- Cumaná, 43.
- Curitiba, 145.
- Cuzco, 255.
- Danubio (río), 155.
- Delaware, 51, 65.
- río, 45, 53.
- Dinamarca, 295.

- Doña Francisca, 145, 150.
 Dos Sinos (río), 144, 147.
 Dry Tortugas, 97.
 Dunquerque, 173.
 Durango, 280.
 Ecuador, 88, 275, 276.
 Edenwold, 126.
 Edmonton, 126.
 Elberfeld, 165, 287.
 Entre Ríos, 172, 176, 182.
 Erlangen, 142.
 Ernesttown, 123.
 España, 15, 17, 23, 27-31, 36, 38, 41, 50,
 58, 133, 134, 140, 159, 162, 195, 245,
 256, 263, 264, 293.
 Esperanza, 173.
 Espíritu Santo, 146, 156.
 Estados Unidos, 15, 45, 57, 76, 79, 82, 84,
 85, 88-90, 92, 94, 99, 100, 103-109,
 111, 113-119, 121, 123, 126, 127, 154,
 163, 164, 175, 184, 187, 190, 191,
 226, 234, 235, 243, 252, 262, 264,
 265, 268, 272, 273, 276, 278, 279,
 282, 289-292, 297.
 Estrasburgo, 26.
 Europa, 13-15, 24, 30-32, 35, 37, 38, 40,
 41, 45, 53, 65, 84, 100, 103, 104, 110,
 111, 121, 129, 139, 142, 148, 152,
 162, 173, 174, 177, 203, 215, 216,
 224, 258, 268, 287, 293, 295.
 Evián (conferencia), 190.
 Eydtkuhnen, 176.
 Filadelfia, 44, 53-56, 60, 62, 65, 70, 81, 89,
 91, 106.
 Florida, 52, 97.
 Florida (La), 181.
 Francia, 14, 23, 41, 49, 58, 77, 104, 149.
 Frankfurt, 52, 54, 108, 142, 247.
 Fredericksburgh, 123.
 Freiberg/Sajonia, 40.
 Frutillar, 209.
 Fuchsdorf, 59.
 Galápagos (archipiélago), 275.
 Galitzia, 126.
 Gambia, 294.
 — río, 293.
 Georgia, 64, 65.
 Geral (sierra), 145.
 Gerlachsdorf, 59.
 Germantown, 54-56, 60-63, 123.
 Ginalsburg, 89.
 Girardot, 272.
 Goa, 35.
 Gran Bretaña, 99, 127, 190, 290.
 Granada (Nicaragua), 291.
 Gredna, 126.
 Greytown, 290.
 Groenlandia, 23, 24.
 Guache (río), 268.
 Guaira (La), 264-266.
 Guanajuato, 44.
 Guatavita (lago), 31.
 Guatemala, 283, 287, 288, 290.
 Guaviare, 31.
 Guayana, 43, 296.
 Guayaquil, 44, 105, 275.
 Guyará, 36.
 Habana (La), 43, 44, 296.
 Haití, 297.
 Halifax, 122.
 Halle, 71.
 Hamburgo, 125, 164, 165, 170, 178, 183,
 247, 260, 261, 264, 279, 286-287, 294.
 Hanover, 122, 233.
 Harmony, 89.
 Harper's Ferry, 64.
 Hartmannsdorf, 59.
 Heidelberg (Canadá), 124.
 Hesse, 71, 124, 175, 208.
 Hinojo de Olavarria, 176, 177.
 Hof, 237.
 Hoffnungsan, 126.
 Hohenau, 232.
 Holanda, 14, 23, 27, 49-51, 59, 75, 140,
 293.
 Homberg, 139.
 Honda, 271.
 Honduras, 283, 287.
 Huacho, 259.
 Huancavelica, 256.
 Huanchaco, 258.
 Hudson (río), 50.
 Huefel-Comuy, 214.
 Huillínco, 214.
 Huincul, 180.
 Humán, 213.
 Humboldt, 126.
 Hungría, 99, 155.
 Hurón, 125.
 Iberoamérica, 15, 18.

- Ijuí, 149.
 Illinois, 85, 100, 103.
 India, 50.
 Indiana, 89.
 Indias, 26, 50.
 Indias Occidentales, 40, 53, 134, 293, 297.
 Indias Orientales, 35, 139.
 Inglaterra, 14, 23, 27, 40, 41, 49, 52, 53,
 58, 59, 64, 67, 69, 70, 75, 154, 264,
 288.
 Iowa, 100.
 Ipacaray (lago), 231.
 Iquihue, 215.
 Irlanda, 59, 84, 99.
 Itajai-Acu (río), 145.
 Italia, 99, 134, 265.
 Itzacihuatl (volcán), 44.
 Jamaica, 295.
 Jinotega, 291.
 Johannisdorf, 146.
 Jorullo (volcán), 44.
 Josephstal, 126.
 Kassel, 201.
 Kiel, 268.
 Kneiskerndorf, 59.
 Krefeld, 53, 54, 287.
 Labrador (península), 24.
 Lambayeque, 260.
 Langenburg, 126.
 Leiden, 140.
 Leipzig, 268, 285.
 Leningrado, 268.
 León (Nicaragua), 291.
 Letonia, 293.
 Liebstadt, 140.
 Lima, 44, 245, 248, 255-258, 261.
 Límites (tratado), 140.
 Lisboa, 38, 141, 159, 163.
 Llanos (Los), 31.
 Llanquihue (lago), 198, 201, 207, 208, 213,
 214, 226.
 Londres, 45, 58, 59, 88, 89, 191, 268.
 Lorena, 25.
 Louisbourg, 121.
 Louisville, 94.
 Lower Dublin, 55.
 Loxa, 44.
 Lübeck, 247, 287.
 Lucerna, 240.
 Luisiana, 45.
 Luján, 166.
 Lüneburg, 122, 124.
 Lützen, 51.
 Lyon, 38.
 Madison, 64.
 Madrid, 15, 17, 41, 42, 218, 256.
 Magallanes, 202-204, 206.
 — estrecho, 29, 30, 198, 199, 204.
 Magdalena (río), 31, 44, 271, 272.
 Maine, 65, 121.
 Malvinas (archipiélago), 165, 204.
 Managua, 291.
 Mancha (canal), 58.
 Manchuria, 235.
 Manhattan (isla), 50, 76, 86.
 Manitoba, 126, 128.
 Maracaibo, 264, 265.
 Maranhão, 142.
 Mariental, 146.
 Marruecos, 41.
 Marsella, 41.
 Maryland, 64, 65, 76, 83.
 Marysburgh, 123.
 Masaya, 291.
 Mastaura, 219.
 Matagalpa, 291.
 Matanzas, 296.
 Matilda, 123.
 Maullin (río), 199.
 Mc Kean County, 89.
 Mecklenburg, 124.
 Merano, 255.
 Mérida (México), 278.
 Merliguesh, 122.
 México, 18, 32, 34, 37, 43, 44, 82, 127,
 134, 254, 277, 279-282.
 Milwaukee, 83, 103.
 Minas Gerais, 142.
 Minnesota, 100, 126.
 Misiones, 179, 181.
 Mississippi (río), 271.
 Missouri, 81, 88, 90.
 Mohawk River, 60, 71.
 Molledo, 247.
 Molucas (archipiélago), 29, 159.
 Moncton, 123.
 Monmouth Court House (batalla), 73, 74.
 Monte, 169.
 Montenegro (Brasil), 144, 246.
 Montevideo, 163, 167, 173, 239, 241-243.

- Montreal, 129.
 Moravia, 61.
 Morón (Argentina), 166.
 Moscú, 243.
 Mosela (río), 258.
 Mosquitia, 285, 288, 289.
 Moyobamba, 258.
 Mundo Novo, 144.
 Múnich, 38, 142.
 Münster, 126.
 Muñoz Gamero, 204.
 Muscongus (río), 65.
 Namibia, 238.
 Nassau, 50, 124.
 Nazareth, 61.
 Negro (mar), 175.
 Negro (río), 43, 141, 180.
 Neuquén, 180.
 New Hamburg, 124.
 Niágara, 124, 125.
 Nicaragua, 283, 286, 288, 290, 291.
 Nieves (Argentina), 177.
 Norte (mar), 66, 295.
 Norteamérica, 18, 45, 49, 51-53, 55, 56,
 62, 66, 81, 92, 104, 107, 108, 118,
 119, 133, 165, 268.
 Noruega, 24.
 Nueva Braunsfeld, 82.
 Nueva Brunswick, 122, 123, 125.
 Nueva Escocia, 122, 123, 125, 129.
 Nueva España, 15.
 Nueva Germania, 232.
 Nueva Granada, 37.
 Nueva Holanda, 50-52.
 Nueva Inglaterra, 15, 51-53, 59, 65, 71,
 81.
 Nueva Jersey, 65, 73.
 Nueva Orelans, 94.
 Nueva Suecia, 51.
 Nueva York, 52, 59, 60, 62, 65, 73, 82, 83,
 85-87, 89, 90, 93, 100, 101, 103, 105,
 107, 112, 115, 123-125, 164.
 Nuremberg, 38, 141, 195.
 Ohio, 85, 89.
 Oldenburg, 233.
 Ontario, 123-125, 129, 130
 — lago, 123.
 Orinoco (río), 29, 31, 43.
 Oriskany, 71, 72.
 Oruro, 247.
 Osnabrück, 123.
 Osorno, 198, 209, 213, 217, 220, 222, 224.
 Ottawa (valle), 125.
 Oxabamba, 259.
 Pacífico (océano), 29, 43, 126, 159, 203,
 249, 290.
 Países Bajos, 50.
 Palatinado, 58, 62, 121, 123, 175.
 Panamá, 29, 283, 290.
 Panambi, 155.
 Papagayo (cañón), 44.
 Paraguay, 32, 36, 39, 127, 161, 174, 177,
 194, 229, 231, 233-238, 240, 249, 254.
 Panamá, 145, 153, 155, 156, 172, 176.
 Pardo (río), 144.
 París, 40, 45, 72, 88, 213, 265.
 Patagonia, 165, 179, 180, 202.
 Paysandu, 243.
 Paz (La), 247, 248, 251, 254.
 Pennsylvania, 52, 53, 55-57, 60-65, 73, 85,
 88, 90, 97, 105, 122, 124.
 Pernarbuco, 142.
 Perth, 125.
 Perú, 32, 36, 37, 195, 197, 255-262, 272.
 Piauí, 142.
 Pichincha (volcán), 44.
 Pilcomayo, 247.
 Pimichín, 43.
 Placilla, 218.
 Plymouth (Estados Unidos), 51.
 Polinesia, 197.
 Polonia, 243, 294.
 Pomerania, 52, 65, 233.
 Popayán, 44.
 Popocatepete (volcán), 44.
 Port of Spain, 296-297.
 Porto Alegre, 149.
 Portugal, 23, 26, 27, 35, 36, 38, 133, 134,
 140, 143.
 Posadas, 181.
 Postdam, 142.
 Potosí, 161, 245, 247.
 Pozuzo, 257-259.
 Praga, 15, 281.
 Princeton, 115, 116.
 Prusia, 52, 75, 96, 125, 147, 163, 170, 200,
 207, 243, 247, 287.
 Puerto Cabello, 264, 265.
 Puerto Córdor, 205.
 Puerto Hambro, 199.

- Puerto Montt, 208, 209, 217, 220, 222, 224.
 Puerto Prat, 205.
 Puerto Rico, 163, 297.
 Puerto Varas, 209.
 Punta Arenas, 202-205, 212.
 Punta Gorda, 162.
 Puyo, 276.
 Quebec, 121, 123, 125.
 Quebec, 121, 123, 125.
 Quilmes, 166.
 Quintero, 218.
 Quito, 37, 44, 275.
 Reading (Estados Unidos), 60.
 Recife, 140.
 Recklinhausen, 161.
 Regina, 129.
 Remscheid, 287.
 Renania, 35.
 República Dominicana, 190.
 Rin (río), 24, 40, 58, 66, 83, 164, 216, 233, 258.
 Río de Janeiro, 141, 149.
 Río de la Plata, 32, 37, 139, 159, 161, 163, 166, 171, 182, 183.
 Río Grande, 141, 290.
 Río Grande do Sul, 143-149, 153, 155-157.
 Río Negro, 243.
 Roma, 35, 36, 38.
 Roque Sáenz Peña, 181.
 Rosenthal, 126.
 Rosthern, 126.
 Rotherdam, 122.
 Roxborough, 62.
 Rumania, 155.
 Rusia, 99, 109, 126, 127, 145, 155, 162, 175, 234, 235, 243, 280, 294.
 Saint Dié, 25.
 Saint Louis, 83.
 Sajonia, 30, 61, 65, 140, 231.
 Saltillo, 280.
 Salto, 169, 243.
 Salvador (El), 283.
 Salzburgo, 29, 40, 64.
 San Antonio (Argentina), 176.
 San Fernando de Apure, 43.
 San Gallen, 240.
 San José, 285.
 San Juan (Argentina), 176.
 San Julián (bahía), 159.
 San Lorenzo (río), 123.
 San Miguel (Argentina), 177.
 San Pedro (Paraguay), 232.
 Santa Ana (punta), 199.
 Santa Catalina (Brasil), 144-146, 150, 153, 156, 157, 243.
 Santa Celia, 176.
 Santa Cruz (Brasil), 144, 149.
 Santa Fe (Argentina), 172, 174, 179, 182.
 Santa Fe de Bogotá, 31, 44.
 Santiago Cienfuegos, 296.
 Santiago de Chile, 37, 38, 195, 215-218, 222.
 Santo Domingo, 30, 293, 295, 297.
 Santo Tomás, 287, 288.
 São Leopoldo, 143, 144, 147, 149, 157.
 São Paulo, 32, 139, 149, 152, 157.
 São Vicente, 139.
 Saratoga, 77.
 Sarmiento (lago), 204.
 Saskatchewan, 126, 127, 129.
 Schmidtdorf, 59.
 Schoharie (río), 59.
 Scilly (archipiélago), 59.
 Seaford Town, 296.
 Selva Negra, 265.
 Serena, 225.
 Sevilla, 28, 30, 34, 195, 245.
 Shemandoa (valle), 64.
 Siberia, 235.
 Silesia, 108, 296.
 Soledad, 165.
 Solingen, 287.
 Solothurn, 179.
 Steinbach, 126.
 Steyl, 219, 220.
 Strassburg, 126.
 Stuttgart, 202.
 Suabia, 233.
 Sucre, 247.
 Sudamérica, 26, 29, 39, 44, 133, 134, 141, 144, 149, 150, 163, 175, 185, 186, 187, 197, 234, 245, 247, 281, 297.
 sudetes, 128, 208, 233.
 Suecia, 23, 49, 51, 294.
 Suiza, 89, 108, 128, 152, 173, 179, 194, 213, 269.
 Tecna, 247.
 Tamaulipas, 280.

- Taquara, 144.
 Tarapá, 261.
 Tarapacá, 259.
 Teide (monte), 42.
 Temuco, 217, 222.
 Tenerife, 42.
 Teutonia, 89.
 Texas, 82, 83, 278.
 Tierra Colorada, 44.
 Tierra del Fuego, 204.
 Tirol, 258.
 Tobago, 293, 294.
 Toltén (río), 213.
 Tordesillas (tratado), 13, 14, 27, 28, 49.
 Toronto, 124, 129.
 Toros (lago), 204.
 Tovar, 265-268.
 Trenton, 73, 76.
 Trujillo (Perú), 44, 258.
 Tucacas, 264.
 Tucumán (batalla), 162.
 Turén, 268.
 Tuscarawas County, 89.
 Tuy (río), 265.
 Ucrania, 126, 243.
 Unión (La), 209, 217, 222.
 Unión Soviética, 224, 242.
 Uruguay, 171, 176, 229, 239-243.
 Valdivia, 199, 200, 206-213, 217, 220, 222, 224.
 Valencia, 41.
 Valencia (Venezuela), 264.
 Valladolid, 245.
 Valley Forge, 72.
 Valparaíso, 197, 200, 206, 214, 215, 217, 222, 224.
 Venecia, 38.
 Venezuela, 14, 18, 29-32, 34, 263-269.
 Veracruz, 44.
 Verapaz, 287.
 Vermont, 116.
 Versalles (tratado), 184, 271.
 Viacha, 252.
 Viena, 15, 40, 80, 233, 268.
 Vietnam, 118.
 Vinlandia, 23, 24.
 Virginia, 51, 52, 60, 64, 65, 71, 76.
 Viscacheras (Las), 169.
 Volga (río), 145, 175, 176.
 Volhynia, 126.
 Waldoborough, 65.
 Washington, 268.
 Waterloo (batalla), 263, 285.
 — condado, 124, 125.
 Weisersdorf, 59.
 Westfalia, 166, 208, 220.
 Williamsburg, 123.
 Winkler, 126.
 Winnipeg, 129.
 Wisconsin, 83, 85, 90, 94, 100.
 Woodstock, 71.
 Württemberg, 64, 89.
 Yaqui (valle), 279.
 Yorktown (batalla), 69, 77.
 Yucatán, 32, 34, 278.
 Yugoslavia, 155.
 Zacatecas, 280.
 Zultepeque, 34.

Las Colecciones MAPFRE (492) constituyen el principal patrimonio de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, reúne más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA Y:

INDIOS DE AMÉRICA

NAU Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LINGÜAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA

REALIDADES AMERICANAS

CRÓNICAS DE IBEROAMÉRICA

INDIVIDUAL Y EL MUNDO

LAS ISLAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

AFRICA Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Gráficas Lormo, S. A.
en el mes de Julio de 1995

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

El libro *Alemania y América*, de Ingrid Schulze Schneider, forma parte de la Colección «Europa y América», en la que se analiza la contribución de las naciones europeas no ibéricas a la formación de la América actual, desde una perspectiva global que incluye aspectos culturales, políticos, económicos y sociales.

COLECCIÓN EUROPA Y AMÉRICA

- El Reino Unido y América: la época colonial.
- Francia y América.
- Rusia y América.
- El Reino Unido y América: inversiones e influencia económica.
- El Reino Unido y América: emigración británica.
- El Reino Unido y América: influencia religiosa.
- Holanda y América.
- Italia y América.
- Alemania y América.

En preparación:

- El Reino Unido y América: influencia política y legal.
- Países Bajos y América.
- Escandinavia y América.

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



Ingrid Schulze Schneider

ALEMANIA Y AMÉRICA

COLECCIÓN EUROPA Y AMÉRICA